LIBRARY OF PRINCETON
JUN 15 1981
THEOLOGICAL SEMINARY

F1211
.F81
v.2

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/diariodelviajequ02fran

ARCHIVO DOCUMENTAL ESPAÑOL

ARCHIVO DOCUMENTAL ESPAÑOL

PUBLICADO POR LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO XIII

DIARIO DEL VIAJE QUE POR ORDEN DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE PROPAGANDA FIDE HIZO A LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL EN EL SIGLO XVIII EL

P. FRAY FRANCISCO de AJOFRÍN

CAPUCHINO

EDICIÓN Y NOTAS DEL

P. BUENAVENTURA DE CARROCERA

CAPUCHINO

VOLUMEN II

MADRID

MCMLIX

ARCHIVO DOCUMENTAL ESPAÑOL

SE PUBLICA CON LA SUBVENCIÓN QUE PARA ESTA SERIE HA CONCEDIDO EL MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

PRINTED IN SPAIN

NIHIL OBSTAT
ENRIQUE VALVERDE.

IMPRÍMASE
† JOSÉ MARÍA,
Ob. Aux. y Vic. Gen.

Madrid, 22 de abril de 1959.

DEPÓSITO LEGAL M. 4.020 — 1958

Imprenta y Editorial Maestre. Norte, 25. Teléfono 21 56 20. — Madrid.

COMISION ACADEMICA

DEL

ARCHIVO DOCUMENTAL ESPAÑOL

Excmos. Sres. D. Ramón Menéndez Pidal.
Dª Mercedes Gaibrois de Ballesteros.
D. Miguel Gómez del Campillo.
D. Diego Angulo e Iñiguez.
D. José Antonio de Sangróniz, Marqués de Desio.

DIARIO DEL VIAJE QUE POR ORDEN DE LA SAGRADA CONGREGACION DE PROPAGANDA FIDE HIZO A LA AMERICA SEPTENTRIONAL EN EL SIGLO XVIII EL

P. Fray FRANCISCO DE AJOFRIN

CAPUCHINO

VOLUMEN II

ADVERTENCIA PRELIMINAR

El 30 de abril del pasado año 1958 terminaba de imprimirse el primer volumen del *Diario* del viaje que el capuchino P. Francisco de Ajofrín hizo por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide a la América Septentrional. Pero más bien que *Diario* de ese viaje realizado concretamente a Méjico, debiera llamarse «Diario del derrotero seguido por el P. Ajofrín a través de varias provincias de la Nueva España». Porque eso, y no otra cosa, es en realidad esta importante obra, que ha entrado a formar parte de la colección Archivo Documental Español, publicado por la Real Academia de la Historia.

El manuscrito original y autógrafo se conserva en la biblioteca de la misma Real Academia. Allí han ido a parar otros muchos volúmenes que el mencionado P. Ajofrín fué escribiendo y, más aún, recogiendo y encuadernando. A esa colección o, si se quiere, biblioteca particular, le dió él mismo el nombre de *Tolle et lege*. Parte de ellos son manuscritos y la mayoría impresos, encuadernados todos ellos en curiosos tomos de «varios». Los primeros no ofrecen mayor interés, a excepción precisamente de este *Diario*, que forma el tomo VII de la citada colección. El interés del mismo lo expresábamos ya en otra ocasión, al recoger en un artículo las noticias sobre Misiones, que el P. Ajofrín nos proporciona en su manuscrito y que dicen relación al estado de las mismas por los años 1763 a 1767, en que aquél perma-

neció en Méjico. (Cfr. *Noticias misionales de Méjico en los años 1763 a 1767*, en «Missionalia Hispanica», 1954.)

Entonces manifestábamos también nuestro más vivo deseo de que el expresado *Diario*, que forma en su manuscrito original un abultado tomo de no menos de 970 páginas, fuese publicado cuanto antes, sin omitir las variadas e interesantísimas ilustraciones, unas impresas, otras dibujadas a mano, que contiene a lo largo de sus páginas.

Esa labor fué emprendida por el que fué Secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, Excelentísimo Sr. D. Vicente Castañeda, quien publicó sólo la mitad del *Diario*, como primer volumen del mismo, falleciendo a los pocos días de terminarse su impresión.

Se dejaba sentir, sin embargo, en ese volumen la falta de notas que ilustrasen su contenido y, sobre todo, que diesen a conocer la personalidad del autor a cuya pluma se debe este *Diario*. Además, era ya un imperativo la publicación del segundo volumen que completase el total de la obra. Por tales razones, el señor Director de la Real Academia de la Historia, Excmo. Sr. D. Francisco Javier Sánchez Cantón, tuvo a bien dirigirse al que esto escribe para que me hiciese cargo de la publicación del segundo volumen, rogándome, al propio tiempo, pusiese al final las noticias biográficas del autor, P. Francisco de Ajofrín, y juntamente las notas ilustrativas a ambos volúmenes, con lo cual ganaría no poco el conjunto de la obra.

Así se ha hecho. Y, para mejor conocimiento del lector, debo decirle que, lo mismo que en el primero, en este volumen segundo se ha recogido íntegro el original manuscrito, sin omitir la reproducción de los dibujos que tiene, sean grabados o hechos a pluma; todos ellos son de interés bajo distintos aspectos: el histórico, el artístico, el religioso, etc.

Como queda indicado, al final se han puesto las noticias bio-bibliográficas del P. Ajofrín. Se ha hecho un resumen de su vida y actividades, se ha puesto de relieve su perso-

nalidad y se han descrito sus obras, tanto impresas como manuscritas, haciendo al propio tiempo brevísimas indicaciones sobre el contenido de las mismas.

A todo eso se han añadido bastantes notas, relativas tanto al primero como al segundo volumen. No he querido multiplicarlas, porque ni lo pide de suyo el texto ni tampoco serían oportunas por tratarse, precisamente, de un *Diario* en el que el autor describe lo que ha visto, manifiesta sus impresiones, emite sus juicios, más o menos favorables, pero en manera alguna entra en discusiones que requieran aclaración o rectificación. Se han puesto, en cambio, cuando lo han exigido así, las citas de otros escritores, una comprobación histórica, un dato o noticia importante que merezca ampliación,

Por último, como ya fué también deseo del señor Castañeda, y por otra parte se hace de todo punto necesario, se pone el oportuno índice alfabético, correspondiente a ambos volúmenes, para que sea más fácil su manejo y resulte de más utilidad práctica su lectura al curioso a quien interese el contenido de esta obra que el P. Ajofrín escribió en estilo sencillo, sin aparato alguno, casi a vuela pluma, aprovechando los pocos ratos libres de que disponía en sus largas caminatas por pueblos y ciudades de gran parte de las antiguas provincias de Nueva España: Méjico, Michoacán, Tlaxcala y Oaxaca.

Con ello creemos haber prestado un valioso servicio, que nos han de agradecer de modo particular los historiadores mejicanos y todos aquellos que se interesan por conocer a fondo la situación de Nueva España a mediados del siglo XVIII.

P. Carrocera.

†

JESÚS

SEGUNDA SALIDA QUE HICE DE MEJICO A JALAPA, VERACRUZ, OAXACA Y LA MIXTECA, ETC.

CON la bendición de Dios y, habiendo visitado a María Santísima de Guadalupe en su famoso templo, emprendí viaje para Veracruz, Oaxaca, etc. Salí de Méjico miércoles, 11 de diciembre, año de 1765, a las tres de la tarde; me embarqué para Chalco en la canoa nombrada «Nuestra Señora de los Dolores». Los indios remeros iban tan ebrios y cargados de pulque, bebida que emborracha, que uno cayó en la laguna dos veces, y otro, tres, pero sin desgracia, antes bien con el fresco del agua, aunque no estaba tan fría como estuviera en España por este tiempo de diciembre, se espabilaron un poco y pudieron trabajar.

Se pasa por la Jamaica e Istacalco, que son los sitios de mayor diversión y frecuencia que tienen los mejicanos, y con razón, pues no se ven otra cosa que jardines, que llaman *chinampas,* sobre la laguna, tan floridos y vistosos, que causa admiración ver esta rara maravilla. Los indios cuidan de estos jardines, o chinampas, y lo regular que crían son flores y ensaladas que venden en Méjico. El modo de formar sus chinampas sobre la laguna es éste: Hacen un cuadro con tablones y vigas encima del agua. Conducen algunos céspedes tirados de la canoa al lugar que escogen, y sobre las mismas

tablas forman con ellos un cuadro como el paño de una casa; sacan del fondo de la laguna, que será como vara y media, la tierra que necesitan con palas y la van echando sobre los céspedes hasta la altura de dos varas; la siembran y adornan con unos arbolitos, ponen en ella su jacal o chora y se va uniendo y trabando la tierra con las raíces.

Nunca las unen unas chinampas con otras, siempre están separadas; de suerte que forman sus calles sobre la laguna y se andan todo alrededor con canoas; y así vienen a ser las chinampas unas casas y jardines portátiles sobre el agua. Por lo que sin fundamento han negado algunos el que los indios se muden en un instante llevándose consigo casa, tierras y posesiones, o porque les acomoda mejor otro sitio, o por las quimeras que tienen unos con otros.

El modo de mudarse es éste. Atan unos cordeles a unas estacas o a los troncos de los árboles, que regularmente los tienen a las esquinas de las chinampas, y tiran con tres o cuatro canoas y marchan a otra parte. aunque si la chinampa es vieja no pueden hacerlo, porque cada año se van hundiendo poco a poco hasta el suelo de la laguna, y las raíces de los árboles se unen con la tierra y ya no quedan sobre el agua. Vengan a verlo los incrédulos y no nos quiebren la cabeza con que son patrañas de las Indias.

Las canoas, piraguas y barcos que trafican por las chinampas son casi innumerables, y sólo viéndolo se puede hacer cabal concepto de esta gran recreación. Lo que da mucho gusto es ver unas canoítas muy pequeñas, como de media vara de ancho y dos de largo, en que va un solo indio o una sola india, con una gran velocidad girar por todas partes y navegar la laguna de extremo a extremo, si es necesario para su negocio.

A esta deliciosa recreación concurren los mejicanos, señores y señoras, embarcándose en canoas con grandes músicas y algazara de regocijo y fiestas; llegan a Istacalco o a la Jamaica, que son dos sitios distantes de Méjico como dos leguas; se pasean por las chinampas, gozan de la frondosidad que en flores, frutos, ensaladas ofrece el terreno fértil

y la dulzura de las aguas, y habiendo merendado, se vuelven a Méjico, cubierta la canoa con arcos de flores y coronadas las señoras con guirnaldas de rosas, que parecen unas ninfas del Parnaso. El mayor concurso es los domingos de Cuaresma y desde Resurrección hasta la Asunción. Hay muchos desórdenes, como es regular en toda diversión en que concurren hombres y mujeres, y no a rezar el Rosario.

Llegué a Mexicalcingo después de anochecer. Este pueblo es cabecera y tiene su Alcalde mayor; dista de Méjico al sur, cuarta al sudeste; es la llave de la laguna de *Chalco* y tiene un hermoso puente con su compuerta por donde, en canoas, se conducen a la capital de Méjico todos los frutos que rinde no sólo la provincia de Chalco, sino los de tierra caliente, introduciéndose por la real acequia todas las mieles, azúcares, frutas, flores, verduras, semillas, maderas y otras cargas y comestibles que, conducidos en canoas, se ahorran muchos fletes. Llega hasta el palacio esta acequia, con que el desagüe de la laguna de Chalco corre de Sur a Norte hasta la capital, y de aquí toma el rumbo de poniente a oriente hasta arrojar sus aguas en la de Texcoco.

Hubo mil trabajos para pasar la compuerta por la gran violencia de las aguas; finalmente, como a las once de la noche, se venció esta dificultad a fuerza de indios remeros. Caminamos toda la noche por la laguna; bebimos agua de la Estrella, que es un borbotón que sale en medio de la laguna y se derrama sobre ella en forma de estrella.

Desembarqué en Chalco a las nueve de la mañana, día de la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, 12 de diciembre, habiendo sido esta jornada primera 9 leguas. La población de Chalco, famosa en la conquista, está fundada en una playa inmediata a la laguna, donde concurren innumerables canoas que hacen su viaje a Méjico. Fué doctrina de Padres Franciscanos, hoy de clérigos. En lo político está sujeta a *Tlhalmanalco,* donde reside el Alcalde mayor, que pone su teniente en Chalco. Después de haber dicho misa en la capilla de la Orden Tercera de Nuestro Padre San Francisco, donde se mantienen dos o tres religiosos, tomé el camino de Tlhal-

manalco, donde comí: 3 leguas. Este pueblo es doctrina de Padres Franciscanos; tiene una iglesia muy bella, y el convento en lo antiguo sería magnífico. Aquí yace el venerable cadáver del siervo de Dios Fray Martín de Valencia, natural de Valencia de Don Juan, en Castilla la Vieja, primer Legado a látere por Su Santidad en estos Reinos y presidente del primer Concilio mejicano a que asistió el insigne Hernán Cortés y se celebró el año 1525.

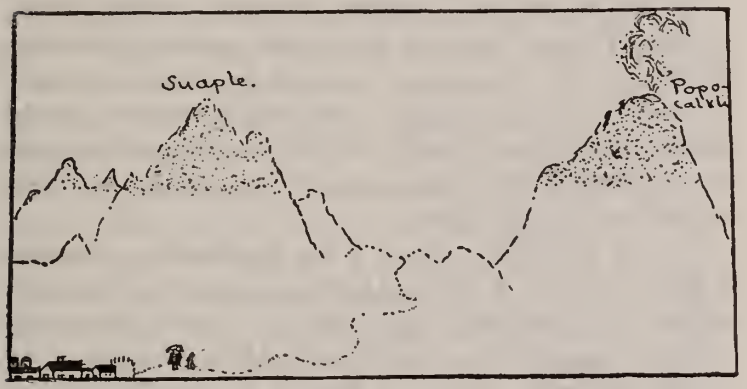
Los indios de esta jurisdicción de Tlhalmanalco se señalaron mucho en tiempo de la conquista. Fuí a dormir a Amecameca, 1 legua y media. Jornada del día, 4 y media. Está situada entre sur y oriente de la capital, tiene buenas aguas que descienden de los volcanes de nieve, en cuyas faldas está fundada, y por eso es tierra muy fría. Es doctrina de Padres Dominicos y está bautizada en su parroquia aquella gran mujer y Fénix de las Indias, Sor Juana Inés de la Cruz, monja del convento de San Jerónimo de Méjico, famosa por sus escritos. Nació en una hacienda inmediata a la población. Aquí se alojó el ejército de Hernán Cortés (Solís, libro 3, cap. 9).

A otro día salí de Amecameca, después de las nueve de la mañana, por el mucho frío para pasar los volcanes. Me dieron un indio que era llamado Vicente Páez, de buena conversación y bellas luces, para que me guiase por una senda oculta que hacía el camino más breve; pasé por la hacienda de Tomacoco, 1 legua. Desde aquí se empieza a subir a los volcanes y guía el camino por medio de los dos: el más extendido, que en lengua mejicana se llama *Suaple*, queda a mano izquierda, y el más elevado y puntiagudo, que se llama *Popocalki* o, según Solís (libro 3, cap. 4), *Popocatepec*, a mano derecha.

Suaple no es propiamente volcán, sino una grande y eminente sierra que por su altura siempre tiene nieve; pero *Popocalki* es verdaderamente volcán de fuego y de nieve. En la conquista subió Diego de Ordaz, aunque no sería hasta la misma cumbre, y sacó azufre, de que se hizo pólvora; y yo le he visto no una, sino repetidas veces arrojar humo con

mucha abundancia, y en algunas ocasiones se han oído ruidos y estrépitos, aunque ya ha muchos años que no ha reventado fuego y permanece con serenidad.

A la falda de los volcanes noté que, no obstante el temperamente frío y ser el mes de diciembre, había cebadas verdes ya granadas; me olvidé de que era viejo y me acordé de lo que hacía cuando muchacho, y, tomando una espiga, la desgrané y, mondando sus granos, los comí.



Vista de los volcanes luego que se sale de Amecameca.

El ascenso a estos elevadísimos cerros es áspero por su altura, aunque el piso es bueno, sin piedra ni arena; es tierra dura y se sube sin más trabajo que el que causa la elevación misma. No obstante la mucha nieve que se halla en la serranía, no se encuentran aguas en este camino hasta lo más alto, que hay algunas fuentes cristalinas, frescas y hermosas.

Hay frondosísimos y corpulentos árboles: pinos, cedros, encinas, oyameles vistosos y otros de que sacan el aceite que llaman de *palo* o de *hebeto*. Hay también algunos tequiles, que es árbol muy apreciado por su cáscara, que sirve para teñir encarnado. Desde la cumbre se descubre Méjico, y volviéndome a buscar mi norte en la sacratísima imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, la saludé con una Salve, despidiéndome de su Majestad por si no la volvía más a ver.

El descenso no es tan bueno como el ascenso, porque tiene alguna piedra, aunque no mucha. Hay una senda breve y oculta, que me enseñó el indio y va al primer pueblo de indios muy bozales, que llaman *Santiago de Salechinela,* que son 7 leguas desde Amecameca, sin haber en todo el camino venta, población o rancho. De aquí fuí a dormir a *San Nicolás de los Ranchos,* pueblo de indios, pero con alguna gente de razón, 1 legua, y mucha arena con piedras. Jornada, 8 leguas.

A otro día salí por la mañana al pueblito de San Buenaventura, 1 legua; hay una iglesia muy pulida dedicada al Seráfico Doctor. A comer a la ciudad de Cholula, 3 leguas. Me recibió con gran caridad y devoción el reverendo Padre Lector jubilado Fray Nicolás de Aliri, Guardián del convento de reverendos Padres Observantes. De esta antigua y famosa ciudad haré tratado aparte.

Por la tarde fuí a dormir a La Puebla de los Angeles, 2 leguas. Jornada, 6 leguas. Llegué a las cuatro de la tarde, sábado, 14 de diciembre. Me recibió en su casa con singular afecto el Sargento mayor don Cándido Maldonado, natural de la villa del Prado, no lejos de Madrid, y mi condiscípulo en Portillo. Aquí veneré las memorias del señor Palafox, el sepulcro del Venerable Padre Aparicio, que está en los Padres Observantes; el de la Venerable Madre María de Jesús, en el convento de Monjas de la Purísima Concepción, cuyas beatificaciones se tratan en Roma, y sus retratos son como quedan puestos a las páginas 48, 49 y 54 del primer tomo.

Salí de La Puebla día 20 de diciembre a comer a Mozoque, 3 leguas. De aquí a la venta del *Ventorrillo,* 2 leguas; al pueblo de *San Jerónimo,* 1; al de *San Bartolomé,* 1; a la hacienda de la *Parra,* 2; a dormir al pueblo de *Acazingo,* 2. Jornada, 11. El cura era el doctor don Antonio Manuel Rojano y Mudarra, que me recibió con caridad. Hay convento de Padres Observantes que fabricó en la conquista el valeroso Cortés.

De aquí a dormir a la hacienda de la *Concepción,* 8 leguas. Se pasa por varias haciendas y rancherías, y después

se encuentra un puertezuelo en que hay un camino muy peligroso y encallejonado, y acabado, se pasa el famoso puente que llaman de los *Chichimecos*. A 2 leguas de camino, muy arenoso y malo, está el pueblico de *San Salvador*, de indios muy cerriles, y a 2 leguas de camino, llano y bueno, la referida hacienda de la *Concepción*. A comer, a *Soto*, 6 leguas, sin hallar pueblo alguno ni venta, ni rancho; a dormir a la casa de los guardas, 3 leguas. Jornada, 9 leguas.

A otro día, a comer y dormir a *Perote*, 4 leguas, casi todo sierra. A otro día, que era víspera de Navidad, fuí a dormir a *Las Vigas*, 4 leguas. La mañana fué buena al principio, pero se descompuso con una niebla alta, fría y tan espesa en su elevación, que, no llegando abajo, llovían mucha agua los árboles de toda la serranía, que es grande y trabajosa, como saben los que han transitado este país, temible en todos tiempos y mucho más en tiempo de frío. Ultimamente, antes de llegar a Las Vigas, me llovió y nevó muy bien, con que se ofrecieron algunos trabajos que llevar por amor de Dios. Pasé aquí la Nochebuena, para mí muy mala, por el desabrigo de la posada, destemplado del terreno, junto con vientos furiosos, grandes aguaceros y ventiscas; pero la consideración, aunque tibia, de haber nacido el Señor entre mayores penas, lo hacía soportable. A otro día, por mucha fortuna, pude celebrar una misa en una capilla tan pobre y desamparada como el terreno.

Después me puse en camino, arrojándome a él la misma necesidad, aunque en manos de la Providencia divina, llegué a la Hoya o Joya, 2 leguas: mal camino, piedras y lodo, altos y bajos; me llovió un poco, pero no obstante continué el camino por el pueblito de San Miguel del Soldado, a donde llegué mojado y lleno de barro por haber llovido mucho: 2 leguas. Aquí me detuve hasta por la tarde, que cesó el agua, y proseguí a JALAPA, 3 leguas. Jornada, 7 leguas. Me llovió también y, como el camino estaba pesado, andaba poco y con mucho trabajo; me anocheció en el camino, y así llegué muy quebrantado a Jalapa, como a las nueve de la noche. Me recibió con mucho agrado el reverendo Padre

Guardián del convento, que es de la Observancia, aunque después me llevó a su casa don Bartolomé Borja, caballero genovés y Hermano nuestro.

El pueblo de Jalapa está situado a la parte del este de Méjico, con alguna inclinación al nordeste en 19 grados y 50 minutos de latitud, y de longitud 276. Está fundado a la falda del empinado cerro que llaman *Macuiltepec,* que cae al norte. El suelo es cantiloso, abundante de agua delgada y saludable, y de aquí le viene el nombre, pues *Xalapán,* en mejicano, quiere decir *lugar de aguas.* Se van perfeccionando cada día más las calles y edificios con el concurso de las ferias en tiempo de flotas. El temperamento es sano, pero frío; abunda en todo género de frutas: limas, limones, naranjas, chirimoyas, plátanos, piñas, aguacates, etc. Hay thlacuaches, cacomiscles, armadillos y unos *galápagos* o *tortugas* muy singulares, pues la concha de abajo la tienen dividida en dos iguales partes, unidas al medio con sus naturales resortes y fibras, de suerte que para andar las abren a un tiempo; por la parte anterior saca la cabecilla y manos, y por la otra, las patas y rabo, y luego que se recoge dentro de su concha, se cierra con singular firmeza y tan bella unión que ni mosquito, ni hormiga, ni animal ninguno la puede hacer daño ni meterse dentro. En tierra caliente hay muchas tortugas y tan grandes que cada concha puede servir de peto a un hombre armado, y a los indios les sirven de artesas para dar de beber y comer a sus animalejos, particularmente la concha de arriba, pues la de abajo, como he dicho, es de dos piezas. Rara providencia del Señor que en estas tierras, donde abundan tanto los insectos y animales ponzoñosos, que hasta los mosquitos y hormigas tienen cualidades venenosas, les ha puesto su Majestad a las tortugas tanta seguridad en sus conchas que no pueden recibir daño alguno.

En este tiempo que estuve en Jalapa se celebraba la feria de la flota que condujo al señor Idiázquez, y trajeron a la parroquia en novena a la célebre y milagrosa imagen de Nuestra Señora llamada del *Chico,* que se venera a una legua de distancia, junto a un ingenio de azúcar llamado el *Chico,*

de donde tomó la denominación la sagrada imagen, para distinguirle de otro ingenio que había grande allí cerca. Es esta divina Señora de mucha veneración y singular hermosura; su escultura y traje es del misterio de la Purísima Concepción.

En los campos de Jalapa hay muchos árboles de suma fragancia que llaman *liquidámbar,* y los indios ocolmecos llaman en su lengua ocotzolt. Sacan el ámbar de este árbol, y sus hojas, muy parecidas a las parras, frotadas con las manos, despiden un olor muy singular y aromático, y la resina que tienen los troncos es igualmente suave y olorosa. Es árbol de mucha estimación entre los indios, y el grande Emperador Moctezuma dicen las historias que tomaba chocolate con hojas de liquidámbar. Aquí se coge el purgante de Jalapa, bien conocido en la Europa. Es una raíz de hierba con la figura de nabo.

DEVOTOS Y CONOCIDOS

Señores Diputados del comercio de España.—Señor don Lorenzo Vilde y don Rafael Prieto.

Señores Diputados del Reino.—Señor don Felipe Gandiaga, don Francisco del Rivero y don Gabriel de Terán, vecinos de Méjico.

Don Pedro Sixtos, don Miguel y don Mateo Badillo Hernández, don Manuel Prieto García, natural de Sonseca y vecino de Sevilla; don Antonio Fleming, del Puerto de Santa María; don Liborio Clausel, don Enrique Hayden y don Diego Porter.

Don Juan Pedro Smidt, don Laureano Cuadros Tuer, en Cádiz; don José Almerá, en Cádiz; don Domingo Alzaga, en el Puerto de Santa María; don Francisco Benel.

Don Manuel de Olmedo, natural de Tudela de Duero, Correo mayor de Jalapa; don Santiago Lobo, don Bartolomé Borja, Hermano de los Capuchinos; don Manuel Alba Frente.

Estuve en Jalapa bien asistido, disfrutando de la devoción y afecto de nuestro Hermano don Bartolomé, desde el día 25 de diciembre hasta el 27 de enero del año siguiente de 1766. Salí ese día por la mañana para Veracruz; pasé por los ranchos de El Lencero, Corral Falso, donde comí; Coyol, Cerro Gordo, Plan del Río, 7 leguas. De aquí a la Alaja y a dormir al rancho del Organo, 4 leguas. Jornada, 11 leguas. Desde el Plan del Río es camino pedregoso. Tuve una noche muy trabajosa por el gran calor, pues es ya tierra caliente, y por los muchos y despiadados mosquitos, sin que falte la pensión molesta de las niguas, con las demás penalidades de tal tierra.

Tomé la mañana con la luna y, pasando por los ranchos de *La Rinconada* y *San Francisco,* fuí a comer y dormir a *La Antigua,* 8 leguas. Dos leguas antes de La Antigua es intolerable el calor por la mucha arena, pero de grande hermosura y rara amenidad en corpulentos árboles, frondosísimas plantas y espesísimos bosques.

En estos campos de La Antigua se cría el hermoso y copudo árbol que llaman Ule, cuya goma es utilísima para fabricar lienzo encerado, que llaman ule, como el árbol, de que se hacen vestidos para tiempo de agua. No se abre el ule como el encerado. También se cría el árbol que llaman Higuera, en nada parecida a la de Europa; es árbol corpulentísimo y muy especial por lo desaforado y disforme de su tronco, dividido en ciertos canales o tablones, que dejan un hueco grande en medio, uniéndose al corazón o tronco de la higuera. Otra singularidad se nota en este árbol, y es unas ramas delgadas y rectas, pero sin hoja, que a manera de raíz bajan de lo superior del árbol y, en llegando a la tierra, prenden luego y van engrosando sin echar ramas ni hojas, y parecen como pilares rectos que pone la naturaleza para sostener las descomunales ramas de esta higuera, o como una cuerda o maroma que cuelga de alto abajo. Son infinitos los loros, guacamayos, pericos y pitos reales que crían estos campos, siendo de molestia a los caminantes sus desentonados graznidos, aunque lo hermoso del plumaje convida a alabar

a Dios, que puso en estas aves tan exquisita variedad de colores. Hay también armadillos y tejos, muchas palmas de todos géneros y cocos muy elevados.

Antes de llegar a *La Antigua* se encuentra en los páramos un árbol como espino, de no mucha elevación y poca frondosidad, que produce por lo más duro de su tronco y ramas una fruta que llaman *guajes,* de la figura y color del membrillo; es muy dura, y por la parte interior es negra con algunas pepitas pardas. Esta fruta de nada sirve.

En los mismos páramos se cría el árbol llamado *pochote,* de corpulencia regular y nada frondoso, con unas espinas chatas a modo de zarza por todo él; lleva una fruta de la figura y aun color del pepino grande; luego que se ha madurado al sol, se abre en tres partes y salen unos copos blancos, suaves y hermosos como de algodón, aunque sin duda más delicados, pues se pueden comparar con la seda más fina y suave. El pelo es más pequeño y sutil que el del algodón, por cuya razón no hilan estos copos y lo dejan perder en el campo, y a mi ver depende de la falta de aplicación a indagar las cosas naturales. Algunos cogen este algodón para colchones y almohadas, y es muy propio, ya por la suavidad natural que ofrece para el descanso, ya también por la facilidad con que se ensancha puesto al sol en el colchón o almohada. Cría este algodón unas semillitas negras y limpias del tamaño y figura de un guisante. La cáscara que encierra este algodón es durísima y fuerte. Críanse también silvestres pavos que llaman guajalotes, y gallinas de Moctezuma, que son más corpulentas que las gallinas regulares, y la pluma, cabeza y patas, como una perdiz de Europa. Son muy regaladas y sabrosas al gusto.

Salí de La Antigua a otro día en un barco de porte grande, por el río, y encalló dos veces, y, no pudiendo desencallar la última vez, aunque se alijó el barco, me llevaron en un bote hasta la barra del mar y me echaron en tierra y, al saltar del bote, caí en la mar y me mojé muy bien, con el breviario y trastillos que llevaba. Desde aquí me fuí a pie hasta Veracruz por la ribera o playa del mar, y, aunque es pesa-

dísimo el camino, por la mucha arena y gran calor, no obstante iba divertido con la hermosa variedad de conchas y mariscos de que se llena la playa con la resaca del mar.

Llegué a *Veracruz* con gran calor el día 29 de enero, como a las nueve de la mañana, habiendo sido la jornada de este día 5 leguas. Me recibió en su palacio con singular caridad, devoción y afecto el Gobernador de la plaza, don Félix de Ferraz.

Se halla Veracruz al este de la capital de Méjico, de donde dista 90 leguas por camino recto; su latitud son 19 grados, 49 minutos; su longitud, 277 y 2 minutos. En el puerto de Veracruz estaba la fragata del Rey llamada «La Perla», en que vine de España, y su capitán y mi gran favorecedor don José Ruiz Gordón me convidó a comer a bordo de la fragata y, no obstante estar el mar en leche, tuve mis amagos de mareo.

PERSONAS DEVOTAS Y CONOCIDAS

Señor don Félix de Ferraz, Comendador de Muceros en el Orden de Santiago y Brigadier de los reales ejércitos de Su Majestad y Gobernador de Veracruz. Señora doña María Gertrudis de Pereda, su mujer. Doctor don José Mateo de Nájera, su capellán y del tercer batallón de infantería. Don José Torres, paje del señor Gobernador. Don Fernando Bustillos, Caballero de Alcántara. Don Alejandro Valdovinos; don Narciso y don Luis, sus hermanos, y doña Ana de Soto, su mujer. Vicente Rodríguez y Galindo, natural de Sanlúcar de Barrameda.

Salí de Veracruz el día 6 de febrero por la mañana, habiendo disfrutado en este tiempo mil satisfacciones de la devoción cordialísima del señor Gobernador Ferraz al santo hábito capuchino. Tomé el camino de la Villa de Córdoba y fuí al rancho de la Virgen, 3 leguas; las dos son molestísimas por la mucha arena, cual nunca he visto cosa más pesada. Aquí se cría el árbol que llaman *drago*, cuya sangre o zumo

es de tanta estimación para los boticarios. En creciente de luna está más repleto de sangre, y así, hiriendo el tronco, arroja luego un chorro de sangre del mismo color y tinte que la dicha sangre.

Del rancho de la Virgen pasé por los de Jamapa, 2 leguas, habiendo antes atravesado el río Jamapa, que es muy caudaloso, en canoa; a comer, al del Estero, 1 legua, pasando en canoa el río del mismo nombre. Aquí se crían papayas, que son como melones, palmas reales, cocos, sotoles, huisos y otro género de palma que lleva unos racimos muy grandes de cocos pequeños, del tamaño de una nuez, que llaman coyoles, y dentro tienen una almendra blanca, dulce y sabrosa que la comen los indios, y yo la comía muchas veces con buena hambre y me sabía a almendras propiamente.

También se crían en el campo limones, naranjas, cidras, zapotes prietos y mameys, cañas macizas, que llaman otates, y otro género de cañas muy altas y gruesas con el hueco correspondiente, que sirven de cuartones a las casas, pues tienen el grueso de un muslo.

Del Estero fuí a dormir a la hacienda o pastoría de *La Asperilla,* 2 leguas. Fué la jornada del día, 8 leguas.

Nota.—¡Oh, lector amigo! Que nunca hagas alto en este sitio. Pasa y pasa de prisa, si no quieres padecer aquí las penas del Purgatorio, si no diga del Infierno. El calor es excesivo, la tierra echa fuego, el sol abrasa; abundan culebras, víboras, tarántulas, escorpiones, alacranes y todo género de animales e insectos venenosos. Se pegan las niguas, se clavan las garrapatas, pican los mosquitos, abrasan las pulgas, enciende el comején, escuece el talaje, hiere el zancudo, muerde la hormiga y, en fin, no hay animal que no haga cruel guerra al hombre ni plaga que no se experimente. Y a la verdad que me causa no pequeña admiración que haya quien viva en semejante temperatura.

Conmigo lo hicieron estos pobres rancheros con mucho amor y caridad, dándome uno de sus pavellones o mosquiteros de que todos usan, hasta el más pobre pastor, para dor-

mir; pero nada bastó para libertarme de tanta chusma de enemigos. Pasé una noche trabajosísima y amanecí hecho un San Lázaro: hinchada la cara, llagado todo el cuerpo, pues los mosquitos se metían por debajo del hábito, y así se me inflamaron las piernas y los pies.

Salí con mucho trabajo, aunque gustoso por salir, y fuí al *Rancho de Hierro,* 2 leguas; a la *Venta de la Alaia,* no mala, 2 leguas. Se pasa un río pequeño, al *Rancho de Natívitas,* 2 leguas; al pueblo de *Cotastla,* 3 leguas; se pasa antes el río de su nombre, muy rápido y caudaloso; cría caimanes este río como todos los que he dejado atrás y todos los de tierra caliente. Llegué al río los pies hinchados y doloridos, lleno de calor, cansado y molido, sin haber quien me pasara el río; ya me había entrado descalzo, fiado en la Providencia divina, para vadearlo; pero las muchas piedras me lastimaban tanto los pies y la rapidez de las aguas era tanta, que no podía mi debilidad sufrir tanta molestia, y así fué preciso retroceder, hasta que vinieron dos indios y me pasaron. ¡ Dios se lo pague !

Es *Cotastla* corta población de indios, puesta en un hermoso llano, y rodeados todos los jacales o chozas de los naturales de vistosos y copudos árboles de fruta, y entre ellos muchos tamarindos, apreciables por sus virtudes y bellas cualidades. Hay cura clérigo, de idioma mejicano; pero la iglesia, pobrísima, lóbrega y de las más infelices que he visto en América; pertenece al obispado de La Puebla de los Angeles, y me admira que sus celosos obispos o sus visitadores no hayan proveído de remedio en cosa tan urgente y propia de su oficio, máxime cuando el pueblo tiene vecindad suficiente, pues serán cerca de doscientas familias de indios con buen terreno para granos y frutas y un caudaloso río a las canales del pueblo que cría bobos, mojarras y anguilas con abundancia, de que sacan algunas utilidades.

Aunque es tierra caliente, no hay mosquitos, y dicen que los conjuró un santo obispo—sería acaso el Venerable señor Palafox—que le molestaban mucho yendo de visita, y los mandó dejasen el lugar y fuesen al río. Lo cierto es que en

este pueblo no se ve uno y el río está lleno de ellos. En lo político está sujeto a Tuxtla, donde reside el Alcalde mayor, que pone el Marqués del Valle, por ser estados de Hernán Cortés.

Quise quedarme aquí por hallarme muy dolorido y lleno de trabajos; pero el cura estaba ausente, los indios eran cerrados y muy bozales, y, no hallando abrigo alguno, me determiné a pasar adelante, aunque fuese con gran penalidad y trabajo, y así me animé y fuí a dormir al rancho de *La Mojarrilla,* 2 leguas. Jornada del día, 11 leguas.

Fué esta jornada en todo trabajosa, larga y con no pocas fatigas de dolores y ansias; pero el deseo de salir de estos páramos y soledades, y llegar donde me pudiese curar mis males, me hacía sacar fuerzas de flaqueza y caminar arrastrando sin cesar todo el día. Permitiendo también nuestro Padre San Francisco que no encontrase quien me diese una caballería para gozar de algún descanso, quizás por el regalo y muchas conveniencias que disfruté en Veracruz. Todo el día me iba dando en las piernas con saliva y casi siempre en ayunas, pues ni tenía ganas de comer, ni había tampoco proporción para ello; con que no me iba peor.

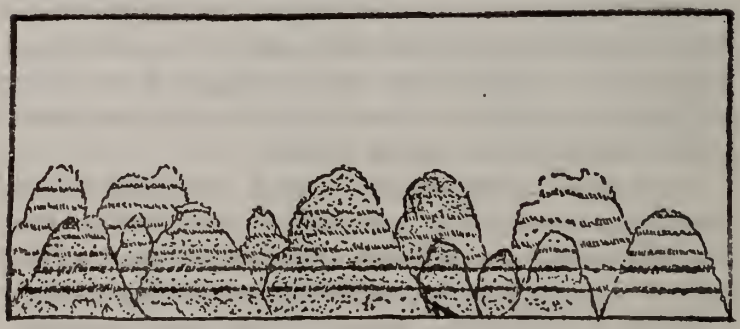
En este camino hay muchos loros, guacamayos, cardenales, chupamirtos, ardillas, jabalíes, venados, tigres, etc.; muchas y vistosas palmas de todos géneros y otros árboles y plantas con gran abundancia de pochotes, de quien hablé antes. Entre tanta variedad de plantas me llevó la atención un bejuco hermoso que lleva una flor de la figura de un cepillo, del grueso de un dedo y de largo dos; su color es muy encarnado y encendido; no supe su nombre.

Aquí empieza tierra templada, y desde Veracruz hasta este rancho hay tantas niguas que ninguno se ve libre de ellas por más cuidado que se ponga. También abundan las culebras de toda especie, de cascabelillo, que llaman víboras; coralillos, toponauyaque, escorpiones, alacranes, tarántulas, etcétera. Pero, bendita sea la piedad del Señor: hasta aquí, ni me ha picado culebra, ni me ha mordido alacrán, ni se me ha pegado nigua, no obstante andar desabrigado, inde-

fensos los pies y piernas, dormir en el suelo en los mismos sitios donde se crían y donde los que andan más defendidos de medias, zapatos y otros resguardos no pueden libertarse de semejantes insectos.

Salí del rancho de *La Mojarrilla* nada aliviado de las piernas y proseguí mi camino; fuí al *Paso del Obispo,* 2 leguas; antes se hallan unos ranchos; le llaman así a este sitio porque, siendo muy áspero y casi intransitable aun a los que van a caballo, dicen lo pasó en coche el Venerable señor Obispo Palafox. Recordando este suceso la memoria del Venerable siervo de Dios, viéndome a pie y llagado de las piernas, me encomendé como pude a sus méritos, y me parece se me corroboraron; hay en este sitio un río y me pasaron en hombros.

Proseguí mi camino y fuí a comer a la venta de Las Vacas, 6 leguas; no se halla más que un rancho extraviado del camino, el cual es algo trabajoso por las piedras que tiene y desigualdad en el piso. Por todas partes se ven unos valles muy frondosos en lo profundo, pero en lo alto muy áridos y secos; están socavados igualmente por todas partes, y con una especie de mesas y figuras que parece ha corrido algún río caudaloso y rápido o algún brazo de mar por estos valles. Forman la vista siguiente:



En esta venta de *Las Vacas* me recibieron con singular afecto, y, después de haber tomado chocolate, lastimados de verme con los pies tan hinchados y llenos de llagas, me ins-

taron mucho a que tomase algún alivio, descansando allí por unos días; pero, siendo el día siguiente domingo de Quincuagésima y no habiendo allí proporción para decir misa, me fué preciso pasar adelante, por lo cual me dieron un burrito con un mozo para ir a dormir al pueblo más inmediato, que es de indios y se llama *Santiago Huatusco*, 2 leguas. Jornada, 10 leguas.

Es este pueblito república de indios, con su Gobernador y demás oficiales de la nación; en lo temporal pertenece a la Villa de Córdoba y en lo espiritual al pueblo de San Juan de la Punta. Su temperamento es cálido y la situación le añade más grados de calor, pues está metido en una profundísima barranca, rodeado de eminentísimos cerros, sin tener más desahogo que un estrecho camino que la misma naturaleza ha abierto al rumbo del Sur para desagüe de las lluvias que van a parar al río *Cotastla,* que corre allí inmediato, cuyas aguas le ofrecen ricos peces, que llaman bobos, para la pesca, que es su ejercicio, y frescura para refrigerio del calor, pues indios e indias pasan la mayor parte del día dentro del río bañándose.

No ofrece más llanura ese valle que la precisa para la situación del pueblo; las eminencias se ven hermosamente vestidas de corpulentos árboles y no es inferior la frondosidad que ocupa el valle en el corto recinto que dejan los jacales. Se crían muchos tamarindos, limones, limas, naranjos, aguacates, granadas de China, que son de la magnitud y figura de un huevo, y es fruta muy sana y delicada, que da la flor y planta que llaman en la Europa *pasionaria.* También hay el árbol, muy útil para los indios, que llaman en su idioma *kascla* y vulgarmente *jícara;* es de mediana corpulencia, su hoja menuda y lleva una fruta de la hechura y magnitud de un melón liso y sin rayas. Su cáscara es muy dura y, partida por medio, les sirve de cazuelas, escudillas, vasos para beber y aun de medidas para sus semillas. Aquí vi la primera vez el árbol y flor que llaman *xilosuchil;* el árbol es corpulento y frondoso, la flor larga y cenicienta, hermosa, aunque no odorífera; tiene la figura de una delicada madeja

de seda encarnada y al remate de las hebras unos nuditos blancos, pendiente todo de un vistoso capullo, como se representa abajo.

Como era sábado se juntaron las inditas en la iglesia a rezar el Rosario en su idioma mejicano, vestidas todas de blanco y adornadas sus cabezas con muchas flores y rosas. Canté la Salve, que acompañaron los indios al órgano; los inditos chicos cogieron mucha variedad de flores para poner en los altares y enramar la iglesia. Acabóse la tarde luego, pues, como está el pueblo tan profundo, rodeado de eminentes cerros, coronados de árboles, apenas le da el sol, y esto al mediodía; con que amanece tarde y anochece temprano; y de cuanto tengo andado, no he hallado con quien comparar a este pueblo sino con otro muy pequeño que hay en Castilla la Vieja, cerca del monasterio de Santo Domingo de Silos, que llaman Valdebarasuso.

De este pueblito de indios, su amenidad y sitio quisiera formar un mapa, pero su situación casi lo imposibilita; no obstante, pondré un borrón para mi recuerdo, pues me gusta infinito.

Vista de Santiago Huatusco.

Dije misa a otro día, y el Gobernador de los indios me dió un caballo con un indio y me llevó hasta el trapiche de

azúcar, que llaman Las Palmillas, 3 leguas, y de aquí me fuí a pie al pueblo de San Juan de la Punta, 1 legua. Me dió de comer el cura y continué mi viaje a pie, y, pasando por varios trapiches, fuí a dormir al pueblito de *San Lorenzo,* 2 leguas. Jornada, 7 leguas.

Este pueblo se fundó para habitación de negros y negras que consiguen la libertad en los muchos ingenios y trapiches de azúcar que hay en esta jurisdicción, aunque también hay varias familias de indios y algunos españoles en tiendas.

Mejorado ya de mis pies con el beneficio de la saliva y casi siempre en ayunas, tomé a otro día el camino a pie y fuí a comer y dormir a la Villa de Córdoba, 6 leguas. Es este camino frondosísimo y de una amenidad inexplicable. Desde el pueblo de *La Punta* hasta la Villa de Córdoba se encuentran diversas rancherías y trapiches de azúcar; todo el camino es un hermosísimo callejón de frondosos árboles, tan espesos que no se puede penetrar; forman con sus ramas unas como cuevas que son para los caminantes de grande alivio contra la inclemencia del sol y del agua, y al mismo tiempo divierten mucho a la vista. Hay por todo el camino tantos árboles de limones que cubren el suelo con su hermosa dorada fruta y llenan el aire de un olor suavísimo con su exquisito azahar y preciosa flor. Es de gran placer viajar por este frondoso sitio, en que apenas se percibe el sol y todo es amenidad y frescura, emulando con tan hermosa variedad de árboles y plantas los campos del paraíso. Para aliviar la fatiga del camino tomaba limones, entraba en un trapiche, pedía un poco de azúcar, que nunca me la negaron, y hacía una buena porción de agua de limón, a que siempre he sido aficionado y me refrescaba bien, con que tomaba aliento y proseguía mi viaje.

Llegué a la Villa de Córdoba lunes, 10 de febrero, a mediodía; me recibió en su casa con mucho gusto el Alcalde mayor, don Francisco González de Albelda. Aquí me reparé de todos mis males y hallé completo descanso a mis pasadas fatigas en la devoción del referido Alcalde mayor.

Se halla situada esta Villa a los 19 grados y 30 minutos de latitud y a los 276 y 35 minutos de longitud. Se fundó

el año de 1618, siendo Virrey el excelentísimo señor don Diego Fernández de Córdoba, de donde tomó el nombre la Villa. Dista de Méjico 50 leguas al este-nordeste. Su temperamento es cálido y húmedo. Su situación, al oeste de unas pequeñas montañas que forman medio círculo, pero lo más de su distrito se compone de tendidas lomas, algunos barrancos y montes poblados de cedros, nogales, pinos, ocotes, oyamelos, limones, ayacahuites y palo gateado y rosadillo, cuyas maderas tienen grande estimación por lo matizado de sus colores y gran solidez y duración.

Los llanos son fértiles y amenos y ofrecen copiosa caza, y, entre caudalosos ríos que cruzan el país, se consigue abundante pesca de bobos y truchas. Los frutos del país son las semillas regulares de trigo, maíz, etc., con cantidad considerable de azúcar y tabaco, abundancia de ganado mayor y menor y porción considerable de naranja exquisita de China y piñas ricas, de que sacan no poca utilidad.

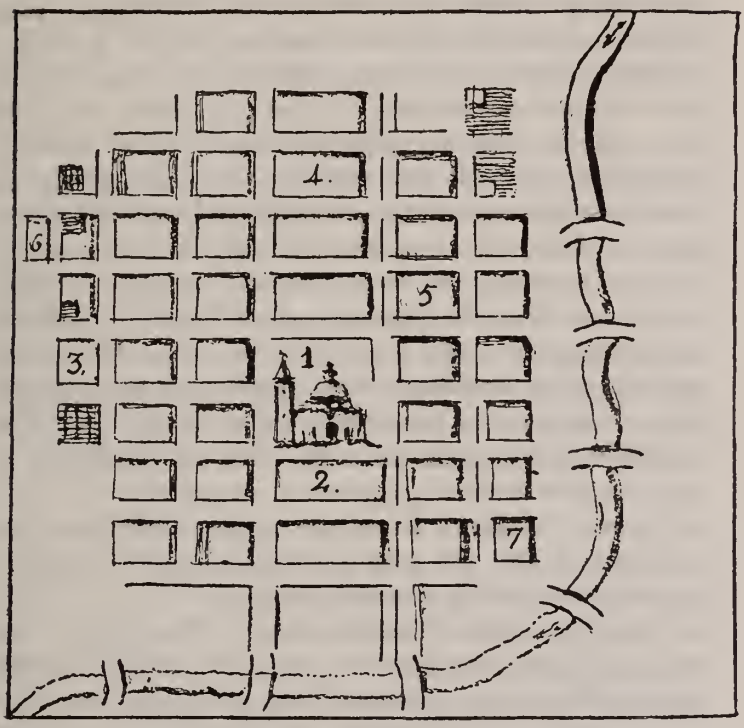
Compónese su vecindario de 260 familias de españoles, 126 de mestizos, 60 de mulatos y negros. La república de los indios se compone de 263 familias con su Gobernador y demás oficiales del idioma mejicano. Hay en esta jurisdicción 33 trapiches o ingenios de azúcar, con muchos españoles y más de dos mil negros esclavos.

La iglesia parroquial es de primorosa y magnífica arquitectura. Tiene un cura clérigo con sus tenientes para la administración de sacramentos y otros muchos clérigos. Hay un convento de Padres Descalzos de San Francisco, hospital y convento de Padres Hipólitos, el hospital y recogimiento nuevo de mujeres, con varias iglesias y ermitas.

El gobierno civil y político de la Villa se compone de un Alcalde mayor, Alguacil mayor, dos Alcaldes ordinarios, uno provincial y dos regidores, con los demás oficiales de república. Los pueblos de su jurisdicción son los siguientes: Santa Ana de Zacán, Chocomán, San Pedro Ixhuatlan, San Juan Coscomatepec, Santa María Magdalena, San Salvador Calcahualco, San Antonio Huatusco, San Diego, San Bartolomé, Santiago Tonetla, Santa María Copan, San Jerónimo

Zentla, Santiago Huatusco, San Juan de la Punta, San Lorenzo y Amatlan de los Reyes.

Las calles son rectas y espaciosas, como demuestra el plano que se sigue.



Plano de la Villa de Córdoba.

1. Parroquia.—2. Casas reales.—3. Convento de Padres Descalzos.—4. Hospital de San Hipólito. — 5. Hospital de mujeres. — 6. Iglesia de San Juan, de los indios. — 7. Iglesia de San José, de los indios.

PERSONAS DEVOTAS Y CONOCIDAS

Doctor don José Antonio Rodríguez y Valero, cura. Don Francisco González de Albelda, Alcalde mayor. Don Antonio Hernández Navarra, alcalde de primer voto. Don Francisco José Mateos, alcalde de segundo voto.

ORIZABA

Después que me reparé de las fatigas antecedentes en cinco días que estuve en la Villa, que así le llaman por antonomasia, salí el día 15 por la mañana, sábado, a comer a *Orizaba,* 5 leguas. Hay varios ranchos en el camino y se pasan dos ríos por puentes. El paso que llaman de La Barranca es muy áspero y pedregoso. Aquí perdí el camino y, subiendo a gatas con gran trabajo y no menos peligro por unos riscos eminentísimos, pensé hallarme ya cerca del cielo, pues la subida, demás de ser muy alta, era sumamente estrecha y escabrosa; dí, en fin, con una vereda a la ladera de un monte lleno de plátanos y otros árboles, y, siguiendo su derrotá, vine a salir a un río; ya me prevenía a pasarlo quitándome las sandalias, cuando apareció allí un indio muy alto y corpulento, y hablándome en su lengua, que yo no entendí ni una palabra, me cogió sobre sus hombros y me pasó con gran facilidad y ligereza al otro lado.

Llegué, finalmente, a mediodía, y me recibió en su casa el Alcalde mayor, don Juan Sevillano, natural de Agreda y pasante en Valladolid del señor Junguitu.

Se halla Orizaba a los 19 grados y 50 minutos de latitud, y 275 y 35 de longitud; su situación es en un espacioso llano que de oriente a poniente mide de longitud una legua, y media de latitud de norte a sur. Su temperamento es algo cálido y húmedo; dista de la capital de Méjico 45 leguas al este, cuarta al nordeste. Es uno de los mejores pueblos que tiene el obispado de La Puebla por su opulencia, amenidad, abundancia de víveres y disposición de sus casas, que forman en rectitud sus espaciosas calles, y la principal, que es la Calle Real, tiene de longitud más de un cuarto de legua, fertilizando el terreno dos caudalosos ríos que rodean el pueblo; el uno nace en la sierra del volcán y corre larga distancia hasta incorporarse con el de *Tuzpango,* que toma el rumbo por la banda del sur, y de ellos salen muchos brazos que riegan los huertos y sembrados.

La iglesia parroquial es fábrica a la moderna, de exquisita arquitectura, con tres espaciosas naves y adorno correspondiente, pues se ha hecho con el fin de que sea iglesia Catedral, si se efectúa la separación del obispado de La Puebla. Tiene buenas capillas y magníficos altares, con una capilla de la Divina Pastora en un lienzo hermosísimo y grande.

Tiene cura clérigo con sus vicarios, una ayuda de parroquia, que es el templo suntuosísimo de Nuestra Señora de Guadalupe, grande y hermoso a todas luces. Hay número crecido de eclesiásticos y dos conventos: uno de Carmelitas Descalzos y otro de San Juan de Dios; muchas ermitas y capillas, y entre ellas la iglesia del Calvario, que fué la primera iglesia de Orizaba, como lo dice una inscripción que se lee en una de sus paredes y he visto yo los papeles originales. Ya estaba fundada esta iglesia el año de 1642. El Venerable señor Palafox colocó en ella el Santísimo Sacramento y la bendijo.

Su vecindario es grande y, según el exacto padrón, que se hizo el año de 1762 por orden del Rey, que he visto auténtico, tenía 6.486 personas de confesión españolas, y 1.199 personas de confesión indias. Y, según el *Teatro moderno,* de Villaseñor, tiene la vecindad siguiente, según las clases de sus habitadores: 515 familias de españoles, 300 de mestizos, 220 de mulatos y 809 de indios del idioma mejicano.

Se fundó este pueblo antes del año de 1550, como parece por instrumentos públicos que he visto; en el día pretenden los honores de ciudad y que el comercio y feria de Jalapa se pasen aquí; y si, en la división del obispado de La Puebla, ponen, como es regular, silla episcopal en este pueblo, será de los mejores de toda la América.

Es pueblo muy ameno, divertido y frondoso, de saludable temperamento, buenas aguas, aunque suelen a veces causar algunas molestias las nieblas que causa el famoso volcán de Orizaba, distante como 6 leguas, cubierto siempre de nieve, y de tanta altura que es la primera tierra que se des-

cubre de la América, viniendo de España, a 60 leguas de distancia.

Hay un buen ramo de comercio entre los mercaderes, demás del que produce la labranza. Pero el fruto de más valor es el tabaco, aunque en el día ha decaído mucho con el establecimiento nuevo de factorías puestas por el Rey aquí y en la Villa de Córdoba.

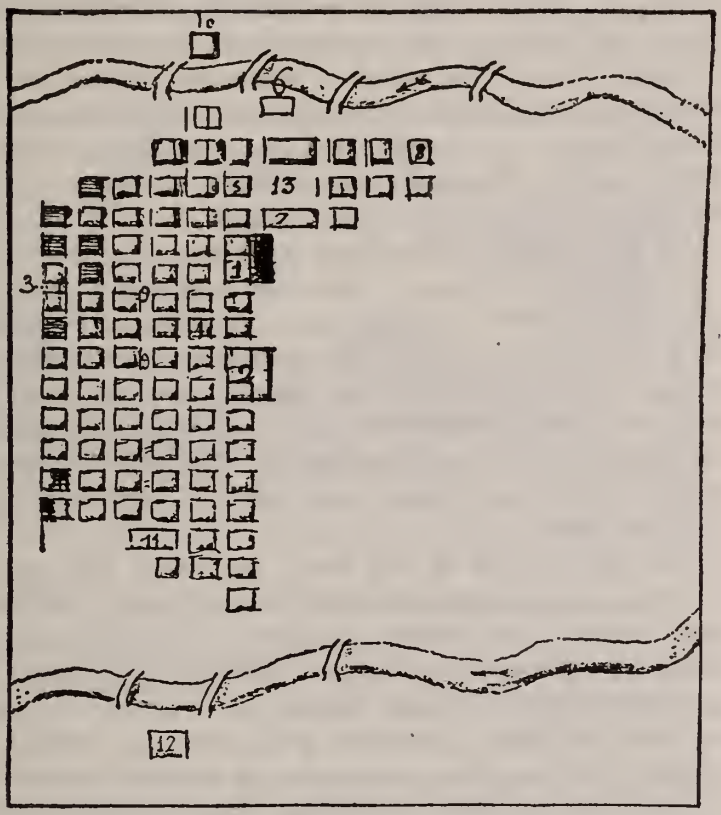
Para el gobierno civil y político hay un Alcalde mayor, con dos Alcaldes ordinarios y demás empleos de república. Están sujetos a esta jurisdicción los siguientes pueblos: San Miguel Thomatlán, El Naranjal, San Juan Atlaca, Santa María Magdalena Temilolacán, San Pedro Thequilán, San Martín Atlahuilco, San Antonio Nexapa, San Francisco Necostla, San Juan Aculzingo, San Pedro Maltrata, Santa María de Aquila, Ixtazoquitlán, Santiago Tilapa, San Juan del Río, San Juan Bautista Nogales, Tenango, Huilapán, Santa María Ixhuatlán.

Fabrican el lienzo encerado que llaman *ule,* porque lo componen de la resina y jugo del árbol llamado *ule,* y he hablado antes. Es más suave que el encerado de la Europa el ule y no se corta, y también defiende mejor del agua. Igualmente hacen aquí un almidón muy blanco y exquisito de la raíz que llaman *zuca;* lo buscan de todo el Reino este almidón, pues sin comparación excede en bondad al que se hace de trigo.

PERSONAS DEVOTAS Y CONOCIDAS

Licenciado don Juan Sevillano, Abogado de los Reales Consejos de Su Majestad y Alcalde Mayor; doctor don Francisco Antonio Illueca, Cura Párroco, natural del Puerto de Santa María; don Antonio Saravia, Comisario del Santo Oficio, hermano de don Joaquín del Moral de Theuacan; don Manuel Montes Argüelles, Correo Mayor; don Antonio, su hermano, y don José, familiar del ilustrísimo de Oaxaca, hermano.

Salí de Orizaba viernes, 21 de febrero, por la mañana, para Thehuacan de las Granadas; pasé por el pueblito de



Plano de Orizaba.

1. Parroquia.— 2 PP. Carmelitas.—3. Hospital de San Juan de Dios. — 4. El Santo Calvario. — 5. Casa del Cura. — 6. Santa Anita. — 7. Casas Reales. — 8. Capilla nueva de San Antonio.— 9. Calle Real.— 10. Iglesia del Santo Cristo de Othatitlán. — 11. Iglesia de los Dolores. — 12. Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe. — 13. La Plaza.

indios que llaman del Ingenio, 1 legua; de aquí a la hacienda de Ojo Zarco, 3 leguas; al pueblo de indios de Aculcingo, 3 le-

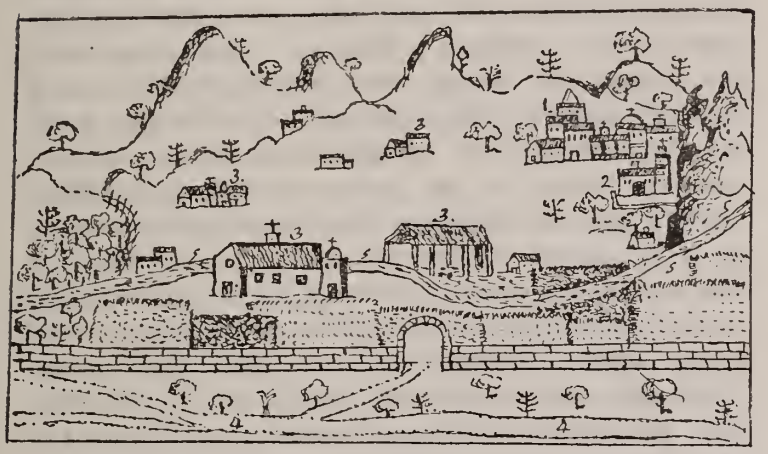
guas. Son estos indios muy cerrados y agrestes y, no hallando acogida en su barbarie, retrocedí a una hacienda que llaman de San Diego de Aculcingo, y es del señor don Andrés Fernández de Otanes, Caballero de Calatrava, Comisario de guerra, etc., quien no sólo me recibió con grandísima complacencia, sino que me suplicó le acompañase algunos días por hallarse convaleciente de una gravísima enfermedad y me necesitaba para su consuelo. Siendo yo el interesado en los favores que me franqueaba este caballero, me detuve aquí tres días, y fué la jornada de hoy 7 leguas.

El camino desde Orizaba hasta Aculzingo es un hermoso valle bastantemente capaz y llano, con alguna piedra en el piso; por un lado y otro hay cerros elevadísimos, y cerca de la hacienda de Ojo Zarco sale un río copiosísimo de agua delgada, dulce y cristalina al pie del cerro, entre unas grandes peñas; causa admiración ver salir hacia arriba tanta agua de repente. Por lo restante del camino salen también varias fuentes y arroyitos de buena agua, que a mi ver todos vienen del volcán.

En esta hacienda de San Diego, que tendrá sólo unas 7 leguas de circunferencia, había en este tiempo cebadas muy hermosas; unas estaban ya segando, otras estaban granadas y otras estaban muy verdes; había también garbanzos, granados grandes y crecidos, aunque por el mucho vicio de las matas se habían perdido en gran parte. Las habas se habían helado estando ya muy crecidas y volvían a retoñecer y echar flor con mucha frondosidad. También había en los campos parras silvestres o cimarronas con sus racimos en cierne. Por los montes y cerros había infinitos coyotes que de noche alborotaban la tierra con sus aullidos tristes y melancólicos. Tenía la hacienda un oratorio muy curioso y pulido, con preciosos y ricos ornamentos, y un cuadro de San Diego, grande y primoroso.

Por la tarde era muy regular levantarse un gran ventarrón que, viniendo encallejonado por el valle, era fortísimo. El temperamento de esta hacienda es frío; tiene agua para regar casi todas las tierras de labor.

Habiendo estado en San Diego trece días con singular satisfacción y gusto, se recobró enteramente de sus males el referido caballero y determinó ir a tomar posesión de la Alcaldía Mayor de *Theutila,* y me suplicó con el mayor encarecimiento le acompañase para consuelo suyo; hícelo con



Vista de la hacienda de San Diego, mirada desde el camino Real.

1. Casa principal de la hacienda. — 2. Capilla de la hacienda. — 3. Ranchos de la hacienda. — 4. Camino Real. — 5. Arroyo de la hacienda.

gusto, y por su devoción y afecto al santo hábito era digno acreedor a todo ello.

Salimos de su hacienda de *San Diego de Aculzingo* el día 6 de marzo por la mañana y fuimos a comer y dormir a la hacienda que llaman de *Los Padres,* 8 leguas. Esta es aquella hacienda famosa que antes era del colegio de Padres Jesuítas de Veracruz y sobre que fueron las grandes disputas con el señor Palafox y el Cabildo de La Puebla sobre diezmos, y de que se hace larga y prolija narración en sus obras, tomo XI de la nueva colección, p. 134, n° 8. El doctor don Hernando de la Serna, Prebendado de la santa iglesia de La Puebla, fundó los Jesuítas de Veracruz y les dejó esta

hacienda. Al presente es esta hacienda de los Padres Carmelitas Descalzos de Thehuacan y estaba en ella de administrador el Padre Fray Manuel de Santa Bárbara, sacerdote. Se pasa por el pueblo de *Aculzingo* y luego se empieza a subir una montaña asperísima, y de la más eminente se despeña con gran violencia y no pequeño ruido un río bastantemente caudaloso. De Aculzingo se va al pueblo de Chapulco, grande y dilatado; y hasta aquí es el camino trabajoso y áspero. Se ven por estos campos corpulentísimas y disformes *viznagas* cuales no he visto jamás. Son muy diversas estas viznagas de las conocidas en la Europa y en nada parecidas, sólo en que sus puntas sirven de mondadientes como los palitos en la Europa. Nacen estas viznagas en figura de una grande olla o tinaja redonda por el suelo, con unas puntas muy duras y afiladas, y así va creciendo como un gran poste o pilar, sin echar hijos, ramas ni hojas; suele arrojar algunas florecitas entre las espinas, muy vistosas. Hacen dulce muy regalado de estas viznagas, y una caballería apenas puede llevar una viznaga sola. ¿Creerán esto en la Europa si no se lo explican?

Esta tierra hasta Chapulco es tristísima e infructífera, y apenas se ven otros árboles que palmas de sotoles y de hysos, tan melancólicos como la misma tierra. De esta hacienda salimos a otro día a comer a la hacienda del *Carnero*, que es de un caballero de Thehuacán que llaman don Bernardo de la Vega, 4 leguas. Antes se pasa por un pueblo de indios que llaman *Santiago*. Entré en la iglesia, como acostumbro en todos los pueblos por donde paso, y hallé cuatro pinturas del santo apóstol y tres efigies del mismo santo, dos a caballo y la otra con su bordón de peregrino. Son todos los indios devotísimos de este santo y apenas se hallará iglesia de indios donde no haya un santo con su caballo.

Es esta hacienda muy buena, y la tierra tan fértil, que me aseguró el mismo dueño daba cuatrocientas fanegas de maíz por una. Los trigos estaban ya por partes rubios y para segar; otros, espigando, y otros, más atrasados. En la misma hacienda había muchos tiestos de albahacas hermosas,

alhelíes y claveles con flores. En el campo vi también multitud de azucenas y enredaderas silvestres, aunque en esta América no es extraño, pues todo el año hay flores, frutas, albahacas y otras plantas que apenas se logran en la Europa un poco de tiempo, y esto en las estaciones más benignas del año.

De *El Carnero* fuimos a dormir a la ciudad de *Thehuacán de las Granadas,* 4 leguas. En 19 grados y 25 minutos de latitud y 277 y 10 minutos de longitud se halla esta ciudad, que por las hermosas granadas que produce el país tomó su denominación. Dista de Méjico 50 leguas al este-nordeste; su temperamento es benigno, sano y templado; su planta, en un llano fértil y delicioso. Es ciudad de bastante comercio por estar en el camino real de todas las provincias que están al rumbo de Oaxaca y Guatemala con las costas del sur. Las aguas con que se fecundan sus plantas, aunque suaves y de buen gusto, abundan de espíritus nitrosos, por lo cual se ve en su curso una cosa especial, y es que las tarjeas y surcos por donde corren se coagulan y petrifican de suerte que parecen formados de cal y canto sus bordes y canales, y como es preciso mudar de rumbo para su conducción, quedan en los campos sus canales antiguos a manera de cimientos, que parecen ruinas de algunos edificios, y sirven estas piedras para labrar casas. Tiene este agua la especialidad de que siendo, como he dicho, petrificante en la tierra, aseguran los médicos que es disolvente de las piedras de la orina y expultriz de las arenas. Lo cierto es que no conocen esta enfermedad en el país, según me informé de personas juiciosas.

Observé también en un río que a corta distancia de Thehuacán corre por unas profundas barrancas, que las raíces de los árboles inmediatas al río y las bañaba su agua, estaban también petrificadas, unas más y otras menos; aunque quebrantando algunas hallé era sólo unas telas fuertes de salitre, quedándose la madera en su misma naturaleza. De donde puede haber nacido alguna equivocación en lo que nos dicen muchos viajeros que hay agua que al palo convierte en pie-

dra; en que no me detengo ni tampoco hallo especial repugnancia, sólo refiero lo que he visto en estas aguas de Thehuacán. Sobre petrificaciones véase a Feijóo, tomo 7, discurso 2, párrafo 2.

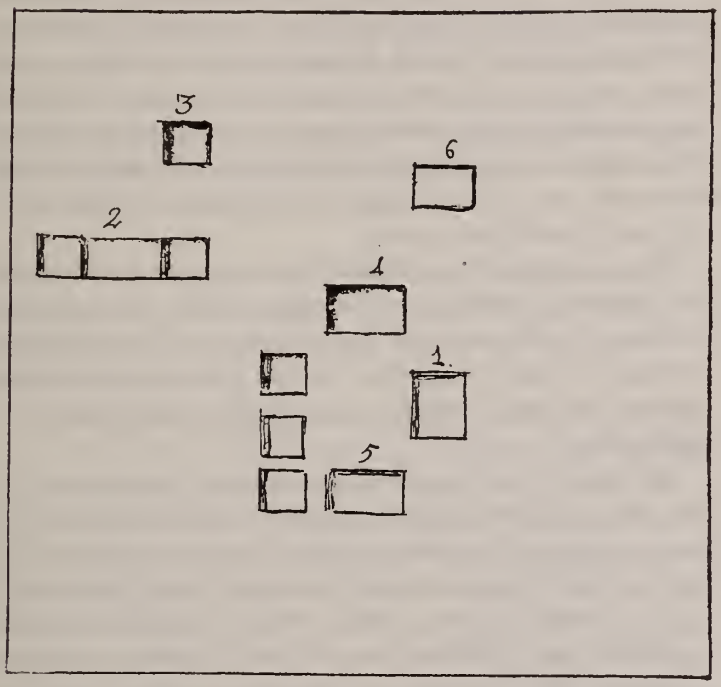
Abunda mucho en frutas, en particular de granadas, cuyos árboles no son tan corpulentos como los de Europa; se cogen con abundancia naranjas, limas, toronjas, uvas, etc. Las cosechas de todo género de granos son abundantísimas, pues, sólo en el valle que llaman de San Pedro, se numeran 22 haciendas, que rinden grandes cantidades de semillas y granos. De esta provincia se abastecen de harinas otras muchas, como las de Oaxaca, Veracruz y aun La Habana y Campeche. El pan que hacen aquí es de lo más sabroso, rico y blanco que he comido no sólo en la América, sino en la Europa. Hay también salinas que producen abundancia de sal, de que se forma un mediano ramo de intereses.

Tiene esta ciudad una iglesia de buena arquitectura y mucha capacidad, con cura clérigo, aunque era de Franciscanos en lo antiguo; pero el señor Palafox quitó éste y otros muchos curatos a los frailes y los dió a los clérigos. Hay también convento de Padres Observantes, otro de Padres Carmelitas Descalzos, un hospital de San Juan de Dios, con varias iglesias y ermitas y un lucido y ejemplar clero.

Su vecindad se compone de muchas familias de españoles y gente blanca; de igual número de mestizos, mulatos y otras naciones, con cerca de tres mil familias de indios. Reside en esta ciudad el Alcalde Mayor, y la república de los indios se compone de Gobernador, regidores y alcaldes, que en las funciones públicas van en forma de cabildo con maceros y armas reales. Lo material de su fábrica en calles, casas, plazas y templos es a la moderna en rectitud y hermosura, según el planisferio que formaré después. Los pueblos de su jurisdicción son los siguientes: *San Gabriel Chilac, San Miguel Eloxuchitlán, San Martín Atazatepán, San Pedro Teltitlán, San Pedro Clapulco, Acatepec, San Pedro Zoquitlán, Santa María Coyomeaca, Coxcatlán.*

Nota.—Cuánto trabajaron los Franciscanos en la conver-

sión de los indios de esta provincia y otras singularidades podrá verse en TORQUEMADA, *Monarquía indiana,* t. 3, índice verbo *Thehuacán.*



Plano de la ciudad de Thehuacán.

1. Iglesia parroquial. — 2. Carmelitas Descalzos. — 3. San Juan de Dios. — 4. Convento de PP. Observantes, de quien era el curato antes. — 5. Casas Reales. — 6. Nuestra Señora de Guadalupe.

PERSONAS DEVOTAS Y CONOCIDAS

Señor don Esteban Gómez de Acosta, Alcalde Mayor; don Domingo Vázquez Mañán, su Teniente; Capitán don Juan de Rozas, Correo mayor; todos tres gallegos. Don Joaquín del Moral, hermano de don Antonio Saravia, Comisario

del Santo Oficio en Orizaba; don Miguel de Luna, hijo de don Bernardo de la Vega, dueño de la hacienda de El Carnero; don Narciso Grajales, Administrador de la Aduana.

Salimos de Thehuacán el día 12 de marzo por la mañana a comer y dormir a *La Venta Salada,* 8 leguas. Se pasa por la inmediación de unos pueblitos de indios que llaman *San Diego de Chalmo* y *San Juan de Nexaloa,* y, antes de llegar a La Venta, se pasa el río Salado, temible y famoso no tanto por sus avenidas, aunque grandes, como por el formidable impulso de sus aguas, a mi ver procedidas de las cualidades térreas y salnitrosas que llevan las aguas. Han muerto ahogados en este paso muchos caminantes.

Empieza aquí tierra caliente y en todo este camino hasta La Venta hay mucho polvo, aunque llano y sin cuestas; se ven varias haciendas en que había trigos recién nacidos, otros crecidos y no pocos espigados, y a cada paso se encuentran los conductos de agua y regaderas, petrificada la tierra que causa admiración.

En esta Venta vi muchas pasioneras silvestres y sin cultivo con sus misteriosas flores, aunque pequeñas. De aquí adelante se crían en las casas y campos no pocas iguanas y tienen la misma figura que lagartos grandes y con mucha barriga; las comen los indios. Hay también cenzontles, ave más corpulenta, pero igualmente canora que el ruiseñor; sopilotes, ave propia de las Indias y tan melancólica y triste como sus paisanos los indios; es ave carnívora, entre parda y negra, de la corpulencia de un pavo y aun con aquel pellejo que tiene en la cabeza, pero tristísima, pues se estará en un árbol todo un día sin mover pie ni cabeza.

A otro día por la mañana fuimos a comer al pueblito de indios que llaman *San Antonio de Padua,* 6 leguas. Se pasa por varias rancherías. La iglesia de este lugarcito aún no está acabada, pero es pulidísima en la fábrica. Había ya en este tiempo melones sabrosos, pimientos y tomates en sazón. Una flor muy blanca que llaman oloxuchil, es del largo y grueso de un dedo, matizada de unos botoncitos, y sale de una hoja larga, pero todo de un blanco de tanto fondo y hermosura

que causa admiración. Hay otra flor encarnada al modo de la que llaman en la Europa boca de dragón y aquí llaman monacillos. En los campos, maíces recién nacidos, otros muy altos y muchos sazonados.

Aquí acaba el obispado de Puebla y empieza Oaxaca.

Fuimos a dormir a *San Juan de los Cues,* 3 leguas. Es lugarcito de indios, pero muy frondoso y de temperamento benigno, aunque no faltan mosquitos y otras penurias de tierra caliente. El camino es algo doblado, pero no muy áspero: una legua antes se encuentra un trapiche de azúcar de los Padres Jesuítas de San Andrés de Méjico.

Arboles que se ven en el camino.—Huisaches, atexquites, gazambuyos, órganos y otro árbol que llaman retama, muy corpulento y sólo parecido al de Europa en la flor y color de sus hojas y ramas.

Hay en este pueblito abundancia de frutas de todos géneros: manzanas, peras, melocotones, plátanos, zapotes de todas calidades, pero el chico es más famoso; seibas, que es un árbol frondosísimo y corpulento y lleva unos pequeños higos del tamaño de una avellana, con sus granitos, lo mismo que los higos de Europa, y comen los indios. Aquí se habla la lengua mazateca.

Lengua mazateca.—Agua, *zupua;* dame agua, *bai zupua;* pan, *niñusqua;* ¿el camino de Oaxaca?, *¿maquiji dio nisinche Oaxaca?;* ¿qué hora es?, *¿cohochu horá tande?;* tortilla de maíz, *niñu;* Dios te guarde, *Dios teundare;* sí, *joó;* no, *meheg;* 1, *gó;* 2, *jo;* 3, *ja;* 4, *nujú;* 5, *hu;* 6, *jú,* etc.

Quiotepeque.—Salimos de San Juan de los Cues a otro día y fuimos a comer y dormir al pueblo de Quiotepeque, 6 leguas. Se pasa dos veces el río Salado y, poco antes de llegar al pueblo, el río grande que llaman de Quiotepeque. Los árboles que se dejaron ver en el camino fueron los mismos que antes, y el palo que llaman *mulato* o *palo santo.* Este árbol es de una regular corpulencia; el tronco y ramas son muy

limpias y de varios colores, según las estaciones del tiempo y antigüedad del árbol: en unos es el color morado; en otros, verde; en otros, encarnado, y en otros, blanco; parece que está siempre reventando, pues no hace arrugas su cáscara y está limpia y estirada; desprende del tronco y ramas una cascarita aún más sutil y delgada que el papel, la que va arrollando sobre sí. Es muy medicinal este palo; cocido en agua hace sudar, con que han sanado muchos de fiebres malignas y especialmente del dolor de costado, para lo que es singularísimo y de admirable eficacia; sana también el vómito prieto. Llámase *palo mulato* porque fué un mulato el primero que descubrió sus virtudes, y *santo* por los prodigios que ha obrado. Hay también en el campo una mata de pocas hojas con una florecita bella y encarnada de figura de una palomita hermosa.

Quiotepeque quiere decir *tierra de cacao* por los muchos árboles de esta especie que había en la antigüedad. La iglesia está dedicada al Apóstol Santiago; es muy pobre y cubierta de caña, pero muy limpia, a lo que ayuda no poco la multitud de avecitas que llaman *saltaparedes*, de suma vivacidad y ligereza; suben por las paredes sin usar de las alas y se comen las arañas y con sus continuos giros y movimientos quitan las telarañas de los templos, de suerte que no se ve una donde hay estas avecitas. Son del tamaño de un gorrión, aunque de cuerpo más abultado, pero menos cabeza, con un pico largo y agudo. Su color es pardito con algo de blanco, formando algunas laborcitas; su canto es como un chiflido no desapacible; se mantiene y cría en las iglesias y es ave muy común en esta América y utilísima para la limpieza de los templos.

En la iglesia hay la inscripción siguiente: «*En 10 de Mayo año de 1728 quando se acabo icimos nuestra iglesia.*» De donde se conocerá la simplicidad y rudeza de estas pobres gentes. Pertenece este pueblo a la doctrina de Cuicatlán; abunda en fruta; se hablan dos idiomas, mazateco y cuicateco. Es tierra muy caliente y por su situación honda fuera inhabitable, si todos los días, sin faltar uno, no se levantase, como se levanta a la una o a las dos de la tarde, un ventarrón fortí-

simo y siempre de oriente a poniente, que dura regularmente hasta la media noche, con que se refresca algo la tierra y la limpia también por entonces de los ardientes mosquitos que molestan lo restante del tiempo.

Hay iguanas, camaleones, cacomiseles y otros abejarucos. Aquí se cría el árbol llamado *guanacascle,* de más que regular proceridad; lleva una fruta de la figura y grandor de una oreja, a modo de un haba retorcida y chata, con unos granos o semillas pardas, que asadas toman los indios; la madera de este árbol es fortísima, pesada e incorruptible.

Lengua cuicateca.—Agua, *noné;* dame agua, *techede tuá noné;* tortilla de maíz, *zondo;* pan, *pan;* ¿cuál es el camino de Oaxaca?, *¿tiqué yoné Oaxaca?;* ¿qué hora es?, *¿de hora má?;* despacio, *despacio;* darino, *darino;* de prisa, *de prisa;* manio, *manio.*

La lengua mazateca se puso ya a la pág. 47.

Hasta aquí es camino real para Oaxaca, Guatemala y otras provincias, y de aquí se toma a Cuicatlán, etc. Nosotros dejamos este rumbo y tomamos el de Theutila, que es casi al Oriente, y así a otro día, como a las ocho de la mañana, empezamos a subir la gran serranía y montañas que llaman de Quiotepeque. La elevación y fragosidad de estos cerros es la mayor que he visto en la América y sólo se puede formar adecuado concepto viéndolo. Los pelos se me erizaron al considerar tan áspera subida y en algunos pasos ya me faltaba el espíritu para proseguir; aumenta la fatiga del camino la sequedad del terreno, pues, no obstante ser una serranía tan grande y elevada, no se halla agua hasta llegar al pueblo de *San Juan Coyula,* distante de Quiotepeque 5 leguas.

Los árboles de la subida son pochotes, palo mulato, algunas palmas, órganos y garambuyos, y también un árbol de tronco y ramas muy verdes con una cáscara muy sutil y delgada, pero de madera tan dura que las herramientas saltan como si dieran en una fortísima piedra, sin hacer mella en el árbol; pero, en secándose, pierde mucho de su dureza y que-

da como cualquiera otra madera. El verde de este árbol es raro y muy parecido al de los lagartos de la Europa, y aun las raíces que descubre tienen el mismo color y cuasi la figura de lagarto, de suerte que no pocas veces me engañaba pensando eran lagartos sus raíces. Ignoro el nombre de este árbol, pero yo le llamaré *lagarto.*

En lo encumbrado de esta serranía se muda enteramente de temperatura y de extremo de calor se pasa en poca distancia al contrario de frío: se ven otros árboles, otra tierra, otras plantas y otros frutos, lo que sucede repetidas veces en la América y en corto espacio de terreno, por lo que en un solo día se suele variar tres o cuatro veces de temperamento, pasando en un instante de un extremo a otro; y así decía un hombre experimentado, que en la América, del sumo calor al sumo frío no había más que un paso de diferencia.

En la bajada de esta montaña se encuentran pinos, oyameles, cedros, encinas y timbres, que es un árbol mediano, de cáscara muy encendida y colorada, que los indios echan en su pulque para darle vigor.

Fuimos a comer a *San Juan Coyula,* 5 leguas; es pueblito de indios y está metido en una profunda barranca de temperamento ardiente; hay abundancia de fruta, pero mayor de mosquitos, que me abrasaron piernas, muslos, manos y cara; ni faltan mordaces garrapatas, que sin sentir se meten por la carne hasta enterrarse en ella, y para sacarlas se pasan muchos dolores. En la iglesia hay una efigie muy grande y hermosísima de Nuestro Seráfico Padre San Francisco y otra de San Antonio, aunque no tan perfecta.

En unas hoyas profundísimas de esta jurisdicción y de temperamento tan fogoso y ardiente que de allí al infierno me persuado haber poquísimo, se cría el precioso y aromático árbol llamado *signaloe,* cuya madera es suavísima y olorosa sin ofender la cabeza; preserva de corrupción y polilla la ropa con el olor que la comunica, y por eso echan astillas entre la ropa o forran y embuten las baúles y arcas por dentro. Este árbol es poco grueso; su tronco será poco más abultado

que un muslo y así no pueden sacar tablas grandes, demás que su madera es bofa y de poquísimo peso.

Salimos de Coyula por la tarde y fuimos a dormir a Cuyomecalco, 3 leguas; con que fué la jornada de hoy 8. Este pueblo es el primero de la jurisdicción de Theutila y hubo la función de recibimiento que diré después. El camino desde Coyula hasta aquí es sumamente fragoso, la mayor parte por unas laderas angostas, y abajo, unas barrancas profundísimas, y por el lado opuesto, unas alturas eminentes, de donde descienden por sus quebradas muchos arroyitos y fuentes de agua dulce, fresca y cristalina. Es toda la serranía tierra muy fría, pero de una asombrosa frondosidad. Los árboles que se encuentran son erguidos pinos, corpulentos robles, membrudos encinos, incorruptibles cedros, vistosos oyameles y hermosos aguacates, aunque silvestres y cimarrones.

En toda esta serranía hasta *Chiquihuitlan,* lugar también de esta jurisdicción, se cría en las peñas y troncos de los árboles la famosa hierba medicinal llamada *calaguala,* tan acreditada en toda la Europa por sus admirables efectos, y aquí apenas conocida de los naturales. Todos los árboles se ven vestidos hermosamente de variedad apacible de bejucos y enredaderas, siendo entre éstas muy singular la parra que en la Europa llamamos de Indias por la anomalidad que en hojas y color tiene con la parra cuando está en sazón y con la hoja dorada. Va subiendo desde el tronco esta parra abrazando al árbol y dejándole vistosamente adornado, se separa por sus ramas con mil primores de hermosura y frondosidad.

Los mismos árboles tienen varios injertos en sus ramas, que producen matizadas flores y lirios; en particular es de suma hermosura un cogollo encarnado que brota de un montón de cebollitas que crían las ramas, con hojas como lirios, aunque no tan largas. También hay en estos montes una hierba no muy alta, que lleva una florecita encarnada como flor de lis con mucha propiedad.

Recibimiento que hacen al Alcalde mayor en su primera entrada.—Una legua antes del pueblo están esperando cuatro,

seis o más indios con sus clarinetes y teponastles o tambores, y, luego que descubren al Alcalde mayor con su comitiva, empiezan a tocar sus clarines, saludando con repetidas tocatas; más adelante, como media legua, hay otros tantos indios con chirimías, bajones y otros instrumentos que forman de palos huecos, y hacen lo mismo, saludando a su Alcalde mayor. Van estos coros de música delante por el camino, alternando sus conciertos hasta que llegan cerca del pueblo, donde ya están esperando el Gobernador de los indios, Alcaldes y thlatoles, topiles y demás república. En este sitio tienen formado un portal o casa de ramos y flores con su mesa y asientos, donde reciben al Alcalde mayor y personas de distinción que van en su comitiva.

Después que ha tomado asiento el Alcalde mayor, llega el Gobernador con la república, y con mucha reverencia le da un xuchil o ramo de exquisitas flores, saludándole con estos u otros equivalentes términos: «Todos tus hijos los naturales de este pueblo de N. nos alegramos de tu venida, y yo, en nombre suyo, te ofrezco este xuchil en reconocimiento de nuestro amor y sujeción», etc. Si no sabe el idioma de Castilla, lo dice en el suyo, y el indio que sirve de intérprete lo explica al Alcalde mayor, el que responde agradecido, asegurando hallarán en él un padre amoroso, etc.

Saludan igualmente a las personas de su comitiva y les dan también su ramo o xuchil. Como estos indios nunca habían visto Capuchinos, quedaban suspendidos al ver la barba, que era lo que más eco les hacía por no tenerla.

Después de estas ceremonias y cortesías, ponen la mesa con sus manteles y servilletas de algodón fino y bien labrado, sacan pan y un jicarón o cuenco de calabaza o coco lleno de chocolate, compuesto con atole y mil géneros de aromas para cada uno. Después sacan atole solo, un plato de tamales con chile y también frutas. Y es preciso tomar de todo, aunque no sea más que un bocado, pues son tan materiales los indios que, de no hacerlo así, lo tienen por ofensa y se dan por agraviados.

Acabado esto, caminan todos al pueblo, precediendo la

música de clarines, chirimías, teponastles; en el pueblo le reciben con repique de campanas, cohetes, saliendo todo el pueblo, chicos y grandes, a ver a su Alcalde mayor. Este se encamina a las casas reales, que así llaman a la casa destinada para su habitación, sea buena o mala; toma un refresco para pasar adelante o acomoda sus trastos, si ha de hacer mansión. En todo esto andan muy solícitos los indios, procurando obsequiar a su Alcalde con el mayor regalo y con una singularísima prontitud y reverencia. Dan luego disposición para acomodar las bestias, aprontan la comida, en que no falta su buen puchero, pollas, tamales, guajalote, y para beber, pulque, si es tierra que lo produce; chinguirito o atexcale. Qué sea toda esta jerigonza de términos, mira las págs. 92-94 del I tomo.

En fin, cuanto conduce a su regalo y asistencia, como no sean camas, que no las conocen hasta ahora, lo tienen prevenido y dan los pobres con la mayor bizarría y puntualidad.

Posesión.—Cuando llega a la cabecera o capital, llama a todos los pueblos de su jurisdicción, citando día; y juntos ya, se les lee la Cédula Real y demás despachos; lo que hecho, obedecen los Gobernadores y Justicias la Cédula, poniéndola sobre sus cabezas y aun besándola con el mayor respeto. Antes o después de este acto pasa cada Justicia en particular a felicitar a su Alcalde mayor, ofreciéndole un regalito, que en Theutila eran dos o tres huipiles, o una colcha fina de algodón; otros regalaban huevos, pescados, frutas y aun chiles secos, y no faltaba quien llevase dos o tres tazas de frijoles o judías; lo cual es preciso recibir, porque si no, quedan tristes, quejosos y aun pasan más adelante en su presunción, pensando es por desprecio o que les quiere castigar.

Cada Gobernador lleva estudiada una arenguita, o en su lengua propia o en Castilla (que así se explican cuando hablan el castellano), y aseguro haber oído algunas bellas expresiones de estos pobres indios. Los Gobernadores llevan

su bastón con puño de plata, y los Alcaldes ordinarios sus varas altas, como en España; los Fiscales llevan también vara alta, aunque negra, con un casquete de plata y cruz de la misma por remate. Aunque en esta función se visten de gala Gobernadores, Alcaldes y demás república, todos van descalzos de pie y pierna, como acostumbran a andar siempre. En Theutila se congregaron los pueblos que diré después, y sólo vi a un Gobernador que llevaba zapatos, pero sin medias, y a otros cuatro o cinco con cactles, que es un cuero fuerte a la planta del pie, atado a los dedos con un mecate o cordel. Si los indios dan de comer al Alcalde mayor, sacan al fin de la comida muchos mondadientes de madera de varios colores: unos encarnados, otros amarillos, otros blancos, otros negros, etc., por haber en estos países árboles de todos colores. Por remate de estos mondadientes ponen un cogollito o flor formada de las virutas o cortaduras del mismo palo, de cuyo tronco van sacando unas hebritas muy sutiles que enroscan después, acomodándolas con primor a la figura que se proponen.

Así reciben a su Alcalde mayor estos indios, y estas ceremonias, poco más o menos, practican siempre que van a visita de su jurisdicción o pasa por algún pueblo suyo, como iré diciendo después.

El temperamento de este pueblo de *Cuyomecalco* es frío por estar fundado en una ladera de la serranía; por esta razón tienen muy poca tierra para sus labores de maíz, que es el único fruto que produce, y le siembran con gran trabajo en algunas lomas y laderas de la montaña; hay buena agua. Tienen una iglesia muy curiosa con una bella torre; es pueblo de muchos indios y pertenece a la doctrina o curato de Theutila. A otro día les dije misa a los indios, que había ya muchos meses que no la oían, y después tomamos el camino al pueblito de *Santa Ana,* 2 leguas. Es de la jurisdicción, y hubo recibimiento, xuchiles, etc. De aquí a comer y dormir al pueblo de Chiquihuitlan, 3 leguas; jornada, 5. Hubo recibimiento, xuchiles, etc. Es pueblo grande de indios y se hablan tres lenguas: chinanteca, mazateca y mixteca. De la

lengua mazateca he puesto algunos términos a la pág. 43; pondré ahora algunos otros de la chinanteca, que es la más difícil de escribir y aun pronunciar, por ser gutural y narigal, o, por mejor decir, hablan más con las narices y gestos que con la lengua.

Idioma chinanteco.—Pan, *yhni;* dame pan, *hui yhni;* tortilla de maíz, *hihicu;* agua, *hú;* dos leguas, *diu eanu;* ¿cuál es el camino de Oaxaca?, *¿yu chiung Oaxaca?;* ¿qué hora es?, *¿maca do?;* uno, *coho;* dos, *tho;* tres, *neh;* cuatro, *quihu;* cinco, *nia;* seis, *nihu.*

A otro día, 17 de marzo y domingo cuarto de Cuaresma, dije misa a los pobres indios, que se alegraron mucho, y después tomamos el camino para Theutila, 3 leguas; jornada, 3. Hubo en este pueblo, como capital de la provincia, gran recibimiento, xuchiles, etc. El camino es todo muy escabroso y áspero; la mayor parte por unas laderas peligrosísimas. Se encuentran muchas palmas de coyoles, plátanos silvestres, otates o cañas sólidas y macizas, palo del bálsamo, de donde lo sacan especial; florifundios, liquidámbar, parras cimarronas, de las que hay dos especies: una con la hoja, sarmiento, tijeretas y color como la de Europa, pero no lleva fruto; la otra es en la hoja y color diversa y de racimos de uvas, aunque nunca maduran bien, como sucede a toda la fruta de tierra caliente, que es necesario quitarla del árbol para que madure, que es cosa bien rara y particular. Lo que he discurrido sobre este punto es que como en esta tierra, por su gran frondosidad, siempre están los árboles verdes y nunca se agostan ni jamás se ven sin hoja, están comunicando a la fruta aquel jugo y lozanía del árbol que no la deja sazonar hasta que la arrancan, y con esto va dejando aquel vigor y se madura.

Hay también en estos campos naranjas y limones silvestres. Los limones, así el árbol como el fruto, es más pequeño que el de la Europa; la cáscara, muy sutil y delgada, pero de mucho zumo y sin comparación más acre que el de

la Europa. En algunas partes, riéndose de los gachupines, que gastan toda la mañana en cocer la olla y un guisado, una sola hora antes de comer exprimen dos o tres limones, según la cantidad que han de guisar, sobre la misma carne, la ponen al fuego, y en este corto tiempo se sazona en el guiso que quieren, sin conocerse el ácido del limón sino en aquella proporción con que regularmente se usa para el apetito y gusto de una salsa.

Se ven también en este camino unas matas de una vara de alto con ramos de flores, de un azul muy especial y fino. En el mismo pueblo de Theutila se cría y nace el tabaco, aun entre las piedras, como cualquiera otra hierba silvestre.

Demás de estos árboles y plantas, se halla en los campos de Theutila el árbol de pimienta negra, que llaman de Yucatán. Los granos de esta pimienta son algo mayores que la fina, y la usan los indios para sus bebidas y guisados. El árbol es poco corpulento y la hoja se parece a la del laurel, y, cuando se frota entre las manos, despide una fragancia extraordinaria. En el pueblo de San Andrés, jurisdicción de Theutila, y 1 legua de distancia, se cría un árbol no muy grande que llaman *amarillo* por tener la madera este mismo color, la que se aprecia mucho por ser muy fina, firme y durable. Es muy común en estos campos un árbol del grueso de un muslo o poco más, muy derecho, con sus separaciones o ánulos como la caña, y en cuicateco, que es el idioma patricio, se llama *yondocucu*, que es lo mismo que palo de hormigas, porque en el centro, que tiene hueco, se crían unas grandes hormigas que le entran por las raíces y, sin conocerse por la parte exterior ni marchitar al árbol, se mantienen estas hormigas y crían dentro. La madera la aplican para caños de fuentes y guiar el agua para regar sus huertos. Ya es tiempo que lleguemos a

THEUTILA

En una eminente loma, coronada por todas partes de elevadas sierras, se mira, como capital de su jurisdicción, el pueblo de Theutila, a los 277 grados y 46 minutos de longitud, y 18 y 50 de latitud. Su temperamento es húmedo y templado, ocasionado a nieblas y ventiscas por la vecindad de las montañas que la cercan, aunque muy sano y benigno. Dista de la capital de Méjico 100 leguas a la parte del oriente, con inclinación al sur en la línea del oeste-sureste y con inmediación a la costa del mar del sur. Abunda en aguas dulces y saludables que le bajan de la sierra, en particular el agua del Apantle, que es una fuente cerca del pueblo; es de las más dulces y exquisitas que he bebido en toda la América; pasa por mucha zarza-parrilla.

El fruto que produce la tierra es maíz, algún poco de algodón y corta cantidad de vainilla, de que hablaré después. Es abundante en frutas, ya de la Europa y ya de las propias y peculiares del reino, como son piñas, guayabas, plátanos, aguacates, mameis, chirimoyas, chayotes blancos, limpios y sin espinas; zapotes prietos, chicos zapotes; con mucha abundancia de naranja, lima, toronja, limón y cuanta fruta produce tierra caliente, pues, aunque aquí no aflige tanto el calor, es por la inmediación de la sierra.

Los animales del campo son: leones, gatos monteses, coyotes, tigres lobos, armadillos, lobos, zorrillos, etc. Las sabandijas e insectos: culebras de cascabel, coralillos, escorpiones, alacranes, salamanquesas, cientopiés, niguas, jején, hormigas muy bravas, mosquitos, con las demás plagas de tierra caliente, aunque por lo templado del terreno no mortifica tanto esta chusma de bichos. A una legua de distancia corre por unas profundas barrancas, precipitado entre peñas, un caudaloso río que ofrece a los naturales abundancia de peces bobos y algunas truchas.

Es cabeza de curato del idioma cuicateco, y aunque se compone de nueve pueblos, como diré después, y en ellos

muchos millares de almas, no hay más que el cura y un vicario, aunque para el cumplimiento de Iglesia viene otro vicario más. Ni tampoco hay sacramento en la cabecera, ni menos en sus anejos, cosa tan frecuente como horrorosa en todos los curatos de este obispado de Oaxaca, exceptuando los que tienen los religiosos, que, a lo menos en la cabecera, hay sacramento, y también en los anejos donde reside de asiento algún religioso. De suerte que en toda esta jurisdicción de Theutila, que tendrá como ochenta mil almas, no hay sacramento en ninguna iglesia sino mientras se dice misa, cosa que horroriza y a los europeos hace increíble. ¿Cómo andará el pasto espiritual en estas provincias? ¿Cuál será el desamparo de estas pobres almas? Discúrralo el piadoso. En algunos pueblos se pasan cuatro o seis meses sin oír misa; sermón, plática o explicación de doctrina suele ser de año a año. ¿Y se admirarán algunos de la rudeza de los infelices indios? ¿Se admirarán de que vuelvan a la idolatría? ¿Se admirarán de verlos poco adelantados en la fe? Admírense con más razón de que no sean peores; admírense también de que haya tanto abandono en quien debía haber tan gran vigilancia.

Confieso delante de Dios que no pocas veces se ha enternecido mi corazón al ver estos pobrecitos indios, que por su naturaleza son bien inclinados, devotos y humildes, tan desamparados y faltos de doctrina; y digo lo que siento, *coram Deo et Jesu Christo*, que el haber quitado las doctrinas a los religiosos ha sido el mayor yerro que se ha cometido en la América, como lo van conociendo y experimentando los mismos que cooperaron a ello, aunque con buen celo y sana intención.

Este curato, en lo antiguo, era de Padres Observantes, y dicen mantenía en el convento de Theutila veinte religiosos, sin tres o cuatro que residían en los anejos, con que podían acudir al pasto espiritual de tantas almas; pues ¿cómo sólo dos ministros han de hacer hoy lo que antes hacían veintitrés? Es imposible, y esto aun cuando sean igualmente fervorosos y suficientes. Mucho me contrista el daño gravísimo que pa-

decen las almas de los pobres indios y, si pudiera mi pequeñez llegar al trono de nuestro Católico Monarca para abogar a favor suyo, no dudo de que su piedad pusiera pronto remedio a tantos males. Verdad es que, antes de venir a América, no juzgaba por acertado el que los regulares tuviesen doctrinas o curatos, pero después que pasé a estas provincias de la América y viajado gran parte de ellas, he mudado de dictamen en fuerza de repetidas experiencias, lances y sucesos que he visto y han pasado delante de mí. Ni en esto me mueve pasión alguna, sino la honra y gloria de Dios y salvación de las almas, pues mi santa Reforma, aunque tiene misiones, nunca ha tenido curatos ni doctrinas, y así no ha tomado partido en este asunto; y, como dice el autor de la *Carta familiar,* impresa en Méjico el año pasado de 1765, al número 83, no han alcanzado las turbulencias de nuestros tiempos a las misiones de los Capuchinos; por lo que no pueden notarme de faccionario. Demás que toda la América está clamando esto mismo, pues ven ya la falta de la doctrina y pasto espiritual; en gran decadencia el culto divino; el descuido formidable en la administración de los santos sacramentos; la ruina material de las iglesias; el ningún cuidado en su limpieza y adorno; la falta de ministros, y, en una palabra, el desamparo total en que se hallan, pues ni aun tienen quién les dé sepultura eclesiástica; y así, cuando muere algún pobrecito indio donde no se halla el cura, forman los demás una devota procesión con una cruz y llevan el cadáver a la iglesia, rezando el Rosario a coros en su idioma y, echando agua bendita, le meten en la sepultura; con que dan fin al entierro, que después tienen que pagar al cura que no asistió para nada. Si se halla el cura en el pueblo y no dan la cantidad que pide por su asistencia, sucede lo mismo: le entierran los propios indios sin que asista ningún sacerdote, y a lo más sale el cura a recibir el cadáver a la puerta de la iglesia y con un responso mal cantado le mete en la sepultura.

He visto uno y otro con gran dolor de mi corazón y confusión de que esto se permita entre católicos, y no en

pueblos muy pequeños, sino de cien familias, doscientas y aun trescientas. Me acuerdo que sobre esta materia han salido ya a la pluma las quejas que no pocas veces han afligido mi ánimo, pero sin libertad corre la pluma, guiada alguna vez de superior impulso.

La iglesia de este pueblo es bastantemente capaz; su advocación es de San Pedro Apóstol. Está cubierta de paja larga que llaman zacate, y lo mismo las casas reales y demás iglesias de la jurisdicción, porque dicen resiste más este género de techo a las muchas aguas que caen que las tejas y terrados, aunque vivo persuadido es sólo una costumbre, sin haber experimentado otros medios. En el altar mayor se venera en una urna de singular adorno y preciosidad una imagen de la Divina Pastora, hermosa, bella y agraciada, que colocó aquí don Antonio Catáneo, Teniente de Alcalde mayor que fué en esta jurisdicción y Alcalde mayor al presente en Guajolotitlán. Esta dulce devoción a la Divina Pastora se halla muy extendida en toda la América. Hay también una hermosa efigie de San Antonio con tres de nuestro Padre San Francisco.

El convento, que era de los Padres y hoy es casa y habitación del cura, se conoce era de muy buena fábrica, con sus claustros y celdas altas, aunque ya está muy derrotado y sólo se habitan algunas piezas bajas. En el cementerio, que es bastantemente capaz, hay muchos árboles, y entre ellos hay tres o cuatro corpulentísimos y de una disforme elevación, que llaman *soloxuchil;* lleva una flor blanca y grande con solas seis hojas, pero de un olor tan aromático que llena de fragancia casi todo el pueblo; luego que se cae esta hoja, se forma de su pezón a modo de una grande piña con variedad de labores esmaltadas en la misma piña; es muy dura y pesada; hecha pedazos, descubre en lo interior un corazón muy torneado y vistoso, y en varios cóncavos o senos tiene colocadas, como si fuera granada, sus semillas, que son como almendras de color encarnado y encendido.

En todas las iglesias de esta jurisdicción hay efigies de nuestro Seráfico Padre San Francisco, de San Antonio y

otros santos de la Orden, en que se conoce fué todo este territorio conquista espiritual de los Padres Franciscanos.

Se compone el vecindario de Theutila de cerca de trescientas familias de indios, del idioma cuicateco. Visten un género de chaleco de algodón y calzones anchos de lo mismo. Los caciques usan de una vestimenta de tela como capotillo, con sus mangas perdidas. Las indias traen un género de guardapiés con algunos colores o bordados, y su huipil, que es como un alba corta sin mangas, todo de algodón muy blanco y fino, y algunas, a proporción de sus facultades, le llevan muy delicado y vistoso, tejido como un finísimo encaje, y el huipil se le ponen también en la cabeza, aunque generalmente están en la iglesia con la cabeza descubierta, pues parece no habló el Apóstol con las indias cuando mandó que las mujeres se cubriesen con velo en las iglesias. Traen dos trenzas de pelo muy abultadas, entretejidas con unas cintas o listones negros o encarnados, que descienden separadas desde las orejas casi hasta el suelo, y, cuando se lo recogen, van enlazando las trenzas alrededor de la cabeza, que parece llevan coronas de espinas. Todos los indios e indias andan, como en todo el reino, descalzos de pie y pierna, de suerte que en este pueblo, siendo la capital, no vi más que a una india con zapatos.

La estatura de los indios de esta provincia excede a los de otras; sus caras y facciones, de alguna más hermosura y perfección que los otros indios, y su color no tan oscuro; fuertes, sanos y robustos, pero desbarbados como los demás indios. Las indias trabajan bien el algodón, tejiendo muy buenas colchas, mantelería exquisita, randas, huipiles delgados y finos, encajes muy preciosos, mosquiteros de buen gusto, colgaduras de cama y otras telas. Los indios trabajan en el campo y salen a otros pueblos y provincias a sus tratos; con que, evitando la ociosidad, no se hallan en ellos los vicios que son tan frecuentes en otros, como la embriaguez, etcétera.

Son muy inclinados al culto divino y ofician una misa con primor. Este año de 66 me hallé por Semana Santa en

este pueblo, y los mismos indios cantaron todos los oficios divinos con singular gravedad y devoción y no menos propiedad en las voces e instrumentos, aunque en sus procesiones se mezclan las extravagancias de todos los indios. La procesión del Domingo de Ramos acompañaban San Sebastián, San Antonio, Nuestra Señora de la Soledad, etc. En la procesión del Jueves Santo salieron diez o doce crucifijos de todos tamaños.

Cerca de la iglesia, en todos estos pueblos, hay un portal, mayor o menor a proporción de los vecinos, que llaman escuela, donde se juntan todos los días por tarde y por mañana a repasar las oraciones y doctrina cristiana todos los muchachos y muchachas con separación hasta que toman estado. Asisten a la escuela uno o dos fiscales o un fiscal y un topile, que son los maestros; y el fiscal va diciendo, v. gr., el Credo en su idioma, y van repitiendo todos, muchachos y muchachas, en voz alta o semitono con una agradable armonía, formando un eco muy sonoro y dulce.

Reside en este pueblo de Theutila el Alcalde mayor, y los indios tienen un Gobernador de república. La jurisdicción se compone de 36 pueblos con el agregado de Usita, y todos indios, pues, como la tierra es tan escabrosa y áspera, no se han radicado familias de españoles, que sólo buscan el interés en minas o haciendas. Lo mismo sucede en todo el obispado de Oaxaca, a excepción de algunos pueblos situados en caminos reales, que se encuentra alguna gente de razón—así llaman a los que no son indios—y españoles, y por eso toda esta tierra la poseen los indios; y, al contrario, tierra adentro que llaman y es de Méjico arriba, hacia Querétaro, Valladolid, Guadalajara, etc., por ser tierra llana, apta para haciendas, y por haber minas, se encuentran muchos españoles y pocos pueblos de indios.

En esta provincia de Oaxaca parece que Dios puso todos los cerros y montañas que le sobraron después que formó el mundo, poniendo también tanta diversidad de idiomas que, aburridos los que aquí llegaron, retrocedieron luego sin internar adentro. Los idiomas son 25. Las montañas y serra-

nías, enlazadas unas con otras, corren por más de 100 leguas, de suerte que todos los lugares del obispado, excepto los que contienen los tres valles de Oaxaca, están o en cerros eminentes o en laderas, y alguno que suele haber en hoyas y barrancas, se hace inhabitable por el mucho calor y fogosidad. Casi en toda la provincia de Oaxaca se padecen frecuentes terremotos.

En el pueblo de San Esteban de esta jurisdicción se hace lacre negro y aún más fuerte que el de España con sólo el trabajo de hervir en agua la goma que destila un árbol; es algo fétido y enfadoso cuando se quema; llaman lacre criollo.

PUEBLOS DE LA JURISDICCIÓN DE THEUTILA

Curato de Theutila: Theutila, San Andrés, Santa Cruz, Santo Domingo, Chiquihuitlán, Santa Ana, Cuyomecalco, Chapulapa, Talixtaca, Jalitatuane.

Curato de Jalapa y pueblos bajos: Jalapa, Yxcatlán, Suyaltepeque, Oxitlán, Tlacuasin, San Esteban, San Antonio, Quesalapa.

Curato de la Sierra: Tepetotutlán, Ayautla, San Juanico, Thenango, San Pedro Tlapepuscos, San Antonio Barrio, Santiago Tlapepuscos, San Juan Zapatitlán, San Pedro Sochiapa, Santa Ana Comaltepeque, San Juan Zautla.

Curato de Usila: Usila, Santiago de Arriba, Valle Real, Yetla, Osomasin, Jacatepeque, Chiltepeque, Tuxtepeque.

Alcalde mayor de esta jurisdicción: Señor don Andrés Fernández de Otañes, Caballero del hábito de Calatrava y Comisario de guerra; doña María Antonia, su mujer.

Alcalde mayor pasado: Don Andrés de Urioste, natural del Valle, cerca de Santurce. Don Manuel Amez, Teniente

en Theutila. Don Juan Manuel de las Casas, Teniente en Jalapa. Don Antonio Sanz de Velasco, su compañero. Don José Velarde, Teniente en Usila. Don Felipe de Lazabal, Cajero en Suyaltepeque.

Cura de Theutila: Señor don Joaquín de Chavarría y Haro.

SANTO DOMINGO

Habiendo estado en Theutila desde el día 17 de marzo hasta el día 2 de abril, miércoles después de Resurrección, salí por la mañana en compañía del ya mencionado Alcalde mayor por los pueblos bajos de su jurisdicción en tierra caliente; a comer, al pueblito de Santo Domingo, 7 leguas.

Recibimiento, xuchiles, etc. Pasamos la cuesta asperísima y famosa que llaman de Santo Domingo, o, por mejor decir, todo el camino es montaña y sierra. En lo alto de la cuesta hay una fuente cristalina que llaman el *agua bendita,* porque, según dicen, la bendijo un santo obispo de Oaxaca pasando por aquí a visita, y yo, sin ser obispo, la eché mil bendiciones, pues en muchas leguas no se encuentra más fuente que ésta. Desde este santo obispo no hay memoria de haber pasado otro por aquí sino el ilustrísimo señor don Ventura Blanco y Elguero, natural de Valladolid de España, y no me admiro, pues el camino es trabajosísimo y de suma aspereza.

Todo el camino está cubierto de árboles de extraña corpulencia y frondosidad, por lo cual llueve mucho, y, con la espesura de la montaña, ni da el sol, ni se seca bien el suelo, y así hay mil trabajos en este tránsito, sin hallar en todo él ni un solo rancho para reparo de las fatigas. Pero la frondosidad pasmosa del terreno, la variedad hermosa de aves y animales, hacen menos penoso viajar por estos desiertos. Todos los árboles que cría este país, corpulentísimos, y nunca se ven desnudos de hoja, sino en una continua primavera. Hay muchos cedros, oyameles, enebros, mameis

cargados de fruta grande y hermosa, limones, naranjas y cidras silvestres, parras y otros bejucos que se enredan por los troncos y ramos de los árboles hasta arriba. También suben por los árboles muchas enredaderas llenas de flor, con sus campanillas de todos colores: blancos, morados, azules, enarcandos, y otras matizadas con hermosa variedad de colores, formando a la vista un país tan delicioso y bello que sólo viéndolo se puede creer, y sólo con el paraíso, si éste no lo es, puede compararse. Son tantos los árboles y tan espesos que son impenetrables estos montes, ni se han pisado jamás por hombre alguno; y como las parras, bejucos y enredaderas visten los troncos y ramas, enlazándose unas con otras, forman unas concavidades o grutas tan oscuras que nunca las baña el sol.

Se crían en estos montes muchos monos, pero muy grandes y feos, que con sus gestos y visajes divierten por lo raro. Hay tigres, leones, jabalíes, venados y otros animales y fieras, faisanes abultados y hermosos, pavos o guajalotes, loros, pericos y otras aves raras y peregrinas. A las orillas del camino hay una mata con hojas anchas y largas como de plátano, que lleva un vástago de un encarnado vistosísimo y singular. Los árboles son tan diversos muchos de los de Europa, que no pude conocer una multitud de ellos.

Este pueblito de Santo Domingo es el primero de los bajos, y con razón los llaman así, pues es tierra muy baja y por eso ardentísima e intolerable, y tanto, que aun los naturales no pueden sufrir el calor y casi todo el día están metidos en el río que pasa por allí cerca. Su vecindad será 80 familias de indios. La tierra es frondosísima de todo género de árboles: hay bálsamos y sacan aceite, mucha fruta, buen agua, abundante pesca, pero la fogosidad, mosquitos, culebras y demás insectos venenosos la hacen molestísima y casi intolerable.

El comercio que tienen estos indios es en el cacao. Este precioso fruto, tan desconocido en la Europa antes de la conquista de la América como famoso y estimado después, le produce un árbol de su mismo nombre; su altura no pasa de

cuatro a cinco varas; le plantan o de estaca o de su misma fruta; a los tres años empieza a dar fruto. El primero que lo da es en el tronco, muy a raíz de la tierra; al segundo año, más arriba, y el tercero por las ramas, y así va extendiéndose a proporción, aunque nunca deja de arrojar fruto por lo seco del tronco y sus ramas, de suerte que parecen verrugas del mismo árbol. La hoja de este precioso árbol es muy parecida a la del naranjo de China, aunque más larga y diferente en el color, pues la del cacao tiene un verde oscuro y algo ceniciento, ni de tanto lustre como la del naranjo. Plantan estos árboles junto a otros muy frondosos, altos y de mucho jugo, que llaman *cacahuanantlí*, que quiere decir *madre del cacao;* y es así, porque, luego que ponen la estaca, la vivifica, se arraiga, comienza a echar hoja y va creciendo a la sombra y abrigo de su madre, pues es tan delicada esta planta del cacao, que el sol la seca y el frío la hiela, y por eso se da sólo en tierras calientes y al abrigo de otros árboles.

La fruta o cacao da en unas mazorcas, precediendo una flor blanca, de la figura de un gran pepino puntiagudo o de un melón pequeño, señalando la división de sus rajas desde el pezón hasta la punta. Las mazorcas no son todas iguales ni se proporcionan siempre en la magnitud al grueso de la rama o tronco donde están pegadas, pues sucede que una débil rama produce una gran mazorca, cuando un abultado tronco la produce chica. Si salen dos mazorcas juntas, la una siempre es endeble y poco útil. El color de la mazorca, mientras va creciendo, es verde como la hoja; después que ha llegado a su natural magnitud, se va mudando en amarillo algo claro. Cogida en esta sazón, que está en leche, se hallan los granos del cacao a manera de almendras, aunque de figura casi rotunda y gruesa, entre una carnosidad blanca y jugosa, colocados por su orden del modo que en el pepino. El color de la almendra o grano de cacao aún es más blanco que la carne con que se cubre. Estando así, puede comerse como cualquiera otra fruta, aunque en corta cantidad por ser muy ardiente y causar calenturas si se hace exceso. Yo

comí algunos granos, y su sabor, aunque gustosos al principio, se percibe después un agridulce algo desapacible.

Estando ya la mazorca amarilla, como hemos dicho, es cuando el cacao se empieza a nutrir de la carne con que se cubre y a consolidarse, llenando y creciendo la pepita el lugar que antes ocupaba la carne. A este tiempo va la mazorca mudando el color amarillo en musco algo oscuro, que es la señal de estar ya maduro y en sazón para cogerse. Entonces cogen las mazorcas, las hacen pedazos, sacan sus granos, que regularmente son treinta en cada una, y los ponen al viento para enzurronarlos después de bien secos.

Dos frutos da al año este árbol: uno por diciembre y otro por junio, y este último es más copioso, y aún algunos árboles dan otro medio fruto que llaman el esquilma, y por eso duran poco; de suerte que a los veinte años es preciso renovarlos. Requieren tierra muy caliente y húmeda y jamás se ve sin hoja. Las mazorcas no se pueden guardar estando verdes, pues se pudren sin secarse por la mucha viscosidad y crasitud que tienen. Yo hice experiencia con algunas, colgándolas al aire y al sol, y allí se pudrían como si estuvieran en una parte muy húmeda.

Las huertas donde crían el cacao son hermosísimas, pues, si el terreno lo permite, están los árboles en liños o hileras y, como para la defensa hay los cacahuanantles, hacen grande armonía. Siembran también para su resguardo otros géneros de árboles, como los mameis, que llaman quauhpatlactli, guayabas, anonas, zapotes, chirimoyas y otros frutales.

El uso del chocolate lo tenían los indios en tiempo de la gentilidad, aunque lo bebían frío, y aun en el día los criollos no lo hierven al fuego, sino lo toman en agua caliente. En esta provincia usan los indios de una bebida que llaman *pozole,* compuesta de cacao y maíz con algunos otros ingredientes de que hacen una masa blanca que beben desleída en agua fría o caliente y tiene un agrito no desapacible. Llevan esta masa en los caminos con algunas tortillas de maíz, que es toda su prevención para viajar.

Críase también alguna vainilla en este pueblito de Santo

Domingo, de donde salimos por la tarde a dormir al pueblo de Jalapa de la Sierra, 3 leguas; jornada, 10 leguas. Aquí hubo recibimiento, xuchiles, etc. A corta distancia de Santo Domingo se pasa en canoa el río; cría caimanes y lleva mucha agua. Por el camino, que es de increíble frondosidad, se encuentran muchos árboles de drago, de quien hablé antes. Son de mucho enfado a los caminantes la gritería y graznido de los guacamayos, loros, pericos, pitos reales, tordos y otras aves que andan saltando por los árboles, aunque deleitan no poco la vista con la hermosura de su plumaje. El camino es algo doblado y, antes de llegar al pueblo, acaba de repente una alta y disforme serranía que abre la puerta a Jalapa y otros pueblos bajos que, aunque están fundados en laderas y lomas de otros cerros elevados, se miran como en hoyas respecto la altura de la dicha sierra. No todo va a ser escribir: vaya una figurita.

Serranía y cerro de Jalapa.

Este pueblo de Jalapa de la Sierra tiene cerca de mil familias de indios, y así es de más vecindad que la otra Jalapa de la Feria, de quien hablé a las pp. 41 ss. del t. I. Es cabeza de curato del idioma mazacteco. La iglesia es de sola una nave, pero muy larga; hay una imagen de San Antonio hermosísima y de gran veneración. Hace un calor excesivo

y sus naturales duermen regularmente en hamacas, que son camas de red en el aire, con que gozan de algún ambiente fresco y se liberan de animales ponzoñosos de que abunda el terreno.

Los frutos que produce el país son: algodón, vainilla, cacao, maíz y mucha fruta; hay furiosas tempestades de rayos y centellas, acaso por la vecindad de la montaña. Reside aquí un Teniente de Alcalde mayor; lo era don Juan Manuel de las Casas, y cura, don José Joaquín Canete.

El diccionario de esta lengua mazateca va puesto a la p. 47.

SUYALTEPEQUE

Salimos de Jalapa a otro día por la mañana y fuimos a comer al pueblo de Ixcatlán, 4 leguas. Recibimiento, xuchiles, etc. En el camino, que no es tan áspero como el antecedente, se encuentran dragos, cedros, parras, enredaderas, palo mulato, otates, ules y otros muchos árboles, que no conozco ni he visto en mi vida. Los frutos de este pueblo: algodón, vainilla y maíz. Hay trescientas familias de indios; se bañan mucho en el río y usan de hamacas, los que pueden, cuya práctica es de todo este país y se hace preciso por las razones ya dichas.

Salimos por la tarde a dormir al pueblo de *Suyaltepeque*, 3 leguas; jornada, 7. Recibimiento, xuchiles, etc. Es el camino frondosísimo; hay muchos cedros, pinos, oyameles, dragosules, seibas, otates, palo mulato, parras enredaderas, bejucos, con otros mil géneros de plantas y árboles de singular grandeza y hermosura; hay también el palo o caña de hormigas y no pocas pasioneras silvestres.

A proporción de la frondosidad de los árboles es la multitud y variedad de las aves. Hay perdices, loros, guacamayos, pitos reales, gallinas de Moctezuma, patos silvestres o gua-

jalotes, tordos, sopilotes y muchas chachalacas, que son del tamaño y figura de las gallinas, andan saltando a bandadas en los árboles, siguiendo a los caminantes y como gritándoles en voz espantosa y lúgubre, dicen con mucha claridad: *No hay cacao, no hay cacao.* Sirven de reclamo muchas veces a los ladrones para insultar a los pasajeros. Hay otros géneros de ave de hermosa pluma y figuras extrañas, que no conozco; hay también tecolotes o buhos, alcatracas y muchas lucernitas que andan volando por la noche.

Las fieras y animales no son en menor abundancia; hay muchos venados, jabalíes, gatos monteses, leones o leopardos, coyotes, thlaquaches, osos y aun se deja ver el fiero animal que llaman *danta* o *gran bestia,* y en la provincia vecina, que llaman la Chinantla, son muy comunes estos monstruos.

Pero el más nocivo entre todos los animales y de que más abunda este país es el tigre. Hay tantos en estos pueblos bajos y están ya tan encarnizados e insolentes, que, no contentos con salir a los indios que están en el campo trabajando, se vienen de noche al pueblo y se entran en sus jacales. Se han comido muchos indios y a otros han arrancado brazos, piernas, etc., de suerte que viven estos pueblos en gran consternación y no se atreven a caminar ni salir solos al campo. El cogerlos es difícil por la espesura de los montes y fragosidad del terreno. Ponían trampas, llevaban perros, salían con armas, pero con poco fruto, pues rara vez mataban alguno, siendo frecuentes los estragos en animales domésticos, mulas, vacas, cerdos, etc., y aun en los racionales.

Para animar a los indios a perseguir estas fieras publicó un bando su Alcalde mayor, don Antonio de Otañes, permitiéndoles las armas de fuego, que les eran prohibidas, y señalando dos pesos fuertes por cada cabeza de tigre que le entregasen; les dió también lanzas y medias lunas, con que se esforzaron y salían a hacer sus batidas. El día 13 de abril, por la tarde, me avisaron que habían visto un tigre cerca del lugar; salí para animarlos y al punto se juntaron más de mil

indios, y, rompiendo árboles, desmontando matorrales, se pudo conseguir encontrarle en una cueva. Era ya tarde y dispuse que con troncos de árboles y ramazones se tapasen tres bocas que tenía la cueva hasta otro día, que a costa de gran trabajo en meter leña encendida, tirar balazos, entrar perros, etcétera, se consiguió el matarle en la misma cueva. Era una tigresa hermosísima y grande; se halló que las uñas de las manos y algunas de los pies las tenía quebradas, que sería por querer escaparse del encierro. Todo el pueblo se juntó en la plaza a ver este hermoso cuanto terrible animal, haciendo mil fiestas por el triunfo, que a la verdad no fué pequeño.

Las sabandijas y animales ponzoñosos que aquí se crían son en gran número: escorpiones, culebras de todos géneros, cascabelillo, corales, de que hablaré después.

Teponauyaque, que es una culebra parda, como de tres cuartas de largo, pero muy gruesa, sin cola, y parece tiene dos cabezas; es torpe para moverse y su veneno es muy activo.

Xuquilnauyaque: culebra negra y encarnada, muy larga y ligera; salta por los árboles, corriendo de rama en rama con suma velocidad; por tierra es igualmente ligera; cuando se halla acosada, se pone derecho todo el cuerpo sobre la cola y, vibrándose un poco, se tira como una saeta contra quien la persigue hasta vencer o morir; su veneno no es tan activo como el de las otras culebras, pues suele dar lugar, si no son muchas las heridas, para aplicar algunas medicinas; y aun algunos, luchando con estas culebras, las han muerto con navajas corvas.

Palancanauyaque: culebra negra, larga y gruesa; su cabeza es grande y de figura de un perro; feísimo animal y mortal su veneno.

Coconaquiscle u hocico de puerco: culebra no muy corpu-

lenta, negra y con el hocico romo: es muy activo su veneno.

Flechilla: culebra larga y delgada; salta por los árboles con tanta violencia, que dicen (yo no lo he visto) que pasa los hombres y caballerías como si fuera una flecha, de donde tomó el nombre.

Otra culebra hay casera y mansa que me parece la llaman *tlaconauyaque;* es parda y más gruesa que larga; se cría en las casas y las limpia de ratones, ratas, cacorniscles y otras sabandijas nocivas; no hace daño alguno ni huye de las gentes si no la siguen o espantan.

Salamanquesas: andan por los techos y paredes, y si caen al suelo, como sucede por su torpeza, se hacen pedazos, como si fueran de vidrio, y, saltando cada pedazo un poco sobre la tierra, vienen a morir; no hay duda en esta verdad.

Hay alacranes disformes en la magnitud, aunque no tan nocivos como en otras partes, pero su figura espanta; apenas había noche que no matase alguno en mi cuarto, y en una ocasión maté tres; otra noche maté también un cientopiés muy grande; otra, una araña disforme y venenosa.

Los mosquitos solamente no afligen en este pueblo y no he podido descubrir de dónde proviene este singular beneficio, siendo el terreno y todas sus circunstancias ocasionadísimo a estos molestos bichos.

Pero las culebras y víboras son tantas que es necesario vivir con mucho cuidado, registrar el asiento, mirar la cama, desenvolver la camisa y ropa que se ha de poner, sacudir las faltriqueras y bolsillos, pues cuando menos se piensa da uno con una víbora o culebra enroscada. Mas la divina Providencia ha ordenado que donde abunda el mal, abunde también el remedio. Se crían en estos campos con gran abundancia muchos *bejucos de culebra,* que son como unas enredaderas que se enlazan en los árboles y matas. El palo y hoja es de suma aspereza, pero, mascado, tragado el zumo y aplicada la hoja así mascada a la herida, es de grande

eficacia. Los indios, para hacer alarde de su valor, se untan todo el cuerpo con agua cocida en esta hierba; cogen una o dos víboras o culebras y se las enroscan en las piernas y los brazos y, sin recibir daño alguno, andan jugando con ellas; pero esta virtud se ha experimentado dura sólo por tres o cuatro horas, las que pasadas es preciso renovar el baño.

Está colocado *Suyaltepeque* sobre una loma alta y eminente, como atalaya de todos los otros pueblos; su temperamento es húmedo y cálido en sumo grado, por cuyo motivo todo se amohece y pudre con tanta brevedad, que de un instante a otro se pierde la carne, y así los demás comestibles, con que se hace preciso no matar más que lo que se ha de guisar inmediatamente. Al pan le sucede lo mismo; el chocolate se conserva tres o cuatro días, con la circunstancia de haber de estar en vasija de hojalata bien tapada.

La vecindad de este pueblo serán trescientas familias de indios; hablan mazateco y es anejo al curato de Jalapa. La iglesia, aunque grande, no tiene adorno por haberse quemado poco había. Son estos indios en las facciones y estatura como los de Theutila; su traje es todo blanco, de algodón; el de las indias es un pedazo de paño encarnado o azul por su guardapiés, y su huipil de algodón con algunas listas de encarnado o azul. Para descansar los indios se ponen en cuclichas, y de este modo pasan gran parte del día y están hablando unos con otros; los más no gastan sombrero, y cuando caminan, así hombres como mujeres, se ponen una jícara o media calabaza muy labrada en la cabeza, que les defiende del sol y les sirve de vaso para beber en las fuentes y hacer su *pozole*.

Las frutas de la tierra son chicos zapotes, aguacates, chayotes finos sin espinas, xicamas, guayabas, annonas, limones, limas, naranjas, piñas muy grandes y regaladas, guaxoniquiles, hobos, que es una fruta a modo de ciruela, pero muy aromática y olorosa; granaditas de China, plátanos, cacaguaras, pitahayas, papayas, tamarindos, camotes y otras

frutas de la tierra y de la Europa. Hay mucha jícara y no poco silacayote o cidra cayote.

Más adelante se describe la naturaleza y figura de las frutas. Ni es de pasar en silencio el precioso y medicinal fruto que aquí se coge de cañafístola, bien conocido y apreciado de los herbolarios. También se coge una habilla al modo de la de Guatemala, purgante sano y suave; se crían las habillas en una vaina y, al reventarse a la fuerza del sol, da un trueno como escopetazo. Viene aquí como en propio lugar tratar del rico y aromático fruto de la vainilla.

Es muy abundante la cosecha de este género y su comercio utilísimo al pueblo por el dinero que deja. La mata o, por mejor decir, enredadera que produce la vainilla es del grueso de un mediano sarmiento; su vara es de color verde algo claro, muy terso, con pocas hojas del mismo color y de la figura de una hoja de peral, algo más prolongada y gruesa; tiene mucha humedad y se hace pedazos con facilidad. Estas hojas las echa el vástago por unos nuditos o ánulos que tiene en proporcionada distancia como de una cuarta. El modo de plantar estas varas es atar una de la altura de vara y media al tronco de algún árbol elevado, pero de su naturaleza húmedo y poroso, y, sin otra diligencia, pues no se entierra el tal vástago o vara, va luego creciendo y enredándose por el árbol a manera de hiedra y, a los dos o tres años, empieza a dar las vainillas en lo más superior del árbol y cuesta no poco cogerlas, usando para esto de palos más altos con horquillas. Las vainillas las cogen por los meses de diciembre y enero, cuando están verdes, pero en su natural magnitud; entonces nada huelen hasta que las ponen a curar a la fuerza del sol, que es grande por este tiempo; a pocos días de estar al sol, van mudando el color verde en oscuro y destilando un aceite o bálsamo tan aromático que no puede sufrirse y aturde las cabezas. Es muy impertinente para curar este fruto y ponerle en sazón y se necesita un especialísimo cuidado para que no se pierda, pues es delicadísimo. Si no se le saca proporcionalmente aquel bálsamo o licor, se reviene con ello y se pierde. Si se supura mucho,

queda la vainilla sin virtud y como un palo, y así es menester gran tiento.

Luego que está curada y en sazón, se hacen mazos o manojos de a 50 vainillas cada uno y se atan con ojonote, que es una especie de hilo muy suave, que hacen de la corteza de un árbol conocido por el mismo nombre de ojonote. Después se encajona para España y otras provincias de Europa y aun del Africa, donde tiene este fruto la estimación que aquí se ha merecido con los naturales, que aun apenas le conocen sino donde se cría, que es sólo en estos pueblos. La vainilla, cuando verde, apenas se distingue de las que llamamos en Castilla judías verdes; después de curada, se adelgaza y queda con un color algo más bajo que negro. Cada vainilla tendrá un millón o dos de semillas tan pequeñas que casi son imperceptibles.

En este tiempo que estuve aquí se acabó de curar la vainilla y ayudé a hacer mazos y a encajonarlos, pues me gusta mucho su olor y fragancia.

Puede entrar también por fruto la miel que cogen silvestre, y seda cimarrona, que uno y otro lo producen estos campos sin cultivo alguno y en no poca abundancia.

Demás de la vainilla cogen también mucho algodón y algún cacao; cultivan también algunos árboles de canela, pero, por falta de instrucción, no es tan fina como la de Ceilán; el color es algo blanco y la cáscara gruesa; la usan los indios para sus comidas, del modo que usan también la pimienta negra o de Zucatán, de que abundan las selvas y campos.

Hay otro arbolito cuya madera tira a blanca y, luego que la echan en agua, se pone encarnada de color de nácara; hacen de esta madera mondadientes muy pulidos y otros varios juguetes.

Casi toda la piedra que se encuentra en este pueblo y sobre que está fundado es piedra de amolar, buena y muy dulce para todo género de instrumentos y armas filares; con que en cualquier piedra que hallan en la calle o en su casa amuelan sus cuchillos y machetes. Por la banda del norte tiene una gran peña de esta naturaleza de más de 50

pasos de largo y 30 de ancho, con sola una leve raja o hendidura. Desde esta peña, que está al piso del pueblo, pero en una suma elevación respecto sus inmediaciones, se descubren vistosísimos montes y selvas en las profundidades vecinas, y así ofrece a la vista este sitio un país muy delicioso y ameno.

Es combatido de terremotos el pueblo; hubo el día 11 de este mes de abril, aunque yo no lo sentí por ir entonces, que serían las diez del día, navegando en canoa por el río Tonto. Corre este río bastantemente caudaloso a una legua de distancia, y, con el ánimo de cazar algún caimán de los muchos que cría, me embarqué el dicho día 11 de abril, pero por estar el día templado y no hacer el calor que se requiere para que salgan de las cuevas estos animales, no logré mi intento, aunque sí el de divertirme con la admirable y pasmosa frondosidad de que están vestidas las riberas.

Parece increíble ver tanta amenidad en éste y demás ríos de la América: apenas se descubre un palmo de tierra; todas sus márgenes se admiran adornadas de corpulentísimos y frondosos árboles, tan espesos que algunas partes se enlazan por los dos lados y se navega debajo de cubierto muchas leguas, y a lo menos se lleva sombra, a no ser que alguna vez se tome el rumbo que lleva el sol. Con que es una delicia navegar por estos ríos de la América en tierra caliente, máxime en tiempo templado, en que no afligen los mosquitos, que a la verdad son insufribles en los ríos cuando hace mucho calor. La pintura más bien imaginada de la idea no puede llegar a formar una preceptiva que iguale a la rústica que copió aquí la misma naturaleza. He navegado en España los principales ríos, como Tajo, Duero, y en particular el famoso Guadalquivir, desde Sevilla a Sanlúcar de Barrameda, pero toda su decantada hermosura y alabada frondosiad es aridez y fealdad en comparación de estos ríos.

Tal es el vicio de la tierra que ciega los caminos con su grande amenidad, por lo que todos los años toman la precisa providencia de renovarlos, cortando las ramas y árboles que continuamente está produciendo, pues, si faltara este cuidado,

se hallarían en pocos años los pueblos cerrados, sin poder salir a comerciar por parte alguna. Lo mismo sucede en las tierras donde siembran su maíz, pues todos los años tienen que rozarlas, hallándolas de un año para otro hechas unas crecidas selvas y espesos matorrales.

Tal es la amenidad de la tierra, que las estacas que clavan en ella para formar sus cercas o corrales reverdecen luego, echan ramas y se hacen árboles; lo mismo sucede en los maderos que ponen por postes en los portales o casas, y lo mismo en las cruces que se ven en la tierra. No una sola vez he admirado este prodigio.

Aquí es continua la primavera; los árboles y plantas, siempre verdes, siempre frondosos, siempre amenos, siempre constantes en su natural vigor; y, como en otros países, aunque fértiles, brota la tierra humildes hierbas, aquí arroja corpulentísimos árboles y tan espesos, que se hacen impenetrables sino por los caminos reales, y aun esto a costa del trabajo que he referido de rozarlos cada año. A esta perenne e inalterable amenidad se llega la hermosa variedad de las plantas; son diversos los tamaños, muy extrañas las figuras, singulares los colores, y, si se considera la vistosa variedad de hojas, frutas, ramazones y pimpollos, no habrá quien, levantando el corazón al Creador del universo, no exclame con repetidas admiraciones, diciendo: *Benedicite omnia opera Domini Domino... Montes et omnes colles, ligna fructifera et omnes cedri: boestiae et universa pecora,* etc. Cuántas veces, al ver esta hermosura, aunque malo y pecador, me arrebataba en ternuras y demostraciones y, lleno de gozo, iba cantando por aquellas selvas las referidas palabras.

Increíble es lo que alegra a los caminantes la amenidad y espesura de estos bosques, contribuyendo en todas sus partes a beneficio suyo. El verdor y lozanía de los árboles les sirve de refrigerio a sus fatigas; la espesa frondosidad les sirve de reparo a las inclemencias del sol y de las aguas; los frutos que producen dan alimento a su precisa necesidad; los olores aromáticos que exhalan divierten el cansancio; las flores y variedad hermosa de matices recrean la vista, sin

que haya una rama que no tribute algún obsequio, siendo al mismo tiempo un vivo despertador de la omnipotencia divina para que por este breve mapa formemos alguna idea de la majestad incomprensible.

Y si, después de haber registrado la hermosura exterior de estos países bellos, quisiéramos investigar el tesoro grande que en sus virtudes medicables oculta, sería asunto no menos asombroso y deleitable. ¿Cuántos bálsamos, cuántos aceites, cuántas resinas, cuántas gomas se llevan con grande aprecio de estos países a la Europa, que ha descubierto admirables no el estudio ni curiosa aplicación de los naturales, que es ninguna, sino sola un rara casualidad o un accidente inopinado?

Ni carecen de virtud las raíces de los árboles; en todo se ostenta magnífico y poderoso el brazo del Altísimo, y así troncos, ramas, cortezas, hojas, flores, frutos participan de alguna cualidad benéfica, como testifican las boticas de la Europa, ricamente surtidas con las hierbas y específicos de la América.

Los verdes prados, en sus matizadas plantas, no son menos fecundos y liberales en beneficio del hombre; son muchas las que aprecia la medicina por famosas y singulares. Y aunque hay larga noticia en este punto, no es tan completa ni cabal como pudiera, ocultándose infinitos tesoros del mundo vegetable, por falta de aplicación en los mismos naturales.

Si levantamos los ojos, veremos cubiertos los aires de canoras aves y vistosos pájaros; si registramos las selvas, las hallamos pobladas de exquisitos animales, singulares fieras, formidables brutos, que no dan menos que admirar. Hasta las sabandijas e insectos tienen mucho de prodigio. Y confieso con ingenuidad que sólo quien ha viajado por estos países podrá formar cabal idea de las maravillas que pródiga la diestra del Señor puso en este nuevo mundo, ni puede la pluma más enérgica hallar modo para describirlo, ni el pincel más diestro formar un mapa completo de este paraíso.

Y, aunque la América toda sea en lo común frondosa y amena, se llevan la primacía las tierras calientes, en cuya

comparación todo es aridez y fealdad. Es sin duda el paraíso en la frondosidad de los campos, la amenidad de las selvas, la abundancia de exquisitas frutas, multitud de canoras aves, infinidad de animales, con otras mil preciosidades que encierra; pero el excesivo calor y tanto animal venenoso la hacen temible y formidable.

Pero dirá alguno: ¿cómo siendo tan excesivo el calor, es tan frondosa la tierra, pues debía ser árida y seca? Respondo que si le faltara la humedad, sería sin duda la más árida del mundo, pero no es así. Toda tierra caliente es muy baja, como vemos, y la más vecina a la mar, y como corren a él todos los ríos y fuentes, pasando por estas tierras calientes, las riegan y fertilizan. Demás que, como he notado, es mucha el agua que viene como trasvenada y oculta por la misma tierra, que por todas partes está brotando agua; y así se junta a proporción del calor la humedad, con que sale fértil, como se ha pintado.

Cuantos caminan por estas provincias, demás de su almofrej, dònde va la ropa de cama, llevan hamacas, mosquiteros y otros reparos para libertarse de la innumerable chusma de sabandijas que luego acometen al pobre desvalido con impiedad suma, armándose todos contra el que pisa su tierra; allí el venenoso zancudo, ardiente mosquito furioso alacrán, ponzoñoso escorpión, rabiosa culebra, insensible nigua y todo nocivo insecto, y aun esta prevención y prolijo reparo no basta. Quien va desprevenido de todo y sin prevención alguna, ¿cuánto padecerá? Pero por Dios todo es nada.

Volvamos ya del desierto al pueblo de donde salimos. Dije ya su situación alta y eminente, por lo que goza de unas vistas agradables y deliciosas en tanto grado que a la verdad embelesan. Desde aquí se descubren muchas leguas de selvas y montañas tan hermosamente vestidas de copudos árboles, variedad de plantas y espesura de ramazones, que no se ve un solo palmo de tierra sin natural verdor y agradable frondosidad, y, aunque hay no pocos árboles que se descuellan sobre los otros, exceden a todos los erguidos cedros y las

empinadas palmas, formando una agradable cuanto incopiable perspectiva.

Por las mañanas se ve no pocas veces en aquellas profundidades una tan delicada niebla, esparcida igualmente por todas partes, que aparenta a la vista un perfectísimo mar, estando en leche; con tal propiedad representa este objeto que se han engañado algunos y yo entre ellos.

Estando yo en este pueblo se publicó a los indios la Bula de la Santa Cruzada, que fué de singular regocijo a esta devota gente, que viven piadosamente ciertos que el año que se publica la Bula, que es de dos a dos años, o de tres en tres, es feliz y abundante la cosecha. Todos los indios toman la Bula, aun los más míseros, y la ponen en sus oratorios o santocales, la encienden luces y la rezan de rodillas. Lo mismo he observado en otros pueblos y provincias de esta América.

Estuve en Suyaltepeque doce días en la compañía amable de mi gran bienhechor el señor don Andrés de Otañes; en este tiempo no comimos más pan que tortillas de maíz, que es el pan que usaba Moctezuma por la razón ya dicha, de amohecerse; comíamos también tothoposcle, que es una hoja muy delgada y bien tostada a modo de barquillos, hecha de la harina del maíz. Y dejando aquí dicho caballero, tomé el camino de Oaxaca, agradecido a las repetidas finezas que me hizo; con que salí el día 15 de abril por la mañana a comer y dormir a Jalapa, habiendo pasado por Iscatlán, 7 leguas. A otro día muy temprano salí con dos indios que me alumbraban con hachas de Moctezuma, que son unas teas grandes que aquí llaman ocotes, hasta que amaneció, estando ya cerca del río de Santo Domingo; le pasé en canoa; me salieron a recibir y tocaron las campanas y vino todo el pueblo a tomar la bendición del bendito Padre: así me canonizaba su santa simplicidad. Aquí me detuve poco por el gran calor y muchos mosquitos. Empecé a subir la cuesta de Santo Domingo y en lo alto bebí de la fuente que llaman *Agua bendita,* y llegué, aunque tarde, a comer a Theutila, habiendo subido la cuesta a pie y con gran trabajo. Jornada, 10 leguas.

Aquí estuve hasta el día 18, que salí temprano a Chiguihuitlán, 3 leguas. Como este camino es áspero y pedregoso, no bastaban pies y manos para evitar las caídas; con los golpes se me hirieron los pies y, para complemento de los trabajos, me llovía, aunque al abrigo de una gran peña, que no faltan en este camino, me liberté como pude.

Después que salí de Chiguihuitlán volvió a llover más fuerte, pero me recogí en una cueva que parecía de fieras donde estuve con no poco miedo. Llegué, entre agua y niebla, a comer al pueblito de Santa Ana, 3 leguas. Vino la república a visitarme y, cumplidas las ceremonias, me dieron unos huevos y pan de Moctezuma, que es torta de maíz, con que pasé a dormir a Cuyomecalco, 2 leguas; jornada, 8. No sé cómo supieron los hermanos indios mi viaje, pues me salieron a recibir al camino con xuchil y aclamaciones, repique de campanas y demás ceremonias, postrándose a los pies del bendito Padre.

Por la mañana tomé el camino de Coyula, 3 leguas, y, sin detenerme, empecé a subir, aunque con trabajo, la gran serranía de Quiotepeque, de quien hablé antes. No puede explicarse la escabrosidad de esta montaña; gran parte de ella son unas laderas tan estrechas y peligrosas, que resbalando se cae a unas profundidades que se pierde la vista. Es peligrosísimo encontrarse dos, pues uno debe pararse donde mejor pueda para que pase el otro; sólo viéndolo se puede creer.

En esta tierra llaman a la referida montaña la Sierra Madre y con razón, pues produce otras ramas que van encadenándose unas con otras y extendiéndose por las provincias de Guatemala, Nicaragua, El Perú, Quito, Buenos Aires, Chile, los Andes y, para decirlo de una vez, atraviesan toda la América meridional y septentrional, sirviendo de cadena para enlazar estos reinos.

CUICATLAN

Llegué a *Quiotepeque* como a la una de la tarde, 5 leguas, y hallé ya el aire y ventarrón fuerte de que hice antes mención; comí y tomé el camino de *Cuicatlán,* a donde llegué muy cansado antes de anochecer, 6 leguas; jornada del día, 14. Desde Quiotepeque hasta Cuicatlán es algo áspero, pedregoso en parte, de mucha arena y no menos polvo; no hay agua en todo el camino sino a la salida de Quiotepeque, en un arroyo que se pasa tres veces sin puente ni canoa. Esta tarde padecí la mayor sed y fatiga que he tenido jamás, y aun todo el día fué de suma fatiga, ya por la jornada tan dilatada como por lo fragoso del camino, en que apenas di paso con seguridad ni fijeza.

Los árboles que se encuentran en el camino desde Quiotepeque a Cuicatlán son pochotes, guanascles, palo mulato, palo lagarto y otros. Aves: loros y guacamayos. Animales: onzas, coyotes, tigres, leones y tejos o tejones.

Nota.—Para Cuicatlán desde Quiotepeque hay varios atajos, y uno de ellos, y a mi parecer el más cómodo y breve, es por la misma ribera del río.

Item.—Para Cuicatlán desde Theutila hay otro camino, y creo será más breve; a lo menos no puede ser más áspero y fragoso, aunque los prácticos dicen que es sierra donde siempre o casi siempre está lloviendo. Este es de Theutila a Chapulalpa, 3 leguas; a Papalo, 6 leguas; a Cuicatlán, 4 leguas.

El pueblo y cabecera de Cuicatlán dista de la ciudad de Méjico 80 leguas al rumbo del sur en 274 grados, 10 minutos de longitud, y 18,50 minutos de latitud. Su temperamento es cálido y seco. Está en el camino real para Oaxaca, Guatemala y otras provincias, y por eso hay algunas familias de españoles con tiendas y comercio de grana, pero la

mayor vecindad se compone de indios del idioma cuitateco. Hay cura clérigo y la iglesia parroquial es muy buena en la fábrica y adorno. Abunda de frutas de todos géneros, en particular de chicos zapotes, y, aunque su temperamento es seco, como he dicho, tiene suficiente agua que traen por tarjea para regar sus huertas y sembrados.

Hay muchos alacranes, famosos en todo este país; son chiquitos y rojos, pero muy bravos y venenosos. Los niños, hasta la edad de diez a doce años, mueren indefectiblemente si les pica el alacrán; pero los grandes, aunque *se traban* y padecen mucho, no mueren todos y se libertan no pocos. Aún más cruel y mortífera es la picadura de una arañita, como un grano pequeño de aljófar; a pocos instantes muere el paciente ahogado en su misma sangre, sin remedio alguno.

Como las arañas y alacranes andan regularmente por las paredes, tienen la providencia de poner sus camas, los que no usan hamacas, apartadas de las paredes. Ni tampoco faltan otras plagas de tierra caliente, como son mosquitos, talages y hormigas doradas y bravísimas, niguas, culebras, etc.

Me recibió en su casa con mucha caridad y devoción don Casildo de Arrazola. Día del Patrocinio de San José dije misa, y el lunes siguiente, por la tarde, fuí a dormir en un tapescle al pueblito de indios que llaman *Don Dominguillo*, 5 leguas.

A un cuarto de legua de Cuicatlán se pasa por vado el río grande; lleva mucha agua; me pasaron en mula. Este río es el mismo de Quiotepeque, p. 47, y de Santo Domingo, p. 65. Después, como a una legua, se encuentra el pueblito que llaman *San Pedro*, afamado por los chicos zapotes; a corta distancia, otro más pequeño que llaman *El Chilar*. En este intermedio hasta *Don Dominguillo* se pasa dos veces el famoso río de las Vueltas.

Aunque es llano el camino, tiene mucha piedra y arena que le hacen muy pesado. Arboles, casi los mismos que antes y también palmas de coyoles, cocos, órganos y garambuyos. En Don Dominguillo hay unas lucernas muy encendidas y de color de fuego que alumbran mucho de noche. Se dejan

algunos trapiches de azúcar no muy lejos del camino. En Don Dominguillo andaba un perro rabioso y acometió al tapescle donde yo dormía, aunque sin daño.

A otro día por la mañana salí de *Don Dominguillo* al río de las Vueltas, tan famoso como enfadoso. Le pasé hoy 52 veces y, junto con las dos del día antecedente y seis del siguiente, componen el número de 60. Tuve el gusto de ir con el tintero en la mano contando estas vueltas. Algunos han contado más vueltas; otros, menos; pero esta variedad depende de que, con las avenidas de agua, muda de rumbo la corriente, y también del camino que cada uno toma a su arbitrio, aunque ofrece muy poco la estrechez del terreno, pues tiene su curso por una cañada angosta o cajón profundo.

En tiempo de aguas se toma otro camino por ser éste intransitable, y aun cuando no lo es, lo toman muchos por libertarse de tantas vueltas y, a mi parecer, lo aciertan por ser más breve, y, aunque montuoso, tiene mejor piso y ahorran así los peligros de contraer calenturas, pasmos, resfriados y otras enfermedades muy regulares a los que pasan este río y sus vueltas. El camino se toma desde Don Dominguillo a San Pablo Cotahuistla, 4 leguas; a San Francisco de Huiso, 7 leguas; a Guajolotitlán, 1 legua.

Yo, que tomé mi rumbo por el dicho río de las Vueltas, fuí a comer al pueblo de Atlatlauca, 5 leguas; es la cabeza de curato del idioma cuicateco, y el cura se llamaba don Francisco Carreño. Es tierra caliente y seca; hay no pocos mosquitos y talages. Se deja a mano izquierda del camino un trapiche de azúcar; a dormir en un petate al pueblito de Jayacatlán, 5 leguas; jornada, 10. Aquí se venera una imagen de Nuestra Señora de la Soledad muy milagrosa, que dicen fué aparecida en un árbol. Hay muchos chilares y frijoles en el camino que, aunque es llano, tiene no poca piedra. Arboles, casi los mismos, pochotes, cosahuicos, que lleva una frutilla a modo de círculo de cascabelillo, muy dorada, y la comen los indios; su sabor es dulce, aunque pegajoso y no muy agradable; pero a buen hambre... Hay también seibas, aunque todas las plantas con alguna aridez por

la sequedad del terreno. Al anochecer empiezan a cantar en los árboles unas avecillas pequeñas que llaman ovejitas y se pegan a los troncos y ramas tan fuertemente, que se hacen casi imperceptibles. Su canto es un chillido algo molesto y lúgubre.

Al otro día por la mañana salí de *Jayacatlán* y empecé a subir la cuesta de *San Juan del Rey,* y antes se pasa seis veces el río de las Vueltas; también se pasa el río Blanco, de poca agua. Al principio de la cuesta se encuentra un rancho. Es esta cuesta un brazo de serranía fría y destemplada, de suerte que, siendo tierra caliente hasta la falda, apenas se da un paso para subir cuando se muda enteramente de clima, pasando al instante de cálido a frígido. El piso hasta la cumbre es pedregoso en parte, pero el de la bajada es tierra fuerte. Por toda la cuesta se ven muchas cruces de las muertes que han hecho los ladrones, y por eso es temible aun en estos tiempos. Los árboles que se ven en el camino son robles, encinas, cedros y enebros. Lo más áspero de la cuesta en subida y bajada serán 4 leguas.

Acabada la cuesta se encuentra el pueblo de San Juan del Rey, 6 leguas; es de corta vecindad, hablan el idioma zapoteco y pertenece a la doctrina o curato de Guajolotitlán, que es de Padres Dominicos. En la iglesia hay un altar con una hermosa pintura de San Ildefonso, y también una bella efigie de San Isidro Labrador.

Es tierra templada hasta Oaxaca y no hay mosquitos. Se cogen buenos trigos y maíces, y los había secos, verdes y de todas calidades.

Aquí, dejando el camino real para Oaxaca, tomé el de Guajolotitlán, donde fuí a dormir, 4 leguas; jornada, 10. Antes se encuentran los pueblitos de Santa Marta, La Magdalena, Santiago, y a media legua de este último se encuentra

GUAJOLOTITLAN

Estaba en este pueblo Alcalde mayor don Antonio Catanes, con quien vine de España, y Teniente, don Diego González, su sobrino.

Este pueblo en tiempo de la gentilidad estuvo fundado en lo alto de la cuesta de San Juan del Rey y era como atalaya del rey zapoteco, donde tenía los más valerosos capitanes contra el imperio mejicano, que intentaba sujetar estas provincias. Aún hoy se ven algunos vestigios de la antigua población, y en memoria ha quedado una capillita que llaman de San Ildefonso. Bajóse después a la llanura en que hoy se mira, gozando de bellas tierras para todo género de semillas en temperamento más frío que caliente, teniendo proporción para regar sus sembrados con las cristalinas aguas del río Atoyaque. Crían estos campos salvia exquisita y tanta abundancia de rábanos gruesos y crecidos, aunque algo duros y de un acre fuerte y desapacible, que impiden las labores y tienen que arrancarlos.

En lo antiguo beneficiaban estos indios mucha seda con que esmaltaban sus vestidos de algodón; pero, temiendo acaso que los españoles les obligasen a su cultivo, que ellos voluntariamente ejecutaban, cortaron los morales, mataron los gusanos, con que se acabó casi enteramente este precioso fruto, aunque en otros pueblos cercanos de la Mixteca se coge con abundancia. También criaban no poca grana, pero ha decaído tanto que en el día no hay más que dos cosecheros. De la grana hablaré en la p. 117.

Dos idiomas hablan en este pueblo: zapoteco y mixteco; para todos tienen ministros bien instruídos los Reverendos Padres Dominicos, de quien es este curato o doctrina y sus anejos. El convento que aquí tienen como capital es muy decente y en él están sepultados muchos religiosos venerables que refiere la *Historia de la Santa Provincia de Predicadores de Oaxaca* (parte 2, cap. 42), a quien pertenece.

La vecindad será de doscientas familias de indios y algu-

na gente de razón. La tierra es fértil y abundante no sólo de semillas, sino también de frutas, aunque los naturales se inclinan más a lo primero. La referida *Historia,* en el lugar citado, dice: «Danse aquí muy regaladas frutas, y las tuvo la huerta de la casa, las mejores de sazón y gusto que se cogían en la provincia; había preciosísimas uvas, aceitunas, peras, manzanas, albaricoques o damascos, granadas, membrillos, duraznos y tan lindas hileras de naranjos, cidras, limas y limones, que parecía un bosque, a que ayudaban muchos frutales de la tierra: aguacates, ciruelos, morales y hualabos con estimadas brevas y chirimoyos, etc.» Toda esta hermosura que pinta la *Historia* se ha convertido en una selva de espesuras y malezas agrestes e infructuosas.

Los indios de esta jurisdicción son arrestados y valientes. El año pasado de 65, día de San Diego, prendieron ellos mismos su Alcalde mayor, don Diego de Aguiar, Regidor de Oaxaca, Comandante en jefe de las milicias de caballería de esta provincia, y le pusieron con grillos en la cárcel pública de este pueblo sólo porque había enviado presos a Oaxaca a dos de sus caciques. Fué muy ruidoso este lance del Alcalde mayor y su prisión, y se han visto en las casas reales de su habitación las señales de las piedras que le tiraron y destrozaron puertas y ventanas.

Llámase también esta jurisdicción con el nombre de *Huiso* y tiene los pueblos siguientes: Guajolotitlán, cabecera; San Francisco de Huiso, Santiago, Santa Cruz, Santo Domingo, San Sebastián, La Magdalena, San Juan del Rey, San Lázaro, San Andrés, Santo Tomás, San Felipe y San Lorenzo. Todos estos pueblos pertenecen a curatos y doctrinas de Padres Dominicos que están bien administrados por el celo y aplicación propios de su instituto.

Salí de Guajolotitlán lunes, 28 de abril, por la mañana, y fuí a comer a la insigne ciudad de Oaxaca. Jornada del día, 6 leguas.

OAXACA

El camino es llano y de buen piso; hay en el intermedio varias poblaciones, haciendas y ranchos. Antes de entrar en la ciudad se pasa el río Atoyaque a vado y se ven muchos nopaleros de grana.

Las casas del marquesado y residencia del Alcalde mayor de las cuatro villas del valle de Oaxaca están en el camino real, a la entrada de la ciudad. Pertenecen estas cuatro villas con sus anejos, que son muchos, como diré en su lugar, al Marqués del Valle y Duque de Terranova, de la casa de Cortés, y de este valle tomó el título de Marqués de que, con otros estados y posesiones, le hizo merced la Católica Cesárea Majestad del señor Carlos V, al famoso y nunca bien ponderado capitán Cortés por sus singulares méritos.

En el valle de Oaxaca, distante de la ciudad de Méjico 95 leguas al este-sureste, a los 279 grados y 10 minutos de longitud, 18 y 2 minutos de latitud, en ameno sitio regado de muchas cristalinas fuentes, coronada de vistosas sierras, se mira como reina de todas sus provincias la insigne ciudad de Oaxaca, conocida también por el nombre de Antequera. Es silla episcopal, erigida el año de 1535, y hasta el presente ha tenido 80 obispos, como diré después.

Su vecindad es crecida; su comercio, rico y opulento, ya por lo precioso de sus frutos: añil, grana, etc., como por ser paso necesario para las provincias de Guatemala y demás que se contienen en el istmo de tierra que une los dos reinos de Nueva España y el Perú, como son Chiapa, Honduras, Costa Rica y Nicaragua.

El estado político, real y militar se compone de un Corregidor con grado de Teniente de Capitán General a guerra, doce Regidores, dos Alcaldes ordinarios, con una ilustre Diputación de su comercio. El eclesiástico, de su venerable e ilustrísimo Obispo con su respetable Cabildo, compuesto de Deán, cuatro Dignidades y ocho Canonjías, con suficiente número de Capellanes, músicos y demás ministros necesarios

para el divino culto. Hay dos curas en la parroquia del Sagrario de la santa iglesia, con algunas ayudas de parroquia repartidas en la ciudad. Tiene muchas ermitas, como se ven en la explicación del plano de la ciudad, p. 126.

Tiene los conventos siguientes: dos de Reverendos Padres Dominicos, el grande, de suntuosa fábrica, como cabeza de la provincia de San Hipólito de Oaxaca, y el de San Pablo, que, junto con ser colegio, es también curato o doctrina de indios de los idiomas mixtecos y zapotecos; convento de Padres Descalzos de San Francisco, San Agustín, la Merced, Carmelitas, Jesuítas, San Juan de Dios y Betlemitas, con oratorio nuevo de San Felipe Neri.

Los conventos de religiosas son: el de Santa Mónica, de Monjas Recoletas Agustinas, muy ejemplares; Santa Catalina, de Dominicas, sujetas a la Orden; la Concepción, sujetas al Ordinario; Capuchinas, de grande veneración en el pueblo. Hay también un colegio de niñas y dos con becas para estudios, y son Santa Cruz y San Bartolomé, a lo que se agrega un respetable número de sacerdotes.

La ciudad es de las más lucidas del reino; sus calles, bien repartidas e iguales, como demuestra a la p. 126 su plan. Los edificios fueran aún más suntuosos si no hubiera sido tan combatida la ciudad de repetidos terremotos por constitución de su clima; y, aunque alguna vez le insulta esta dolencia, no es con el rigor que antes, cuyo singular beneficio debe reconocida al patrocinio del Señor San José desde que le juraron por patrón para este efecto; en cuyo día va la ciudad a su iglesia con la mayor pompa y solemnidad, llevando el pendón real. San Marcial Obispo es patrono de la catedral y ciudad desde la conquista.

Día del Corpus, 29 de mayo, como a las ocho de la mañana, se sintió un terremoto que no causó daño alguno, pero no salió la procesión del Señor. Yo no percibí este fenómeno por ir a decir misa, hasta que las voces y campanas que tocaban a rogativa me avisaron. Yo estaba este día en Theutitlán del Valle, 6 leguas de Oaxaca, donde se experimentó lo mismo que en la capital, y, aunque yo no lo sentí,

como he dicho, tuve muchos vahídos de cabeza que me privaron, aún estándome revistiendo, para decir misa.

Por esta razón las fábricas y edificios antiguos eran humildes y bajos, pero en el día, con el favor del Señor San José, levantan casas altas, iglesias suntuosas y obras magníficas; pero así las fábricas antiguas como las modernas son vistosísimas y de singular hermosura por lo exquisito y raro de las piedras en que imitó la naturaleza con la mayor vivacidad y perfección al pórfido, pues su color es entre verde y azul, con varios resaltes y admirables brillos, los que se perfeccionan y aumentan cuando llueve. Es esta piedra sólida, dura y pesada; no pocas veces, admirado y curioso, me paraba a examinar tanta belleza.

El temperamento es templado y seco, pero muy sano; su situación, en un valle alegre y llano, aunque por el rumbo del oriente está sobre una tendida loma; la vecindad será de mil familias, en que, según informe hecho al rey este año de 1766, hay más de veinte mil personas de comunión. Frutas, muchas y diversas: peras, manzanas, zapotes, granadas, nueces, melones, algunas uvas, piñas, cocos, limones, cidras, toronjas y sobre todo pitahayas y limas. Sólo el trigo no tiene la bondad que en otras partes; siémbrase alguno, pero se cría desmedrado, de ollejo duro, poca harina y masa oscura; dicen consiste en que las aguas son sulfurosas y nitrosas. Las demás semillas se cogen en sazón.

Bien conocidos y celebrados son en la Europa los polvos de Oaxaca para el chocolate. Todos los tributos de esta provincia se entran al rey en tres géneros: en cacao de Soconusco, en chocolate ya fabricado y en polvos de Oaxaca. Es queja general de los europeos que, echando en la América los mismos ingredientes en el chocolate que en la Europa, no sale bueno, sin saber en qué consiste; sólo Oaxaca es excepción de esta regla, pues su chocolate excede en bondad a lo mejor que se fabrica en España; puede contribuir mucho la calidad preciosa del cacao de Soconusco que, por la inmediación de esta provincia de Soconusco con Oaxaca, se logrará en mejor sazón.

Fabrican también en esta ciudad el lacre negro o criollo, de que hablé a la p. 63. Ni es de omitir la fábrica de rosarios que aquí hacen, escribiendo en sus cuentas el cántico de Magníficat o Jesús, María, José, Joaquín y Ana, con cualquiera otra devoción que fuera del agrado del que los manda hacer, pintando también en las cuentas de los dieces las imágenes que uno quiere, ya de Nuestra Señora, San José, San Antonio, San Francisco, etc., con mucho primor y singular propiedad. Las cuentas las hacen de *tepexilote*, que es cierta frutilla que produce un árbol; también de coquitos de palma torneados y de otras frutas de robles. El modo de escribir las cuentas es el siguiente: las cuecen en agua con una vainilla que llaman *cacalote*, fruta de un espino que se da en tierra caliente, y, antes de que se quite aquella humedad que tienen las cuentas, las escriben con agua de alcaparrosa o forman las efigies que quieren, quedando de color negro y tan permanente que jamás se gasta ni pierde. Son muy estimados estos rosarios en esta América y en la Europa por la virtud que se ha experimentado contra maleficios, aire corrupto y tempestad de rayos.

Los hombres visten a la española, con capa o a lo militar, según su esfera, aunque no faltan enmantados, que aquí llaman palomillas o porque las mantas o frazadas con que andan rebozados son blancas, o por alguna otra alusión propia de su carácter, aunque he reparado que en esta ciudad no es considerable el número de semejantes leperuscos o zaragates. Las señoras visten su armador blanco y para salir de casa usan de manta con puntas o sin ellas. Las de mediana esfera llevan dengues de terciopelo o de bayeta blanca con guarniciones de cintas; otras llevan paño de rebozo, y las pobres, en lugar de manto o mantellina, se ponen por la cabeza sus guardapieses o senaguas, que aquí llaman, con puntas de holán o encajes.

Es singularísima la devoción que no sólo en Oaxaca, sino en toda la provincia, tienen a Nuestra Señora de la Soledad, cuya devota y milagrosa imagen se venera en el convento de Agustinas Recoletas, que llaman Santa Mónica, siendo el

asilo en todos los trabajos y calamidades de Oaxaca y su provincia. Los indios la quieren mucho y hacen mil extremos de afecto, ternura y devoción en su presencia; los viernes, dedicados al culto de esta Señora, apenas se puede entrar en la iglesia, aunque es suntuosa y grande, por la multitud de indios que concurren de la provincia a visitar a esta Reina, sirviéndome de confusión mi tibieza ver las afectuosas expresiones de estos pobrecitos neófitos, llorando, suspirando y exclamando ternísimamente delante de su madre y nuestra.

Es piadosa tradición que esta sagrada imagen se halló en un cajón en la esquina del cementerio de su iglesia, sin saber quién la puso allí ni de dónde vino. Es de estatura más que regular, de rostro hermosísimo y de rara majestad; las manos tiene algo inclinadas, con una flor preciosa en ellas, en memoria de un prodigio que obró con una india que, ofreciéndola unas flores y no pudiéndolas poner en manos de la sagrada imagen, por estar en alto, se inclinó Su Majestad a tomarlas. Se venera en el trono del altar mayor, que es magnífico y precioso. Sobre el trono de Nuestra Señora hay un cuadro grande de nuestro San Félix de Cantalicio recibiendo el Niño de la Virgen; a la página siguiente diré la devoción que tienen aquí al bendito santo. La estampa de Nuestra Señora de la Soledad pondré aquí.

En el convento de San Agustín hay una pintura grande y antigua de Nuestra Señora del Sagrario, de Toledo. En las Capuchinas hay un hermoso altar de San Isidro Labrador con una efigie del santo y varios cuadros de su vida y milagros. En el hospital de San Cosme hay otro cuadro de San Isidro.

La iglesia y convento de Padres Dominicos es de lo mejor y más curioso que he visto; la limpieza y singularísimo esmero que se ve en este convento da a entender claramente la gran observancia, virtud y santidad de sus profesores. Vivo persuadido, y creo no me engaño, que es señal evidente de la santidad, la curiosidad; de la pureza, la limpieza. Luego que veo una iglesia y registro un convento, de

V. R. de N. Sr. de la SOLEDAD,
DE OAXACA. COMO ESTA en su Iglesia.
Joh. Navarro. del. Sc. Mexico

su adorno o desaliño, de su esmero o abandono conozco luego la observancia de aquella casa.

Es este convento de Padres Dominicos cabeza de la provincia llamada de San Hipólito de Oaxaca y, aunque muy corta, pues tiene sólo seis pequeños prioratos, es entre todas las de la Orden la más reformada y observante, mereciéndose justísimamente el título de *santa,* que la distingue de las otras. Su comunidad es crecida, pero ejemplarísima; traen el hábito muy tosco, de sarga o serga, el rosario al cuello; comen siempre de viernes; maitines por todo el año a media noche; mucho retiro, mucha oración y mucha santidad. Han florecido y florecen en el día insignes sujetos en virtud y letras. Sus trabajos apostólicos, sus afanes y celo verdaderamente seráfico en la conversión de estos indios, tan diversos en los idiomas como bárbaros en las costumbres, lo podrá discurrir el que haya peregrinado por estos países tan fragosos y ásperos, y el que haya tratado a estas gentes. El que quiera instruirse a fondo en la materia, lea la historia de esta provincia, que con singular acierto escribió el Padre Fray Francisco de Burgos.

Estos Padres han sido solos en la conversión de toda esta provincia, y así han tenido casi todos los curatos y doctrinas del obispado con singular ejemplo y edificación, como es notorio en todo el Reino, pero ya se los van quitando, con singular sentimiento de estos pobres naturales y detrimento conocido de sus almas, que lloran la pérdida de tan buenos Padres y pastores, que los habían instruído en la fe y religión católica.

En el convento de Santa Catalina, de Religiosas Dominicas, floreció con gran fama de santidad y milagros la venerable Madre Jacinta de Santa Catalina. Escribió muchas obras llenas de una profundísima teología; se guardan en el archivo del convento grande sin ver la luz pública, por contener casi en general toda la doctrina de los Jesuitas contra los tomistas.

Permítaseme a mi devoción un leve desahogo en obsequio de nuestro capuchino San Félix de Cantalicio. En el con-

vento de Reverendos Padres Descalzos de nuestro Padre San Francisco, único de la Orden en todo el obispado, hay un altar del bendito lego con una primorosa efigie y varias pinturas de la vida y milagros del santo. Es grande la devoción que le tienen en esta ciudad, mostrándose el santo agradecido a favor de sus devotos con repetidos y frecuentes milagros, en particular con las mujeres que peligran de parto.

Todos los años en su día se le hace una gran función con misa y sermón, dotación que dejó uno de sus devotos. Introdujo esta devoción el venerable Hermano Fray José de Vargas, religioso lego y limosnero que fué muchos años en este convento, donde murió con gran fama de santidad a 21 de diciembre de 1739. He leído la partida de muerto en los libros de este convento y allí se refieren algunas virtudes y milagros de tan venerable lego, perfecto imitador de San Félix en austeridad y penitencia. Fué europeo este venerable siervo de Dios y, a lo que parece, natural de Vargas, cerca de Toledo. Trajo de España un nudo de la cuerda o cordón de San Félix, que conservaba por gran reliquia. Fué admirable la conversión de este lego y, después que tomó el hábito en esta provincia de San Diego, promovió la devoción de su devoto San Félix, a quien se propuso imitar con admirable esfuerzo. Hizo infinitos milagros por medio de la reliquia del santo que aplicaba a los enfermos y siempre con feliz suceso. Están en el día muy presentes las memorias de este venerable religioso. Aunque el convento está a lo último de la ciudad y son tan fuertes los aguaceros, como todos saben, en tiempo de aguas, que más es caer ríos desprendidos de las nubes que llover, nunca pudieron conseguir que se quedase a comer fuera ni permitir le llevasen en coche, aunque le instaban los devotos, y aun se hacía preciso por el tiempo, por sus achaques y por su respetable ancianidad, no obstante que los prelados le tenían dada licencia para uno y para otro. Era frase común con que respondía a estos devotos obsequios las siguientes palabras: «Ir en coche y comer fuera, el día que me muera.» Nunca pudieron comprender el sentido, hasta que lo verificó el suceso. Un día salió

a ajustar las cuentas a casa del síndico y pidió licencia para comer con él; diósela el Guardián gustoso, y al principio de la comida le acometió un tan fuerte accidente, que no volvió de él y murió luego. Trajeron una silla de manos para llevar su venerable cadáver al convento y le hallaron tan rígido que no le pudieron acomodar en ella, con que fué preciso traer un coche y luego le pusieron en él, flexible y blando, verificándose su enigmática respuesta.

El cristal que tiene la urna de San Félix es milagroso. Encargóle el síndico a Méjico por orden del venerable Fray José, pero, habiéndose espantado el macho que traía el cajón donde venía acomodado, le arrojó contra las piedras y se hizo muchos pedazos. Llegó el arriero a las nueve de la noche a Oaxaca y entregó al síndico el cajón con los pedazos por si se podían aplicar a algún otro uso, refiriéndole el suceso; tomó el cajón el síndico y luego empezaron a menearse los pedazos haciendo ruido; dejólo hasta la mañana con ánimo de ocultárselo al siervo de Dios y pedir otro por no darle pesar. A otro día, al amanecer, llamó a la puerta Fray José y, extrañándolo el síndico, mandó abrir, y con mucha alegría preguntó por la vidriera de su San Félix; sorprendido el síndico, pues nadie le había avisado de la venida del arriero, y conociendo su virtud, no le quiso ocultar el caso; refirió lo que había pasado y, para que se certificase más, mandó abrir el cajón; pero el bendito Fray José repetía muchas veces: «No puede ser, no se ha quebrado. ¿Había de hacer eso mi San Félix? Yo bien sé que está entero.» Abrieron el cajón y hallaron el cristal bueno, sano, hermoso y sin lesión alguna. Da gusto ver este prodigioso cristal, y tiene un no sé qué de hermosura que llama la atención aun al que ignora las circunstancias. Pudiera referir otras maravillas que obró este venerable lego por intercesión de San Félix, cuya devoción la extendió mucho.

No quiero levantar la pluma sin referir una cosa rara que he hallado en estas provincias de la América. He visto muchas personas devotísimas de San Félix, sin otro motivo que haber visto alguna medalla o pintura del santo, y sin

saber ni de qué Religión ni cuál fué su vida, a excepción de algún europeo que tenga noticia del santo, pues como aquí no hay conventos de nuestra Orden, carecen enteramente de instrucción en este particular, y así aun los más cultos entre los criollos nos tienen por Betlemitas; otros, por de San Francisco de Paula, cuya Religión tampoco se ha establecido aquí, por ver al santo con barba; otros, por de San Antonio Abad, por la misma razón; no pocos, por Cartujos, sin saber por qué, y aun otros desatinan más altamente.

En gran parte habrá reparado este daño una *Carta familiar* que el año pasado de 1765 se imprimió en Méjico, escrita por el doctor don Fraderico Fonsancij a don Ricardo Anffescinio, en que, con bella elección de materiales, estilo culto y apreciable brevedad, hace una sinopsis de toda la reforma y sus principales glorias. Ha sido bien recibida esta *Carta* de los hombres de buen gusto, y a la verdad lo merece, haciéndose un grande honor por esta erudita pieza el referido Fonsancij. Algunos han querido decir que esta *Carta familiar* es mía, sin otro fundamento que el creer anagrama riguroso de *Francisco de Ajofrín, Fraderico Fonsancij,* y aun también *Ricardo de Anffescinio;* pero no profundizan en el examen buscando razones de más peso. Si los que me honran con este atributo hicieran crisis juiciosa entre la hermosa brillantez de la *Carta* y el tosco pedantismo de mis borrones, no juzgaran así. Lo que no puedo negar es que por dirección mía y en obsequio de nuestros santos se abrió en Méjico la lámina que aquí pongo, junto con otra del bendito San Félix, que dedicó el mismo abridor a esta excelentísima señora Marquesa de Cruillas, Virreina de la Nueva España y devotísima de San Félix.

La Santa Iglesia Catedral de Oaxaca, aunque no muy elevada, por los terremotos, es bastante capaz y de bella estructura; tiene tres naves, demás de las capillas, con el adorno y decencia correspondiente. Entre las reliquias que atesora, se venera un brazo de San Juan Crisóstomo con otras no menos preciosas y estimables. En una de sus capillas se adora una santa cruz, como una vara de alto, parte de aquella mila-

Descenderunt Patres tui, et ecce nunc multiplicavit te Dnûs Deus tuus. Deuter. 10. 22.
SS. CAPU CHI NOS.
1 S. Fidel de Simaringa Martir 2 S. Jph. de Leonisa Conf. 3 S. Felix de Cantalicio. C.
4 S. Seraphin de Montegranario. C. Nabarro. Sc. M.

S. FELIX DE CANTALICIO DE LA ORDS. FR.co CAP.V
CHINO, Llamado el Limosnero del Cielo.

grosa y admirable cruz del puerto de Guatulco, en la mar del Sur, como 30 leguas de Oaxaca. Esta cruz la trasladó de Guatulco a su santa iglesia de Oaxaca el ilustrísimo señor don Juan de Cervantes, su dignísimo Obispo, cuyo cadáver descansa sepultado en la sala del *De profundis* del convento grande de San Francisco, de Méjico, patria de su señoría ilustrísima.

La historia de esta sagrada cruz de Guatulco refieren varios escritores: Villaseñor, en su *Teatro americano,* tomo 2, lib. 4, cap. 18; *Diario sagrado,* 3 de mayo; *Historia de la provincia de Oaxaca de RR. PP. Dominicos,* parte 2, capítulo 69; Torquemada, *Monarquía indiana,* tomo 3, lib. 16, cap. último, f° 205, y otros, y es de esta manera: Muchos años antes de la conquista, que, según el cómputo y modo de contar de los indios, fué en el tiempo de los Apóstoles, llegó a aquel puerto de Guatulco un varón venerable de color blanco, barba crecida, vestido del modo que pintan a los Apóstoles; habló a aquellos naturales en su propio idioma, que es mixteco, y les instruyó en muchos misterios altos y profundos; formó una cruz muy alta y él sólo la enarboló y colocó; cuando no bastarían muchos hombres juntos para hacerlo; le hallaban los indios frecuentemente delante de la santa cruz puesto en oración y, habiendo pasado algunos días entre ellos, les dejó encomendado este santo madero, asegurándoles que les vendrían por medio de él repetidos bienes, lo cual experimentaron en sus necesidades, acudiendo a su patrocinio, como a cosa sagrada. Según esta relación se da a entender que Santo Tomás, o algún otro apóstol, la colocó allí. Permaneció la santa cruz, a pesar del tiempo y sus inclemencias, ilesa e incorrupta por tantos siglos, hasta que el año de 1587 hizo un desembarco en este puerto el holandés hereje y cruel corsario Thomas Cambrice, el cual, enfurecido al ver este santo madero descollado sobre los demás árboles de aquella playa, determinó derribarle en tierra y hacerle astillas; trajeron hachas, pero a los golpes saltaban los aceros sin hacer mella alguna en la cruz; mandó arrimar leña y quemarla, pero en vano, pues resistió como dia-

mante. La untaron con brea, y se mostró incombustible; la aplicaron sierras para aserrarla, tampoco lo consiguió; últimamente mandó atar las guindaletas y cables del navío a la santa cruz y darse a la vela con mucho viento; quebráronse los cables, la cruz se quedó inmoble y el pérfido hereje se ausentó no menos confuso que rabioso. ¡Oh poder divino! De este santo leño se cortó el que hoy se venera en la Santa Iglesia Catedral de Oaxaca y que he adorado con no poco consuelo de mi espíritu, recordando otros prodigios de la santa cruz, que he visto en esta América y se conservan entre los indios. En el pueblito de Santa Cruz, cerca de Theutila, hay una cruz milagrosa. En Los Chomtales, no lejos de Guatulco, se ve en la tierra forjada una cruz, sin que las aguas ni vientos la hayan podido borrar. En el valle de Jalisco se venera otra prodigiosa cruz formada en la tierra de ciertas hierbas; llaman a esta santa reliquia la cruz de Tepique, cuya historia escribió el Padre Francisco de Florencia, Jesuita (v. p. 284 del I tomo). No me detengo en referir sus circunstancias por no ser de mi instituto; sólo hago estos apuntes para mi recuerdo. Bendito sea el Señor que nos dejó tan sagrada memoria de su pasión y muerte.

Este obispado se fundó por los años de 1534; hasta el presente ha tenido veinte Obispos, cuyos retratos están en la sala capitular, por el orden y con la inscripción que se sigue:

OBISPOS DE OAXACA

1. El ilustrísimo señor don Juan López de Zárate, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Oviedo, en España; fué electo primero Obispo de esta ciudad el año de 1534 y murió el de 1554; asistió al primer Concilio de Méjico, donde murió.

2. El ilustrísimo señor don Fray Bernardo de Alburquerque, de la Orden de Predicadores, fundador del convento de Santa Catalina de Sena, de esta ciudad; fué electo segundo Obispo el año de 1555 y murió el de 1564.

3. El ilustrísimo señor don Fray Bartolomé de Ledesma, fundador del colegio de San Bartolomé, de esta ciudad, y de la cátedra de Teología moral; fué electo tercer Obispo el año de 1566 y murió el de 1572.

4. El ilustrísimo señor don Fray Baltasar de Covarrubias y Cervantes, natural de la ciudad de Méjico, del Orden de San Agustín; fué electo cuarto Obispo año de 1574 y murió el de 1584.

5. El ilustrísimo señor don Juan de Cervantes, natural de Méjico, Arcediano y Gobernador de la Universidad en Sagrada Teología; fué electo quinto Obispo el año de 1586 y murió el de 1614.

6. El ilustrísimo señor don Fray Juan de Bojorques, natural de Méjico, del Orden de Predicadores; fué electo sexto Obispo el año de 1620 y murió el de 1633.

7. El ilustrísimo señor don Leonel de Cervantes, natural de Méjico y Deán de la Santa Iglesia Catedral de Guadalajara; fué electo séptimo Obispo el año de 1636 y murió el de 1638.

8. El ilustrísimo señor don Baltasar de Benavides y la Cerda, natural de la isla de Tenerife, en Canarias; Arcediano de Lima; fué electo octavo Obispo el año de 1643 y murió el de 1652.

9. El ilustrísimo señor don Fray Diego de Evia y Valdés, del Orden de San Benito, natural del principado de Asturias; fué electo noveno Obispo el año de 1654 y murió el de 1656.

10. El ilustrísimo señor don Alonso de Cuevas y Dávalos, natural de Méjico; fué electo décimo Obispo el año de 1658 y murió el de 1664. Ascendió al arzobispado de Méjico, donde murió dicho año.

11. El ilustrísimo señor don Fray Tomás de Monterroso, del Orden de Predicadores; fué electo undécimo Obispo el año de 1665 y murió el de 1678.

12. El ilustrísimo señor don Nicolás del Puerto, natural de este obispado, Canónigo Doctoral de Méjico; fué electo el duodécimo Obispo el año de 1679 y murió el de 1687.

13. El ilustrísimo señor don Isidro Sariñana, natural de Méjico, Deán de aquella Santa Iglesia Metropolitana y Catedrático de su Universidad; fué electo el décimotercero Obispo el año de 1683 y murió el de 1696.

14. El ilustrísimo señor don Fray Manuel de Quirós, de la Orden Benedictina; fué electo el décimocuarto Obispo el año de 1698 y murió el de 1699.

15. El ilustrísimo señor don Angel Maldonado, del Orden de San Bernardo, natural de Ocaña, en España; fué electo el décimoquinto Obispo el año de 1702 y murió el de 1728.

16. El ilustrísimo señor don Fray Francisco Santiago y Calderón, del Orden de la Merced, natural de Huete, en la Mancha; fué electo décimosexto Obispo el año de 1730 y murió el de 1736.

17. El ilustrísimo señor don Tomás Montano, natural de Méjico y Deán de aquella metropolitana; fué electo décimoséptimo Obispo el año de 1738 y murió el de 1742.

18. El ilustrísimo señor don Diego Felipe Gómez de Angulo, natural de Burgos y Deán de la Santa Iglesia Catedral de La Puebla de los Angeles; fué electo décimoctavo Obispo el año de 1747 y murió el de 1752.

19. El ilustrísimo señor don Buenaventura Blanco y Helguero, natural de Valladolid, en España; Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Calahorra y Vicario General; fué electo décimonono Obispo el año de 1754 y murió el de 1764.

20. El ilustrísimo señor don Miguel Anselmo Alvarez de Abreu y Valdés, natural de las islas de Canarias; fué electo vigésimo Obispo de Oaxaca el año de 1765; gobierna hoy y gobierne por muchos años.

Dominicos, cuatro; Benitos, dos; un Bernardo, un Agustino, un Mercedario; los restantes, clérigos. Ha habido siete Obispos naturales de Méjico y de éstos cuatro sucesivos, cosa pocas veces vista.

De estos ilustrísimos prelados es muy gloriosa, entre todos, la memoria del venerable e ilustrísimo señor don Fray Angel Maldonado, y no es inferior la de su inmediato sucesor, el

ilustrísimo señor don Fray Francisco Calderón, y llena de mil elogios la del señor Blanco y Helguero.

El Venerable Cabildo, como ya tengo dicho, se compone del Deán, cuatro Dignidades y ocho Canonjías, con los ministros suficientes para el culto divino. Los Canónigos que conocí referiré a la p. 124.

Los curatos que hoy tiene este obispado, según consta de un informe que he visto hecho al Rey este año de 1766, son 1.235, y muchos de ellos con más territorio y extensión que un obispado regular en España.

Como pertenecientes a Oaxaca y sus confines pondré los pueblos que contiene la Alcaldía mayor de las cuatro villas del marquesado que hoy goza el excelentísimo señor Duque de Terranova y Monteleón, Marqués del Valle y descendiente del siempre grande Hernán Cortés.

Primera villa: Santa María Juchimilco. *Agregados:* San Juan Chapultepeque, San Martín Mejicapa, Santa María Asompa, San Jacinto Milpas.

Segunda villa: San Pedro de Etla. *Agregados:* Santa María, Santos Reyes, Asunción, Jesús Nazareno, Guadalupe, La Soledad, Santiago Etla, San Sebastián Etla, San Agustín, San Gabriel, San Miguel, San Juan Guelachi, La Natividad, San Pablo Etla.

Todos estos pueblos de la villa de San Pedro de Etla componen un solo curato que en España pudiera ser un buen obispado.

Tercera villa: Cuilapa. San Lucas Tlanichico, San Pablo Peras, San Miguel Peras, San Raimundo Jalpa, Santa Ana Sagachi, San Jerónimo Sagachi, San Jacinto Chilateca, San Juan Chilateca, Santa Catalina Minas, San Pedro Guegorexa, San Antonio de la Cal, San Agustín de la Cal, Santa Lucía, San Sebastián Tutla, Santo Domingo Tomaltepeque, San Andrés Guayapa, San Francisco Tutla.

Cuarta villa: Santa Ana Tlapacoya. San Martín Lachila, Santa María Chichigualtepeque, Xoxocotlán.

Estos cuarenta y dos pueblos son los que componen el marquesado del Valle, donde se tituló Hernán Cortés, y en

ellos vivió muchos años retirado este insignísimo e incomparable hombre, a todas luces grande, de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

En la villa de Cuitapa fué donde hizo mayor residencia; dista de Oaxaca 2 leguas; es curato de clérigos; antes lo fué de Padres Dominicos. El convento que tenían los Padres y les fundó Hernán Cortés, con la iglesia de que hablaré después, aún permanece firme y constante, pero sin la decencia y curiosidad propia de tan respetable sitio; el claustro es sobre magnífico, todo de piedra labrada y de hermosa arquitectura. El claustro bajo está pintado al temple de varias historias sagradas por mano de un indio de aquellos tiempos de la conquista, con el primor y arrogancia que pudiera hacerse en el día; los colores son muy exquisitos y tan permanentes que parece acaban de pintarse los lienzos. Era este convento el segundo que se fundó en esta santa provincia y de los más graves de ella; florecieron aquí muchos varones apostólicos de que hace mención la segunda parte de la Historia de esta Provincia de reverendos Padres Predicadores de Oaxaca, al capítulo 38, y fué también casa de noviciado y taller ilustre de la mayor santidad. Tan sagrados recuerdos me causaron no poca tristeza, al ver hoy este santuario conculcado y convertido en casa profana e inmunda.

La iglesia primitiva, correspondiente en la fábrica al convento, aún no se ha acabado; es voz común que acusaron al nunca bien ponderado Hernán Cortés que, con título de convento e iglesia, fabricaba una inexpugnable fortaleza para conseguir sus ideas—tanto puede la envidia—; con que mandaron cesase la obra, que hubiera sido, según sus arranques, de las más suntuosas de la América. La citada Historia de Predicadores dice lo siguiente, hablando de esta iglesia: «Era tan suntuosa y de tanta altura, que llegando a las cornisas, se mandó de parte de la Real Audiencia que parara por ser villa del marquesado. La obra es de artesones de cantería, lo más asombroso que se ve en esta Nueva España. Las repisas para el pavimento de los arcos, siendo de medio ángulo

circular, tiene once principios de lazos que habían de correr a las bóvedas; y el de la capilla mayor es tan relevante y de tantas molduras, que de cera vaciado fuera de grande aseo y curiosidad.» Hasta aquí la referida Historia.

Dicen también que no se ha atrevido maestro alguno a concluirla según la primera planta, pero lo tengo por hipérbole, pues, aunque es cierto que es a todas luces grande esta máquina, de admirable estructura y singular idea, tengo por sin duda que no faltará quien pudiera acabarla en el siglo en que vivimos, aunque para aquellos tiempos primeros fué un milagro en el arte y aun nada vulgar en los presentes. Mucho tuvo que admirar mi curiosidad en esta pasmosa fábrica. La capilla mayor está acabada, aunque no según la primer idea, y en medio de ella hay una lápida sepulcral bien labrada, y grabado un escudo de armas con un nopal y un águila, que es el timbre de esta América septentrional, con la siguiente inscripción: *Aquí yace doña Juana Cortés.* Dicen era hija de Hernán Cortés y de doña Marina, y lo dan a entender el apellido y las armas. Otras letras y caracteres tiene la lápida, que yo no pude leer.

Como no se acabó la iglesia que fabricaba Cortés, labraron los indios otra en el atrio, aún más ancha y larga, también de cantería; es de tres naves, con gruesas columnas de mármol, aunque el techo es de madera; el coro de los religiosos estaba en medio, a modo de catedral, y verdaderamente lo parece. Las paredes son de hermosísimos arcos de piedra labrada con gran primor y simetría; antes estaban abiertos estos arcos por la multitud de indios, pero hoy están cerrados. Tiene ocho arcos por banda, soberbios y arrogantes.

Las alhajas de plata que ofrecieron los caciques y demás indios para el culto divino en cálices, custodias, candelabros, lámparas, blandones, etc., son de mucho precio y dignas de una catedral. Tiene unas andas o carro para llevar la custodia, de vara y media de alto, todo de plata, con sus columnas y adorno correspondiente, y subió el coste a nueve mil pesos. Tiene un buen reloj, órgano sonoro, y sobre todo me causó no poca admiración la armonía dulce de las campanas,

que con mucha razón las alaba la Historia de la provincia en el lugar citado. Yo llegué al pueblo en ocasión que hacían la fiesta al Santísimo y quedé sorprendido de tan sonoro eco; son tan grandes y sonoras, que se oyen en Oaxaca, no obstante la distancia de 2 leguas y muchos cerros que median.

Es muy fértil la villa y abunda en todo género de fruta, en particular palmas de dátiles, nueces y naranjas. El que guste de mayores noticias de esta villa, lea la Historia citada repetidas veces de esta Provincia de Padres Dominicos.

A una legua de Cuilapa y dos de Oaxaca está en un espacioso llano el pueblo de *Sachila,* que pertenece al corregimiento de Oaxaca. Es población grande y de muchos indios. El día 14 de mayo de este presente año de 66 hubo un furioso tumulto con estos indios y otros inmediatos contra el Corregidor de la ciudad, que de orden de la Real Audiencia había ido a dar posesión de unas haciendas. Primero intentaron los indios quemarlas, pero sólo lo consiguieron en algunos jacales y ranchos. Juntáronse después en crecido número indios, indias y muchachos con piedras, flechas, machetes, espadas y algunas bocas de fuego, se formaron en el campo con buen arte militar y, tremolando sus banderas y batiendo los tambores, fueron a buscar al Corregidor que ya estaba con alguna gente prevenido. Usó el Corregidor de varios medios para quietarlos, ya con razones, ya con amenazas, mandando disparar al aire; pero, insolentes los indios, acometieron con grande alboroto y griterío y a la primera descarga se pusieron en confusión y huyeron, quedando muchos muertos y otros heridos; cogiéronse algunos prisioneros y los demás se refugiaron a los montes.

Toda la ciudad estuvo en consternación, pues se dijo que se volvían a juntar en mayor número, por lo que se levantaron algunas compañías milicianas para socorro del Corregidor y custodia de la ciudad. Movido de caridad fuí a Sachila a remediar, si podía, tantos daños, pacificando los indios; pero, cuando llegué, ya se había dado la función y hallé al lugar despoblado y sin gente, y sólo algunos muchachos e indias que se habían retraído a la iglesia, y los

muertos en el campo sin sepultura; con que todo era llantos, gemidos, confusión y tristeza.

Los indios, dicen, serían cerca de tres mil; los que acompañaban al Corregidor, ochenta; de éstos quedaron heridos tres, habiendo muerto de los indios ocho, sin saberse el número de los heridos ni aun fijamente el de los muertos; es regular hayan muerto allí algunos de los heridos.

Estos mismos indios, pocos meses antes, mataron a un Notario delante del Provisor, que había ido a dar posesión de las mismas haciendas, y aun al Provisor le hubieran también quitado la vida, a no haber huído.

Sachila se llamó en la antigüedad Theozapotlán; fué corte de los reyes zapotecos en tiempo de la gentilidad, cuyo valor y poder era respetado de los demás reyes circunvecinos. Sus naturales han sido siempre indios fieros y valerosos, levantando tumultos en varias ocasiones. Demora al sur de la capital en línea recta, registrándose los edificios de una y otra población, y por la mayor altura del polo y vecindad a la línea equinoccial es su temperamento cálido y sus frutas y frutos de esta calidad. Se coge grana, chile, caña dulce, xicamas, etc.

A la entrada del pueblo se registran, en medio de sus llanuras, unos montecillos enlazados con otros, aunque uno superior a todos, fabricados a mano por los gentiles con adobes encalados y piedras; la altura del mayor será como 40 varas; la cirfunferencia de todos, cerca de dos mil pasos. De trecho en trecho se ven unas capas o mesas de cal desiguales en su altura y algunos pozos o aljibes bien revocados con cal, pero sin agua. Algunos dicen que era para guardar sus tesoros y riquezas; otros, que se fabricaron estos montes a los dioses por las victorias, y que por cada victoria levantaban una mesa, mayor o menor, conforme el beneficio. No falta quien asegure eran panteones y sepulcros de sus reyes.

Es curato de clérigos, antes de Padre Dominicos, cuyo convento dicen algunos fué el primero de esta santa Provincia; pero lo cierto es que era residencia de los Padres más graves de ella, que, como doctrina más inmediata a la capital

y no de tanto peso como las otras, la escogían para trabajar con su debilidad y flaqueza. Por lo que han sido ministros de esta doctrina los primeros astros y luceros refulgentes de esta, entre todas, santa y ejemplar Provincia. El convento, que sin duda sería magnífico, le fabricó el último rey zapoteco en su mismo palacio, de que aún duran algunos paredones y ruinas que han quedado para recuerdo leve de su antigua grandeza y magnitud.

Día de la Santísima Trinidad, 25 de mayo, por la mañana, salí para Theutitlán del Valle, que dista 6 leguas de Oaxaca. Pasé por los pueblitos de Santa Lucía, San Sebastián y Santa María del Tule, 3 leguas. Aquí hay un célebre y famoso sabino en el atrio de la iglesia, cuyo tronco medí, y tiene de redondez 43 varas y algo más, aunque la ramazón no corresponde a tanto grueso, pues con los vientos furiôsos que le combaten se tronchan muchas ramas. Es muy celebrado este asombroso árbol, en cuya comparación la famosa encina de Maqueda, la gran chopera de Huete, los disformes álamos de Ventosilla y demás árboles insignes de nuestra España vienen a ser moderados pimpollos de este corpulento sabino.

De Santa María fuí al pueblito de Santiago, 2 leguas, y de aquí a Theutitlán, 1: llegué mojado. Es camino llano y de buen piso; encuéntranse en los campos muchos cenzontles y chupamirtos.

Theutitlán, que en el idioma de los naturales zapotecos se llama *Xaguija,* que equivale «al pie de la montaña», se halla a la falda de la gran serranía que atraviesa de poniente a oriente casi toda la América meridional y septentrional, y de tanta altura, que por este rumbo tiene 5 leguas continuas de subida; está a los 277 grados, 40 minutos de longitud, y a los 17 y 30 de latitud; goza de temperamento benigno y sano, con delicadas aguas y buenos frutos. Es la cabecera de la Alcaldía mayor con los pueblos a ella sujetos, que pondré después.

Es curato de Padres Dominicos y, aunque antes era la cabecera, ahora lo es Tlacolula. Tiene muy buena iglesia y

en la portada hay una gran piedra con mucha variedad de caracteres y figuras de la gentilidad. En aquellos tiempos fué muy respetado este sitio por el culto y gran veneración que tenía el demonio en una ala de la montaña que pondré después y oí que se llama *la cátedra del diablo.* Se mira esta ala o cerro al poniente del pueblo, sin que haya más distancia de él que las márgenes de un corto arroyo; tiene tanta elevación que domina todo el valle, descubriéndose a muchas leguas de distancia; remata en una gran peña donde hizo el diablo su asiento y escogió por cátedra para predicar a los indios de estos valles, y ellos le oían a muchas leguas y le consultaban sus dudas.

El tono en que les hablaba a los indios era formidable, triste y confuso, como voz que salía del averno; otras veces era tan furioso que parecía un espantoso trueno o un horrible bramido, con que, estremeciéndose las montañas, llenaba de terror los valles y de asombro sus vecinos. Cuando quería sacrificios de hombres, que no eran pocas veces, se embravecía furioso, siendo los ministros y sacerdotes ciegos intérpretes de sus astucias. Se hizo tan célebre que venían de todas las provincias a consultarle infinitas gentes y no pocas veces los reyes más remotos.

Cuatro leguas de Theutitlán, por el rumbo del poniente, está un pueblo de su jurisdicción llamado *Mictla,* donde también se registran memorias de la gentilidad. Mictla, en mejicano, es lo mismo que *infierno,* y en zapoteco suena *centro del descanso;* tan ciega estuvo la gentilidad que juntaba en uno estos dos extremos opuestos en diámetro entre sí mismos. Fabricaron aquí los reyes de esta nación zapoteca, cuya corte era Sachila o Theozapotlán, p. 108, su panteón y magnífico sepulcro, que no obstante ser antiquísimo y sin memoria de fundación, ha llegado a nuestros tiempos, aunque algo desmantelado y roto, como lo demuestra su figura a la página 116.

Esta gran fábrica, en que tiene no poco que admirar el arte, es cuadrada, con un patio muy espacioso en medio y ocho salas iguales, cuatro abajo, como sepultadas, que ser-

vían de panteones, como diré después, y otras cuatro fuera de la tierra, que eran la habitación de los sacerdotes y del rey cuando venía. Entre los grandes primores que nota el arte en esta obra, debe ocupar el primero la formación y estructura de las paredes; no suben éstas derechas o en disminución como se ve en los demás edificios, sino al contrario: arriba tienen doblado grueso que su primer cimiento, de suerte que forman la figura de una corona.

El techo de todas las ocho salas es de hermosas piedras, todas iguales, cada una de más de dos varas de largo, una de ancho y media de grueso; tan bien labradas y unidas que parecen de una pieza, sin tener mezcla alguna de cal; están sostenidas estas losas de muchos pilares bruñidos, cada uno de cinco varas de alto, y tan gruesos que apenas pueden dos hombres abrazarlos, y todos de una pieza. Son muy capaces las puertas, formadas de cuatro piedras del mismo grueso de la pared. Las cuatro salas bajas tenían este destino: la de enfrente, que era tenida por la principal, servía de capilla y santuario para el sacrificio de los ídolos; aquí asistía el gran sacerdote acompañado de otros menores y multitud de ministriles. Eran muchas las ceremonias cuando asistían los reyes y en funciones clásicas, de que sólo diré algunas. Vestían al gran sacerdote de una ropa blanca de algodón, larga como alba, y sobre ésta, otra muy labrada con figuras de fieras, culebras, escorpiones y aves rapantes; en la cabeza le ponían una mitra de plumajes negros, y por calzado un tejido de hilos con variedad de colores.

Así vestido, lleno de gravedad y ceño, llegaba al altar, hacía repetidas inclinaciones y reverencias a los ídolos, renovaba los inciensos y poníase luego a hablar muy entre dientes con aquellas figuras, depósito abominable de infernales espíritus; perseveraba así en oración un rato y luego empezaban los visajes, espantos, bramidos, sollozos, gritos y furias, con tal aparato que causaba temor y asombro a todos los presentes. Volvía de aquel rapto diabólico y decía a los circunstantes lo que el espíritu infernal le persuadía o maliciosamente él inventaba. Cuando se sacrificaban hombres, eran

más graves y duplicadas las ceremonias. Los otros sacerdotes tendían la víctima sobre una gran losa, y, descubriéndole el pecho al miserable, se le abrían con cuchillos de pedernal y, entre estremecimientos horribles, le arrancaban el corazón, y, llevándole al gran sacerdote, se le llegaba a la boca y ofreciéndole a los ídolos, arrojaban el cadáver al sepulcro o panteón que diré después.

La segunda sala era solamente para sepultura de los grandes sacerdotes. La tercera era el panteón de los reyes zapotecas, que traían muy aderezados de ropas, joyas, plumajes, collares de oro y otras preseas, armados con un escudo en la mano izquierda, y en la derecha un venablo de los que usaban en sus guerras. Los instrumentos que tocaban eran lúgubres, tristes y funestos, y creo del genio de los indios serían propísimos del acto. Con esto iban cantando entre suspiros, lamentos y sollozos toda la vida y hazañas del rey hasta la sepultura.

La cuarta y última sala era el sepulcro de los que sacrificaban y de los grandes señores y capitanes que morían en campaña. Esta sala, aunque igual a las demás, tenía una puerta a una gran bóveda que, según dura la tradición hasta hoy entre los indios, corre debajo de tierra 30 leguas, sustentando con muchos pilares el techo de la forma que se ve en las salas. Lo cierto es que por orden de los prelados han entrado algunos con las prevenciones correspondientes de luces, etc., y han hallado las calles que forman los pilares, pero la humedad, frío y mal olor de este oscuro laberinto no ha dado lugar a mayor examen, y se ha mandado cortar con puerta a cal y canto. A esta funesta cueva llamaban *Liyobaa* los gentiles, que es lo mismo que *puerta de las delicias*, persuadidos que allí era todo descanso, gustos y deleites. Llevados de esta falsa idea rogaban muchos a los sacerdotes les dejasen entrar, aún vivos, en aquella cueva, y el que lo conseguía se tenía por muy dichoso; y luego, con particulares ceremonias, lo llevaban los sacerdotes y, metiéndole en aquel caos tenebroso, se despedían todos de él con muchas demostraciones de ternura, y, echando la losa, empezaba el mise-

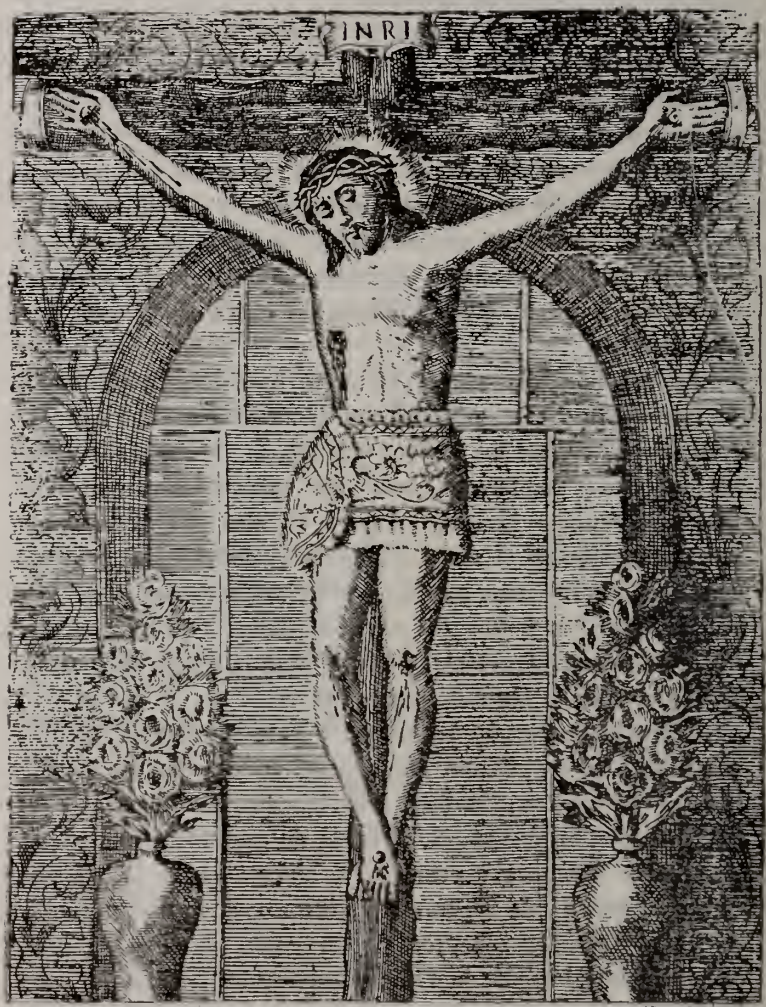
rable a caminar por aquella infernal estancia hasta que el hambre y espanto le quitaban la vida, empezando aun antes de morir las penas del infierno.

De las cuatro salas altas, la primera era habitación del sumo sacerdote; tenía en ella su trono o sitial alto, de pieles de tigre, donde recibía a los que le consultaban, aunque fuese al rey: tanta era la autoridad del sumo sacerdote que aun los reyes le veneraban como a deidad. Ninguno se atrevía a pasar por el patio de respeto a su persona, y para esto tenían las otras viviendas sus corredores por la parte de afuera. Los plebeyos jamás levantaban los ojos para mirar al sacerdote, teniendo por cierto que los dioses les quitarían la vida por esta osadía.

La segunda sala era de los otros sacerdotes y ministros de los ídolos. La tercera, del rey zapoteco cuando iba a sacrificar o consultar los ídolos; y la cuarta, de los otros señores caciques y capitanes. Todas estas salas estaban muy limpias y esteradas; ninguno dormía en alto por gran señor que fuese, sino en el suelo, sobre pieles de animales y ropas delicadas. Omito otras muchas particularidades y noticias que aún cuentan los indios de nuestros tiempos y refieren las historias de esta provincia, y entre ellas la citada de Padres Dominicos, en la segunda parte, cap. 53.

Entre los supersticiosos recuerdos de la ciega gentilidad, razón será poner alguno piadoso de nuestra Religión católica y felicísima cristiandad. En el pueblo de Tlacolula, de esta jurisdicción y distante 2 leguas de camino llano, aunque de algunos pantanos y ciénagas, se venera en su iglesia parroquial, que es de Padres Dominicos, con magnífico culto y devota frecuencia de toda la provincia de Oaxaca, una milagrosísima imagen de Cristo crucificado, hermosa y perfecta en su estructura, como demuestra la estampa.

El origen de este santo simulacro fué el siguiente. Estando los indios principales en una junta, que llaman Cabildo, se entraron cuatro hermosos mancebos vestidos de blanco con la santa imagen y preguntaron si querían comprarla; dijeron los indios que de dónde eran y cuánto querían por ella.



V. R. de la Milagrosa Imagen de Sto. Christo q se venera en la Iglesia del Pueblo de Tlaxiaca. El Sto. S. D. D. Bienaventurado Pionto concede 40. años de Indulg. a todos los q rezaren un Credo ante esta Imagen q está tocada con Original y pidiendo por la paz y tonto. dia reine los Principes Christianos. en alegacion de N. Sto. Re. M.

Respondieron los mancebos que ellos eran de un pueblo alto y que la darían en treinta reales. Dijeron los indios que esperasen en la comunidad, que es una vivienda para hospedar a los peregrinos; que luego irían a tratar el ajuste. Acabaron su Cabildo y, enamorados de la santa imagen, fueron a buscar los mancebos y hallaron sólo al divino Crucifijo con el siguiente rótulo: «Este es el Señor Dios de las batallas.» Hoy es éste uno de los mayores santuarios del reino y su iglesia la más adornada y curiosa que he visto. El cura, que es un gran religioso y a quien debo especiales atenciones, se llama Fray Joaquín del Castillo. Así dispuso la Providencia divina que en esta tierra, donde tuvo culto tan absoluto y tiránico el demonio en tiempo de la gentilidad, lo tenga tan pacífico y sagrado el verdadero Dios en el tiempo feliz de la cristiandad.

Oaxaca.

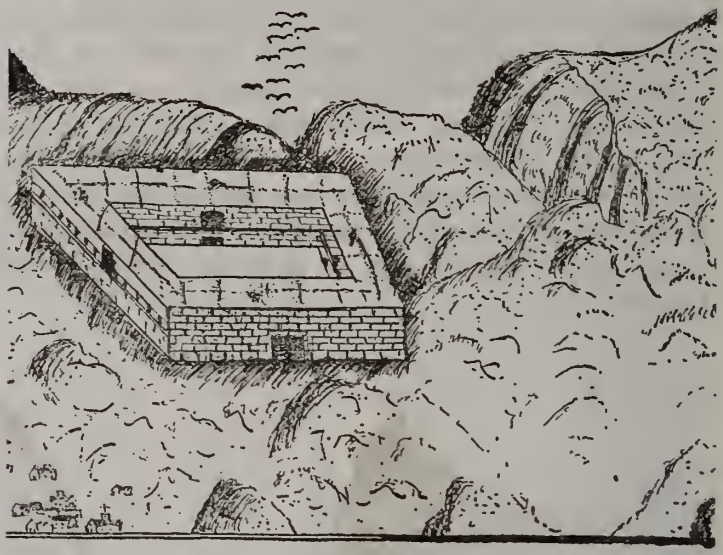
Cerro que llaman La Cátedra del Diablo, mirado desde el corredor de las Casas Reales de Theutitlán.

Los pueblos de la jurisdicción de Theutitlán del Valle son los siguientes: Capital, Theutitlán; Macuilzuchil, Santa Ana, San Miguel, Istaltepeque, San Francisco, San Juan Huelavia; Tlacolula, cabecera; Santo Domingo del Valle; Santiago Matatlán, cabecera; San Baltasar; Mitla, cabecera; Santa Catalina; San Miguel; Santo Domingo; Santa María Zapo-

titlán; San Lorenzo; San Juan del Río; San Luis del Río; Quiatoni; Lachiriega.

Era Alcalde mayor don Luis Bermudo Soriano, quien me recibió en su casa con mucha piedad y devoción.

En Theutitlán se crían las mejores pitayas del reino.



Panteón de los Reyes zapotecas en Mitla.

En todo el Reino veneran mucho a San Nicolás de Tolentino en el acto penitente de azotarse, como demuestra la estampa; pero en esta provincia se esmeran más, de suerte que apenas se hallará iglesia de indios que no tenga una o muchas efigies de talla o pintura del santo. También he hallado mucha devoción en esta provincia a San Dimas, el Buen Ladrón. Pongo su estampa en obsequio del santo y complacencia de sus aficionados y devotos.

Tres idiomas son los más comunes en esta jurisdicción: el mejicano, zapoteco y mixteco. Cuando caminan los indios, llevan su comida y trastillos en una redecilla de cordeles muy curiosa y bien hecha. Los indios visten casi del mismo modo que los demás del reino; igualmente, las indias ape-

nas se distinguen de las otras en el traje, aunque es cierto son más blancas y agraciadas que las demás. El pelo dividen en dos trenzas que unen hacia el hombro con cintas o senojiles de seda o lana y, enlazadas o tejidas estas cintas con las trenzas de pelo, rematan abajo con varios cordoncitos y borlas que las adornan mucho.

En todos los pueblos de esta Alcaldía se coge rica grana, en que tienen sus utilidades los Alcaldes mayores por las compras que hacen a los indios, y así en las Alcaldías en que se da este precioso fruto son las más apreciadas por más pingües y ricas, y entre todas las de este reino las de Villalta, Nexapa y Jicayán, en esta provincia de Oaxaca, son las mejores y de más estimación. Este precioso fruto enriquece la provincia, de suerte que se reparten anualmente en ella cerca de tres millones de pesos fuertes; y aunque los indios, excepto algunos pocos, viven tan pobres como los restantes de la América, sin duda son los más poderosos y ricos de toda ella. Pero dirá alguno: ¿qué hacen de tanta plata?, ¿para qué la quieren? Respondo que para enterrarla en ollas, como lo hacen y es constante, y así mueren sin declarar nada, ocultándola a sus hijos por enterrarla en los montes y breñas.

Habiendo hecho mención del recomendable fruto de la grana y siendo esta provincia de Oaxaca la más famosa del orbe por sus crecidas cosechas y ventajosa calidad, no sería justo omitir lo que con singular cuidado y exquisita curiosidad observé sobre este animalejo admirable en todas sus circunstancias. Han pensado algunos que la grana o cochinilla era semilla de algún árbol, siendo en realidad animal viviente. Llámase cochinilla por cierta analogía con este insecto, bien conocido en la Europa, no porque se enrosque como la cochinilla, sino por la figura que hace de una bolita redonda, aunque no tan grande como la cochinilla, pues cuando está en su mayor aumento no excede del tamaño de un grano regular de aljófar.

Este animalejo o gusanito se cría, nutre y crece en una mata silvestre, muy común en toda la América, que llaman

S Dimas Patron de la buena muerte. y para librarn.º de ladrones
Lopata ex.
Se venera en el Conv.º de S. Agustin de Mexico.

S.t NICOLAS TOLENTINO.
abogado de todas Enfermedades.
Navarro Sc. Mexico

nopal, y en España, higuera de las Indias, por haber ido de aquí y por su fruto, a modo de los higos, con unos granitos dentro, aunque mayores. Plantan los nopales ordenados en hileras y a su tiempo brota una flor pequeña con un capullo encarnado y blanco, de donde sale el higo que aquí llamamos tuna, y, cuando madura, es fruta muy fresca, sana y de bello gusto. Las hay de varios colores: blancas, verdes, negras y coloradas, y, aunque apenas se distinguen en el gusto, estas últimas tienen un raro efecto que ha asustado a muchos europeos recién venidos: tintura la orina del que las come y la enciende lo mismo que sangre, y al ver esto, se quedan medio muertos y sin aliento, no atreviéndose a orinar por no desangrarse. El tamaño de esta fruta y figura es como un huevo de gallina, aunque en algunas partes es aún más crecido.

La figura del nopal o tuna, que así le llaman en algunas provincias por su fruta, es un enlace de hojas casi redondas de color verde, del grueso de un dedo y el tamaño de un plato mediano, con agudas espinas en mayor o menor abundancia, más o menos finas, según la calidad del nopal y su cultivo. Hay también nopales cuyas hojas o pencas son perfectamente redondas, y otros con las hojas muy prolongadas, cuyas figuras pondré después, pero todas de una misma especie con un membrana muy sutil y delgada, y aunque la cochinilla puede mantenerse en cualquier género de nopal, por basto y silvestre que sea, como sucede en la Mixteca, no obstante, para grana fina es preciso que el nopal sea también fino, y se conoce en que tiene pocas espinas, pero muy sutiles, que aquí llaman aguates. La altura de estos nopales, dejando los silvestres por más corpulentos, no pasa regularmente de dos varas.

El terreno donde ponen las nopaleras, que así llaman al plantío, le cultivan los indios cavándolo y quitando toda la hierba; podan las nopaleras, quitando las pencas que no sirven o por viejas, superfluas o enfermas, y así cada año echa tiernos renuevos, advirtiendo que, cuando la nopalera es nueva, la grana es de mejor calidad, y por eso los nopales los

arrancan y plantan de nuevo de ocho en ocho años, según la fertilidad de la tierra.

Cuál sea el temperamento más propio para la grana, es problema harto difícil, pues en esta provincia de Oaxaca se cría fina y buena en cualquier temperamento, ya sea cálido en extremo, ya frío en sumo grado, o ya templado y benigno, pero, según los prácticos, el más apto es el más seco y templado, pues aquí se crían los nopales con más frondosidad y vicio.

El modo de criar la grana o cochinilla, que, según la frase de los naturales, se llama seminar o semillar, es el más delicado y prolijo; de suerte que sólo la paciencia de los indios puede sufrir tanta impertinencia y cuidado. Para esto, por el mes de abril, que es la primera siembra, van poniendo en las pencas u hojas del nopal, con gran tiento y singular arte, la semilla de la grana, que es casi imperceptible y del tamaño de un pequeño liendre. El modo de poner la semilla es diverso, según las costumbres de los indios o variedad de temperamento. En unas partes van colocando por las ramas esta semilla, valiéndose de tablitas o palos muy delgados con que van dejando estas liendrecitas, que luego se pegan a las hojas y empiezan a chupar su jugo, y aunque al principio suelen mudarse de una parte a otra, lo regular es fijarse en un sitio, con la separación debida para que todas tengan que comer, y allí, sin vérselas movimiento, van chupando la hoja hasta que llegan a su natural magnitud, que, como ya dije, es del grano y figura casi redonda de una perla de aljófar, y esto en el corto tiempo de dos meses. Cuando va creciendo cría sobre sí y escupe también a los lados un polvito blanco como harina, aunque el interior de la cochinilla es un humor encarnado y rojo tan fino como se deja entender.

Otro modo he visto de semillar que sin duda es más fácil, aunque se pierde alguna semilla. Echan en un zurroncito de hierba seca, que llaman *pascle,* la semilla que les parece necesita el nopal, según su magnitud; ponen el pascle entre las hojas del nopal y van saliendo poco a poco a ocuparla,

extendiéndose por todo él, aunque se cae alguna semilla que se pierde.

A los dos meses de esta primera siembra, cuando está en su punto la cochinilla, empieza la segunda siembra sin trabajo ni cultivo alguno, pues la misma cochinilla va produciendo allí sus hijuelos o liendrecillas que luego se van esparciendo por las ramas y colocándose cada cual en su sitio fijo, hasta que a los dos meses crecen como sus madres, y aun también semillaran en el nopal, si lo permitieran los fuertes aguaceros y mal temporal que ya se experimenta por este tiempo en toda la provincia, con que es preciso quitar la grana toda y, apartando la que ha de servir para semillar el año que se sigue, del modo que ahora diré, la restante la matan y curan para vender.

Según lo dicho hasta aquí, son dos los frutos que se cogen al año. El primero por el mes de junio, y entonces con una pluma se van cogiendo las madres, con gran tiento para que no caigan sus hijuelos, en hollas de barro para curarlo. El segundo por agosto, cogiendo madres e hijuelos, si el tiempo ha dado lugar a ello, y aquí es donde se separan las madres cuya semilla ha de servir para el año siguiente. Esta separación se hace así: cogen las madres que les parece, las ponen en una cesta bien forrada para que no se vayan, y aquí van produciendo la semilla y después mueren; luego que tiene la semilla algún movimiento, la llevan a la nopalera para semillar.

Lo que no se reserva para este efecto de semillar lo curan para vender de tres modos: con agua caliente, con fuego lento o al sol, todo con mucho temperamento y pulso, pues de aquí depende su mayor o menor calidad. De los tres modos, el último, que es matar la cochinilla al sol, aunque muy lento, es el mejor para su bondad.

Tiene muchos enemigos la grana cuando está en la nopalera, pues apenas hay insecto que no la dañe: el tigrillo, el pintillo, la hormiga, las aves, pájaros, gallinas, con los fuertes aguaceros, granizos, neblinas, heladas y nieves. Esto es

lo que ocurre acerca de la grana y el nopal en que se cría, cuya figura es la siguiente:

1. Nopal silvestre. — 2. Nopal con grana. — 3. Nopal redondo. — 4. Nopal largo.

Habiendo estado en Theutitlán y otros pueblos de su jurisdicción hasta el día 31 de mayo, viernes, me restituí a Oaxaca este día, que me llovió también como cuando vine.

Todo el tiempo que estuve en Oaxaca me tuvo en su casa el señor Coronel don Vitores Manero y Pinedo, caballero muy distinguido, de conocida piedad y afecto al santo hábito capuchino, Síndico de las venerables Madres Capuchinas, natural de la Rioja, y a quien nunca podré pagar tantos beneficios como he recibido y que tendré presentes en mis tibias oraciones para pedir por su salud y de toda su familia.

En algunas partes he insinuado la prodigiosa variedad de lenguas que hay en este obispado. Decía un hombre docto que Dios se había esmerado en distinguir a esta provincia de las demás del mundo en dos cosas: en montañas y lenguas. De las montañas ya he dicho y vuelto a repetir que son por todas partes casi innaccesibles, pues, a excepción de los

tres valles de Oaxaca, que son el valle de Etla, el de Sachila y el de Theutitián, apenas se ven dos leguas de tierra llana. Las lenguas son 25 o más; diré algunas: mixteca, zapoteca, chinanteca, mazateca, cuicateca, ixteca, chatina, amuzga, chocha, mejicana, guapi, mixe, chontal, huave, etc.

PERSONAS DEVOTAS Y CONOCIDAS

Señor don Vitores Manero y Pinedo, Coronel; «super quem Deus suam largam benedictionem effundat»; doña María Josefa Irizar, su mujer; «et huic etiam Deus...»; sus hijos, don José Mariano, colegial en San Ildefonso, de Méjico; don Juan Ignacio, doña María Luisa, doña María Ignacia, doña María Joaquina, Monja Capuchina; doña María Nicolasa Vitores.

Don Esebio Manero, tío de don Vitores, don Mateo Zárate, vecino; don Diego de Aguiar, vecino, Regidor y Alcalde 1° v.

Palacio del señor Obispo.—Ilustrísimo señor don Miguel Anselmo Alvarez de Bareu y Valdés, digno Obispo; don Luis de Garmesón, Secretario; don José Montes y Argüelles, Mayordomo; don Blas de Echeandía, Notario de españoles.

Ilustrísimo Cabildo.—Señor Doctor don Juan Bautista Lisardi, Deán; señor Doctor don Jerónimo Morales y Sigala, Arcediano; señor Chantre, ausente; señor Doctor don Ignacio Hurtado, Magistral; señor Doctor don Joaquín de Lasarte, Penitenciario; señor Doctor y Maestro don Mateo Ignacio de Agüero, Lectoral; señor Doctor don José de Miranda, Doctoral; señor Doctor don Pedro de Quintana, Canónigo; su hermano don Andrés Mariano de Quintana, Provisor; señor don José Molina, Canónigo; señor don Francisco Mariscal, Canónigo; señor don Miguel Chavarría, Canónigo; señor Doctor don Antonio Sixto de Miniaga, cura de la Catedral.

Corregidor.—Señor don Tomás de la Serrada.

Señor don Vicente de Iturribarria y Urquijo; señora Isa-

bel, su mujer, murió; María Josefa, hija, la Capuchina, y María Ignacia, Agustina Recoleta en el convento de la Soledad; María Vicenta y María Gertrudis, en el convento de la Concepción.

Doctor don Tadeo Puertas, cura de Thalistaca; don Pedro de Iturribarria, hermano de don Vicente; don Feliciano Larrazábal, Administrador de la Aduana; don Diego Villasante, conocido de don Luis del Valle y Salazar; Licenciado don Andrés Mariano de Gripari, Abogado y Administrador de los Correos; don Juan José Ballesteros, su oficial; la Madre Josefa María del Espíritu Santo Barrios, monja en la Concepción.

Capuchinas.—Madre María Manuela, Abadesa; Madre María Rafaela, fundadora; Madre María Coleta, tornera; María Antonia de Jesús María, Abadesa cuando el terremoto de Guatemala. El titular del convento es el Corazón de Jesús y Patrocinio de San José.

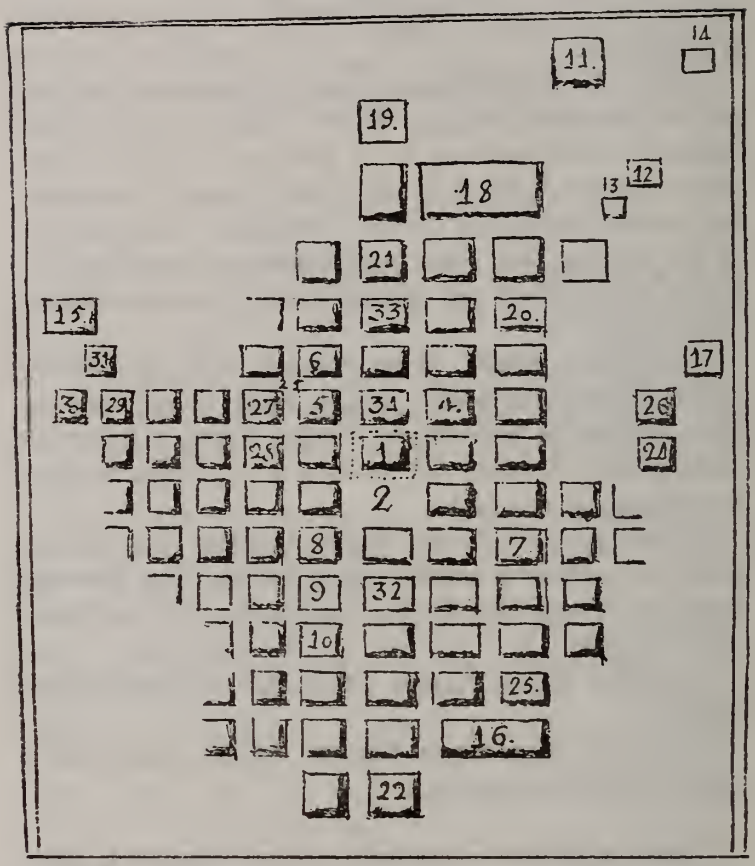
Dominicos. — Reverendo Padre Maestro Fray Manuel Sanz, ex Provincial y nombrado para España; Fray Domingo Fernández, Procurador de esta santa provincia de La Puebla de los Angeles.

Fray José de la Natividad, Lector de los Carmelitas Descalzos.

Don Luis Francisco de Esparza, Alcalde mayor de las cuatro villas del marquesado.

Lleno de favores y beneficios que me dispensó la devoción y afecto de mi noble huésped don Vitores de Manero y otros caballeros de Oaxaca, salí de esta ciudad el lunes 9 de junio, habiendo estado en ella desde el lunes 28 de abril. Salí por la mañana y fuí a comer a Guaxolotitlán, 6 leguas. A otro día, habiéndome despedido del Acalde mayor, mi amigo don Antonio Catáneo, tomé el camino de la Mixteca baja, llevando un tlayacán o mozo de guía hasta Las Heras, que es un pueblito de indios distante 4 leguas de Guaxolotitlán, y se pasa antes por *San Francisco de Guiso,* que dista 1 legua corta. En este camino, que es algo quebrado, se en-

PLANISFERIO DE LA CIUDAD DE OAXACA



Explicación de los números: 1. La catedral. — 2. La plaza. — 3. Palacio del Obispo. — 4. Colegio de Santa Cruz. — 5. Colegio de niñas. — 6. Convento de monjas de la Concepción. — 7. Convento de Agustinas. — 8. Jesuítas.—9. Plazuela de San Juan de Dios. — 10. (Sin anotar.) 11. PP. Betlemitas — 12. Iglesia nueva del Patrocinio. — 13. San Matías. — 14. Cristo de Xaradaco.— 15. Casa del Marqués.— 16. Convento de San Francisco.— 17. Convento de Mercedarios Descalzos. — 18. Convento de Santo Domingo. — 19. Carmelitas Descalzas. — 20. Santa Catalina, monjas Dominicas.— 21. Iglesia de la Sangre de Cristo. — 22. Nuestra Señora de la Consolación. — 23. Nuestra Señora de la Defensa: — 24. Colegio de San Pablo de Dominicos — 25. Capilla del Carmen. — 26. Iglesia de las Nieves. — 27. Oratorio de San Felipe.— 28. Hospital de San Cosme. — 29. Las Capuchinas. — 30. Convento de la Soledad de Agustinas Recoletas. — 31. El Calvario. — 32. Capilla de la Coronación. — 33. Colegio de San Bartolomé.

cuentra un arroyuelo de aguas frescas, dulces y cristalinas que, corriendo por él, se oculta y vuelve a salir varias veces entre las peñas y arena, siendo juguete hermoso de la naturaleza y diversión agradable de la vista no menos que refrigerio dulce del sediento caminante.

A dos leguas de Las Heras se entra en un gran callejón o profundo valle por donde encamina sus aguas el bien conocido río de San Antonio, que acaso se llama así porque aquí a todos con el valor se pierde también la paciencia, y sólo San Antonio puede hallarla. Se extiende este valle, y con él el trabajo, cerca de seis leguas, sin haber ni poder haberle por su angostura pueblo ni rancho alguno. El piso es muy malo por ser todo peñas; el río se pasa más de doscientas veces, y muchas de ellas con gran trabajo, no por la abundancia de aguas, sino por los grandes despeñaderos. Un solo alivio hay entre tantas penas, y es que se camina debajo de sombra casi siempre, ya por la gran eminencia de los cerros y ya por la frondosidad y espesura de los árboles que coronan las alturas.

Déjase después el río a mano derecha y se toma el camino de la izquierda con mucho peligro de perderse. Luego, para descanso, se empieza a subir una gran cuesta y serranía, y a 2 leguas se encuentra en una ladera el pueblo de Huauctilla, donde fuí a dormir en el santo suelo, rendido y hecho pedazos aún más por el mal camino que por la dilatada jornada, que fué de 14 leguas. En el río de San Antonio y demás camino había mucha variedad hermosa de palmas, encinas, parras silvestres, cedros, cañas y enebros.

A otro día fuí a comer al pueblo de Nochiztlán, pasando por los pueblitos de San Miguel y San Pedro, 6 leguas y no mal camino. Es cabecera y residencia del Alcalde mayor y curato de Padres Dominicos. Se coge mucha grana y seda, aunque silvestre y cimarrona. El idioma que aquí se habla es el mixteco. En tiempo de la gentilidad y algunos años después fué este pueblo de los más ricos y poderosos de toda la Mixteca, según refiere la *Historia de PP. Dominicos de la Provincia de San Hipólito de Oaxaca,* parte, 2, cap. 35,

pero hoy ni aun rastro se ve de su opulencia antigua. El convento de los Padres, hundiéndose; la iglesia, sin acabar; arruinado el pueblo, con pocos indios, entregados a la embriaguez; de suerte que aparece un país triste y melancólico, catástrofe lastimosa causada por el vicio abominable de la bebida. Y no obstante los preciosos frutos que cogen de grana y seda, nada les luce. La citada *Historia* hace mención de una india cacique de este pueblo, llamada doña Cecilia de Velasco, de quien refiere tan estimables prendas de nobleza, hermosura, discreción, bizarría, junto con muchas riquezas de posesiones, galas, joyas y demás adornos de una señora en todo grande, que a la verdad pudiera compararse esta india con la más ilustre princesa de la Europa.

Los pueblos sujetos a esta jurisdicción son los siguientes: Nochiztlán, Santa Cruz Mitlantongo, Xultepec, Santiago Mitlantongo, Santiago Yucunduche, Guautla, Tiltepec, Tamazula, Chachuapa, cabecera. En todos estos pueblos se coge mucha grana, seda y algodón.

Era Alcalde mayor don José Medina y Sarmiento.

Por la tarde pasé al pueblito de San Andrés de Chinascla, 1 legua; a San Mateo Sesusaltepeque, 1 legua; a Yanguitlán, 2 leguas; me llovió un poco, preludio de lo mucho que había de ser después, y, haciendo alto en este insigne pueblo, diré algo de su situación y otras circunstancias.

En un hermoso valle, rodeado de elevadas montañas, aires saludables, horizonte tan claro como alegre, temperamento benigno, dulces y cristalinas aguas, fértil terreno, y a los 276 grados, 10 minutos de longitud, y 18 y 20 de latitud, se halla este pueblo de Yanguitlán, cuya vecindad en lo antiguo era de doce mil familias, y hoy reducida a novecientas de indios del idioma mixteco y cuarenta de españoles. Es cabecera con Teniente de Alcalde mayor sujeto a Tepozcolula. Sus frutos: trigo, maíz, grana, algodón y seda. Es tierra fertilísima; cría el pericón o centaura, el quinque folium, mirtos, retamas y otras hierbas singulares. Los indios son de bella tez y agraciado rostro; políticos, sociables, devotos y de buen gusto en su trato, regalo y diversiones, aficionados

a sus mitotes o bailes, correrías de caballos y cacerías; bizarros y caballerosos, con singular esplendidez en sus funciones y empeños, como puede verse en la *Historia* ya citada de Padres Dominicos, segunda parte, cap. 33, donde refiere la magnificencia con que se celebró el casamiento de una señora cacica de este pueblo, llamada doña Inés de Guzmán, con don Francisco Pimentel, hijo de don Felipe de Austria, rey de Tulantongo y el primero de estos reyes que se bautizó, tomando el nombre de nuestro Católico Monarca Felipe II de Austria, por hacerle, como él decía, este gran honor al Rey de España, a quien daba la obediencia, no habiéndolo podido conseguir nunca el emperador Moctezuma, a quien venció varias veces.

A las bodas del hijo de este rey con la cacica de Yanguitlán concurrieron más de dos mil caciques de varias provincias, con tantas galas, joyas de oro, plata y piedras preciosas que era un asombro aun para los españoles que la vieron. Las vajillas o vasos en que se servían las bebidas y comidas eran de plata y oro; tan precioso todo que en aquella edad no tendría cosa igual ningún príncipe de la Europa. Verdad es que en el día toda esta grandeza se ve casi arruinada, aunque entre la pobreza de estos indios se descubren algunos destellos de aquella antigua majestad pasada.

Este pueblo es doctrina de Padres Dominicos y tienen un bello convento, todo de piedra labrada; los claustros y oficinas bajas, con arcos y bóvedas de la misma piedra, y las oficinas y claustros superiores con el techo de madera de cedro, no menos durable que la misma piedra. Pero donde hallan no poco que admirar los curiosos e inteligentes es en la magnífica y nunca bien ponderada fábrica de la iglesia. Tiene una sola nave con bóveda de piedra tan igual, tan tersa y bien unida que parece toda de una pieza: paredes, estucos, arcos, cornisas y, en fin, toda gran máquina; la altura de esta arrogante nave pasma a cuantos la miran y admiran; excede sin comparación a todas las que he visto en éste y otros reinos; su longitud no es menos admirable; se conocerá en

las ventanas; tiene seis por banda y cada una de cuatro varas de ancho.

Empezó esta magnífica obra don Francisco de las Casas, pariente de Hernán Cortés, gobernando este pueblo, y la acabó su hijo don Gonzalo de las Casas, heredero legítimo de los bienes y fervoroso espíritu de su padre. Los maestros y oficiales los envió de El Escorial el señor Felipe II, estando labrando aquella octava maravilla; envió también al célebre pintor Andrés de Concha, de cuyo diestro pincel son las pinturas de la iglesia y convento. Las dos portadas de este magnífico templo se ven hermosamente adornadas de vistosas columnas, arrogantes frisos, espaciosos nichos, perfectas efigies de santos, con lo demás que corresponde a obra tan magnífica y acabada.

Duró esta gran fábrica veinticinco años, en que trabajaron sin cesar seis mil indios, remudándose de 600 en 600 cada semana, sin entrar en este número los que asistían a los maestros españoles en las trazas de la obra y cortes de la madera. Los vasos sagrados y ornamentos para el culto divino son a proporción de la fábrica, en todo admirable y prodigiosa. El curioso que deseare más noticias de este convento y pueblo, lea la *Historia* dominicana en la segunda parte, cap. 24. No lejos del convento hay una iglesia muy pulida dedicada a la Divina Pastora.

Habiendo registrado estas maravillas del arte que con gran esmero y prolijidad me enseñó el Reverendo Padre Prior, me pareció que aún tenía tiempo para pasar adelante, a lo que no se acomodaba la piedad y afecto de este Padre, instándome a que no saliese del convento para descansar algunos días, y lo principal por estar amenazando el agua, y como práctico me lo aseguró, lastimado de verme salir sin querer hacer mansión en su convento. Dióme un indio tlayacán para que me enseñase el camino, y se llamaba Gregorio Francisco; iba delante, guiándome por unas sendas estrechas, entre unas montañas y derrumbaderos formidables, dando en cada paso con un despeñadero y precipicio. El sitio era solo, tenebroso y triste, con que la misma lobreguez me afligía y, con deseo

de salir de estas montañas, trepaba por ellas con increíble velocidad, olvidado de los peligros que por todas partes me cercaban y siempre en seguimiento de mi indio. La memoria me recordaba los trabajos de San Francisco Javier cuando peregrinaba por las Indias, pero me acobardaba la diferencia de un Francisco a otro Francisco, de un Francisco santo a un Francisco pecador.

A las dos leguas y media, estando en lo más intrincado de la sierra, me empezó a llover no a cántaros, como en la Europa, sino a ríos, como en la América; me acordé luego de la profecía del Reverendo Padre Prior y cuánto mejor me hubiera sido condescender a sus caritativas instancias y no a mi terca temeridad. No había consuelo en estas soledades ni asilo humano para repararse de las inclemencias del tiempo. Volver atrás era casi imposible por la distancia y ser ya muy tarde; proseguir adelante era más que temeridad y exponerse claramente a perder la vida en un despeñadero. Afligido, clamaba al Señor, y su Providencia me deparó un ranchito en aquel desierto, donde pasé la noche, que fué muy turbulenta, en compañía de mi indio, sin cenar, lleno de agua, frío y cansancio. A este rancho le llamaré de la Providencia o rancho de San Francisco. La jornada de hoy fueron 12 leguas.

A otro día tomé el camino por aquellas soledades y, como a dos leguas, apareció un valle pantanoso y lleno de agua que hacía el camino sumamente pesado; llegué a comer a Texupa con gran trabajo y no poca debilidad: 4 leguas. Era antes curato de Padres Dominicos, con un buen convento e iglesia de fábrica muy fuerte, pero lóbrega, baja y oscura; ahora es curato de clérigos, y con singular complacencia me recibió el cura que, lastimado de verme tan lleno de barro y considerando que el camino que restaba era intransitable por los muchos pantanos, no permitió que saliese a pie, y así, después de haberme regalado según mi necesidad, me dió un mozo con caballería para que me llevase a Thamazulapa, que dista 3 leguas: 7 leguas. Texupa es pueblito de indios, situado en un alegre y fecundo valle abundante de granos y

frutas con aguas muy delicadas; cogen también grana y algodón.

Aunque quise pasar adelante de Thamazulapa me lo impidió el mal camino, y así me fuí al curato, que es la casa del cura, y, no estando en el pueblo, me recibió su vicario el Licenciado don Vicente Sánchez de Pisa con mucha caridad y devoción. Antes era curato de Padres Dominicos, cuya iglesia y convento eran magníficos, pero un gran terremoto maltrató mucho la iglesia y asoló casi todo el convento, el que se reparó lo preciso para vivienda del cura y sus ministros; y también se compuso la iglesia, que, aunque falta que concluir una portada, ha quedado muy hermosa, clara y espaciosa.

Era este día víspera de mi San Antonio de Padua, 12 de junio, y tenían fiesta al santo los indios; me puse la capa y oficié las Vísperas a petición del vicario. Fueron muy solemnes, como de un San Antonio, a quien quieren tanto los indios; se cantaron con bajones, chirimías, guitarra y otros instrumentos.

Pertenece este pueblo a la Alcaldía de Tepozcolula, y su vecindad será de como trescientas familias, con alguna gente de razón, que así llaman a los que no son indios. En las serranías y montañas de esta jurisdicción se cría al abrigo de la espesura gran multitud de fieras y aves de rapiña y muchas no conocidas y extrañas. Siendo Virrey de esta Nueva España el señor Duque de Linares, mató un cazador un águila con dos cabezas y cuellos, hermosamente formados; la llevaron a Méjico a Su Excelencia y la remitió a España. Es cierto que después no se han visto otras con dos cabezas, pero sí hay águilas corpulentísimas y otras aves muy raras, que junto con las terribles fieras que no pocas veces se dejan ver entre la espesura, ponen terror al más animoso y prevenido. Por eso los caminantes van cargados de armas y con suficiente escolta de compañeros y familiares. A mí me preservó la providencia del Señor, a quien debo estar reconocido de estos y otros muchos peligros.

A otro día dije misa y, siguiendo mi rumbo, llegué a

Tutla: 3 leguas. Es pueblo de indios tenidos y temidos en esta tierra por los más bárbaros e inhumanos de toda la Mixteca baja, y a la verdad su desnudez casi total en hombres y mujeres, su mal gesto y talaje daban bien a entender la natural fiereza de que estaban vestidos sus ánimos; pero yo los hallé muy mansos y benignos; pedíles agua por señas, pues no les entendí su idioma; me la dieron; no tuve necesidad de otra cosa y pasé adelante. El camino hasta aquí es fragosísimo y de mucha piedra en el piso; se pasa varias veces un río mediano, cuyas riberas están llenas de sauces y sabinos muy verdes y corpulentos; se despeña este río entre agradables murmullos desde una eminente altura, formando con sus cristales en varias masas una tan natural y vistosa cascada, que excede en hermosura a cuantas ha formado el arte en San Ildefonso y demás Sitios Reales de España.

De Tutla tomé el camino de Huajuapa, 6 leguas; es asperísimo por las montañas que se encuentran tan escarpadas que causa horror el verlas, y tan enlazadas unas con otras que, mirando desde su altura a todas partes, no se descubre otra cosa que pelotones de sierras unas sobre las otras, sin llanura alguna. Cuando caminaba por las cañadas que forman las serranías, no era menos el trabajo por la mucha piedra que se pisa y la rapidez de las aguas que van encallejonadas buscando la salida. Un solo alivio se halla en las cañadas, que es la sombra casi todo el día, con que se templa algo el ardor de la tierra, por su naturaleza caliente. Corren estos elevados montes de norte a sur, coronados de elevados cedros, corpulentas palmas, frondosos sabinos y copudas encinas, con otros muchos árboles y grande espesura de ramazones, y, como las cañadas que forman son tan profundas, no las penetra el sol, aun estando en su cenit y mayor altura. Muchas veces se toma el camino por las laderas con evidente peligro de despeñarse a lo profundo. Divierten al caminante en estas soledades de la Mixteca graciosa variedad de pajaritos y dulces aves, como cenzontles, cardenales, gorriones, chupamirtos, papagayos o loros, pitos reales, guacamayos y pericos. Aunque también asustan otros pájaros y aves de rapiña, con

las muchas fieras que asoman por los montes e infinidad de venenosas sabandijas que andan por la tierra. Estas son en gran número y notablemente ponzoñosas, de suerte que la Mixteca tiene fama en este particular. Hay muchas víboras, coralillos, tarántulas, escorpiones, cientopiés, alacranes, mosquitos, garrapatas, zancudos, hormigas, jején, salamanquesas y otros mil insectos que amenazan de muerte al que incauto va a tropezar en ellos, cuando no se anticipa su crueldad a buscar al inocente.

Antes de entrar en Huajuapa se encuentra un arroyo muy pantanoso, que pasé quitándome las sandalias y metiéndome por los pantanos y barro hasta la rodilla, en que tuve algún trabajo por traer los pies heridos de tan mal camino; pero Dios da fuerzas para todo. Después de estos pantanos, muy cerca ya del pueblo, corre un río bastantemente caudaloso, que con las lluvias iba muy rápido; se repasa tres veces sin puente ni canoa. Tanteé el vado y le pasé una vez, aunque con mucho peligro, pues no traía fuerzas para resistir las corrientes; las otras dos me pasó un indio a cuestas.

Entré en Huajuapa como a las tres de la tarde y me fuí a las casas reales, que así llaman donde vive el Alcalde mayor; lo era entonces don Fernando Mesía de la Parra, natural de Camarena, en el arzobispado de Toledo, y su Teniente don Manuel de Salazar, también de la misma villa de Camarena. Es este pueblo, cuya jurisdicción espiritual toca ya al obispado de La Puebla de los Angeles, la capital de la Mixteca baja y residencia del Alcalde mayor, que lo es también del agregado de Tonalá y sus pueblos. Tiene una gran plaza con cuatro soberbios arrogantes arcos a los ángulos de ella. Su vecindad será trescientas familias de indios mixtecos y mejicanos con algunas de españoles. Era curato de Padres Dominicos; hoy es de clérigos.

Los pueblos de esta jurisdicción son los siguientes: Huajuapa, San Pedro, Tequisistepec, Chametla, Guanapa, Zuchitlapilco, Xuchitepec, Guejolotitlán, Tuctla, Cacalotepec, Xuzistlahuaca, Tezuatlán.

Agregado de Tonalá: Tlapanalá, Atoyaque, Tlapalzingo,

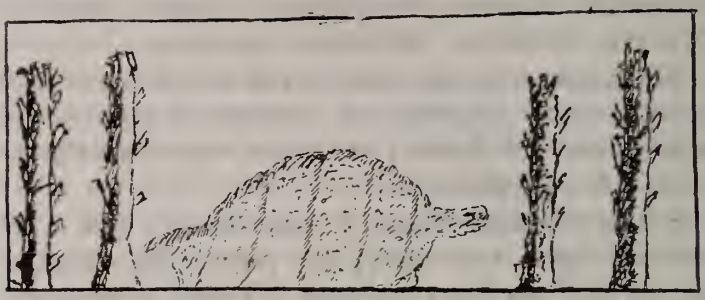
Zilacayoapán, Aeyquaya, San Jerónimo, Guastepec, Aguatlán, Zapatepec, Huelotitlán, Tlachichilco, Igualtepec.

El principal comercio y trato de esta jurisdicción es tejer petates o esteras de palma, que expenden en varias partes de los obispados de Puebla y de Oaxaca; cogen alguna grana y maíz y no poco ganado mayor.

Salí de Huajuapa después de haber comido y pasé a Zapotitlán, 2 leguas; buen camino, pero para mí muy trabajoso, pues me cogió una fuerte tempestad de truenos y relámpagos con mucha agua que puso el camino perdido. Aquí pedí un indio tlayacán y me animé a pasar a Chila, 2 leguas, siendo la jornada de hoy, 13 leguas. El camino no es malo, aunque con el agua estaba muy pesado; pero me divertía rezando el Rosario con mi buen indio Mateo, así se llamaba, alternando él en su idioma mixteco y yo en el mío castellano; lo que hago siempre cuando hallo indios con quien caminar, aunque sean de diversos idiomas: que vamos alternando el Rosario cada uno de ellos en su idioma, sea mejicano, zapoteco o mixteco, y con gran regocijo mío porque en todas las lenguas e idiomas sea nuestra gran Reina bendita y alabada. Así, rezando y con el beneficio de la luna, pasamos un gran prado, criadero de muchas víboras, pero ninguna nos hizo daño.

Llegué a Chila después de las ocho de la noche, y aún estaban los hermanos indios haciendo fiesta a su San Antonio, tocando y cantando en la iglesia: lo quieren mucho. El cura estaba malo y me fuí a la casa del Teniente Alcalde mayor, que me recibió con mucho agrado. A otro día, muy de mañana, tomé el camino y fuí a comer a Totoltepec, 8 leguas, sin hallar más que dos rancherías en el camino, el que hasta la mitad es bueno, pero lo restante es muy áspero y doblado, y en este mal camino se pasa muchas veces un río bastante caudaloso.

Al salir de Chila, a mano izquierda, se deja un cerro que por su figura le llaman, y con razón, *La Tortuga*. Ve aquí su figura hecha y derecha.



Es Totoltepec pueblo muy pequeño de indios, pero con cura; no estaba en el lugar, pero me recibió su ama, persona de la mayor virtud y caridad que he tratado en la América; se llamaba Lucía Marta, a quien debo tener presente en mis oraciones por su especial devoción y piedad. Me dió vino y hostias para decir misa; a otro día, domingo, y después de haber comido bien y descansado un rato, salí para dormir en el santo suelo al pueblito de Santa Cruz, 4 leguas: 12 leguas. El camino es doblado, árido y seco; hay unos garambuyos, como demuestra la estampa de arriba, de una altura y proceridad disforme y tan derechos que parecen árboles de navío.

A otro día, 15 de junio, habiendo dicho misa a mis hermanitos indios, salí de Santa Cruz a San Vicente, 4 leguas: mal camino de piedras y altos y bajos. Poco antes de llegar al pueblo de San Vicente se descubre tierra llana y se ven los volcanes de Méjico. Aquí me alegré infinito y respiró mi corazón, afligido hasta ahora entre tanta montaña y serranía. Di gracias al Señor por haberme sacado con felicidad de tanto precipio, y, puesto de rodillas, dirigiendo mi afecto hacia el santuario de mi dulcísima Madre y Reina de Guadalupe, recé una Salve y continué mi camino. De San Vicente a San Juan Bautista, 2 leguas: buen camino; a comer a Barranca Honda, que son ranchos de una hacienda, 5 leguas, las 3 de un piso peligrosísimo; mucho calor y sed. Se encuentran algunos ranchitos de pastores y en el camino palmas, hisos y sotoles. De Barranca Honda a San José de

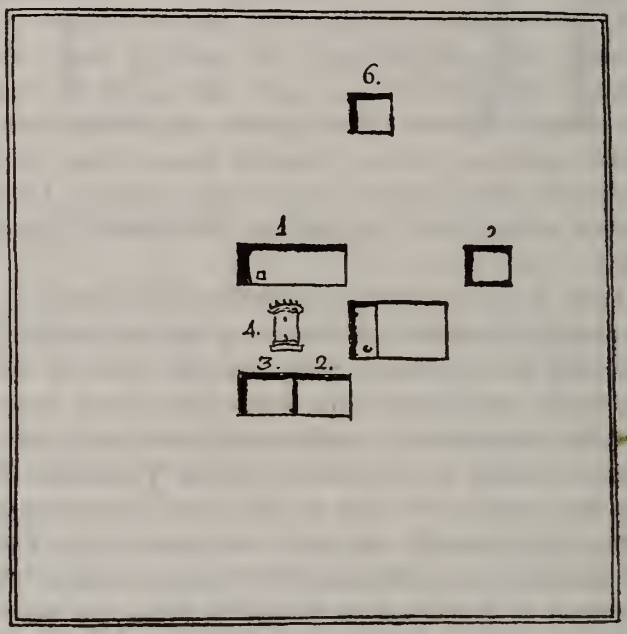
Gracia, 2 leguas, alguna piedra; a Santa Cruz de los Chochos, 2 leguas: buen camino; a dormir entre una parva de ebrios a Santa Clara, 1 legua: buen camino; 12 leguas.

Pasé la noche con gran trabajo por tan mala compañía y, tomando la mañana, fuí a comer a la ciudad de Tepeaca, 6 leguas: buen camino. Se pasa por el pueblito de Santa Ana, 2 leguas, y hasta aquí me perdí tres veces; a Santa Isabel, 1 legua; a San Francisco, 1 legua; fué curato de Padres Observantes; la iglesita es muy pulida, con hermosas torres y medias naranjas; había en la iglesia cuatro efigies de San Francisco de bulto y las dos de primorosa escultura. De San Francisco a San Pablo, 1 legua; de San Pablo a Tepeaca, 1 legua.

Ahora, en mi sano juicio, hallándome en Tepeaca y reflexionando las jornadas tan dilatadas y muchos trabajos que he padecido en la Mixteca, hago propósito firme de nunca jamás tomar este camino para Oaxaca por largo, fragoso, inaccesible y desatinado, y suplico escarmienten en mí los que lean esto; váyanse por el camino real de Theguacán, Cuicatlán, etc., como a la p. 82; es más breve y no tan áspero. De suerte que tomando este camino hay desde aquí a Oaxaca 75 leguas, y por la Mixteca, 86. Verdad es que se toma este camino de la Mixteca en tiempo de aguas por huir del río Salado y otros caudalosos, pero no faltan ríos por la Mixteca, como hemos visto, y acaso más peligrosos. Basta de aviso y vaya una curiosidad. Desde el pueblo de Santa Clara hasta Tepeaca se cría en el campo una especie de tomillo con unas flores blancas y hermosas, de la hechura de los jazmines, aunque algo más largas. El blanco de esta vistosa flor tiene un fondo precioso y en algunas se halla un colorcito morado que la agracia mucho. Es muy hermosa y singular esta flor y están llenos los campos.

En terreno alegre y llano, gozando de buenos aires, benigno temperamento y delicadas aguas, se halla la antigua ciudad de Tepeaca, distante de Méjico 30 leguas por el rumbo del este, y a los 274 grados, 53 minutos de longitud, y 19 y 45 de latitud. El antiguo y célebre historiador Fray

Juan de Torquemada, religioso Observante de esta provincia del Santo Evangelio, habla mucho de esta ciudad en su *Monarquía Indiana;* dice que su vecindad era numerosísima, de treinta mil vecinos, pero hoy está muy deteriorada. Por



Plano de la ciudad de Tepeaca.

1. Convento de San Francisco. — 2. Parroquia. — 3. Casas Reales. — 4. Torreón. — 5 Nuestra Señora de Oclatán. — 6. El Cristo.

NOTA. — Aquí sólo se ponen los edificios públicos sin expresar las casas particulares.

los padrones consta que sólo tiene quinientas familias de indios y unas doscientas de españoles y mestizos. Tiene Alcalde mayor y, como ciudad de indios, tiene gobernador, alcaldes y regidores indios. En la conquista se llamó Segura de la Sierra. El primer Justicia mayor que hubo en esta ciudad fué su conquistador Hernán Cortés, el que, con algunos de sus capitanes, habiendo destruído los templos de los

ídolos, vivió algunos años aquí, y su retrato y el de sus capitanes he visto de pintura de aquellos tiempos.

En medio de la plaza, que es espaciosa y magnífica, hay un torreón fuerte que labró Hernán Cortés para defensa, y aún permanece en el día bien tratado.

En el frente principal de la plaza, mirando al Oriente, está el convento de Padres Observantes, fundación de Hernán Cortés, y como suyo, es obra grande, suntuosa y magnífica; es todo de bóveda, y la iglesia, de una nave, arrogante, con dos órdenes de ventanas y corredores de piedra, que se andan por fuera. Cuenta de antigüedad más de doscientos años, y aún no se ha sentido la fábrica en parte alguna, aunque ha habido grandes terremotos. Era curato antiguo de los Padres y mantenía una crecida comunidad; hoy ha pasado a clérigos y es corta y reducida.

En la misma plaza y frente del convento está la iglesia parroquial, de bella arquitectura; inmediata a las casas reales tiene también la ciudad varias iglesias y ermitas. El trato y comercio de esta ciudad son los tejidos de algodón y lana con que se visten los indios. También en su contorno hay algunas haciendas de labor.

Salí de Tepeaca el miércoles por la mañana, habiendo estado en casa del Alcalde mayor, que me recibió con gran caridad. Llegué a la venta que llaman el Ventorrillo, 2 leguas; fuí a comer a Mozoque, 2 leguas, y a dormir a La Puebla de los Angeles, 3: 7 leguas. Por el camino había dondiegos y enredaderas.

En La Puebla estuve disfrutando la caridad de mi amado condiscípulo don Cándido, p. 20, hasta el día 26 de junio, que por la mañana salí para la famosa ciudad de Tlaxcala, a donde fuí a comer y dormir: 6 leguas. Se pasa por las inmediaciones de algunos pueblos y cerca de Topoyango, que es convento de Recolección de Padres Observantes y está en una cañada entre alamedas. De este convento trata el Padre Torquemada en su *Monarquía Indiana.*

La insigne ciudad de Tlaxcala está fundada en un valle

muy profundo, rodeado de varias montañas, a la verdad inexpugnables, pero de situación triste y melancólica, aunque en temperamento sano. Su latitud son 20 grados y 10 minutos, y su longitud, 275 y 43. Los vestigios que aún permanecen en esta ciudad dan a entender claramente la opulencia que gozaba en lo antiguo, su extensión, capacidad y multitud de indios, pues aún hoy se cuentan, incluídos los barrios, once mil familias de indios, exentos, por su gran fidelidad, de todo género de tributos, aunque contribuyen con un donativo gracioso anualmente.

Hay dos gobernadores: uno español, por la jurisdicción real, para lo político y civil, y otro indio que preside la república, compuesta de alcaldes, regidores, etc., todos de la nación. Aún permanecen algunos parientes de aquellos célebres capitanes y gobernadores antiguos: Magiscatzín, Xicotencal, tan famosos en las historias como ilustres por sus méritos. En los cuatro palacios que habitaban estos insignes héroes de la América, fundaron ellos mismos cuatro iglesias que aún duran.

El Papa Clemente VII, el año de 1526, erigió en Catedral la iglesia de Tlaxcala, y fué su primer Obispo el ilustrísimo señor don Julián Garcés, del Orden de Predicadores, y después se trasladó la silla a La Puebla de los Angeles el año de 1550. Hoy es curato de clérigos. Hay también convento de Padres Observantes, que en lo antiguo sería de la mayor magnificencia, pero en el día está muy deteriorado. Los caciques están labrando una iglesia hermosa y de singular arquitectura.

A corta distancia de la ciudad, sobre una eminente loma, hay un rico y devoto santuario de Nuestra Señora llamada de Ocotlán, muy venerada en toda la provincia por sus muchos milagros. Se apareció en un árbol llamado ocolt, de donde tomó el nombre, y su efigie, como representa su estampa. Hay también en la cañada otro santuario de Nuestra Señora de la Defensa, de gran veneración; está según se pinta en la estampa, a la página siguiente.

En las casas reales hay varias pinturas en que se repre-

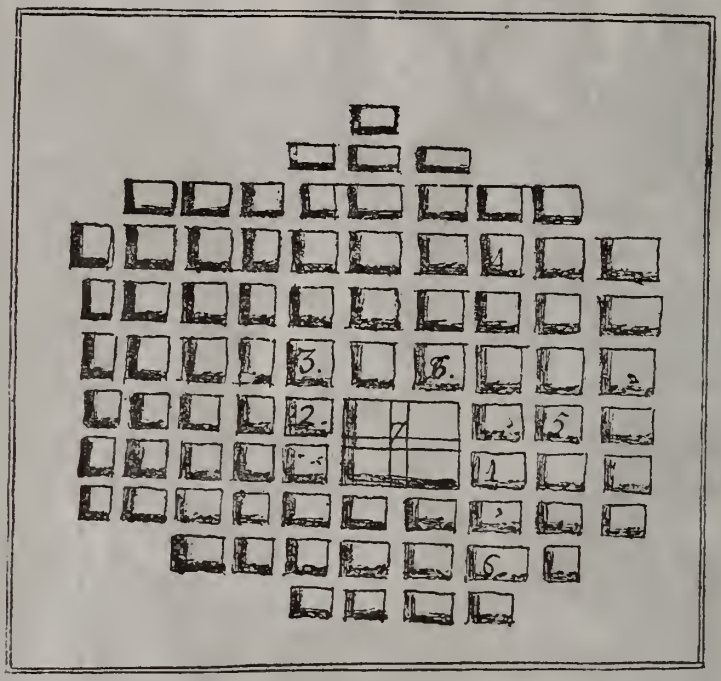
El SS. P. Gregorio XV. concediò cien años de indulgs à quien dixere: Bendito sea la Purissima, è Immaculada Concepcion de la Beatissima Virgen Maria. Y los Illmos. Sres. Arzpo. Obpo. de Puebla, y su Auxiliar el de Cesario conceden 80. dias por resar una Ave-Maria ante esta milagrossissima Imag. de N. S. de Ocotlan de Tlaxcala

IHS
JSE
V.R. de N. Sr̃. de la DE
Santuario que está en la Co
mitanoi, en la Cuaresma de
Manuel Rubio y Salinas
40 dias de Indulto todas las
esta estampa.
Adevoción del
FENSA que se venera en su
nida que llamaron los ker
D.
Arzbpo. de Mexico. Concede
pers. q. rezare una Salve delante de
Sanctm. Mr. D. Mr. Fernd. Bustam.te Bustill.
Manuel Villavicencio dl. fe. 765.

El dia 7. de Mayo de 1631, se apareciò el Principe S.r San Miguel, à Diego Lazaro de S.n Fran.co Indio de el Pueblo de San Bernabe; Cercano al de Nativitas, de el Obispado de la Puebla, y le manifestò en el Cerro Tzopiloatl, el Manantial de Agua Saludable que oy se venera.

Sylverio Sc. à 1751. en las Escalerillas

senta la entrada de Cortés con los españoles, el recibimiento que le hicieron, cuando Cortés colocó la cruz, la veneración de los indios al santo madero, con otros varios pasajes de la conquista. Vi y examiné con cuidado algunos monumentos



Plano de la ciudad de Tlaxcala.

1. San Francisco. — 2. Iglesia de los Caciques. — 3. Parroquia. — 4. Nuestra Señora de Ocotlán. — 5. El Cristo del Vecino. — 6. Casas Reales. — 7. Plaza.

y rastros de la antigüedad, causándome gran consuelo ver en estas provincias adorado a nuestro Dios y Señor, y su admirable providencia en que aquellos conquistadores encontrasen tanta fidelidad y afecto en esta valerosa nación tlaxcalteca.

No me detengo en referir el antiguo acertado gobierno de estos ínclitos tlaxcaltecos, su opulencia y extensión, su

valor, su fidelidad, con sus hechos heroicos y demás prendas verdaderamente grandes, pues han sido siempre digno empeño de las mejores plumas. Léase a Solís, Torquemada, Antonio Herrera, Bernal Díaz y otros.

Me recibió en esta casa con singular demostración de afecto y caridad el señor don Antonio López Matoso, Gobernador de Tlaxcala y Teniente del Capitán General de la Provincia, natural de La Habana. Su mujer, doña María Sanz, natural de Escalona, obispado de Segovia.

El día 27 de junio, por la mañana, salí de Tlaxcala para venerar el santuario célebre de San Miguel del Milagro, distante 3 leguas de la ciudad. Se pasa por el pueblo de Natívitas, que es curato de clérigos. Está el santuario entre unas barrancas muy profundas, pero en sitio muy ameno y lleno de frondosidad. Todo el terreno está respirando devota alegría y espiritual complacencia. Como el sitio es desigual, hay muchas y hermosas escaleras y corredores, varios planes con alegres jardines, cipreses altos, sauces vistosos, variedad de enredaderas con flores muy singulares y, en fin, basta saber que el Arcángel San Miguel lo escogió para su culto, santificándole antes con su aparición, que diré brevemente.

El año de 1631, habiendo en esta provincia una grande epidemia, de que morían muchos indios, se apareció el Santo Arcángel a un dichoso indio llamado Diego Lázaro, gravemente enfermo, y, dándole perfecta salud, le llevó a este sitio, por su natural árido y seco, como lo es toda la circunferencia, aunque, mudado después, lo vemos, por virtud divina, frondoso y ameno, y dando el Santo Arcángel un golpe con una vara de oro que traía, brotó una fuente dulce y cristalina. Entonces le dijo al indio que allí había bajado la virtud del Señor y que los que bebiesen de aquella agua sanarían luego, como sucedió y sucede hoy a los que con devoción la beben. Esta fuente está ya profunda por haberse levantado mucho el suelo para labrar la iglesia y habitaciones para el capellán y peregrinos que van a venerar el santuario,

el cual es muy frecuentado de toda la provincia; su estampa queda a la página 143.

La efigie de San Miguel que se venera en la iglesia es de estatura regular y toda de plata. Bebí con mucho consuelo el agua del pocito, que es muy fresca y delicada, y continué mi camino a la ciudad de Huexotzingo, 3 leguas. El camino es llano, pero pantanoso; pasé muchas veces un río bastantemente caudaloso y casi todo el camino fuí pisando agua con las sandalias en la mano.

La ciudad de Huexotzingo se halla a los 19 grados y 50 minutos de latitud, y 274, 36 de longitud; su terreno, llano y alegre. En tiempo de la conquista tenía su república, según Torquemada (en su *Monarquía Indiana*, tomo 3, libro 15, cap. 12), ochenta mil vecinos, pero en el día está muy despoblada. Su temperamento inclina a frío por estar a la falda de los volcanes nevados de Méjico. Hay Alcalde mayor, con gobernador de indios y demás oficios que componen república. Es curato de clérigos; hay también convento de Padres Observantes muy antiguo, de cuya fundación y otras particularidades trata Fray Juan de Torquemada, de la misma Orden, por sus tres tomos, donde podrá el curioso leer sus costumbres antiguas, sus ídolos, sus sacrificios, su gobierno, con otras curiosidades. Hay una efigie de San Diego, famosa por sus muchos prodigios, y el citado Torquemada refiere algunos. Véase, en el índice, «San Diego Huexotzingo».

De Huexotzingo fuí a dormir al pueblo de Calpa, 4 leguas: 10 leguas. A la mitad del camino, que sólo es algo quebrado, se encuentra una gran hacienda de los Padres Agustinos Calzados, por lo tocante de las misiones de las Filipinas del Ramo de Valladolid, en España. Se llama esta hacienda Santa Elena de Chagua. Aquí estaba, con otros religiosos, el Padre Fray José Peláez, natural de Gumiel de Izán, que tomó el santo hábito en los Filipinos de Valladolid.

Este pueblo, en lo antiguo, fué de mucha gente, pero hoy está muy minorado. Es curato de clérigos, y me recibió con mucha devoción el actual.

Tiene convento de Padres Observantes, que sería en otro tiempo de los más suntuosos de la provincia. A los cuatro ángulos del atrio tiene cuatro capillas de piedra labrada con tantos celajes y molduras tan bien fabricadas que me robó la atención.

Al otro día, antes de amanecer, salí con un indio tlacayán por guía hasta San Nicolás de los Ranchos, 1 legua; de aquí a Santiago de Salechincla, 1 legua; mira a las páginas anteriores. Aquí empieza a subir la serranía por entre los dos volcanes nevados. Luego que desde la eminencia descubrí a Méjico, me postré en tierra y, lleno de regocijo, recé una Salve a mi Madre, mi protectora y dulcísima Reina, Nuestra Señora de Guadalupe, dando infinitas gracias a Dios que me concedió el volver con salud a mi destino, en que reconozco la mano poderosa del Señor y que sin beneficio muy singular no pudiera mi débil naturaleza haber caminado tanto, ni menos haberme librado de tantos peligros en ríos caudalosos, calores excesivos, fieras del campo, animales ponzoñosos, etcétera. «Agimus tibi gratias, omnipotens Deus, pro universis benefitiis tuis: Qui vivis et regnas.»

Continuando mi camino, llegué a las tres de la tarde a Amecameca, 7 leguas: 9 leguas. A otro día por la mañana, pasando por Tlhalmanalco, fuí a comer a Chalco en casa del señor don Juan de Castrejón, que lo hizo con mucha caridad. Jornada del día, 4 leguas y media.

Este mismo día, por la tarde, me embarqué en la canoa llamada «San José». Nos amaneció en la laguna, y la serenidad de la mañana, con su natural frescura, me ofreció la gran diversión de ir viendo tantos pueblitos y haciendas como hay en la laguna y sus inmediaciones, y la hermosa variedad de aves, patos, gansos, ánades, etc., que trafican por sus aguas, y junto con las frescas arboledas que hay en las inmediaciones forman un objeto deliciosísimo a la vista, capaz de alegrar al ánimo más caído. Llégase a esto la multitud de canoas y piraguas que se ven cruzar por todas partes. Ya estaba compuesta la compuerta de Mexicalango y pasamos sin trabajo, como también otra compuerta que hay antes, cer-

ca del pueblo de Qulhuacán. Bebí el agua de la Estrella y recé a Nuestra Señora de la Guía, que está en una islita dentro de la misma laguna, y se pasa inmediato al santuario, que es muy devoto, y la imagen como aparece en la estampa.

Está colocado este santuario en la laguna de Méjico, en una pequeña isla, inmediato a la Zequia de Chalco.

Tendí la vista por los deliciosos portátiles jardines de la Jamaica e Ixtacalco, y así, divertido y alegre, llegué a Mé-

jico, donde desembarqué el último día de junio, a las nueve de la mañana: 9 leguas. *Te Deum laudamus.*

Salí de Méjico el día 11 de diciembre del año de 1765 y volví el día 30 de junio de 1766, habiendo caminado en este tiempo muchas leguas.

Y repitiendo segunda vez, aunque con mayor afecto, las justas debidas gracias a mi dulcísima protectora y divina Madre, Nuestra Señora de Guadalupe, como a la p. 305 del vol. I, por este nuevo y singular beneficio, o, por mejor decir, por este especial cúmulo de favores y beneficios. Así lo siento, así lo confieso y como tal lo firmo.

Méjico y agosto 3 de 1766.

FR. FRANCISCO DE AJOFRÍN.

ANIMALES DE LAS INDIAS

Raros bichos ha puesto el Señor en estos países; referiré algunos que me ocurran.

Thlaquache.—Es animalejo doméstico y aficionado a gallinas; su figura es como de rata, pero de mayor corpulencia, pues excede a la de un gran gato; el hocico es semejante al de un marranillo, los pies y rabo como de rata, el pelo es algo más largo y negro. Las hembras tienen una bolsa en la parte inferior del vientre, que se dilata desde el principio del estómago hasta el orificio, formado de dos pellejos membranosos con una abertura que cierra y abre a su voluntad por medio de los músculos propios que para ello le ha dado la naturaleza. Oculta en esta bolsa las tetas y, cuando pare sus hijuelos, los recoge en aquel seno y allí los mantiene y lleva consigo a todas partes, y, cuando abre la bolsa, salen los hijuelos, y, luego que quieren huir, se mete cada uno en su bolsita, que está dividida interiormente, y corre la madre con ellos. Come todo género de aves domésticas, en que se ceba con notable detrimento. También se suelen criar en el campo entre las milpas, haciendo daño al maíz. Su carne, que, según dicen, no es de mal gusto, quita las calenturas comida; sus huesos, puestos en la parte opuesta donde se ha clavado alguna espina, la expele y saca.

Zorrillo.—Animalejo hermoso y pequeño, pero fétido y fastidiosísimo por su orina. Es como un gato mediano: el pelo, muy fino, que tira a color de canela, con unas listas medio blancas desde la cabeza hasta las ancas; la cola no

muy larga, pero esponjada y ancha, es en todo su cuerpo agradable y vistoso. Para defenderse de los perros y otros animales que le persiguen, se orina en su cola y les rocía con ella, siendo tan fétido el olor, que hace perder el sentido al que le sigue, y perturba de modo que da lugar a que escape el zorrillo. Es tan vehemente la fetidez de su orina, que alcanza a un cuarto de legua, y tan durable que, a no hacer un aire muy fuerte, se mantiene por media hora; si le coge a alguno allí cerca, se pega el olor a los vestidos y dura en ellos muchos días. A mí siempre me aturde y me causa un fuerte dolor de cabeza.

Armadillo.—Su nombre expresa lo que es. Tiene la magnitud de un gato grande y aún en las costas del mar del sur son mayores; el hocico, pies y rabo, muy semejante al puerco. Todo su cuerpo está cubierto de una concha dura y fuerte, la cual, conformándose en todo con la estructura y tamaños de su cuerpo, le defiende de los insultos de los demás animales, sin que le estorbe para andar libremente. Demás de la concha principal tiene otra a manera de capilla, unida con la primera, que le sirve para esconder la cabeza; el rabo tiene también sus conchas, con que por todas partes se ve armado y defendido. Dicen que su carne es sabrosa como de puerco.

Cacomiscle.—Animal casero de la figura de garduña, aunque mayor y de más hermosura; es de hermosos ojos, alegres y brillantes; hace su presa en las gallinas.

Caimanes.—Animal anfibio: vive tanto en el agua como en la tierra, aunque se aparte poco de las riberas de los ríos donde se crían. Todos los ríos de tierra caliente abundan de esta casta de animales. Su estructura es muy parecida a la de un lagarto terrestre, aunque de mayor corpulencia, pues suele haberlos de cinco a seis varas de largo. Todo su cuerpo está cubierto de conchas muy recias, de modo que resisten a las balas si no es que le entren por el juego del brazuelo, que es la única parte que tiene indefensa. La cabeza es muy larga y delgada la punta, donde forma una trompa u hocico muy semejante al cochino, la que regularmente

tiene en el río fuera del agua, lo que da a entender necesita alguna respiración. Sus dos quijadas están guarnecidas de colmillos muy unidos entre sí, fuertes y agudos y de figura algo curva. Tienen varias virtudes los colmillos, como diré después.

Es tanta la cantidad de los que se ven en las playas de los ríos y en los esteros o lagunas, que no se pueden contar. Salen a tierra a tomar el sol cuando ya están satisfechos de comer, y parecen troncos de madera o de árboles podridos que el río ha arrojado a la ribera. Mientras se mantienen en tierra, tienen la boca abierta, sin moverse, hasta que se juntan muchos mosquitos y moscas, y entonces la cierran de golpe y los tragan. Cuando oyen ruido de gente o embarcación que viene cerca, huyen y se van al agua.

La procreación de estos animales se hace por huevos y, cuando la hembra está para ponerlos, va a una de las playas, hace un hoyo en la arena y en él va poniendo sus huevos, que suelen pasar de ciento, sin moverse en uno o dos días; el tamaño de cada huevo es como el de las avestruces; su cáscara, fuerte y blanca. Después que ha puesto sus huevos, los tapa con arena, revolcándose en ella y sus inmediaciones para que ni se conozca el sitio. Concluído esto, se vuelve al agua hasta que el instinto natural le enseña estarán ya para salir del cascarón los caimancillos; vuelve entonces, seguida del macho, escarba la arena, los descubre y va rompiendo la cáscara; salen los hijuelos en la abundancia que se deja discurrir, pues apenas se pierde uno. La madre los va poniendo sobre las conchas del lomo para llevarlos al agua, pero las aves de rapiña les quitan unos, y los caimanes machos, que concurren con ese fin, comen otros, hasta que la hembra se va al agua de prisa con los que han quedado, y todos aquellos que se la despegan y no nadan, se los come ella misma; de suerte que de una disforme ovada apenas escapan cuatro o seis.

Las aves de rapiña y algunos animales, si ven poner los huevos o dan con el nido, luego que se aparta la madre, van y, sacando todos los huevos, se los comen, sin dejar uno.

Aun los mismos hombres que trajinan en los ríos, comen estos huevos cuando son frescos. Providencia admirable del Altísimo que tenga tantos enemigos esta casta de animales para que no se multipliquen, pues se llenarían los ríos y aun las playas, sin poderse transitar.

No pueden comer debajo del agua, y así, hecha la presa en los peces del río, sacan la cabeza fuera. El modo que tienen para pescar es raro; pónense ocho o diez juntos a la boca del río o estero, y otros están espantando y persiguiendo la pesca, con que, por huir de éstos, dan en los otros que tienen acordonado el río, y así se escapan muy pocos peces.

Cuando se hallan hambrientos, salen a tierra y corren las sabanas y prados de allí cerca y se tiran a los terneros, potros u otros animales, quedando tan cebados a la carne, que, una vez que la prueben, ya no quieren el pescado, y aun se tiran a los hombres, particularmente a los muchachos; aun los que van en las canoas no están seguros, pues, si dejan fuera algún brazo o pierna, cuando duermen, hace presa el caimán y pagan el descuido con la vida. También se tiran a los caballos y mulas, cuando vadean los ríos, y les cortan las piernas o manos con gran facilidad y extraña prontitud. Los perros se burlan de ellos con una singular estratagema que se ve todos los días. Cuando llega el perro a los ríos donde hay caimanes, para pasarlos, empieza a ladrar a la orilla; luego acuden los caimanes a la presa, esperando en el agua; se retira el perro y vuelve al mismo sitio a ladrar, teniéndolos en espera, y, cuando menos piensan, se va el perro más arriba y luego pasa el río antes que sea sentido de los burlados caimanes.

Para libertarse los labradores de los caimanes carniceros, los matan de un modo raro. Cortan un palo de madera fuerte, como de media vara de largo, y grueso como una muñeca; le hacen unas puntas muy aguzadas y, poniendo carne o bofes, le echan al agua, habiéndole antes atado bien con una fuerte correa de cuero a algún árbol; viene luego el caimán y, al hacer presa en la engañosa carne, queda él preso, metiéndose las puntas del palo por las quijadas: queda con la

boca abierta, incapaz de hacer daño; entonces le sacan a tierra, juntándose muchos hombres, y le burlan como si fuera un toro, sin que pueda hacer más impresión que derribar al menos diestro en hurtarle el cuerpo a la carrera, la cual es ligerísima vía recta, pero, para volverse a cualquier lado, es pesadísimo por su armadura de conchas que le impiden cualquier movimiento retrógrado.

Aun estando en tierra hay muchos negros y mulatos que, con el referido palo aguzado en una mano, se presentan delante del más fiero y carnicero caimán; viene éste con la boca abierta, métenle el brazo con el palo y, al querer el caimán hacer presa, queda clavado por las puntas y entonces le torean con gran facilidad.

He oído, no lo he visto, que si el caimán come algún cachorrillo de tigre de que regularmente abundan las riberas, luego lo conocen los padres y se tiran rabiosos al río; vienen los caimanes a la presa y, suponiendo, como es cierto, que el caimán en el agua, para morder, se vuelve boca arriba, entonces el tigre con sus garras le abre por el vientre donde no tiene conchas y le mata, y así hace con tres o cuatro hasta que se cansa, y fatigado se retira.

Los colmillos del caimán son muy estimados de hombres curiosos y observadores de la naturaleza. Madama Fouquet y el *Orinoco ilustrado* refieren varias virtudes. Lo que yo he oído a varios sujetos de juicio, que han hecho la experiencia por sí mismos, trayendo el colmillo a raíz de la carne, preserva del aire corrupto e inficionado, rompiéndole el colmillo. Preserva también del veneno que se da en comida o bebida; los polvos del colmillo raspado o limado, tomados en un vaso de agua tibia, apaga el veneno de culebras, víboras y todo animal ponzoñoso.

Si queda muerto el caimán en el campo, luego que se corrompe, huele a almizcle a una gran distancia, lo que no sucede si muere en el agua.

Nigua.—Es un animalejo casi imperceptible a modo de liendrecita, y no hay resguardo que baste para libertarse; se entran por las medias, pasan los zapatos, botas de cuero, es-

carpines y toda ropa; siempre se pegan en los dedos de los pies, penetran la carne viva con un picor muy suave y casi imperceptible; a las veinticuatro horas ya han criado una bolsita blanca del tamaño y color de una perlita de aljófar, llena de huevecillos, y si no se saca, revienta dentro y van extendiéndose en número casi infinito, pues no dudo que cada bolsita tendrá un millón de liendrecitas; y, apoderándose de todo el cuerpo, le llenan de vejigas, causando calenturas, inflamaciones, y vienen a morir sin remedio, si al principio no se le aplica sacando la vejiga sin reventarla.

Esto se ejecuta con un alfiler, separando con mucho cuidado toda la carne que toca a la membrana donde está la semilla, lo cual hecho, sale hacia arriba la bolsita y con gran tiento se saca y se quema en la lumbre, dando estallidos, como si quemaran pulgas u otros animalejos. Sacada la bolsita, se llena aquel hueco de tabaco, de polvo o de ceniza caliente del tabaco de hoja por que no se encone; se padecen desmayos al sacarla y unos vahidos grandes. Es muy malo mojarse el pie con la nigua o después de sacada, porque causa pasmo y mueren algunos, y otros quedan cojos o baldados. Yo últimamente he tenido muchas niguas, peregrinando por tierra caliente, de suerte que en algunos dedos tenía dos o tres bolsitas y, al sacarlas, todas se me han reventado sino una y salió entera y, bendito Dios, no me ha sucedido trabajo alguno; me he mojado y pasado ríos con ellas en los pies y tampoco me he pasmado.

La tierra caliente es molestada de estos y otros nocivos insectos, como he dicho y diré en sus lugares, ni hay quien se vea libre de semejantes calamidades; pero quien padece más por su desnudez, dormir en el suelo, andar descalzos y total desabrigo, son los pobres indios y negros. He visto muchísimos sin pies, sin piernas, sin dedos, y otros cojos sólo por esta enfermedad.

Alacrán.—Son muy activos y feroces en la América y en muchas partes venenosos y mortales. Los hay de distintas especies: unos, negros; otros, colorados, muscos, amarillos o rojos; todos son venenosos más o menos, según su especie

y calidad del país. Los muchachos mordidos del alacrán, hasta la edad de diez o doce años, mueren indefectiblemente en las tierras calientes. De esta edad en adelante sanan muchos. Luego que muerde el alacrán, da calentura; se amortecen las plantas de las manos y de los pies, la frente, orejas, narices y labios, hormigueando todo el cuerpo; se entorpece la lengua, se turba la vista, quedando sin acción ni movimiento libre. Llámase esta enfermedad y síntoma *trabarse*. Permanecen así veinticuatro o cuarenta y ocho horas y después se va quitando, si sale de la enfermedad. Es remedio eficaz aplicarse a la picadura un eslabón de acero o tabaco de hoja mascado. Un solo alacrán me ha picado, aunque sin otro efecto que el dolorcillo de la picada, que se me quitó con la saliva.

Mosquitos.—Son muchas y mordaces las especies de este insecto y, a mi ver, en tierra caliente tienen veneno a proporción de su pequeñez. En cuatro castas se pueden dividir los mosquitos: la primera llaman zancudos, que es la más corpulenta; la segunda llaman *mosquitos,* que son como los de España; la tercera, jejenes, muy pequeños, a modo de palomitas, no mayores que un grano de mostaza y de color de ceniza; la cuarta, *talajes,* tan pequeños que se siente el escozor ardiente, pero apenas se ve el animalejo. Me han mortificado mucho estos insectos y no quisiera acordarme de ellos.

Cientopiés.—Los hay de media vara de largo y, cuando pican con todas las uñas, es inevitable la muerte.

Culebras y sus especies.—Mira a la p. 71. Sobre la virtud atractiva con su aliento no se puede dudar, después de tan repetidas experiencias en conejos y avecillas. Del sapo se dice que se deja atraer del aliento a la boca de la culebra, donde se encoge y se deja tragar vivo de la culebra; pero, estando en el vientre, se hincha tanto que revienta a la culebra y se escapa.

Camaleones.—Los he visto y tenido en la mano; son unos animalejos poco mayores que lagartijas, aunque más anchos; el lomo y los lados tienen cubiertos de unas conchitas ásperas

y duras. En la cabeza tienen una corona muy perfecta formada de las mismas conchas, levantadas lo suficiente para la configuración dicha. Me inclino a creer no comen. Las mujeres afectas al mal histérico, los traen en el seno colgados de unas cintas, y viven hasta que algún descuido los mata o sofoca.

Monos y micos.—Hay muchos y por conocidos los dejo.

Tarántulas y escorpiones.—Son muy comunes.

Coyotes.—Como lobos.

Danta o gran bestia.—Mira a la p. 70.

Salamanquesas raras, p. 72.

Zibolo.—Singular mixto. Compónese de varios animales. Gibado y corvo la espalda, como el camello; enjuto el hijar, larga la cola y guedejudo el cuello, como león; hendido el pie y armada la frente, como el toro; vivacidad y espíritu con grande analogía del caballo; y aun al burro se parece en lo rústico del pelo. Los primeros españoles le llamaron toro mejicano.

Caballos de partura, p. 90. del vol. I.

Tusas.—Como topos, aunque difieren en mucho.

Cuyos.—Del tamaño de un conejo, aunque tiene el hocico y gruñe como cochino; son domésticos y mansos.

Galápagos raros.—Lee la p. 22.

Iguanas.—Como lagartos, p. 46.

Cucuyos.—Animales de luz, p. 37 del vol. I.

RARAS AVES

No sólo hay raros animales, sino también raras aves en las Indias. El depósito más rico de las aves y aun de todas las maravillas son las tierras calientes de la América. La diversidad que se reconoce en aquella cálida atmósfera es tanta, que sólo la admiración puede expresarlo; la hermosura de sus plumajes tan particular, que apenas habrá voces con qué ponderarla, y la variedad de graznidos tan grande, que, confundidos los suaves y apacibles con los ásperos y des-

agradables, no dejan libertad al oído para que guste de la dulzura de los unos o pueda distinguir la disonancia de los otros. Pero es cosa notable y siempre digna de admirar la providencia del Señor, que igualmente reparte sus dones entre las criaturas, pues para no darlo todo a unas, dejando pobres a las otras, en aquellas donde su diestro pincel retrató más vivamente los colores, dejó el defecto de un molesto graznido, para que quedase igual con la que en su lugar gozase la perfección de una música suave, mereciendo por esto la estimación a que no podía aspirar por lo otro.

El guacamayo.—Es una de las aves en quien esto se verifica. Los vivos y exquisitos colores que viste le hermosean tanto que no hay pintor diestro que baste a retratarlos; pero su graznido es recio y desapacible, como el de todas las aves de pico corvo, recio y lengua gruesa. Su cuerpo, como de una gallina, aunque las patas muy bajas y que parece anda arrastrando; la cola, muy larga y vistosísima en su admirable variedad de hermosos colores.

Loros o papagayos, cotorras y periquitos.—Vuelan a bandadas por los montes y su ruido en el aire se oye a gran distancia. Son bien conocidos y por eso no me detengo.

El pito real.—Merece especial atención por su rara cabeza, extraordinario pico y hermosos colores. La corpulencia de esta ave es como una paloma, pero más alta de pies; la cola, corta; su pluma, algo oscura, pero graciosamente salpicada de algunas turquíes, purpúreas, amarillas, azules y otras, que hacen bello maridaje con el color que predomina.

La cabeza es desproporcionadamente grande respecto del cuerpo, lo que es preciso para sostener la deformidad del pico, el cual se alarga desde el nacimiento de seis a ocho pulgadas, haciendo a la extremidad alguna curvatura. En la raíz tiene la caja superior pulgada y media o dos de base, formando una figura triangular y así continúa hasta el fin; las dos superficies que corresponden lateralmente, forman en la parte superior un lomo, y la tercera sirve de recibir la quijada inferior, la cual sigue todo lo largo de la alta hasta su extremidad, y una y otra juntas van insensiblemente dismi-

nuyendo el grueso de su nacimiento, y a su fin se encorvan de repente y sutilizan tanto que forman una parte fuerte y aguda. La lengua es de la misma hechura que una pluma y colorada, como todo lo interior de la boca.

Esta hermosa ave copia en sólo su pico todos los colores que se ven en las demás; el de su arranque o nacimiento es amarillo finísimo y delicado, el cual cubre todo el lomo de la quijada superior y guarnece su raíz como de una faja de media pulgada de ancho, y todo lo restante es de color púrpura oscuro, excepto dos tránsitos, que, a la distancia de una pulgada de su nacimiento, son de un fino carmesí. Los labios interiores que se tocan entre sí recíprocamente cuando está cerrada, son guarnecidos de dientes que forman las mismas quijadas a manera de sierra. Domestícase con gran facilidad y se hace tan familiar con la gente que anda entre los de casa y acude a comer cuando le llaman; su comida regular son frutas.

Sopilotes.—Es de tamaño como de una pava, pero de cuello más grueso; desde la mitad del pescuezo hasta el pico no tiene pluma, sino un pellejo áspero, arrugado y glanduloso de color negro, como también su pluma, aunque no muy oscuro; algunos pardean más o menos según sus edades. El pico es proporcionado, recio y algo corvo. Es ave muy familiar en todo el Reino, pero mucho más en tierras calientes, donde los tejados y torres están llenos; pero tristísima ave y de poquísimo movimiento. Limpian los campos y poblaciones de animales muertos y otras inmundicias; la sutileza de su olfato se extiende a tres o cuatro leguas. Si la naturaleza no hubiera proveído de tanta abundancia de estas carniceras aves, serían infestadas las tierras calientes con la putrefacción de animales muertos. Su vuelo es pesado al principio, pero después se remonta mucho; en tierra anda a saltos y con dificultad.

Cuando no tienen qué comer, salen al campo a buscar bestias y, en hallando alguna con matadura, se ponen encima y empiezan a picar, sin que sirva de defensa el correr, revolcarse ni querer morderlos, porque, ya encarnizados, no se

apartan jamás de la presa hasta que, a fuerza de picotazos, le abren un gran boquetón y viene a ser víctima de su voracidad y fiereza.

Suelen andar con los sopilotes otra casta de pájaros igualmente carnívoros y llaman *quebrantahuesos;* son casi del mismo tamaño, aunque más hermosos y limpios; la cabeza y parte del pescuezo es en unos blanco y en otros rojo o mezclado de ambos colores; tienen un collar de plumas blancas poco más arriba del nacimiento del pescuezo, pero sin carnosidad alguna; forman en la cabeza un copetito de pluma agradable; son de más ligereza que los sopilotes.

Murciélagos.—Son en tierra caliente sanguinarios. Si, de parte de noche, por el calor excesivo del país, se dejan, como es preciso, puertas o ventanas abiertas, y descubiertos los brazos o piernas, entran, y parándose, van picando sutilmente hasta encontrar alguna vena, la cual abierta, le chupan la sangre y, después de hartos, se van dejando abierta la sangría; y si no despiertan con tiempo, quedan muertos en la cama. El no sentirse la picadura se atribuye, demás de la sutileza, a estar haciendo aire con las alas, con cuyo ambiente y frescura se hace insensible la cisura.

Chupamirtos.—Que en mejicano se llama huitzilin. Avecita la menor y más delicada entre todas las aves. Todo su cuerpecito no excede al de una pequeñita almendra; la cola larga, la cabeza proporcionada, el cuello corto, el piquito largo, delgado y fino, blanco en el nacimiento y negro en la punta; las alitas largas y menudas, tan ligero en su manejo, que, cuando vuela, casi no se ve y sólo se percibe por un zumbido que hace; sus ojos muy alegres y hermosos. La pluma es verde en la mayor parte, con pintas amarillas y azules. Anda en los jardines chupando las flores y, sin parar su vuelo, mete el piquito en la flor y saca el jugo con tanta delicadeza que ni la maltrata ni aun la inclina hacia abajo. Me han divertido muchos los sutiles juguetes de esta avecita.

Chachalacas.—Lee la p. 76.

Saltaparedes, p. 48.

Carpinteros, p. 244 del vol. I.

Tordos singulares, p. 205 del vol. I.

Gorriones canoros, p. 205 del vol. I.

Tecolotes.—Aves agoreras para los indios; son como buhos.

Cenzontli.—Es el ruiseñor de las Américas. Su pluma es cenicienta y nada hermosa; su corpulencia, como de un mediano tordo; muy canora y dulce, a modo del ruiseñor, y por eso tiene el nombre de cenzontli, que en mejicano es lo mismo que «ave de cien voces».

Gallinas de Moctezuma, p. 25.

Ovejitas, p. 85.

Aguilas de dos cabezas, p. 132.

ARBOLES

Son singularísimos los que produce la tierra.

Cedros de dos especies: blanco y macho.

Palo santo, p. 48.

Granadillo.

Varias especies de *pino:* pino blanco, pino dulce, ayacahuite, ocote, p. 34; oyamel y tajamanil.

Tequiles.—Lee p. 19.

Signaloe, aromático, p. 50.

Timbre, p. 50 .

Palmas, p. 27.

Palo lagarto, p. 50.

Organos y garambuyos, p. 49.

Guanascle, p. 49.

Huysaches, p. 208 del vol. I.

Nopal, p. 120.

Mexquites, p. 208 del vol. I.

Maguey, a la vuelta.

Sabinos disformes, p. 109.

Sumpanclé.—Arbol cuya flor es unos alfanges corvos, perfectísimos, de cuatro dedos de largo; el filo de cada uno,

que lo tiene muy aguzado, está teñido de sangre con la mayor propiedad. Su madera es blanca y ligera, muy útil para manufacturas.

Pochote.—Lee la p. 25.

Liquidámbar, p. 23.

Ule, p. 24.

Guajes, p. 25.

Hay otro árbol llamado *cuerno* que produce unas puntas muy duras y encontradas en las mismas ramas con la figura de cuernecitos de toro. Hay abundancia en Veracruz y tierra caliente.

Hierba vergonzosa, p. 244 del vol. I.

Limones, limas, naranjas, etc.—Hay silvestres en tierra caliente, p. 33. Su actividad para cocer la comida.

Parras cimarronas o silvestres, p. 249 del vol. I.

Parra de Indias, p. 51.

Cañas.—Son muchas y diversas las que produce el país. Caña dulce, de donde fabrican azúcar y llaman *caña de Castilla.* Caña hueca regular y llaman *carrizo;* caña tan alta y gruesa que sirve de canalones en los tejados y de vigas para las casas y jacales. Hay otra caña de la altura, grueso y tamaño de la hueca y regular, pero sólida y tan fuerte que detienen los toros con ellas sin quebrarse: llaman *otate.*

Jícara o kascla, p. 31.

Cosahuicos, p. 84.

Cacao, p. 66.

Pimienta, p. 56.

Canela, p. 75.

Higuera rara, p. 24.

Palo gateado, p. 34.

Rosadillo, p. 34.

Yondocucu, p. 56; llaman palo de hormigas.

Maguey.—Esta planta, cuya figura describe la estampa de Nuestra Señora de los Remedios, puesta a la p. 158 del volumen I, es utilísima a los indios; se cría silvestre en cualquier parte de la América y les da a los naturales cuanto necesitan para vivir; sacan de ella agua, vino, como he dicho

a la p. 90 del vol. I que llaman pulque; vinagre, aceite, bálsamo, miel, vigas para sus casas, tejas, hilo para coser y tejer telas, agujas y tallos tiernos para comer.

Drago, p. 26.

Vainilla, p. 74.

Palo bobo, p. 186 del vol. I.

Palo amarillo, p. 56.

Tamarindo, p. 28.

Xilosuchil, p. 31.

Zuca, p. 38.

Viznaga, p. 42.

Retama, p. 47.

Arbol del Perú, p. 207 del vol. I.

Cañuela.—Hierba silvestre que produce la provincia de Theutila y sirve a los carpinteros y ebanistas en lugar de lija para limar y dar lustre a las maderas.

Palo mulato, p. 47.

FRUTAS

Son abundantísimos estos países de todo género de frutas; las que hay de Europa, traídas aquí, han producido bien y aun han mejorado algunas; demás de esto hay muchas propias y peculiares del reino, de las que pondré sólo aquellas más conocidas, advirtiendo que nunca faltan frutas frescas y que casi todas se dan sin cultivo o con poquísimo cuidado, y ésta es la causa por qué algunas de ellas no son tan delicadas como las de Europa, pues si hubiera el esmero que allá, tengo por sin duda excederían en calidad y hermosura.

La fruta más común y abundante de todas, y por eso no de la estimación que por su bondad se merece, es el *plátano.* Son de varios géneros:

Bananas.—Tienen de largo un pie y es grande su consumo porque los comen en lugar de pan, también en el puchero y en guisados; el corazón lo tienen recio y su carne es muy blanda, pero es comida sana y de buen gusto.

Plátanos dominicos.—No son tan largo ni gruesos como los anteriores, pero más delicados y gustosos.

Plátanos guineos.—Aún más pequeños que todos y más regalados y de mejor sabor, pero, según el dictamen de los naturales, son muy cálidos; su largo es de cuatro pulgadas: la cáscara más amarilla y tersa que los otros. Si se bebe aguardiente sobre ellos, es muy nocivo.

La piña, que, sin ofensa de las otras frutas, es la reina de todas. Es tan parecida a la piña de los pinos de España en su color, magnitud y figura que no se hallarán entre especies diversas mayor analogía, y por eso la pusieron este nombre. Se cría en una planta parecida al maguey, aunque ni su penca es tan gruesa ni tan alta. Echa primero una flor a la manera de un lirio, tan carmesí y fino que perturba la vista; de su centro sale la piña del tamaño de una nuez. La piña sale ya coronada con unas pequeñas hojas semejantes a las de la planta. El color de la piña ya madura es de oro fino y delicado con algún verde, pero de tanta fragancia agradable y nada ofensiva, que no puede ocultarse en las selvas, pues se percibe a mucha distancia.

No es poco lo que halla el entendimiento que admirar en esta preciosa fruta: la similitud con la piña de Europa, siendo tan diversa; el tallo que le sirve de preciosa corona, el cual vuelve a ser nueva planta si la siembran, pues la planta que la produjo, contenta con su único parto, se seca luego, aunque brotan de sus raíces otras en quienes queda multiplicada la especie.

Para comerla se monda la cáscara y se hace ruedas; es muy jugosa, tanto que al mascarla se convierte la mayor parte en zumo, y su gusto es dulce y un agrito precioso que, junto con el olor y su fragancia, hace un paladar agradable. Hacen agua de la piña, la he bebido y es muy fresca y delicada. Su planta no ha producido en la Europa, aunque la han llevado varios sujetos. Parece que el Señor la tiene vinculada para regalo de los naturales. Vuelvo a decir: es reina coronada entre todas las frutas.

Papaya.—Fruta de árbol suficientemente elevado, muy

parecida en el tamaño, figura y color al melón. Se parte en rebanadas como los melones y su carne es amarilla como los de esta calidad; el gusto es algo semejante, aunque con un olorcillo empalagoso. La semilla es redonda, oscura, lustrosa y del tamaño de una pipa de limón o semilla de dondiego; se cría en la provincia de Theutila.

Zapotes.—Hay varias castas de diversas figuras y distintos colores.

Chico zapote.—Su figura es redonda, del tamaño de una manzana mediana; la cáscara, muy delgada, y se despega de la carne de color musco, y toda la carne es algo colorada, algo pegajosa, fibrosa, sólida y de excelente gusto, cuando está en sazón; es parecido a los nísperos, pero de gusto más delicado y sabroso; es fruta muy sana, aunque se coma en abundancia; en el corazón tiene dos o tres pepitas duras y oblongas.

Zapote mamey.—Es fruta algo mayor y más larga, de la figura de un huevo; no se separa la cáscara; la carne es más colorada y menos jugosa. En medio encierra un solo hueso, aunque tan grande como la mitad de la fruta; es de color musco y terso, pero abierto por una faja que descubre la pepita interior, que es dura y blanca.

Zapote prieto.—Casi de la misma figura que el mamey, aunque su carne es muy suave y prieta o negra a modo de pez, con tres o cuatro pepitas duras y oblongas, pero también prietas.

Zapote blanco.—Tiene la carne muy blanca que tira a verde. Aunque los árboles de estas frutas se distinguen entre sí, todos son corpulentos y frondosos.

Cocos.—Es fruto que da en racimos una palma elevadísima y recta; son de la magnitud de un meloncillo. Antes de empezar a cuajar, cría toda la concavidad llena de un licor algo blanco, tan líquido como el agua, pero de bello gusto, fresco y un saborcito a almendra; se va convirtiendo esta agua en una carne dura del mismo color y sabor de almendra, pero fuerte e indigesto. La cáscara del coco es durísima; se hacen jícaras, horteras y vasos para beber; está forrada

con una corteza llena de fibras que, en secándose, es fortísima y estoposa y difícil de romper.

Tamarindos.—Cuyo árbol es de los corpulentos y coposos que hay en el reino; la hoja, de un verde oscuro; echa unas vainas no muy grandes y chatas, dentro de las cuales se encierra una médula oscura, melosa y llena de fibras, a quien dan el mismo nombre que al árbol, y en el centro de ellas tiene una pepita o hueso muy duro y chato por los lados, de seis a ocho líneas de largo y dos o tres de ancho. El gusto es agridulce, y sólo se usa en bebida, disuelto en agua. Tómase para refrigerar la sangre, pero en dosis moderada y sin continuación porque es demasiadamente fresco y debilita el estómago.

Cacaguates.—Frutilla de la figura y grandor de un piñón, y aun el color y sabor es muy semejante; la comen tostada y confitada, contraria en todo a la antecedente, porque es sumamente cálida, y por esta razón no muy saludable en climas ardientes.

Chirimoya.—Es fruta gustosa y delicada; su tamaño y figura, como de pera de todos tamaños, pero las hay medianas y grandes como las peras, aunque al contrario en el pezón, pues la chirimoya es chata y cóncava donde tiene el pezón y después va disminuyendo algo de su corpulencia. Su cáscara, delgada, mole y unida a la carne; en el exterior, verde oscuro. La carne interior es blanca, compuesta de unas fibras casi imperceptibles; su gusto es meloso y dulce, mezclado con un agrito moderado junto con una fragancia suave, que realza mucho su calidad y exquisito sabor. Sus pepitas son algo chatas. El árbol, que llaman chirimoyo, es alto, fuerte, hermoso y de hoja ancha y vistosa.

Aguacate.—Tiene la figura de una perita pequeña; su cáscara, muy delgada y lustrosa como de barniz, tersa y lisa, de color verde. La carne es muy mantecosa, de color blanco verdoso y nada dulce. Tiene una sola pepita como la mitad de la fruta y de su misma figura. El árbol, que se llama del mismo nombre, es alto, coposo y de mucha frondosidad. La fruta es cálida; la comen también en ensaladas crudas.

Granadilla de China.—Es fruta que produce el árbol o planta que en España llamamos *pasionera* o de *pasión,* allá infructífera y sólo con la misteriosa flor, bien conocida por representar en ella los instrumentos de la Pasión de Jesucristo Redentor nuestro, y aquí con este fruto que sale de la referida misteriosa flor. La planta, flor y hojas con estructura, fragancia, etc., es idéntico con la *pasionera* de la Europa, y, a mi modo de ver, creo ha pasado, como otras plantas, de aquí allá, aunque allá no da fruto. La magnitud y figura de la granadilla es como un huevo de gallina; su cáscara es muy lisa, igual y lustrosa; por de fuera, de color verde y encarnado; por el interior, blanca y fofa. La sustancia que se encierra en ella es viscosa, con unos granitos algo gordos que sobresalen entre la carne, que es blanca; los granos son como de higos, y así se comen con la granadilla. La calidad de esta fruta es cordial, fresca y sana; su gusto es agridulce, tan agradable al paladar que ni fastidia el uno ni ofende el otro. La planta la hay silvestre por los campos y selvas, aunque menor en las ramas, hojas y flores, pero no inferior en sus prodigios y misterios.

Leivas.—Lee p. 47.

Nueces encarceladas.

Guayabas.—Fruta de árbol corpulento; su color es algo dorado; blanda al paladar, pero algo fastidiosa por su olor pesado y tenaz.

Tejocotes.—Es la misma fruta que en España llamamos acerolas, aunque generalmente los tejocotes son casi el doble más crecidos por la fertilidad del terreno. Están los campos llenos de estos árboles y los suelos de la fruta, apreciándose poco por la gran abundancia.

Capulines.—Es la cereza de España, aunque más pequeña y áspera, por no cuidar de estos árboles de que hay montes sin cultivo. La comen los indios y la he comido yo, aunque no soy indio.

Ciruelas.—De que sólo tienen el nombre y algo de su figura; son agridulces, aunque el agrio sobresale y la hace algo desapacible; es muy dorada por dentro y de fuera, con

un hueso algo blando y pegajoso al principio, aunque después duro y fuerte.

Tunas.—Fruto silvestre que produce el nopal y en España, a donde se llevaron de aquí, llaman *higos de las Indias;* las hay blancas, amarillas, verdes y encarnadas.

Pitahayas.—Es a modo de la tuna; si se comen muchas, emborrachan; es fruta muy sana y fresca, y lo mismo la tuna, aunque ésta es más pequeña que la pitahaya.

Limones y su eficacia para cocer la comida, p. 55.

Chayotes.—Fruta de una mata como enredadera; tiene la figura de un membrillo y el sabor de pera, con muchas espinas que no punzan; también los hay sin espinas y son más finos, p. 57.

Hobos, p. 73.

Hay también muchas raíces que se comen como fruta.

Camotes.—Son como las batatas de Málaga.

Xicama.—Se come cocida o asada y su sabor es a castaña cocida, p. 73.

Xilocayote.—Es calabaza exquisita para dulce; tiene el mismo color y figura que las sandías.

Rábanos silvestres, p. 87.

Los bejucos.—Son un modo de cuerdas o maromas de madera, que deben considerarse de dos especies: unos que salen de la tierra y crecen enredados en los árboles, y otros que las mismas ramas de aquéllos, cuya calidad es propia para ello, los producen; unos y otros van creciendo hasta que vuelven a bajar al suelo, donde prenden, formando otro tronco, y vuelven a subir por él hasta los más altos pimpollos; después bajan otra vez, con que hacen varios enlaces; y aun algunos pasan línea recta a los árboles vecinos con tal perfección que no se distingue si es cuerda que han atado a propósito, o es bejuco que ha enredado allí la naturaleza. Son tan iguales en el grueso, que no se halla diferencia de la parte inferior a la superior, o del tronco a lo más alto; ni cría ramas ni produce hojas.

Son los bejucos tan correosos y flexibles que se doblan y tuercen sin romperse, haciéndose nudos firmes con ellos.

Engruesan demasiado, si no los cortan, poniéndose duros e inflexibles. Cuando son tiernos, los aplican a varios usos, v. gr., puentes sobre los ríos, balsas, o barcos para pasar los mismos ríos y lagunas.

Matapalo.—Y le conviene el nombre; crece endeble y menudo al lado y sombra de otro corpulento, y junto a él se va remontando hasta que consigue dominarle, quedando superior. Entonces esparce mucho su copete y le quita el sol, nutriéndose y engordando con el jugo que había de chupar el que le sirvió de escala para subir, hasta que le aniquila y destruye y queda él hecho señor del sitio; tan corpulento, que sirve para hacer canoas y otros usos. Encierra mucha moralidad el pasaje.

FLORES

Son muy singulares y peregrinas las que ha puesto Dios en este Nuevo Mundo, aunque no me detendré más que lo preciso en referir los nombres de las más conocidas, advirtiendo que las hay todo el año de varios géneros, y así he visto clavelinas, rosas, albahacas, etc., en todos los meses del año.

Xuchiles, p. 52.
Oloxuchil, p. 46.
Florifundios.
Soloxuchil, p. 63.
Nubladitos, p. 291 del vol. I.
Monacillos, p. 47.

MEDICINAS ESPECIALES

No es menos fértil y rico este país en medicinas que lo es en las demás cosas, y vivo persuadido se conocieran muchas más que hoy están ocultas, si al descubrimiento de ellas se aplicase el celo y estudio de los naturales. Las que se saben

las ha descubierto la casualidad o el uso de ellas en los mismos animales.

Calaguala, p. 51.
Cañafístola, p. 74.
Leche de tierra, p. 203.
Jalapa, p. 23.
Uña de la gran bestia, p. 70.
Palo santo, palo mulato, p. 48.
Bálsamos especiales.
Piedra bezal, v. más adelante.
Contrahierbas.
Avilla de Guatemala.

Escompacle o hierba de La Puebla, por criarse en sus cercanías; cocida con carne y dada la carne a los perros, los mata.

Hierba del zorrillo.—Cocido un palito en medio cuartillo de agua, sana indefectiblemente del mal de rabia.

Colmillo de caimán, pp. 152 a 155.
Tlaguache, p. 151.

Cocolmeca.—Arbol así llamado, y quiere decir *palo encantado*, por las raras virtudes que descubrieron en él los indios. Los acometidos de hidropesía y perlesía le traen en la mano por báculo y con buen efecto.

Sacabocado.—Hierba del valle de Méjico; es muy especial para el mal de rabia. Se muele una raíz o dos y se cuece en un cortadillo de agua y la bebe el doliente; también los polvos o raíz se aplica a la mordedura.

Yojova.—Fruta del tamaño y figura de una pasa; el pellejo, negro; la carne, blanca y aceitosa. Machacada y aplicada a las heridas y picaduras de animales venenosos, es muy eficaz su virtud para sanarlas. Es también especial para dolor de estómago, comida una sola, que no tiene mal sabor. Su aceite sana del cáncer.

Sangre de drago, p. 26.

Cascabelillo de culebra.—Aplicado a la boca del que pa-

dece alferecía, sana. Item, cocida en agua y bebida en una jícara, es buena para echar las pares en las mujeres de parto.

Brea.—Se coge mucha en Perote.

Centaura, hierba, p. 128.

FERTILIDAD

Aunque por lo que tengo dicho a las pp. 42 y ss. se puede formar alguna idea, aunque no cabal, de la fertilidad y abundancia de este ameno país, quiero decir lo que es tan vulgar como común para que haga crisis el prudente. En todo el reino no siembran trigo candeal, sino de los otros géneros, y dicen es el motivo que eran tan exorbitantes las cosechas, por lo mucho que producía este género de trigo, que los diezmos no tenían estimación alguna y se atrasaban las iglesias, por lo que los Obispos prohibieron su siembra con excomuniones. Así lo dicen.

El ganado mayor y menor que vino de España, como vacas, yeguas, ovejas y cerdos, ha procreado tanto que sólo este reino pudiera abastecer cumplidísimamente a las tres restantes partes del mundo. No creerán en la Europa que hay labrador que tiene ochocientas mil cabezas de ganado, o por mejor decir, hay no pocos que no saben lo que tienen. Hasta los perros se han aumentado infinito.

CARACTER, GENIO Y FIGURA DE LOS INDIOS

Son los indios de color bazo y adusto, de genio triste y melancólico, ánimo flojo y decaído; no juran ni maldicen; tardos a la ira y pesados en todo. Son carirredondos; la boca muy ancha, aun en las mujeres; algo chatos y cortos de pescuezo. Su estatura es muy mediana, y todos son rehechos y forzudos. Tienen la cabeza muy poblada de cabello, y en algunas provincias no se le cortan nunca y acostumbran a

traerlo siempre suelto, sin atarlo ni recogerlo aun para dormir. Las indias lo suelen coger con una cinta, y la mayor afrenta que se puede hacer a un indio o india, es cortales el pelo, de modo que, aunque se les azote o castigue con el mayor rigor, lo disimulan sin quejarse; sólo quitarles el pelo lo sienten. Y así no se permite a las Justicias este castigo sino por gravísimos delitos y rara vez.

El color del pelo es negro oscuro, muy lacio, áspero y tan fuerte, como menudas cerdas de caballería. Todos los indios son lampiños por su naturaleza, sin barba, y sólo en algunos, cuando llegan a viejos, les sale tal cual pelo, pero tan cortos y ralos que nunca necesitan barbero, y ni a ellos ni a las indias les crece el vello.

Entre todos los indios los mejicanos son los más feos y pequeños de estatura. Los indios de la costa del mar del sur son más corpulentos y agraciados, aunque del mismo color que los demás. Los indios apaches y mecos, y otros que viven más al norte, apenas se distinguen de los europeos en la estatura, facciones y color. Los indios de California, recién descubiertos en la costa del río Colorado y tierras frigidísimas, son blancos y rubios.

Son incansables los indios en el trabajo; su tarea en las haciendas son doce horas al día, aunque trabajan despacio y flojamente por lo regular. Su comida son unas tortillas de maíz y chile o pimiento molido en agua con sal. Y, con toda esta sobriedad, viven fuertes y sanos que no les hace impresión ni el agua, ni el sol, ni el viento, ni alguna intemperie a que siempre están expuestos por sus pobres vestidos, reducidos a un cotoncillo de lana a raíz de las carnes y unos calzones de paño burdo o de palmilla, sin más calzado que unos techacles o cacles, que son como suela de zapato, hechas de cuero, amarradas por cima del pie con correas del mismo cuero, aunque los más andan descalzos y con menos abrigo.

El descanso que tienen de noche es sobre el duro suelo, sin más cabecera que una piedra o un madero, ni más abrigo que un tilma o manta de algodón o lana, que también les suele servir de único vestido. Hacen un nudo a la esquina;

meten el dedo gordo del pie en el lazo del nudo para sujetar la escasa cubierta de la reducida y corta tilma.

Su casa es una choza o jacal extremadamente reducido, sin más alhajas y cofres ni adornos que unas estampitas de papel y alguna efigie de Jesucristo. Su pobreza es la mayor; su ningún apego a las cosas terrenas, admirable. En teniendo para salir del día, están contentos sin desear para mañana.

Verdaderamente me confundía el ver tanta aspereza y rigor en estos miserables indios que, si lo ofrecen a Dios, tendrán de su Majestad un premio grande.

Creo que nunca pudo pensar aquel espíritu seráfico del famoso imitador de la altísima pobreza, San Francisco, la penitente vida y suma pobreza de los miserables indios.

En muchas provincias andan con la cabeza descubierta los indios; en algunas usan de unos sombreritos pequeños de petare o de palma, y en tiempo de aguas usan de unas capas cortas, tejidas de palma, con las puntas hacia abajo vueltas, que llaman *pachole,* y parecen erizos. Cuando caminan, siempre van corriendo y han de llevar algo a las espaldas que les haga peso, y cuando no, toman algún hijo suyo y caminan con él a cuestas. Los indios cargadores llevan un peso increíble en los caminos, pero despacio. Las indias visten aún con más pobreza que los indios; es más general en ellas andar descalcitas de pie y pierna, aun en los caminos, que en los indios, como he observado, pues no traen ni aun cacles.

Los indios que viven en pueblos grandes y ciudades, visten con alguna más decencia, y su trato, casa, etc., tienen más amplitud que la de los demás, pero siempre reluce en ellos, aunque sean ricos, la moderación y templanza. Traté mucho en Cholula a un indio rico llamado don Manuel Romero, y de quien hablaré, cuyo caudal era de más de setecientos mil pesos, y, sin tener obligaciones, era muy reducido y pobre su trato.

Los indios infieles y bárbaros aún andan desnudos con solos sus plumajes y comen carne humana, siendo su mayor regalo los caballos, burros y yeguas, y así despiden, aun an-

tes de llegar, una fetidez y hedor intolerable. En la Nueva Vizcaya hay unos indios bravos que llaman *tobosos*. En las serranías de Costa Rica, en una provincia que llaman *La Manche*, hay otros indios llamados *talamancas*. En la Pimeria y Sonora viven los indios bravos *apaches* y *mecos*. Pero aún hay otros más bravos y fieros en la provincia de Tejas, que llaman *cocomaricopas;* éstos hacen guerra a los apaches, pimas y nijoras, que son sus vecinos, pero con tal valor que jamás vuelven las espaldas, y así *vencer o morir todos* sin escapar alguno. Otros indios llaman *borucas*.

Por lo común los indios son más capaces tanto para las ciencias y artes liberales como para las matemáticas. Hay entre ellos muy buenos latinos, filósofos, teólogos, moralistas y aun canonistas, y así salen bellos eclesiásticos y predicadores. En Cholula conozco tres sacerdotes indios: don Luis Pancle, don Juan Aitlautlán y don Antonio Acsoclán, y este último fervoroso predicador. Verdad es que he visto a algunos prelados de esta América con repugnancia para ordenar a indios.

Son primorosos pintores y escultores, y en estas facultades he visto obras perfectísimas y acabadas, y aún tengo algunas en mi poder. En Méjico se ven cosas muy pulidas en los portales de las flores y de los mercaderes. Y lo más singular es que no tienen los instrumentos propios para su oficio.

En punto de piedad y devoción de los indios seré pregonero perpetuo por las repetidas pruebas que tengo en este particular. Son devotos y muy inclinados al culto divino, gastando en esto, si tienen algo. Ofrecen mucho incienso o copale a los santos, velas, ramos y flores. Las cruces que se hallan en los caminos, las adornan todos los días y en todo tiempo con ramos y flores, naranjas, cidras, toronjas y frutas; lo mismo las ermitas y capillas.

En muchas provincias es costumbre tenga cada indio una piececita en su casa, destinada para oratorio, que llaman *santocale*, y los hay muy pulidos y adornados. Los indios ricos tienen oratorios y capillas grandes y hermosas. Quien

quisiere ver cosas singularísimas de la devoción y piedad de los indios, sus limosnas a las iglesias, su afecto a nuestro Padre San Francisco y a sus hijos, lea al P. Torquemada en su *Monarquía Indiana*, tomo 3, f° 215; item, tomo 3, libro 17, caps. 4 y 6 y siguientes.

Desde el principio de la conquista, dice el citado Torquemada, tomo 3, f° 213, fueron aficionados al canto llano, y la primera misa que cantaron en solfa fué la de Nuestra Señora «Salve, Sancta Parens». Ha habido excelentes músicos y, aunque sus voces no son muy dulces, son propias para funciones serias y lúgubres, y así las funciones de Semana Santa y entierros ofician con gran propiedad y devoción. Apenas se encuentra pueblito de indios que no tenga su órgano, y muchos que toquen clarín, flautas, chirimías y otros instrumentos propios de su nación. Tienen muchas y buenas campanas, y esto es general en toda la América, que, por la abundancia de ricos y preciosos metales, son mayores y más sonoras las campanas que en la Europa. Les gusta mucho a los indios tocar las campanas y en esto emplean mucho tiempo. Sus funciones de iglesia quieren que sean muy tarde y se acaban después de la una de la tarde. Les es permitido hagan procesiones con los santos en cualquier día, sin que vaya clérigo alguno, y esto para separarlos de la idolatría; y así apenas hay día en que no haya alguna o muchas procesiones, y aun en Méjico. Los indios que viven en pueblitos retirados de la cabecera, traen a ella los santos e imágenes de Jesucristo y de su Madre en procesión para que se les diga una misa y, acabada, se vuelven también en procesión; algunas veces llevan su música de violines, violones, flautas, bajones, etc., y a lo menos clarines y tambores. Quieren mucho a San Antonio, y me acuerdo que en la Jamaica conté en un santocale u oratorio de indios nueve efigies de bulto de San Antonio. En un pueblito que llaman de Santa Cruz, cerca de Theutila, en la iglesia, que sólo tiene tres altares, vi cuatro efigies de San Antonio. A Santiago también tienen singular devoción, como tengo dicho a la p. 42. A San Nicolás de Tolentino, p. 116. También a Jesucristo, vida nues-

tra, en el paso del desprecio, como la estampa a la página 181. La reverencia y respeto que tienen a los sacerdotes y a los templos, es grande y extremada.

Ya dije cómo los indios son aficionados a los instrumentos y música. Conocí a un indio que tocaba al arpa con gran primor los bailes de Moctezuma, los sones de los tlaxcaltecos y otros que usaban en tiempo de la gentilidad, como el *solsipichugue,* los *tocotines,* los *xules,* etc., que generalmente son muy serios, graves y sonoros, aunque algunos son alegres y festivos. Tocan con perfección el tambor, que es como el de Europa, y el *teponaztli,* que es el tambor que usaban en la antigüedad, hecho de un tronco de árbol, de vara y media de alto, con el parche en la parte superior y hueco por abajo, con algunos agujeros alrededor para que respire y suene. Le ponen en el suelo, el parche para arriba, y así le tocan sin moverle y con mil primores.

En cuanto al pasto espiritual de estos infelices, es público y manifiesto que, desde que quitaron las doctrinas o curatos a los regulares, está muy atrasado o casi perdido. Véase lo que tengo dicho a las pp. 258 del vol. I, 58, 59 del II. Tengo escrito a la p. 62 el método que tienen los indios en sus escuelas para aprender la doctrina cristiana.

Aman mucho a su rey y le veneran con el más profundo respeto; desean conocerle como fidelísimos vasallos suyos, y sobre el particular he tenido con ellos varias conversaciones, haciéndome repetidas preguntas de su grandeza, de su poder, etc.

En cuanto a hechizos y pacto con el diablo, soy del parecer del Padre Feijóo: hay algo, pero se abultan las historias más allá de lo verosímil. He andado gran parte por la América y, entre los convertidos y mansos, no he hallado caso enteramente verídico, bien que entre los indios bárbaros y gentiles me persuado será mayor el exceso. Lo mismo digo de venenos: los convertidos ignoran el modo de confeccionarlos, pero los gentiles son diestros. Nunca quieren renegar del diablo, pero esto es simpleza suya. Tampoco quieren descubrir las minas de plata y oro, porque tienen aprendido

que se mueren luego, y así ha sucedido algunas veces, pero fué porque llegó la hora como les llega a los que no las descubren. Dicen también que, si descubren las minas, les azota el diablo por eso. Suspendo el juicio.

En muchas provincias aún usan de flechas. El Padre Torquemada, en el tomo 3, f° 210, describe el modo de fabricarlas los antiguos. Para sangrar los ríos y conducir el agua a sus milpas y sembrados son muy ingeniosos y diestros, de suerte que en ninguna parte de Europa se beneficia tanto el agua para regar. Se inclinan mucho a criar perros, y no hay jacal que no tenga tres o cuatro. Admirado de ver salir de un jacal un atajo de perros, le pregunté al indio cuántos tenía y me respondió: «No tengo más que doce.»

Antes de la conquista no se conocían las viruelas hasta que un soldado de Cortés las tuvo y se inficionaron los indios, y mueren a millares de esta enfermedad que suele retoñar de seis en seis años. Antes vivían más sanos y robustos que al presente, y creo es la causa que ahora tienen más abrigo que antes y usan de algunas comidas de sustancia que antes no tenían. Vivo persuadido que el temperamento de la América no pide cuidado ni regalo alguno, antes es dañoso y muy nocivo. Y ésta es la causa de que tengan poca salud los que se abrigan tanto la cabeza con gorros y viven vida regalada, viviendo menos los que más se cuidan. Yo en nada me he cuidado y, por la misericordia de Dios, he gozado de una robusta salud.

He dicho que los indios son generalmente hábiles para todo, muy capaces y racionales, aunque también los hay muy estólidos y simples; léanse las cartas que pongo originales a la vuelta, escritas al Alcalde mayor de Theutila. Esta diversidad consiste en la policía y cultivo en que se crían. En la conquista se encontraron muchos indios, como los tlaxcaltecas y mejicanos, de sublime carácter guerrero, industriosos y de gran política; pero en otras partes se hallaron tan escasos de razón, tan faltos de luz y ajenos de humanidad, que se llegó a dudar si eran hombres o fieras, cuya duda declaró a su favor el señor Paulo III en su Breve Apostó-

lico el año de 1537, asegurando eran hombres y capaces de sacramentos (Ribadeneira, tomo 2 del Parat., f° 241; Torquemada, *Monarquía Indiana*).

La *Historia de California,* tomo I, f° 75, hablando de aquellos indios, dice que su entendimiento avanza poco más que sus ojos: que sus ideas apenas pasan de las primeras aprehensiones de lo mismo que ven; que son estólidos, desidiosos, pusilánimes y sin ánimo ni valor, etc., con que para hacer crisis del talento de los indios es preciso hablar con distinción.

Los vicios dominantes son la embriaguez y la lujuria; los demás apenas se ven en algún particular, y, aunque es frecuente enterrar el dinero y morir sin declararlo aun a sus hijos, no es por codicia, sino por otras ideas. Excesos todos disimulables en estos infelices neófitos por falta de cultura, instrucción y aun acaso por falta de ejemplo en nosotros.

Son humildísimos y rendidos a todos, aunque sea a los más infames hombres de la república, sujetándose a los negros, mulatos y esclavos, viviendo estos infelices cautivos en su propia tierra. Ultimamente son los indios, como dice el común proverbio, «pobres que a muchos enriquecen; hambrientos que hartan; desnudos que visten», etc.

No obstante su utilidad, humildad, inocencia, han sido en todo tiempo el objeto de la ira y del desprecio de muchos mal intencionados; pero, al contrario, los han amparado y defendido todos los buenos y celosos prelados. El venerable señor Palafox, tomo 3, 1ª parte, carta pastoral sexta, f° 384 de la nueva edición, dice: «Tengo por señal de predestinación el amar a esos pobres indios.» Y en otro lugar: «Hacerles bien por amor de Dios y no hacerles mal por amor de Dios.» Los ilustrísimos Zumárraga, del Orden Franciscano, y Casas, del Dominicano, padecieron mucho en defensa de los indios.

En muchos indios es tal la intrepidez, que se dice con verdad que «ni sienten agravio ni agradecen beneficio», viéndose en ellos tan cortas luces, aun de la Religión, que parecen insensatos, pero «homines et jumenta salvabis». Y creo se verifica este texto en el descubrimiento de estos países.

Cuando ponen una pulquería o taberna de pulque nueva, llevan un pellejo con grande acompañamiento por todo el pueblo, tocando tambores, clarines, flautas y tirando cohetes.

Las tortillas de maíz que usan los indios, las han hecho siempre hasta ahora las mujeres; el modo es éste. Ponen en agua el maíz y después lo muelen en el almirez, que son dos piedras, como donde se muele el chocolate; ya que está molido y hecho como masa, forman entre las dos manos unas tortas redondas, como un barquillo, aunque más porosas, y las ponen al fuego sobre un *tecale,* que es una gran tartera de barro donde se tuestan. Es comida muy sana y de no poca sustancia.

La milagrosa Imagen del Santo ECCE-HOMO del Portal.
Sy vrrr. (n. 1767 *N. 086.*

Sn Marcial Obispo protector contra la Peste, y contagio de biruelas.

Zapata ex. de 1760.

REGRESO A ESPAÑA

Pensaba mi curioso celo pasar a las provincias de Sonora y Sinaloa y aun registrar también las Californias, cuando el excelentísimo señor Marqués de Cruillas, concluído el tiempo de su virreinato, en continuación de los singulares favores que sin méritos he debido a su excelencia, quiso echar la clave a todos solicitando llevarme en su compañía a España. Para lo cual pasó oficio por escrito al ilustrísimo señor Deán y Cabildo de Méjico, Sede vacante entonces, con el fin de que se me diese por parte de su ilustrísima la licencia, como se me dió, como todo consta desde la p. 275. Con este favor nunca merecido, conseguí lo que tanto deseaba de volverme a mi Provincia y vivir entre mis hermanos, escondido en el estrecho ángulo de una celda.

SALIDA DE MÉJICO

Salí, pues, de Méjico en compañía del excelentísimo señor Virrey, martes, 19 de agosto del año de 1766, a las tres de la tarde. Es esta salida muy solemne y de gran acompañamiento. Se forma en la plaza de palacio toda la tropa; se dispara la artillería y va acompañando al Virrey el Real Acuerdo con todos los Tribunales, Cabildo de la ciudad, etcétera: todos en carrozas y coches. Delante del Virrey camina el estandarte de sus armas, llevado por un gentilhombre de su excelencia a caballo; va escoltando a su excelencia la tropa de caballería, y así camina hasta el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que dista 1 legua. Aquí se apea su excelencia para hacer oración y despedirse de Nuestra Señora. Salen a recibirle los Canónigos de la Colegiata y, hecha oración, se despide del acompañamiento y continúa su

viaje, siguiéndole todos sus familiares, escoltado de los soldados de su guardia con su Secretario del Virreinato, uno de los Secretarios del Gobierno y dos correos con su cabo para lo que va ocurriendo. También le van acompañando todos aquellos caballeros y personas de su cariño.

Al camino salen a cumplimentar a su excelencia el Alcalde mayor y Gobernador de los pueblos del tránsito y los inmediatos; le hacen los honores como a Virrey, y le ofrecen los xuchiles o ramos, al modo que queda apuntado a la p. 52, aunque con más respeto y diversas ceremonias. Este obsequio y honor con todos los que se deben a un Virrey cuando entra en las ciudades, castillos y plazas de su Gobierno, se lo hacen, aunque haya entregado el mando, hasta su regreso a España; lo que se debe notar para no repetir estas funciones.

Este día 19 fuimos a dormir al pueblo de San Cristóbal Ecatepec, de quien hablé a la p. 60 del vol. I, distante de Méjico 4 leguas. Aquí estuvimos hasta el día 22 por la mañana, que salimos para Otumba y llegamos a comer, 5 leguas; se pasa por San Juan de Thehuacán. Este lugar es el señalado para entregar el bastón, aunque alguna vez se ha hecho en San Cristóbal. El virrey actual se aposenta en las casas reales y para el sucesor se compone el convento que era antes de Padres Observantes, y hoy casa del cura de Otumba. Aquí fué aquella célebre y decisiva batalla que dió Cortés a los mejicanos y refiere Solís en su *Historia*, libro 4, cap. 20. Y, acaso en memoria de esta función, se hará la solemne de entregar el bastón. El alojamiento, comida y demás necesario para este acto, que a la verdad es magnífico y costoso, corre por cuenta del Virrey que acaba, y se hace en el referido convento. Y antes que se me olvide: al subir la escalera al dormitorio alto hay en el frontis un lienzo de la Purísima Concepción y abajo estos versos mejicanos:

Malintzi, tonantziné,
Ma mo piltzin techtlaocoli,
Macamo ipan tlatlacoii,
Nimiqui ma yucqui occé.

Que en nuestro idioma quiere decir:

Virgen por mi medianera,
Por tu piedad maternal
No permitas que yo muera,
Ni otro, en pecado mortal. —

El día 23 de agosto, como a las once y media del día, llegó a Otumba el excelentísimo señor Marqués de Croix, sucesor de su excelencia en el Gobierno y Capitanía General de la Nueva España. Salióle a recibir al primer tramo de la escalera al señor De Croix y, habiéndose saludado con la urbanidad propia de su carácter, subieron a la cámara, que estaba ricamente adornada, y, habiendo tomado asiento, entregó el bastón a su sucesor con estas o semejantes palabras: «Señor excelentísimo: el Rey nuestro soberano me ha comunicado la orden y con ella el honor de entregar a vuestra excelencia el bastón y gobierno de estos dilatados dominios; llevo el consuelo que con la acreditada conducta de vuestra excelencia enmendará los muchos yerros que mi ignorancia ha cometido...» Acabada y solemnizada esta ceremonia, se quedaron solos a tratar sus negocios, en que se pasó la mañana hasta la hora de comer. Ya todo prevenido, se sentaron sus excelencias a la mesa, que fué espléndida y bien servida. Hubo sus cumplidos sobre el asiento entre los excelentísimos; últimamente se puso a mano derecha el señor Cruillas y a la izquierda el señor De Croix, y a sus lados los convidados siguientes:

Señor don Manuel de Monserrat, hijo del señor Cruillas; señor don Fernando Monserrat, su sobrino; señor don Francisco Fuertes, su Secretario; yo, como capellán de su excelencia; don Joaquín de Mendiola, Mayor de órdenes de su excelencia; el Alcalde mayor de Otumba; señor Neira, su Edecán; señor Velasco, Capitán de Alabarderos; señor don Manuel Ramírez; señor Coronel Porcet; señor cura de Otumba; su Vicario; su Teniente; señor Faguada; varios capitanes y oficiales, como Obrien, Castillo Gneco, Wadin, un ayudante, Bonises, Sinieschi, Gallo, Oca y Otal.

A la banda del señor de Croix se sentaron los siguientes: el sobrino de su excelencia, el caballero La-Croix; su asesor don Diego Cornide; su Secretario don Pedro de Rada; el capellán de su excelencia; un capitán de su guardia; don Juan Martínez de Soria, Secretario de Gobierno; señor Concha, Juez de la Acordada; capitán González, reverendísimo Padre General de San Hipólito, reverendo Padre Prior del mismo Orden; un hijo del señor Oidor don Félix Male, capellán; un Teniente Coronel; señor don Gaspar Hurtado de Mendoza, Regidor de Méjico; tres Comisarios del Consulado de Méjico; señor Mendinueta; señor Corregidor de Méjico, que por haber llegado tarde, como otros, se sentó donde pudo.

Acabada la comida, en que estuvieron los dos excelentísimos muy alegres y placenteros, se apartaron a hablar de sus negocios, y los secretarios y familia hicieron lo mismo, hasta que fué hora de ponernos en camino para la hacienda de los Tepetates, que dista de Otumba 4 leguas. Despidiéronse los excelentísimos y familia y, a las cuatro de la tarde, empezamos a caminar; nos llovió mucho y hubo no pocos truenos, y con la oscuridad nos perdimos varias veces y llegamos tarde a los Tepetates, donde estaba esperando la excelentísima señora Virreina con la familia. Un soldado de la tropa cayó del caballo, aunque no se hizo daño.

Volvamos la consideración a Otumba y reflexionemos en el sentido místico lo que allá pasó con la propiedad de su nombre Otumba. Parece exclamación a un sepulcro y voces a un desengaño, y en realidad lo es. Aquí, como hemos visto, se entrega el mando de estos reinos y se sepulta por consiguiente todo el honor que antes se gozaba, con que en realidad es un sepulcro o tumba de puestos y dignidades. ¡Oh tumba funesta de desengaños! ¡Oh sepulcro triste de grandezas! A este lugar pusiera yo la inscripción sepulcral siguiente: «Detén, oh pasajero, detén tus pasos y considera que en este sepulcro o tumba yacen los más gloriosos bastones y distinguidos empleos de la América; aquí yacen las más altas dignidades y puestos de las Indias. Aquí tienen fin

todos los honores de estos reinos. ¡Oh tumba, tumba de desengaños!», etc.

En obsequio de los curiosos quiero poner una breve ceremonia de lo que regularmente ocurre en la venida de los Virreyes a estos reinos. Luego que arriba al puerto de Veracruz el Virrey nuevo, da aviso por su mayordomo o caballerizo al Virrey que acaba y, deteniéndose en Veracruz el tiempo que necesita para repararse y visitar el castillo de San Juan de Ulúa y fortificaciones de la plaza, queda de acuerdo con el Virrey de Méjico dónde ha de recibir el bastón y en qué día para disponer las cosas. El derrotero que toman desde Veracruz, por lo común, es el siguiente: A la Antigua, 5 leguas. Nota que para estas primeras jornadas le envía litera el Obispo de La Puebla. A La Rinconada, 7 leguas. A la Joya u Yoha, 5 leguas. A Las Vigas y a Perote, 6 leguas. En Perote o en Las Vigas reciben a su excelencia el caballerizo del Virrey que acaba, con una estufa o carroza magnífica para su conducción; el Alguacil mayor o Canciller de la Real Audiencia de Méjico, con cuatro o seis forlones, muchas mulas de carga o de silla para el equipaje y familia. También sale aquí el caballerizo del señor Obispo de La Puebla con forlón para su excelencia; el capitán de la Acordada con muchos comisarios y cuadrilleros para acompañar a su excelencia y seguridad de su equipaje. También sale aquí un Secretario de Gobierno que envía el Virrey para que el nuevo despache con él cuanto se le ocurra en el tránsito. Desde aquí se envían cartas cordilleras a los Alcaldes mayores de San Juan de los Llanos, Tlaxcala, Puebla de los Angeles y demás pueblos del tránsito, avisándoles dónde ha de comer y dormir, para las disposiciones respectivas de cada uno.

De Perote a Tepeyahualco, 6 leguas; aquí cumplimenta a su excelencia la ciudad de La Puebla por dos Regidores diputados, a quien se les da asiento y tratamiento de señoría. Lo mismo hace la Villa de Córdoba. A la Hacienda de los Virreyes, 4 leguas. Aquí visitan a su excelencia el Gobernador de Tlaxcala, los Alcaldes mayores de San Juan de

los Llanos y demás pueblos inmediatos, y también los indios nobles de Tlaxcala, que se les admite su obsequio. Desde aquí empiezan las danzas de los indios, como las usaban en tiempo de la gentilidad, para divertir a su excelencia, a que asisten los gobernadores indios de los pueblos a quien toca este obsequio.

De esta Hacienda pasa a Quapiaztla, 3 leguas. Aquí visitan a su excelencia el Provisor de La Puebla; se le da asiento y tratamiento de señoría; el Comisario de Cruzada, que se le da igual tratamiento. A Guatemala, 3 leguas. Aquí salen dos Capitulares del Cabildo eclesiástico de La Puebla; se les da asiento y señoría. También visitan a su excelencia los prelados mayores de los religiosos de La Puebla.

De aquí va a la ciudad de Tlaxcala, 6 leguas de mal camino. Aquí hace su excelencia la primera entrada pública, y, aunque la puede hacer en coche, regularmente se hace a caballo; para eso monta en el lugar que llaman San Diego, donde le reciben el Gobernador de dicha ciudad y Cabildo de naturales bajo de mazas. El gentilhombre de su excelencia va delante con el guión, si se hace la función a caballo, y entonces llevan las riendas del en que va su excelencia el Gobernador de los españoles, a mano derecha, y el Gobernador de los indios, a la izquierda, a pie. Cuando llegan al arco de la ciudad, le dan las llaves y manda abrir. Va a la iglesia mayor, hace oración, vuelve a montar y se encamina a las casas reales, donde se hospeda. Aquí se detiene tres o cuatro días y le visitan varios prelados y los Gobernadores de la ciudad de Cholula, Guejocingo y otros pueblos.

De Tlaxcala va a La Puebla de los Angeles, 6 leguas. Antes de llegar a la ciudad sale a recibir a su excelencia el Cabildo de Regidores con su Gobernador y, en la garita que llaman de Tlaxcala, le espera el señor Obispo. Así acompañado llega al convento de San Antonio y, habiéndole cumplimentado su señoría ilustrísima, se despide y va a la iglesia catedral para recibir con su Cabildo a su excelencia. Aquí monta a caballo y, acompañado del Gobernador, Regidores y nobles con su guión delante, entra en la ciudad y

camina a la iglesia catedral, donde le reciben con palio el Obispo, Canónigos y Cabildo eclesiástico, con gran solemnidad y ceremonias. Hecha oración y concluídas todas las solemnidades, va su excelencia al palacio. Aquí se detiene seis u ocho días y le visitan el Obispo, Gobernador y nobleza de la ciudad con los prelados de los conventos y colegios de la ciudad. Aquí le visita el Cabildo eclesiástico de Méjico por sus diputados; también el Arzobispo por su Provisor, la Real Universidad, y a todos se les da asiento y señoría. Igualmente le visitan a su excelencia varios Tribunales y Cabildos de la misma ciudad de Méjico y la ciudad de Atrisco por sus comisarios. Al tercer día se canta en la catedral una misa solemne en acción de gracias, a que asiste su excelencia. Después paga las visitas al señor Obispo, Cabildo, ciudad, etc., y aún visita también algunos conventos de monjas como Vicepatrono Real, y por las tardes le dedica la ciudad algún obsequio para su diversión, como toros, máscaras, danzas, etc. Aquí se despachan cordilleras para los Gobernadores, Alcaldes mayores y demás Justicias de los lugares del tránsito hasta Méjico, avisando los días y en los lugares en que ha de hacer alto su excelencia. También quedan de acuerdo desde aquí los dos excelentísimos en el día y lugar en que se ha de hacer la función de entregar el bastón, para que el Virrey que acaba tome sus medidas para salir de Méjico. Lo mismo se hace con la Real Audiencia, Arzobispo de Méjico, ciudad y otros Tribunales.

Desde La Puebla pasa su excelencia a la ciudad de Cholula, 2 leguas; aquí hace entrada pública, como en Tlaxcala. De aquí a la ciudad de Huexotzingo, 3 leguas; entrada pública como en Cholula. Al pueblo de San Felipe, 4 leguas; a Hueyotlipa, 4 leguas; a Apán, 6 leguas. A este pueblo sale el Secretario del Virrey que acaba a visitar a su excelencia.

De Apán a Otumba, 8 leguas, y aquí son las ceremonias de entregar el bastón, como está dicho antes, si no se entrega en otra parte, como sucedió el año 1760, que le recibió el señor Cajigal de la Vega en el pueblo de San Cristóbal, y sólo se advierte que, si llega antes a este pueblo el Virrey

nuevo, sale a recibir al que acaba en el mismo sitio ya dicho de la escalera. Si los Virreyes son casados, hay también su ceremonial para recibir a las Virreinas, cuando acompañan a sus maridos; pero estas señoras, para excusar ceremonias, o se adelantan o se atrasan en las jornadas. No refiero tampoco el recibimiento que hacen los indios en Otumba a los Virreyes; sólo digo que el indio Gobernador de Texcuco sale a recibir a su excelencia vestido a lo antiguo, con una tilma o manto blanco, cogido por los hombros y con cetro real en la mano; concurren a esta función todos los indios Gobernadores de la provincia y gran multitud de gentes así españoles como indios.

Habiendo ya tomado el camino que le acomoda el Virrey que acaba, duerme en Otumba el Virey nuevo, y a otro día va a comer y dormir a San Cristóbal, 6 leguas. Le obsequia, costeando la función, el Consulado de Méjico. Aquí visita a su excelencia el señor Arzobispo de Méjico y le recibe su excelencia a la puerta de la sala; se sientan en sillas iguales, su excelencia al lado derecho. También le visitan a su excelencia varios Tribunales, capitanes y caballeros. A otro día va a comer a Guadalupe, 3 leguas. Aquí le recibe la Real Audiencia y la ciudad de Méjico, quien hace el gasto a su excelencia. Esta tarde llega su excelencia a Méjico, acompañado de infinitas gentes; va en derechura a su real palacio y allí le recibe la Real Audiencia y le da posesión; hay otras mil ceremonias que fuera largo referir. La ciudad hace el gasto tres días.

A la Virreina, si la hay, la hacen sus ceremonias respectivas, después que cumplen con el Virrey. En Guadalupe reciben a su excelencia las señoras títulos, regidoras de Méjico y demás nobleza de la ciudad, y después la visitan en palacio el día o días que avisa su excelencia.

Aunque esta entrada es muy solemne y de gran lucimiento y concurso de gentes, se reserva la entrada pública y autorizada para otro tiempo en que hay muchos arcos triunfales, fiestas de toros y otras diversiones públicas de mucho gusto y magnificencia.

Dije ya que éste es el derrotero que comúnmente toman los señores Virreyes, o por más cómodo, o por ser el mismo que observó Cortés en la entrada primera de Méjico, con poca diferencia. Aunque otros toman el camino por Piedras Negras, que es hacienda de los Padres Betlemitas. Los pueblos, ventas y ranchos que hay entre los sitios o jornadas en el derrotero predicho, se podrán saber por lo que tengo escrito desde la p. 40 y siguientes del vol. I.

Dejado ya en la imperial corte de Méjico el Virrey nuevo, me retiro, y con la mayor complacencia, a la hacienda de los Tepetates con mi excelentísimo señor Cruillas para regresarme a España en su compañía.

Descripción de los Tepetates.—Es esta hacienda del capitán don Juan de Astiz, caballero mejicano, que la ofreció liberal a su excelencia. Está dedicada a San Bartolomé y por eso es conocida y se llama San Bartolomé de Tepetates. Su extensión es de 14 ó 15 leguas de circunferencia, que es cosa muy moderada en la América, donde hay haciendas de 200 leguas de largo, y, por lo que diga de esta hacienda, podrá inferirse cómo serán las demás. En esta hacienda y ranchos a ella pertenecientes se cogen anualmente treinta mil fanegas de cebada, sin incluir las demás semillas de maíz, habas, frijoles o judías, y casi todas las semillas y granos se consumen en cebar los puercos, que suelen llegar a seis mil. También se coge mucho pulque que llevan a Méjico y a proporción se cría ganado de todos géneros.

La casa y habitación de esta hacienda es tan capaz que en ella estaba toda la familia de su excelencia con la mayor comodidad y anchura, juntamente con la tropa de infantería y caballería para su guardia. Tiene una capilla o iglesia muy capaz con todos los ornamentos necesarios de cálices, misales, etc.; una buena torre con campanas sonoras y grandes; su atrio, espacioso y bello; hay tribuna desde la casa a la iglesia muy cómoda. Hay también en esta casa un buen obraje o fábrica de paños ordinarios y otras telas con que se visten los indios y gente del campo. Está situada la casa en una ladera suave al pie de los cerros que llaman Chicon-

Perspectiva de la hacienda de San Bartolomé de los Tepetates con sus anejos y pertenencias.

Tepetates. Explicación de los números.

1. Cerro de Chichonqua.— 2. Jaguey de San Cosme.— 3. Jaguey de Santa Ana.— 4. Rancho de Santa Ana.— 5. Rancho de Palpa.— 6. Cerro de Tesontepeque.— 7. Rancho del Cristo.— 8. Rancho del Tecolote.— 9. Jaguey del agua limpia.—10. Jaguey de San Juan.—11. Jaguey de San Salvador.— 12. Jaguey de San José.— 13. La hacienda de los Tepetates.—14. Jaguey de la hacienda.— 15. Picotal o sitio donde se crían los puercos.— 16. Rancho de San Javier.—17. Venta de Ixolo perteneciente a los Tepetates.—18. Jagueyes de San Javier.— 19. Jagueyes de Ixolo.— 20. Cerro Pelado.— 21. Rancho o hacienda de los Dolores.— 22. Jaguey de San Antonio de Tepesqua.—23. Jagueyes de los Dolores.—24. Jaguey de la Cruz.—25. Rancho o hacienda de Santa Cruz.—26. Jagueyes de Santa Clara.—27. Cerro de San Francisco. — 28. Jaguey de Juchimanca.— 29. Jaguey de San Antonio. — 30. Capilla de la hacienda.— 31. Capilla de la hacienda de Santa Clara.

gua y Cerro Pelado; tiene buenos paseos y llanos, y el terreno ofrece abundancia de caza en liebres muy grandes y corpulentas, y no pocos conejos, con algunos coyotes y lobos. El señor Virrey salía a caza de liebres casi todos los días, gozando en otros de la diversión del paseo por el campo. Los días de fiesta, por la tarde, se corrían en los patios de la casa algunos novillos, toros y vacas para festejar a su excelencia. El sitio es escaso de agua, y por eso hay varios jagueyes, que son unas grandes lagunas y albercas donde se recogen las aguas cuando llueve. Para beber se trae el agua de los arcos de Zempoala, que es muy delgada y de que hablaré después. Pertenece esta hacienda en lo espiritual a la doctrina o curato de Tepeapulco, que es de Padres Observantes y dista como 2 leguas de los Tepetates. En dicho pueblo de Tepeapulco hay un convento de estos Padres muy antiguo con un atrio magnífico y despejado. La iglesia es algo oscura, pero muy capaz; hay en ella un arrogante cuadro de San Ildefonso. En la portería hay varias pinturas de indios y religiosos de la Orden trabajando en su conversión; son de mucha antigüedad estas pinturas, con caracteres góticos. Sobre la puerta principal del convento se ve pintado nuestro Santísimo Padre San Francisco y a sus pies éste, al parecer dístico, aunque no entero por estar las letras comidas con el tiempo, y así sólo se leen estas palabras:

Hic Pater indorum post Christum...
Hic rigat, hic plantat...

A distancia de 3 leguas largas y no de mal camino está la magnífica obra del puente o acueducto que llaman de Zempoala por tener allí cerca su origen, aunque el agua la conduce a Otumba. Esta gran fábrica, que apenas pudiera emprender todo el poder de un monarca, la empezó y acabó la caridad y celo de un pobre fraile franciscano, que aún admira más que el todo de la obra, pues sin otros fondos que la Providencia divina, llevó a su perfección una fábrica, que será digna de admiración de los siglos todos. Hubo otros

prodigios que acreditan de milagrosa esta obra. El primero, que, en dictamen de los inteligentes, está más bajo el nacimiento del agua que el lugar a donde camina; el segundo, que el tal religioso que la dirigió, sin otro maestro, jamás había saludado esta facultad ni aun por diversión. Ni es de admirar por lo que voy a referir.

Muy a los principios de la conquista el venerable Padre Fray Francisco de Tembleque, natural de este pueblo en la provincia de la Mancha, arzobispado de Toledo, e hijo de la Provincia de Padres Observantes de Castilla, de donde pasó a la del Santo Evangelio en la Nueva España, viendo la gran falta de agua que padecían los pobres indios que habitaban en Otumba, donde estaba el Venerable conventual, y demás pueblos inmediatos, movido de caridad, dispuso traer el agua encañada desde Zempoala, que dista por el camino que trae el acueducto no menos que 15 leguas. Todo el acueducto viene cubierto de fábrica maravillosa. Tiene tres puentes en tres barrancas: la primera de 46 arcos; la segunda de 13, y la tercera, cuya figura pondré después, de 67.

Toda la fábrica del puente es de piedra que llaman thesontle, tan igualmente labrada y unida entre sí, que parece todo de una pieza; se miran colocadas todas las piedras con tal simetría y arte que causa admiración, y cuantos inteligentes y curiosos pasan a estas provincias, hacen viaje para admirar este milagro del arte; y no lo es poco también el que se mantenga esta gran mole sin lesión alguna, a pesar de terremotos, huracanes y otros contratiempos a que está expuesto el país; de suerte que se ve hoy tan limpia y tersa como si se acabara de fabricar, siendo constante a cuantos la ven que ni aun polvo, tierra ni otras brozas que son inexcusables en fábricas que se ven al despoblado, tiene ésta; por lo cual no hay en toda ella ni una hierba.

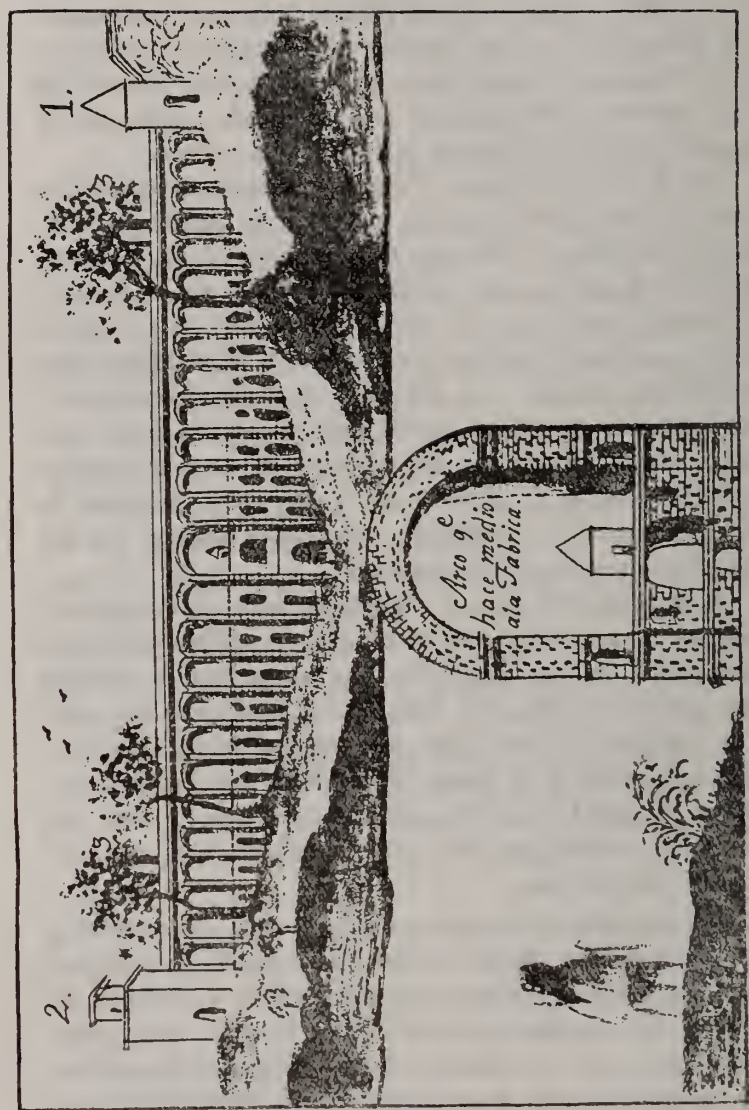
El arco principal tiene de altura cerca de 60 varas; de ancho, 23, y de grueso, 3; de suerte que puede pasar por él un navío a vela tendida. Los demás arcos tienen el mismo ancho y grueso, aunque no la misma altura, por lo desigual del terreno. Por lo alto del puente sólo tiene de grueso 2

varas. La tarjea del agua sólo tiene de profundidad una cuarta, poco más, y de ancho, media vara larga. Registré con el mayor cuidado todo el puente; tomé sus dimensiones y le anduve por la parte superior de un extremo a otro con gran complacencia mía. La tarjea es de ladrillo vestido de una argamasa fortísima, aún más que piedra; daba con el punzón del báculo y nunca pude sacar un pedazo.

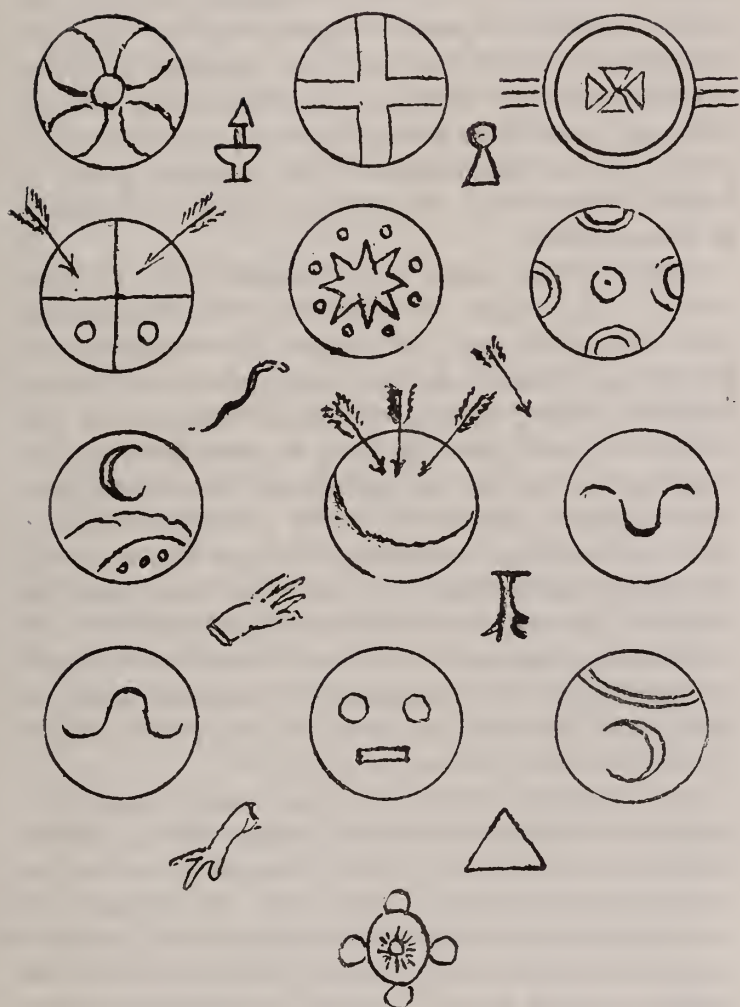
Por la parte que mira a Otumba, y también debajo de los arcos, se ven varios caracteres y figuras de significación oscura e incógnita, escritas con una argamasa blanca, al parecer leche de cal, pero tan fuerte, que a pesar de las aguas y del tiempo, están en el día claras e indelebles. Estas figuras son las que usaban los indios en tiempo de la gentilidad para escribir su historia, y el venerable fundador hizo que los mismos indios las dejasen escritas, en particular aquellas que tenían alguna alusión con los misterios de nuestra Religión católica, como la †, misterio de la Santísima Trinidad, la muerte y otros. Yo trasladé los que pondré después, que me dió gran consuelo ver esta maravilla.

A la banda que mira a Otumba, se halla en el estribo o primera cornisa del puente un conducto o cañería de fábrica sobrepuesta, ya casi arruinada, que al parecer la hicieron para conducir el agua a la obra, pues el terreno es muy seco y la barranca no lleva agua sino cuando llueve. Los arcos más bajos están a la misma altura de la dicha cornisa, cubiertos de pared de adobe, que aún permanece, y sería con el fin de conducir por esta pared la cañería baja que cesó cuando cesó la obra.

En solos dieciséis años se concluyó todo el acueducto y este gran puente; duró su fábrica cinco años. Cuántos millares de indios trabajaron en tan magnífica y suntuosa fábrica y cómo se mantenían, sólo Dios lo sabe; vivo persuadido que se formó esta gran mole a expensas de milagros. El venerable Padre Fray Francisco, su fundador, fabricó junto al puente una ermita dedicada a Nuestra Señora de Belén, donde celebraba misa a los indios y los doctrinaba. Y junto a esta ermita tenía una celdita muy estrecha para su



1. Arco y entrada del agua. — 2. Por donde sale. — 3. Torrecillas que impiden la entrada en el puente.



Signos y figuras que los indios dejaron hechos en el acueducto de Zempoala.

retiro. Dícese que el siervo de Dios tenía un gato que todos los días le traía conejos y pájaros del monte para que comiese. Concluída esta fábrica vivió muchos años y al cabo de ellos murió lleno de méritos y virtudes, y el Señor obró por su intercesión repetidos milagros, como se refiere en la Crónica de esta Provincia del Santo Evangelio de Méjico, aunque bastaba para acreditarle de milagroso esta gran fábrica que, a todas luces mirada, es un conjunto de maravillas y con quien no tiene comparación ni el famoso puente de Segovia ni otras obras que admira la Europa por milagros de la arquitectura.

Dista este gran puente de la hacienda de los Tepetates, como ya dije, 3 leguas; su camino es por las inmediaciones de la hacienda de San José. Después se encuentra el pueblito de San Francisco de Tlanalapa, que en lo antiguo era población grande y doctrina de Padres Observantes. A poca distancia el pueblo, que Dios haya, de Santa María de Chiconquaque, de que sólo han quedado las ruinas de su iglesia. Antes de llegar al pueblito de San Francisco maté en el camino una culebra formidable de las que llaman cascabelillo. Tenía nueve años, y se conoce por otros tantos cascabelillos que tenía en la cola; la corté el cascabelillo y le traje para enseñar a sus excelencias. Vi esta culebra, cuando iba andando, que estaba enroscada en un hoyo y faltó poco para pisarla. Me llovió muy bien este día, pero le pasé divertido viendo esta fábrica.

De los derrames de este acueducto traen el agua a los Tepetates, la que es tan delgada que puso mala a la señora Virreina, y aun a toda la familia. A mí me dió un *miserere* terrible. Qué sea *miserere,* mira a la p. 75 del vol. I. Por esto determinaron sus excelencias dejar este sitio y pasar a la ciudad de Cholula, como se efectuó, habiendo estado en esta hacienda desde el día 23 de agosto hasta el 22 de septiembre.

Salida de los Tepetates a Cholula.—Dicho día 22 de septiembre del referido año de 66, lunes, por la mañana, a las seis, salimos de los Tepetates y fuimos a comer a la hacienda de Amicamilpán, 7 leguas. Es esta hacienda de don José

Gil de Jibaja, quien recibió a sus excelencias con el mayor obsequio. Se pasa por las ventas de la India y de Pozuelos. Después de haber comido salimos para pasar el monte de San Martín, que estaba algo pesado por las aguas, y fuimos a dormir a la hacienda del señor don José del Toro, Oidor de Méjico, inmediata al pueblo de San Martín de Esmaluca, 5 leguas. Es la casa magnífica y muy adornada con jardines, huertas y demás preciosidades. Aquí estuvimos hasta otro día por la tarde, que llegamos a Cholula como a las cinco: 6 leguas. Nos llovió y tronó un poco. Se pasa por Huexotzingo. Salieron los Alcaldes mayores y Gobernadores de los indios por donde pasábamos a obsequiar a sus excelencias al camino, como antes he apuntado.

Descripción de Cholula.—En una hermosa, fértil y dilatada llanura se ve situada la ciudad de Cholula; su temperamento es sano y benigno, aunque algo inclinado a frío por tener a su vista tres serranías cubiertas siempre de nieve: los volcanes de Méjico a 10 leguas, el de Orizaba a 50 y la sierra de Tlascala a 6. Es ciudad de indios, con su Gobernador de la nación y Alcalde mayor de españoles. Era esta ciudad en tiempo de la gentilidad la más sagrada de América y la Roma de las Indias. Cuatrocientos templos y adoratorios tenía Lucifer en otros tantos ídolos que ciegos veneraban los gentiles. De suerte que venían a esta ciudad a ofrecer sacrificios de más de 200 leguas de distancia. Los reyes y caciques de las provincias fabricaban aquí sus adoratorios con hermosas torres y espaciosos atrios, y junto a ellos alguna casa o palacio para habitar cuando venían a sus ofrendas. Los sacrificios sangrientos que se hacían a estos ídolos trae, con otras mil curiosidades, Torquemada, tomo 2, libro 10, cap. 31 y siguientes. *Quetzalcohuatl* era el ídolo de más fama, y éste había dicho por sus sacerdotes en tiempo de la conquista que acabaría con los españoles, arrojando rayos, y que saldrían de su templo copiosas aguas para anegarlos. Tenía entonces, según el citado Torquemada, tomo 1, f° 281, veinte mil casas y más de cuarenta mil vecinos. Entraron los hijos de mi Seráfico Padre San Francisco en

tan copiosa y abundante mies y, a esfuerzos del poder divino, fueron derribando ídolos y arruinando templos, y en el mismo lugar y sitio fabricaron otras tantas iglesias al verdadero Dios, dedicándolas ya al mismo Señor, ya a su Purísima Madre y a otros santos. De estas iglesias aún permanecen muchas grandes y suntuosas, como insinuaré después, aunque otras están del todo arruinadas y algunas medio caídas. Y para mi devoción, siempre que veía alguna, levantaba el alma a Dios para darle gracias, que se había dignado convertir en casa suya la que antes había sido de Satanás, tomando por instrumento a los hijos del Serafín llagado.

Hoy es muy corta la vecindad de Cholula, aunque hay algunos caciques ricos, como Romero, Lara y otros. Sus calles, sacadas todas a cordel, corren de oriente a poniente y de norte a sur con hermosa simetría. Los frutos que produce el país son trigo, cebada, frijol y maíz. Tiene muchas huertas, en particular en el barrio de San Andrés, y no pocos jardines que producen casi todo el año diversidad de flores, clavelinas, alhelíes, retamas, rosas de Alejandría y otras. Hay también gran abundancia de espárragos que llevan a Méjico y a La Puebla de los Angeles, y se cogen por los meses de diciembre y enero. Se crían muchos limones, naranjas, etc.; pero la mayor cosecha es la bebida de pulque. Antes se cogía aquí grana fina con mucha abundancia. Se hace una cal muy fuerte para edificios, de suerte que con el tiempo se vuelve más dura que la piedra misma.

Antes había muchos obrajes en que se trabajaban buenos paños y cosas de lana, pero ya han quedado pocos, entre ellos es el más famoso el que llaman de la *otra vida.* Los campos son muy deliciosos y amenos, con muchos árboles frutales, y en grande abundancia *capulines;* se crían unos gusanitos de luz con brillos tan singulares que parecen diamantes. En esta ciudad sucedieron a Hernán Cortés varios lances con sus vecinos que podrá ver el curioso en su historiador Solís, al libro 3, cap. 4 y siguientes. La casa donde aposentaron a este famoso capitán, está junto a la iglesia de Santiago y aún permanece, aunque algo derrotada, y sólo

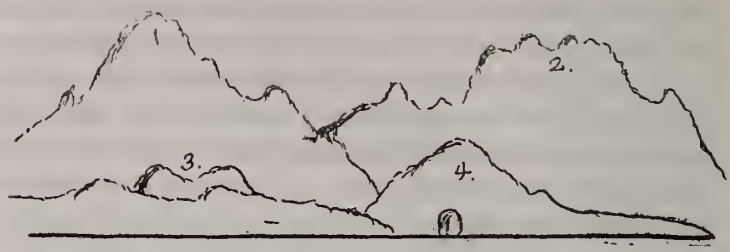
subsiste el adoratorio antiguo, fabricado de piedra y ladrillo muy fuerte, con varias troneras o ventanas pequeñas; hay en él una pintura antigua que no pude saber si era sagrada o profana. Tiene un gran atrio y desde él tres ramos de escalera de piedra bien labrada para subir al dicho oratorio. En la piedra que sirve de clave a la puerta de este oratorio, está grabada con mucha propiedad una hermosa concha y sobre ella una espada y una saeta que forman una cruz del modo que se ve adelante, p. 215.

Por haber hecho los indios de esta ciudad una traición a Cortés, minando algunas calles por donde había de pasar su ejército, los castigó como merecían, incendiando los principales adoratorios, donde se abrasaron muchos indios. Fray Bartolomé de las Casas, ponderando, como acostumbraba, esta acción, dándole el título de cruel e inhumana, dice que, gloriándose Hernán Cortés de este horrible espectáculo, cantaba desde su alojamiento esta copla:

Tarquino, desde Tarpeya,
arder a Roma veía;
ellos gemían y lloraban,
y él de todo se reía.

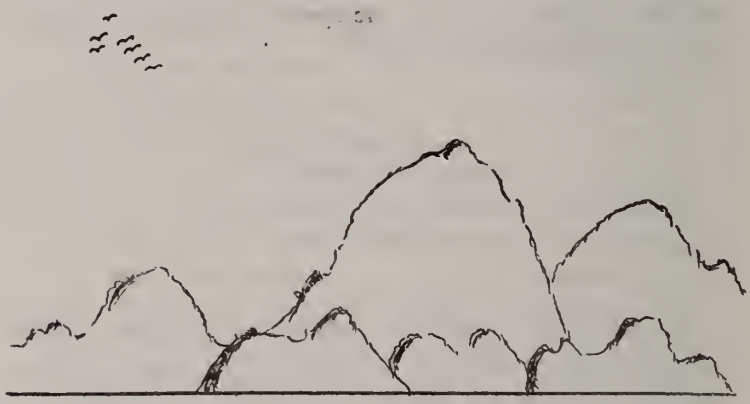
Las calles que minaron o empalizaron los indios, fueron las que están a la banda de la iglesia de San Juan de Aquiagua, y al presente son huertos lo que antes eran casas, y se describen a los números 9-9 del mapa. Las armas de esta ciudad son una laguna con patos, dos clarines cruzados y cinco estrellas alrededor, un cerro con una cruz encarnada y un león con una espada en la mano.

Dista Cholula de Méjico 26 leguas al Occidente, y al mismo rumbo, a distancia de 10 leguas, los volcanes que llaman de Méjico, de quien hice mención a la página 19, cuya figura desde esta ciudad, con los cerros que tiene delante, es la siguiente:



1. Volcán. — 2. Sierra nevada. — 3. Boca de un volcán antiguo, que llaman *Mosquejeta*. — 4. Cerro de *Zapotecas*, donde está la cueva encantada, según el vulgo.

Al Oriente tiene a la ciudad de La Puebla de los Angeles, a 2 leguas, y al mismo rumbo, a 50 leguas de distancia, el volcán nevado de Orizaba con esta figura, y de éste hablé a la p. 26 del vol. I.



A la banda del Sur tiene a 6 leguas la ciudad y valle de Atrixco, y a la del Norte, con inclinación al Oriente, a 7 leguas, la ciudad de Tlaxcala y su famosa sierra; mirada ésta desde Cholula hace la figura de la siguiente página.

Tiene esta sierra 15 leguas de bojeo o circunferencia y 2 leguas de subida. En las abras y cortaduras siempre tiene nieve. Era en tiempo de la gentilidad de mucha veneración esta sierra por adorarse en ella la famosa diosa Chalchihuitlyque o Matlalcueye, que es lo mismo que *vestido de azul,*

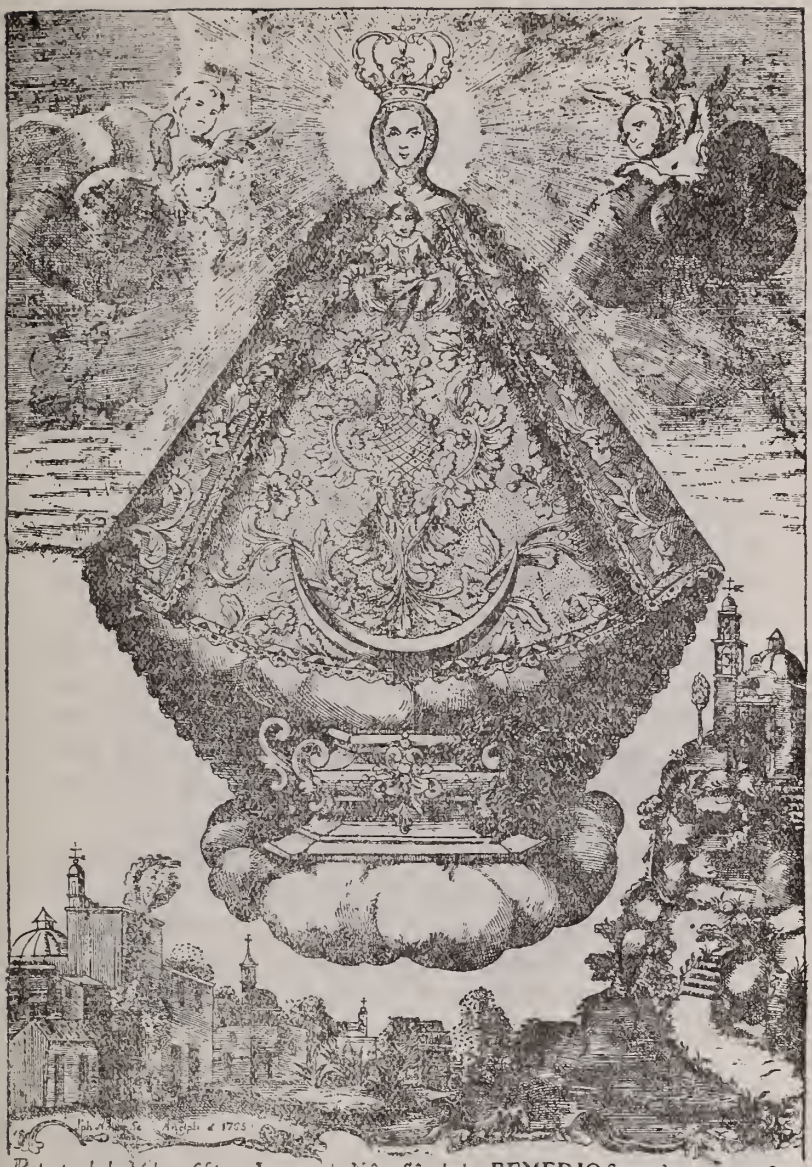
por la relación al color del agua, porque en esta sierra se forman los aguaceros y nubes que riegan estas campiñas y porque, cuando hacía falta el agua, se la pedían a esta diosa, ofreciéndole cruentos sacrificios. Véase a Torquemada, tomo 2, fº 46. Al pie de esta sierra hay muchas haciendas

y varias poblaciones de indios con abundancia de salutíferas aguas que bajan de las montañas para fertilizar el país. Pero volvamos a Cholula.

El gobierno espiritual de esta república estuvo al cuidado y celo de los Padres Observantes de San Francisco, como que desde el principio habían criado a estos pobres indios con la leche de la fe de Jesucristo; pero el señor Palafox quitó esta y otras doctrinas a los Padres y las entregó a los clérigos. Hay un solo cura en esta ciudad, que mantiene varios vicarios o tenientes en sus anejos; es el curato muy pingüe y de la mayor estimación del obispado de La Puebla. Las iglesias que tiene bajo de su jurisdicción, podrán verse en la descripción o plano de esta ciudad, aunque no se incluyen allí otras muchas que tiene fuera de la ciudad, y así puede decirse con verdad que hay Obispos en España que no tienen tantas iglesias como este solo cura. Entre estas iglesias las hay muy bellas y adornadas con torres suntuosas, elevadas medias naranjas, espaciosos atrios, ricos ornamentos y retablos primorosos. Referiré algunos santuarios para debido recuerdo de mi piedad.

Nuestra Señora de los Remedios.—Hay tradición la trajeron de España los conquistadores; es imagen muy milagrosa y la que tiene más culto en toda la tierra; concurren de La Puebla de los Angeles, Tlaxcala, Altrixco y otros pueblos infinitas gentes. Se venera esta santa imagen sobre el cerro que llaman de los Remedios, en una hermosa iglesia curiosísima y adornada. El sitio, por su elevación, es el más divertido y alegre de todo el país, pues se descubre toda la campiña y pueblos de las inmediaciones. Es este cerro fabricado a mano por los indios en tiempo de la gentilidad; es de adobes grandes y piedras, colocado sobre tan singular simetría y orden. A trechos se descubren algunas capas de cal muy blanca y fuerte que atraviesa todo el cerro. De circunferencia tiene media legua, y de altura, más de trescientas varas; se sube por unos caracoles y caminos torcidos hasta que se encuentra en la mayor elevación una magnífica escalera de piedra bien labrada, que conduce a la cumbre, donde se forma una espaciosa plaza adornada de naranjos, cipreses y otros árboles, con un fuerte muro o pretil de piedra alrededor.

Es de admirar ver este grandioso cerro todo hecho a mano, sin saberse el fin con que le fabricaron los gentiles, que tardarían en su construcción más de trescientos años, y esto aunque trabajasen muchos millares de indios. Algunos dicen que le hicieron para que les sirviese de atalaya contra los tlaxcaltecas, con quienes siempre estaban en guerra; otros, que para fabricar allí un templo a alguno de los dioses, si no es que les moviese alguno de los fines que dejo apuntados a la p. 108, tratando de Sachila, en la provincia de Oaxaca. Cuando los religiosos de mi Seráfico Padre San Francisco entraron a la conquista espiritual, no hallaron en este cerro más que algunos rastros de sacrificios, y por entonces colocaron en su altura una gran cruz, hasta que el año de 1594 fabricaron la iglesia que hoy vemos, y colocaron en ella la santa imagen de Nuestra Señora de los Remedios. Dicen que este cerro estaba antes en medio de la ciudad, pero como hoy está tan despoblada, ha quedado a un lado.



Retrato de la Milagrosissima Imagen de Nra Sra de los REMEDIOS que se venera en su Santuario esta en el Cerro de la Ciudad de Chaluta. Se esculpiò â devociò del Lic D Luis Jph Erada.

Vea el curioso en el Padre Fray Juan de Torquemada, tomo 3, f° 203, otras singularidades de este cerro. Y que se haya formado a mano de adobes y piedras, ninguno que lo haya visto lo duda, pues están las hileras tan claras como si se acabaran de hacer, sacándose los adobes enteros y con la mayor perfección. Demora al Oriente este cerro, como demuestra el plano de Cholula, a la p. 218; y al Poniente hay otro santuario de Nuestra Señora para que se vea que María Santísima de Oriente a Poniente quiere ser nuestra abogada; llámase este santuario

Nuestra Señora de Tzocuila.—Imagen muy insigne y milagrosa. Está pintada en la pared, pero con tal arte, belleza y hermosura, que roba los corazones de cuantos la miran; se cree haber aparecido allí pintada milagrosamente por mano de ángeles y acaso contra las asechanzas del demonio, pues Tzocuila es lo mismo que lugar de los *sopilotes,* que es ave triste, melancólica y agotera, como a la p. 160 queda dicho. La iglesia es muy pulida y de singular veneración, aumentándose cada día más y más el afecto de los vecinos a tan singular imagen. A mí me era de suma devoción visitar este santuario, y apenas había día que no fuese a rezar a su Majestad. Sus excelencias tenían gran devoción a esta santísima imagen y muchas veces les decía misa en su altar, y lo mismo en el santuario de Nuestra Señora de los Remedios.

A la misma banda del Poniente, con inclinación al Norte, se venera sobre una loma la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en una bella iglesia. El altar mayor aún no estaba dorado, pero, a solicitud y expensas del señor Virrey, se doró y aumentó el adorno de la iglesia con dos altares más. Es sitio muy alegre y divertido.

La iglesia de Santiago.—Es muy pulida, con buena torre, atrio espacioso y hermosa fachada. Aquí se venera una efigie del Santo Apóstol a caballo, todo de estatura regular y con la mayor perfección. El rendaje, freno y estribos, de plata; está armado el santo con peto, morrión, brazaletes, rodela y demás arneses, y todo de plata, de suerte que en

toda España, aunque entre Santiago de Galicia, dudo haya imagen ni más hermosa ni más rica. En otro lugar, p. 42, he apuntado la devoción que tienen los indios a Santiago.

Nuestra Sra de la Assumpcion, con el titulo de Tzocuila, que se venera en su Capilla, en la Ciudad de Cholula

La iglesia de San Gabriel o Anunciación, la de Jesús, la de San Miguel, la de San Juan, la de San Miguelito, la de San Matías, la de San Juan Aquiaguac y otra son muy vistosas por sus torres, medias naranjas y espaciosos atrios y portadas; todas tienen campanas grandes y sonoras. Pero

la más singular y que apenas tendrá semejante en la América, es la iglesia que llaman de los naturales o indios; está

S. S. DIEGO ORA PRO NBS
Se venera en su Igl.ª de Cholula

en el atrio del convento de Padres Observantes y es de la misma idea que la catedral de Córdoba y, aunque no tan grande, tienen más elevación las medias naranjas, que me parece son más de ochenta. Es muy hermosa esta iglesia y

de singular estructura, y causa admiración a cuantos europeos la ven.

Retº de N.P.S. Francisco, que se venera en su Iglesia de Acatepeque.

A corta distancia de Cholula y en sus arrabales está la parroquia de San Andrés, que también era de Padres Ob-

servantes; en ella se venera una efigie de San Diego, muy milagrosa, y los indios le hacen gran función, pues a este santo quieren mucho en toda la América, y sólo en Cholula tiene cuatro iglesias con esta de San Andrés. En esta jurisdicción hay muchas iglesias, como la de Resurrección, San Andresito, San Diego, San Francisco, Santa María Cuaco, San Pedro Colomusco y otras.

Es anejo de esta parroquia de San Andrés el pueblito de indios que llaman San Francisco Acatepeque, y dista de Cholula 1 legua a la banda del Sur. Hay una iglesia dedicada al Santo Patriarca, muy famosa en toda la provincia por el singular adorno y hermosura; toda ella está hecha un ascua de oro, sin verse nada de las paredes que no sea con adorno. Es muy célebre esta iglesia y visitada de todos los curiosos y hombres de buen gusto; en ella se venera una imagen de nuestro Seráfico Padre, muy bella; su estampa lo demuestra.

A media legua de este pueblo hay otro también de indios, llamado Santa María Theonantcintla, que es lo mismo que *madre de los dioses*. Estos indios, a emulación de sus vecinos, tienen otra iglesia aún más adornada y con mejores efigies, por ser todo a lo moderno, que San Francisco Acatepeque; sobre todo tienen un San Juan Nepomuceno que es la admiración y asombro de cuantos la ven; hay también muchas pinturas de gran primor y, a mi parecer, es esta iglesia y su adorno superior al de San Francisco. Hay en este pueblito algunos indios caciques muy ricos; vi la casa de uno, que era muy buena, con una sala hermosamente adornada de pintura y efigies primorosas; se llamaba don Pedro Antonio Cosklac, y su mujer, doña Pascuala María Tequapetla. El vestía a la española, muy bien, y ella, al modo de las indias caciques, con sus huipiles, camisas de Holanda ricas, muchos encajes, galones de oro y otras preciosidades, pero descalza, como todas. Tienen los indios muchos huertos con rosas de Alejandría y otras flores; es terreno muy fértil y abundante el de este pueblito, y, demás de la iglesia principal, hay otras capillas y oratorios de los indios caciques de

bella fábrica. Mi conocido don Pedro Antonio Cosklac había labrado junto a su casa una capilla a San Diego, que pudiera servir de iglesia en cualquiera parte.

Dije ya de la devoción de los indios a San Diego; pero no es inferior la que tienen al glorioso príncipe San Miguel. En la jurisdicción de Cholula tiene dedicadas cuatro iglesias a su nombre. A media legua de distancia de esta ciudad, a la banda del Norte, hay una fuente que llaman de San Diego, junto a un molino del mismo nombre, y es tradición que la abrió el señor Palafox; es muy rica su agua y su figura es la siguiente:

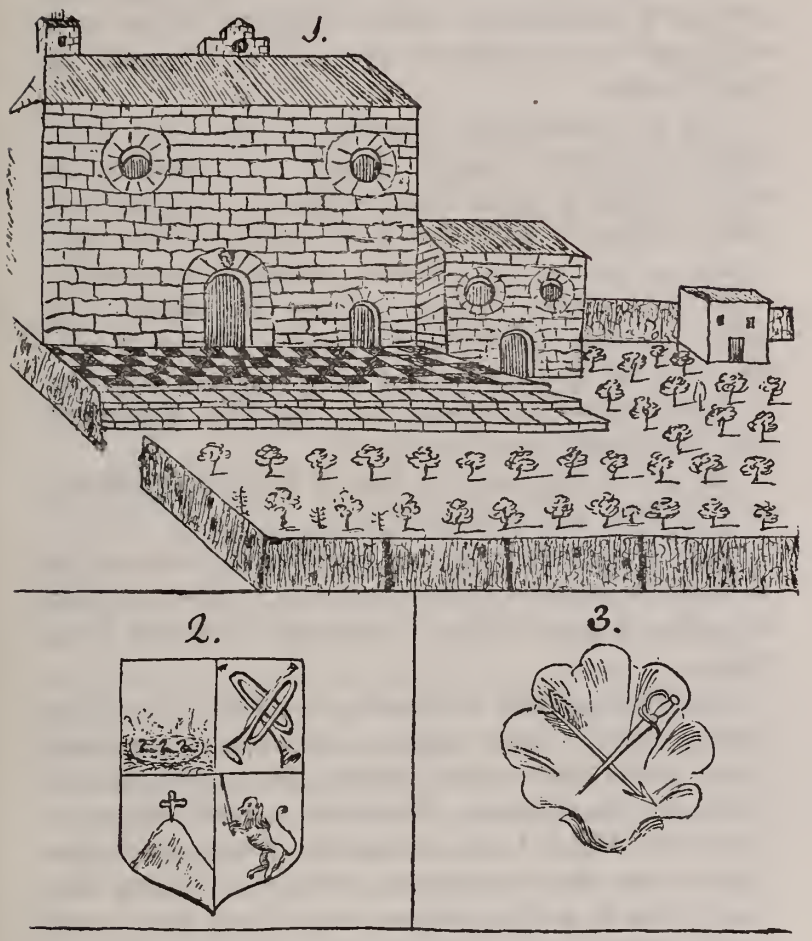
Otra memoria hay del señor Palafox, y es un ara que se ve en lo alto de un arco, que sirve de puerta al atrio del convento de Padres Observantes, y está frente de la portería; dicen la colocó aquí el venerable señor contra los truenos y tempestades. Este convento, que en lo antiguo fué de los más principales de la provincia y casa capitular, ha venido a mucha decadencia después que el señor Palafox les quitó el curato. La iglesia es de una sola y magnífica nave, tan fuerte en su fábrica que ha resistido a todas las inclemencias del tiempo. Está rodeada toda de torreones, troneras y baluartes que indican se fabricó también con la mira de que sirviese de fortaleza, si hubiese necesidad. En la puerta principal, que mira al Poniente, están esculpidas en piedra las palabras siguientes, de letra perfectísima y hermosa, aunque antigua: *Porta haec aperta erit peccatoribus poenitentiam agentibus.* En la puerta del costado que tiene a la banda del Norte dice de la misma letra: *Ego sum ostium: si quis introierit, salvabitur.*

Tiene el convento un grande, magnífico y espacioso atrio enlosado de pella de cal o yeso, tan limpio, terso y fuerte que parece piedra berroqueña en la fortaleza y duración. De Norte a Sur tiene este hermoso atrio 180 pasos, y de Oriente a Poniente, 170 pasos. Casi al medio del atrio, por este mismo rumbo y para subir a la iglesia, corre una magnífica escalera de piedra, bien labrada, de seis escalones, y su largo es de 100 pasos; permanece aún sin haberse descompuesto después de tantos años. En este atrio está la iglesia de los naturales de que hablé antes, a la p. 210. También está la iglesia de la Orden Tercera, que es muy pulida. Tiene dos entradas este gran atrio desde la plaza: la una frente a la iglesia del convento, y se compone de dos arcos tan vistosos como elevados; la otra, frente de la iglesia dicha de los naturales, compuesta de tres arcos. Alrededor de este atrio hay muchos corpulentos cipreses y vistosos fresnos. Han florecido en este convento varios religiosos de singular virtud, y entre ellos el venerable siervo de Dios Fray Sebastián de Aparicio, cuya efigie pongo a la p. 48. Fué aquí el siervo de Dios limosnero muchos años; hay tradición de haberle hablado varias veces la imagen de Nuestra Señora, que está pintada en la escalera. La celda donde vivía el venerable aún permanece.

A la banda del Poniente, a distancia de 2 leguas, hay un cerro que llaman de zapotecas, y en él una famosa cueva que dicen está encantada; y es fama común que muchos indios han sacado de esta cueva mucho oro con que se han puesto ricos. Cuentan las hablillas que al que entra sale a recibirle un chivato, después una culebra y últimamente un toro, y que, haciendo ciertas ceremonias, se amansan estas fieras, se entra dentro y sacan los tesoros. Yo fuí con otros a ver esta cueva por curiosidad y ni vi chivato, ni culebra, ni toro; sólo sí había muchas pisadas recientes de gente descalza, que había entrado y salido en la cueva; sólo un conejo muy grande salió de la cueva, que me espantó al pronto.

La plaza de Cholula es casi tan grande como el Campo Grande de Valladolid, y en medio tiene una fuente.

Hay en Cholula un Cabildo respetable de clérigos, así españoles como indios; de esta nación conocí tres: don Luis



1. Adoratnrio y casa donde se alojó Hernán Cortés con los suyos.— 2. Armas de Cholula. – 3. Concha que está sobre la puerta del adoratorio.

Pancle, don Juan Atlautla y don Antonio Axoctlán, y éste predicaba muy bien.

Día 1 de marzo, domingo de Carnestolendas, a las seis y media de la mañana, se sintió aquí un terremoto, pero sin

daño. Día 28 de marzo mataron y robaron a un indio llamado don Manuel Romero, cuyo caudal era de más de quinientos mil pesos fuertes; tres días antes me llamó este indio para que le confesase, por hallarse indispuesto, lo que sirvió de consuelo en esta fatalidad. Se enterró en el convento de San Francisco.

Los dos excelentísimos estuvieron en esta ciudad con la mayor satisfacción y alegría, gozando de la amenidad del terreno, siendo al mismo tiempo visitados y obsequiados de toda la nobleza de La Puebla de los Angeles, Cabildo eclesiástico con su ilustrísimo Prelado, oficiales de la tropa que había en La Puebla, Tlaxcala, Atrixco y otros pueblos, y algunos caballeros de Méjico, que vinieron durante la residencia en esta ciudad, a visitar a sus excelencias. Igualmente la familia estuvo gustosísima hasta que hubo oportunidad para embarcarnos, como diré después.

En esta ciudad estuvimos desde el día 23 de septiembre de 1766 hasta el 2 de mayo de 67.

Este adoratorio le repararon los indios en mi tiempo por la venerable memoria de Hernán Cortés, a quien profesan los indios un grande afecto y reverencia, llamándole su capitán.

Personas conocidas en Cholula.—Reverendo Padre Fray Nicolás de Aliri, Lector jubilado y Guardián del convento; Padre Fray Gaspar Valiño, Ministro de la Orden Tercera y Vicario; don Francisco Covarrubias y doña Bárbara, su mujer; don Miguel López de Oquendo, obrajero en el obraje de la otra villa; don Antonio Gutiérrez de Villegas, mercader frente de la casa del cura; María Teresa Romero, natural de Huepcingo y vecina de Cholula, frente de Nuestra Señora de los Dolores; don Juan Arana Tuer, oficial.

Hay también otros dos cerros hechos a mano, aunque no tan grandes como el de los Remedios, pero de mucha altura, y que causa admiración ver estas fábricas. El que se demuestra en el mapa, al número 7, es de singular veneración por haberse dicho allí la primera misa. El cerro del núme-

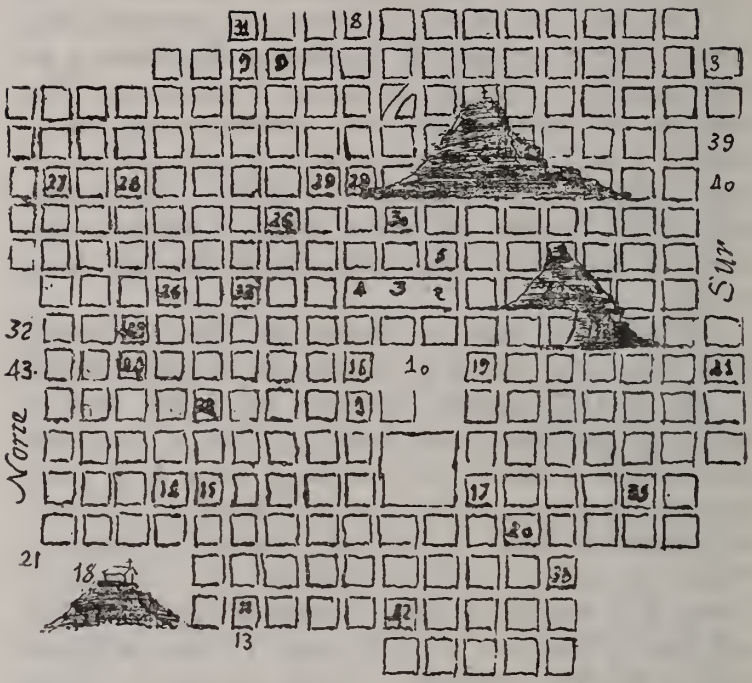
ro 11 no tiene iglesia y es inaccesible por lo escarpado. ¿Para qué harían los bichos de los indios estos cerros?

Pocos días antes de salir de Cholula sus excelencias fueron a visitar el santuario de San Miguel del Milagro y les dije misa en su altar. En la casa que dispusieron en Cholula para sus excelencias no había comodidad para toda la familia, y así el sobrino de su excelencia tomó casa aparte, y el Secretario de su excelencia y yo fuimos a otra, aunque, por ser algo húmeda, fué preciso dejarla y fuimos al convento de los Padres Observantes, donde estuvimos hasta el fin.

Salimos de la ciudad de Cholula para Veracruz sábado, 2 de mayo, a las cuatro de la tarde, día de San Atanasio, el año de 1767, habiendo estado en esta ciudad desde el día 23 de septiembre de 66. Fuimos a dormir a la hacienda de Amaluca, 3 leguas. Día 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz, por la mañana, salimos a comer y dormir a la hacienda de Osumba, 11 leguas. Se pasa por el pueblo de Amozoque, Venta del Pinar y pueblo de Nopaluca. Día 4, a comer y dormir a la hacienda de Soto, 7 leguas; se pasa por el Ojo del Agua y Vincencio. Día 5, a comer y dormir a Perote, casa de don Tomás Rajadel, 7 leguas; se pasa por la casa de los Guardas y el Portezuelo. Día 6, a comer y dormir a Jalapa, 11 leguas; se pasa por Las Vigas, y aquí se dejaron los coches y se tomaron literas; la Hoya y San Miguel del Soldado; llegamos a Jalapa a las dos de la tarde.

Aquí estuvimos hasta el día 11 del referido mes de mayo, en que salimos a las tres de la tarde y, caminando toda la noche en literas, llegamos a las seis de la mañana a la Antigua; se pasa por el Lencero, Corral Falso, Coyol, Cerro Gordo y Plan del Río. Antes de llegar a dicho Plan se levantó una tempestad de truenos y nos detuvimos aquí en el ínterin y se tomó un refrigerio en lugar de cena; llovió un poco y después se continuó la caminata y aun también la tempestad, truenos y agua; hubo sus trabajos con las literas, pues voltearon algunas y un paje de su excelencia perdió el peluquín, el que acaso habrá cogido algún mono y andará

CHOLULA



Explicación de los números: 1. Parroquia e iglesia principal de San Pedro. — 2. Convento de PP. Observantes. — 3. Capilla de la Tercera Orden. — 4. Iglesia de los naturales o indios. — 5. Iglesia de San Miguel. — 6. Cerro e iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. — 7. Cerro e iglesia de la Cruz, donde se dijo la primera misa. — 8. Iglesia de San Juan Aquiaguac y camino de La Puebla. — 9. Calles que minaron los indios para destruir el ejército de Cortés.— 10. La plaza y fuente.—11. Otro cerro fabricado de adobes. — 12. Otra iglesia de San Juan. — 13. Capilla de los Dolores. — 14. Iglesia de Santiago. — 15. Casa donde estuvo alojado Cortés y su ejército. — 16. Casa o palacio donde estuvieron sus excelencias.— 17. Otra capilla de los Dolores. — 18. Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. — 19. Iglesia de San Pedrito. — 20 Iglesia de Nuestra Señora de Tzocuilac.— 21. Iglesia de San Matías.— 22. Capilla de San Diego. — 23. Iglesia de Santiago Tzocuilac. — 24. Capilla de la Santa Verónica.— 25. Capilla de la Sangre de Jesucristo. — 26. Iglesia del Santo Sepulcro. — 27. Iglesia del Señor de las tres caídas, llamado Jesús. — 28. Iglesia de Nuestra Señora de Cuiamilco. — 29. Iglesia del Corpus. — 30. Hospital de San Pedro. — 31. Iglesia del Cristo vivo. 32. Iglesia y molino de San Diego. — 33. Iglesia de San Miguelito. — 34. Iglesia San Andrés en los arrabales. — 35. Iglesia de Santa María. — 37. Santo Ecce-Homo. — 38. Iglesia de la Santísima Trinidad. — 39. Iglesia de San Pablo. — 40. Iglesia de San Cosme y San Damián. — 41. Iglesia de la Magdalena.— 42 San Gabriel — 43. San Juan de los Ciegos.

con él puesto por los montes haciendo de príncipe de los suyos. Desde el Plan del Río hasta la Antigua se encuentran varios ranchos que se mencionan a la p. 40 del vol. I.

En la Antigua tomamos un desayuno y luego nos pusimos en camino para Veracruz, donde llegamos a las doce del día, habiendo caminado las 23 leguas que hay desde Jalapa a este puerto casi sin hacer alto ni descansar. Y regularmente se toma así esta jornada por ser tierra muy ardiente e incómoda en las posadas. En Veracruz salió a recibir a su excelencia toda la tropa de la guarnición, haciendo salva el castillo de San Juan de Ulúa con su artillería y lo mismo los navíos y embarcaciones del puerto.

Aposentaron a sus excelencias en casa de don Fernando Bustillo, Caballero del hábito, aunque parte de la familia se acomodó fuera, como el sobrino de su excelencia, el Secretario, el Mayordomo, Caballerizo mayor de órdenes, médico, etcétera, pero yo estuve en casa de sus excelencias.

En este puerto había las embarcaciones siguientes: el navío del Rey «El Dragón», de 64 cañones, mandado por su capitán don Manuel Guirior; este navío estaba preparado para conducir a sus excelencias. El navío «Santiago la América», también del Rey, fabricado nuevamente en La Habana, de 64 cañones, al mando don Manuel de Flores. La fragata del Rey «La Flora», mandada por don Antonio Bacaro; la «Júpiter», fragata del Rey, al mando de don Miguel Pascual, y varios bergantines, galeras, etc.

Día 16 de mayo, por la mañana, fuí con su excelencia a ver las fortificaciones del castillo de San Juan de Ulúa y de allí pasé a bordo de los navíos «El Dragón» y «Santiago la América». Recibieron a su excelencia con todas las ceremonias y formalidades de disparar la artillería del castillo, baluartes y navíos, «¡Viva el Rey!», formarse la tropa, etc.

Los días 20 y 22 llegaron dos bergantines de La Habana; el uno tardó solos siete días y el otro veinte.

El 26 tiraron cañonazo de leva, pero se retardó la salida por apuntar Norte.

El 29 llevaron a bordo de nuestro navío «El Dragón» la

pólvora. En tales circunstancias se pone bandera encarnada en el navío para avisar a las demás embarcaciones no se encienda lumbre en ningún navío del puerto. La lancha o barco donde llevan la pólvora, lleva también bandera encarnada; con todas estas precauciones se vive con la pólvora.

En esta ciudad estuvieron sus excelencias muy obsequiados de su Gobernador, oficiales, nobleza y demás caballeros. Ultimamente, estando ya todo prevenido y «El Dragón» enteramente equipado, el día 30 de mayo, sábado, fiesta del glorioso San Fernando, salimos, en nombre de Dios y de la Purísima Madre, de Veracruz, como a las diez de la mañana, y fuimos a bordo del navío «El Dragón», y a las doce se levó, habiendo precedido todas las ceremonias de tenderse toda la tropa desde la casa de sus excelencias hasta el muelle, disparar la artillería del castillo, baluartes, embarcaciones y demás que previene el ceremonial político y militar.

Ya que estamos en el navío, registremos los que van en él.

Tripulación del navío.—Señor don Manuel Guirior, caballero maltés, Mayor General de la Armada, capitán y comandante del navío; don Diego Pereira y Correa, capellán primero del navío; don Antonio Fernández, capellán segundo; don Juan Antonio del Camino, capitán segundo del navío; don Fidel de Eslava, teniente de navío; don José Perea, teniente de navío; el Marqués de Casares, teniente de fragata.

Alféreces.—Don Jerónimo Bravo, alférez de navío; don Alvaro López, alférez de navío; don Manuel de la Rosa, alférez de fragata; don Fermín Ezquerra, alférez de fragata; don Hermenegildo Barreda, guardia marina; don Sebastián Apodaca, guardia marina; don Ignacio Rodríguez, contador de navío; don Francisco Costa, médico; don José García, cirujano; item un sangrador; don Francisco Javier García, piloto mayor; don Juan Jurado, piloto segundo; item cuatro pilotines; cuatro contramaestres; dos carpinteros; dos calafates; un armero; un maestro de velas; un farolero; un buzo; 11 soldados de artillería; 74 artilleros de mar; 80 grumetes; 100 marineros; 25 pajes; 119 soldados de marina.

Pasajeros.—El excelentísimo señor Marqués de Cruillas con su familia; señor don Antonio Ricardos, Mariscal de campo; señor don Francisco Antonio de Echávarri, Decano de la Real Audiencia de Méjico; señora doña Melchora de Castro y Araoz, sevillana; don Juan Ferrus y doña Plácida Labroquera; don Juan Gneco, capitán; don Leonor; don Mateo Badillo Florista; don Gallo, capitán, con otros muchos pasajeros y flotistas, que en todos pasarían de mil personas.

El navío llevaba carta de cinco millones de pesos fuertes sin otros efectos de añil, grano, vainilla, azúcar, etc.

El rancho que previno el capitán del navío para la mesa de sus excelencias fué abundantísimo y regalado, y, para que nada faltase a la comodidad y gusto, embarcó también gran cantidad de nieve que llegó hasta muy cerca de La Habana. Las pollas, gallinas, pichones, pavos, ansares, vacas, terneras, carneros, cochinos y otros comestibles, como pescados, escabeches, frutas, ensaladas, verduras, salsas, legumbres, etc., no tienen cuenta. Yo hice mi prevención, demás de la que iba en el navío, de limones, azúcar, sirop y mata para mi mareo, que me sirvió de no poco alivio en tan penosa enfermedad. Aunque vivo persuadido, por lo que he experimentado en mí y he leído en autores médicos, para precaverme de este molestísimo accidente, que dura el achaque, sin haber remedio para expelerle, mientras dura la navegación en aquellas naturalezas aptas para hacer impresión el movimiento que imprimen en las túnicas y fibras los efluvios ácido-salinos de la mar, los acres corrosivos de la brea y alquitrán, y, lo que es más, el movimiento verticoso que agita al cerebro los balances irregulares del navío. Remedio para el mareo, según noticias impresas, tómase en vino un poco de triaca.

Empezamos, pues, nuestro viaje y, aunque no con mucho viento, era el tiempo bonancible, estaban los horizontes despejados y la mar llana. Este mismo día empezó mi enfermedad del mareo, aborreciendo tanto el chocolate, que sólo una vez lo tomé en el mar.

El día 10 de junio nos consideramos rebasados del bajo del Negrillo (v. p. 25 del vol. I), si le hay. Dos marineros del navío me dijeron que pasando por allí en el navío «El Buen Consejo», vieron la reventazón del mar sobre este bajo y que todos quedaron persuadidos que lo hay.

Nota.—En este diario marino procuraré usar de términos y frases, en cuanto me sea posible, claras e inteligibles y no facultativas y propias de la náutica.

Desde el día 10 arriba mencionado, nos envió viento contrario, aunque no fuerte, con que íbamos haciendo bordos, y continuó así hasta la sonda de la Tortuguilla, cerca de La Habana, aunque no tuvimos calmas molestísimas en este mar por ser el viento fresco.

La víspera de San Antonio, 12 de junio, por la noche, se embraveció el mar con unas olas formidables y gran viento; los balances del navío eran fuertes; no obstante se dijo misa el día del santo. Continuó el mismo temporal, y la noche de este día de San Antonio fué muy trabajosa; hubo muchos chubascos y viento recio. Como a las diez de la noche se oyó en el palo mayor un gran estallido, como si se hubiera quebrado la verga; se aferraron las velas, quedando sólo con el trinquete, y por la mañana se bajó la verga y hallaron abierta la sinverga o caña que cubre la verga mayor; se compuso y continuamos la derrota.

Día 17 de junio, víspera del Corpus, como a las ocho de la noche, se echó la sondaleza y se halló fondo en 68 brazas con gran regocijo de toda la tripulación, por haber hallado esta sonda que llaman de la Tortuguilla.

Día 18, festividad del Corpus, dimos fondo con un ancla en esta sonda, por haber calmado el viento; tuvimos un gran calor, como es preciso cuando hay calma. Este día, por la noche, como a las diez, se avistó una galera inglesa y nos habló; dijo iba a la Carolina, y con esto siguió su derrota.

Día 19 levantamos la ancla y nos levamos con una buena brisa. Mientras estuvimos dado a fondo, se hizo abundante pesca de dorados, pargos y bonitos.

Día 20, a las cuatro de la tarde, se echó la sondaleza y

no se halló fondo con 120 brazas, con que nos contemplamos fuera de la sonda de la Tortuguilla y pusimos la proa a La Habana.

Día 21, a las nueve y media de la mañana, descubrimos con singular alegría la isla de Cuba o de La Habana, y hubiéramos dado fondo en este día, a no hallarnos muy sotaventados por descuido de un pilotín en las guiñadas del timón.

Día 23 de junio, martes, víspera de San Juan, a las doce del día, dimos fondo en el puerto de La Habana, habiendo entrado en él casi a remolque por falta de viento. Anduvimos las 300 leguas que hay de Veracruz a La Habana en veinticinco días, que fué gran felicidad, pues esta corta travesía es la más difícil y molesta que hay en todos los mares de las Indias y la más temible a los pilotos, que se aturden y vuelven locos, sin poder formar concepto ni por el punto que observan ni por las millas que echa la corredera o carretil, burlando todas las experiencias y fundamentos las rápidas corrientes que, sin saber el rumbo que toman en este golfo o seno mejicano, se experimentan, y con más violencia en tiempo de aguas, pues vierten a este seno una infinidad de ríos, como el del Norte, Missisipí, etc. Esta incertidumbre de las corrientes desatina a los más diestros pilotos, habiendo sucedido no pocas veces salir embarcaciones de Veracruz y, después de tres meses y alguna vez de seis, pensando llegar a La Habana, arribar a Campeche o volver a Veracruz. Se hace también molestísima y larga esta corta travesía del golfo o seno mejicano por las muchas calmas que hay, y suelen durar meses enteros, con el mayor desconsuelo de los navegantes. También concurre a la molestia los excesivos calores que se experimentan en estos mares; igualmente los vientos contrarios casi en todo tiempo mortifican mucho y retardan no poco el viaje.

El Señor nos favoreció en todo, pues hicimos un viaje feliz, sin haber padecido calmas ni habernos atrasado las corrientes, y aunque tuvimos viento contrario, siempre hacíamos camino, bien que a costa de bordear.

El viaje de La Habana a Veracruz suele hacerse regularmente con brevedad y felicidad, pues en siete días, en diez o doce se corre este camino.

Quiero aquí satisfacer una duda que pondrá alguno: ¿Por qué no se vuelve a España por el mismo rumbo que se trajo? Respondo que por ser los vientos contrarios; hay vientos para ir de España a Veracruz por el rumbo dicho a la p. 19 del vol. I y siguientes, y no para volver. Raros e incomprensibles son los caminos de la mar.

Pasamos a corta distancia del Missisipí, Panzacola y la Florida para buscar vientos frescos y huir de las calmas. Pero, luego que llegamos a La Habana, empezamos a experimentar calores excesivos.

Vista de la isla de La Habana, con la boca del puerto a distancia de tres leguas al sureste, cuarta al sur.

Luego que se dió aviso a la plaza del arribo de su excelencia, hizo la salva con la artillería, y después vino a bordo su Gobernador, don Antonio Bucareli, con toda la oficialidad de la tropa. Este mismo día 23 de junio, por la tarde, saltamos en tierra con todas las ceremonias y solemnidades acostumbradas. La tropa estaba ya tendida desde el muelle hasta la casa donde hospedaron a sus excelencias, que era

del señor Marqués de Villalta. Yo estuve en esta casa, aunque gran parte de la familia se alojó fuera.

Y antes de entrar a describir La Habana, pondré su mapa, que es como se demuestra a continuación:

1. Ciudad de La Habana.— 2. Castillo del Morro.— 3. Castillo de la Punta. — 4. Fuerte nuevo de Aróstegui. — 5. Astillero y sierra del Agua. — 6. Fuerte nuevo de Atarés. — 7. Santuario de Nuestra Señora de Regla. — 8. Fortaleza de la Cabaña.

Descripción de La Habana.—Demora la ciudad y puerto de La Habana, según carta muy corregida que tengo presente, a los 23 grados de latitud y 295 de longitud de la isla de Cuba, frente de la Florida. Su puerto es el mejor y más seguro de la América, capaz de dar fondo a mil navíos, defendidos de todo viento, sin que jamás se vea aquí el mar alborotado por ser como una especie de lengua que forma en la tierra.

Es este país muy ameno, frondoso y divertido, representando en todas las estaciones del año una constante primavera en el verdor de sus hojas y un permanente otoño en la madurez de sus frutos; abunda de cristalinas y dulces aguas, y aunque su puerto no es el más rico en pescados, no faltan los arenques, dorados, pargos y meros. Las frutas son las comunes de la América, excepto algunas peculiares, como la guanabana y otras, aunque todas de mejor calidad y gusto, pues la piña, el plátano, la guayaba y el aguacate son más ricos y delicados que en otras partes. Ni faltan tampoco las frutas de la Europa, con melones, sandías, higos, uvas, etc.

El temperamento es cálido y ardiente, aunque las mareas refrescan, atemperando el calor, a que no coopera poco la frondosidad y frescura de los campos. Los *Cocales* es el paseo más frecuentado y sitio de recreación. Para gozar de este paseo y demás que ofrece la amenidad del terreno, y también para andar por la ciudad, usan de calesines muy cómodos y ligeros, tirados de una sola mula o caballo que gobierna un negro. Son casi infinitos los calesines que hay, pues no hay persona de mediana esfera que no los use, siendo ya como razón de estado no ir a pie hombres ni mujeres.

Las gentes son afables, cariñosas, de bella índole y gran caridad para los forasteros y pobres desvalidos, por lo que con razón exceden en prendas a todos los de América; y cualquiera que haya estado en La Habana creeré me haga justicia en dar asenso a este debido elogio. Visten con mucha curiosidad y honestidad. Las mujeres usan de unas telas muy delgadas por lo cálido del temperamento; regularmente son telas blancas en extremo limpias y almidonadas. Son aficionadas a adornarse la cabeza con flores ya naturales y ya artificiales, en que ponen singular esmero. De noche se ponen en la cabeza y en el pecho unos animalejos de luz, a manera de grillos, que llaman *cucuyos*, con que se distinguen las perfecciones del rostro como si fuera de día, pues despiden tanta claridad, que la luz de uno solo basta para leer de noche una carta, como yo mismo he experimentado. Tienen estos animalejos dos lucernas muy hermosas sobre los

ojos, con que iluminan a larga distancia, y otra aún mayor en la barriga. Y aunque en otras provincias de la América hay estos insectos, en ninguna son tan resplandecientes, por lo que en La Habana se hace prevención de ellos para llevarlos en jaulas a los navíos y servirse de ellos en los camarotes en lugar de velas, sin peligro de incendios.

Igualmente que las gentes, están limpias, curiosas y adornadas las casas; cada una parece un ameno jardín en la variedad y hermosura de árboles y plantas con que adornan los patios. En los portales y sitios públicos de las casas tienen varias alacenas y nichos con tinajas, cántaros y otras vasijas llenas de agua y con singular pulcritud y simetría. También ponen unas grandes mesas en los portales con diversidad de vasos, búcaros, tarros, pucheros y orzas de barro colorado y limpio, rebosando de agua, con muchas flores y ramos alrededor, puesto todo con tan bello gusto y delicado orden, que causa el verlos singular complacencia, desmintiendo con la fresca hermosura de estos adornos el fogoso ardor de su terreno. Por esto y por el gran comercio de los europeos en esta plaza, es envidiada de todas las naciones, y sus habitadores son los más políticos y civilizados de toda la América.

Las calles de la ciudad, aunque no perfectamente derechas, por no permitirlo el terreno y disposición irregular del mar, que la circunda en gran parte, están bien ordenadas y distribuídas, con suficiente capacidad para el tráfico y comercio. Tienen muy bellos templos, aunque no con el adorno correspondiente por el estrago que causó la guerra pasada y rendición de esta plaza por los ingleses el año de 1762, época memorable y lastimosa para España y aun para toda la Europa.

Se sirven de negros y mulatos para el trabajo de los campos y ministerio de las casas, pues de los indios no ha quedado ni aun rastro en toda la isla. Tiene esta isla, que se llama Cuba, 300 leguas de largo, como dije en otro lugar; su capital es Santiago de Cuba, con Obispo y varios Tribunales; tiene otras ciudades en la costa, como Porto Príncipe, Bayamo, Sancti Spíritus, Trinidad y Matanzas. Hay tam-

bién varios pueblos y villajes, y cerca de La Habana están los de Banabacoa, Jesús del Monte, Cojimar, Potosí y otros. La Habana tiene por titular a San Cristóbal y la iglesia principal se intitula así. En toda la isla no hay animal alguno venenoso, aunque sí hay muchos caimanes en los ríos, que llaman lagartos por su analogía; abunda de maderas primorosas y exquisitas, como ébano, caoba, acama, cedros corpulentísimos y otros árboles primorosos para la fábrica de navíos, siendo famosa esta isla en todo el orbe por sus ricas maderas para este efecto. Los ebanistas trabajan con primor la caoba, ébano y demás maderas, formando papeleras, cómodas, sillas, taburetes y mesas de que se surte gran parte de España, ya por lo singular de sus maderas y ya por lo delicado de los artífices. También hay abundancia de pájaros y aves de extraños colores y rara hermosura; no hay loros ni guacamayos, pero hay cotorras muy finas y parleras, y de aquí se surten los que hacen escala para vuelta de España.

Para la fábrica de navíos hay en La Habana una sierra de agua de mucho arte y primor. Se coge mucho tabaco, bien conocido en toda la Europa por su bondad, de que se compone un ramo considerable del comercio; a que se agrega la abundancia de azúcar, que traen a España en cajones y es la más blanca y exquisita de la América. También cogen café, y pudiera ser más considerable su cosecha, si se aplicaran los naturales a cultivar ese fruto, que le da un arbolito o mata de una vara o poco más de alto. Los dulces es otro surtido útil para el comercio, pues se traen muchos a España y son estimados por lo raro de las frutas y bondad ya dicha del azúcar, pero la piña y guanabana son preferidas a las otras frutas. Aquí vi bueyes de una singular corpulencia, pero me persuado los traen de fuera, pues la isla es tan estéril de carnes que viene la provisión de la Nueva España. La misma indigencia padece en punto de granos, conduciendo de Veracruz las harinas para el pan de trigo que se come en La Habana, pues es cortísima la cosecha de maíz y trigo que produce la isla. La tropa y gente pobre come pan de casabe que hacen de una raíz llamada yuca.

Es tradición de padres a hijos que el Apóstol Santo Tomás vino a predicar a esta isla y que enseñó el santo a los indios a sembrar esta raíz y usar de ella para hacer pan y sacar bebida de ella, como *de facto* lo sacan. Esta raíz es a modo de un nabo largo; hacen de ella almidón más blanco que del trigo y traen de ello a España.

En La Habana hay varias iglesias parroquiales, y los conventos son los siguientes: Dominicos, convento grande y rico; Observantes, cuya fábrica reparó o, por mejor decir, hizo nueva el señor Laso, Obispo de Cuba y religioso de la misma Orden; Agustinos, Mercedarios, Jesuitas, que ya estaban expulsos; San Juan de Dios; oratorio de San Felipe, que quedó muy arruinado en la guerra pasada del año 1762, y Betlemitas; hay también Monjas de Santa Clara, Dominicas y Carmelitas Descalzas, con otras iglesias y ermitas.

Mientras sus excelencias estuvieron en La Habana divirtieron al señor Virrey enseñándole las fortificaciones de la plaza, haciendo el ejercicio de tropa y otros recreos militares por el orden siguiente:

Día 24 de junio fuimos a ver las fortificaciones nuevas y contiguas del Morro, que estaban casi acabadas.

Día 25, las obras de la Cabaña, que es fortificación a quien llaman los ingenieros coronada, y es grande y de mucha costa; estaba muy adelantada y se acabará el año próximo que viene.

Día 26 fuimos al fuerte nuevo de Atares, fabricado en una loma llamada antes de Soto, y de aquí pasamos al astillero donde se fabrican los navíos, y vimos el navío «San Luis», de 80 cañones, casi acabado, y también fuimos a la famosa sierra del agua que está junto al astillero.

Día 27 había de haber hecho el ejercicio el regimiento de milicias de la plaza, pero lo impidió el agua y pasó todo el regimiento delante de su excelencia.

Día 28 pasó también formado el regimiento de Pardos delante de su excelencia, sin haber hecho el ejercicio por el agua.

Día 29 hizo ejercicio de fuego el regimiento de Negros, vestidos a la inglesa.

Día 30 hizo ejercicio de fuego el regimiento fijo de la plaza.

Mes de julio.—Día primero llovió.

Día 2 hizo ejercicio el regimiento de Lisboa, infantería, que estaba de guarnición en la plaza.

Día 3 tiró nuestro navío «El Dragón» cañonazo de leva, que es la señal para que se prevengan a marchar. Este día, por la tarde, fuimos en falúas a visitar el santuario de Nuestra Señora de la Regla, Patrona del puerto y bahía de La Habana. Cuidan de su santa imagen unos venerables ermitaños muy parecidos a los Capuchinos en hábito y barba; viven en comunidad y se mantienen de limosnas. El santuario dista más de 1 legua de la ciudad, a una punta de la bahía, al rumbo del Oriente, con inclinación al Norte.

Día 4 hizo ejercicio de fuego el regimiento de milicias de la plaza.

Día 5 hizo ejercicio el regimiento de Pardos.

No vimos un fuerte nuevo, que se empezaba a fabricar en la loma llamada de Aróstegui, de la misma estructura que el de Atares. Estos dos fuertes y la gran obra de la Cabaña se han aumentado después de la última guerra.

Al arribo a La Habana hallamos la ruidosa noticia de la expulsión de los Jesuitas de los dominios de España, y ya habían salido los del colegio de esta ciudad.

En el barrio de *Tallapiedra,* extramuros de la ciudad, hay una capilla donde se venera una devotísima imagen de la Divina Pastora colocada por el celo y devoción de un misionero capuchino que introdujo aquí su culto con sus sermones y de que ha quedado mucha noticia, aunque no pude saber su nombre ni Provincia.

Salida de La Habana.—Día 6 de julio, lunes, a las ocho de la mañana, salimos de La Habana, estando tendida la tropa hasta el muelle; fuimos a bordo de nuestro navío «El Dragón», haciendo salva la artillería de la plaza. Hicímonos a la vela, y nos siguieron el navío mercante del «Rosario

de Murguía», las fragatas «San Carlos» y «La Aurora», un paquebote llamado «Orcullo» y un bergantín que venía de Maracaibo. Pero antes de perder de vista a La Habana, pondré las personas conocidas que me favorecieron en ella.

Personas conocidas en La Habana.—Excelentísimo señor Teniente General don Antonio María Bucareli, Gobernador; señor Marqués de Villalta; su hija, casada en Madrid con el señor Mariscal de campo don Francisco Rubio, Gobernador de Madrid, se llama doña Tomasa María de Herrera; señor Marqués de Justiz y don Manuel de Justiz, alférez de las Reales Guardias españolas.

Don Mariano Fuertes de Herrera murió, se escribe a ésta; vive calle de Cuba, número 60; doña Catalina Fuertes de Herrera, su hija, casada con don Fernando de Arias; murió don Fernando y ella; doña Rosalía Fuertes de Fierro, la capitana; doña Inés Fuertes, hermana menor, se casó con don Antonio Carol Sierra; doña María Francisca; doña Juana Teresa, murió; doña María de Jesús; todas hermanas. Las dos chiquitas Marianas menores sobrinas; don Pedro Miguel murió; don José Esteban; don Manuel; don Juan de Dios y don Juan Antonio; Bernardo Recio; Francisco de Villaurrutia; José Romero; Bartolomé de Cañas; José Cosío; Hilario de Palacios; Lorenzo de Echave; Simón Larrazábal; Juan Manuel Araoz; Juan Roset; Tomás Butlar; señoras Santas Cruces; vive doña Teresa, condesa de San Juan de Jaruco.

Salimos, pues, de La Habana el día 6 de julio en compañía de las cinco embarcaciones ya dichas; pero al segundo día las perdimos de vista, quedándose atrás, pues nuestro comandante no tenía orden para convoyarlas.

Día 8 del referido julio descubrimos las islas Lucayas o, como dicen los marineros, islas de *Los Callos;* son muchas estas islas, pero malsanas y poco fértiles; es tierra baja y pasamos a su vista; aún no están pobladas de europeos y los indios son bravos y fieros. *Guaniani* es la isla principal y fué la primera que descubrió el famoso Colón.

Día 9 salimos con felicidad de la *Canal de Bahama* y

luego se cantó la Salve a María Santísima en acción de gracias. Tiene esta canal 80 leguas de largo, y de ancho, 16 por unas partes, y por otras, 14. Es peligrosísimo este tránsito y en él han perecido no pocas embarcaciones y aun escuadras enteras; por lo cual es temible a todo navegante. Empieza este canal desde La Habana y por él corren todas las aguas del seno mejicano a desembocar al golfo de las Yeguas. Sus corrientes son muy rápidas, y sucede no pocas veces a los navíos que, antes de entrar en el puerto, se suelen por descuido inclinar hacia la canal, y sus corrientes impetuosas le arrebatan, y, sin poder volver atrás, va a desembocar al golfo sin tocar en La Habana, y esto llaman desembocar, lo que es muy fácil por las corrientes. Nosotros pasamos la canal casi en calma y sin viento y echábamos a 4 millas por hora.

Día 10 se pagó a la tripulación según la ordenanza que manda se haga la paga después que se pase la canal y no antes.

Los días 16, 17 y 18 echábamos con viento sudoeste a 7 y 8 millas por hora; de suerte que en una singladura, que es lo que se anda en veinticuatro horas, echábamos a 50 y 54 leguas. Aquí me afligió mucho mi trabajosa enfermedad de mareo.

Día 20 de julio pasamos las islas Bermudas por la banda del norte, dejándolas a mano derecha como 30 leguas; no se ven estas islas por estar siempre cubiertas de espesísimas nieblas. Demoran frente de la Carolina, y se llaman así de Juan Bermúdez, español, que las descubrió por los años de 1522 ó 1527. Hoy las poseen los ingleses, pero están poco pobladas. Su temperamento es benigno, aunque muy ocasionado a truenos, relámpagos y huracanes. Se cogen muchos granos dos veces al año, por julio y diciembre; abundan en frutas, limones, naranjas, cochinilla, perlas y ámbar gris; hay no pocas tortugas de carne muy regalada. Las arañas tejen unas telas tan fuertes que se enredan los pajarillos, sin poderlas romper ni salir de ellas. La mayor y más

considerable de estas islas es San Jorge, bien fortificada por su naturaleza.

Día 24, a las tres de la tarde, nos habló una fragata inglesa que pasaba a la Virginia.

Día 29, a mediodía, se avistó otra embarcación de tres velas, pero la dejamos atrás.

Día 31 se vieron dos embarcaciones, al parecer grandes, pero de muy lejos.

Agosto.—Día 3 se descubrió una embarcación de dos velas, pero no se llegó a hablar, aunque se tiró cañonazo.

Día 7 se dejó ver por la banda de estribor una fragata francesa, que pasaba a las Canarias; se la habló y respondió.

Día 9 nos considerábamos ya sobre la isla del Cuervo, que es una de las Terceras, llamadas también de las Azores, y debíamos pasar a corta distancia de ella, como también de la isla de Flores, pero lo impidió un ventarrón contrario, que se levantó por la noche, acompañado de terribles y continuos aguaceros o chubascos, con unas olas tan formidables y espantosas, que se previnieron hachas y demás instrumentos para cortar cables, que es lo más terrible que puede acaecer en el mar. Causaban horror las tinieblas, asustaban los crujidos, asombraban las espantosas olas y todo era gritos y confusión, esperando la última hora. Yo, como iba tan mareado y enfermo, no sentía tanto el morirme, pues, como la mitad del alma estaba ya fuera del cuerpo, vivía con mucha tranquilidad; pero como a los otros los cogía vivos, daban el grito que le ponían en el cielo; clamaban a Dios, confesaban públicamente sus culpas y pedían de veras misericordia. No en vano se dijo: *El que no sepa orar, vaya a la mar.* Para mayor desgracia y confusión nuestra se rompió a las once de la noche la sinverga del palo mayor y cayó con un estrépito tan furioso como si cayera el cielo abajo. Fué tal la consternación, que pensábamos ser ya llegada nuestra última hora; el daño que hizo fué gravísimo.

Día 10, San Lorenzo Mártir, nos quedamos sin misa; duró el ventarrón, grandes marejadas y las olas tan fuertes que pasaban por encima del navío.

Día 11 continuó el mal temporal, mar gruesa con marejadas, balances molestísimos; los horizontes cargados y aguaceros copiosos.

Día 12 se cambió el viento; picó un Este fresco con el que navegamos a la bolina; por la noche nos entró un viento cerrado a popa, experimentando mucha mar, y nos quedamos a palo seco.

Día 13 aparecieron los horizontes claros, sopló un viento bonancible con mar llana y se pudo observar la altura, lo que no se había podido hacer desde el día 9. Como a las cuatro de la tarde se descubrieron algunas rocas de la isla Tercera, que es la mayor y más principal de estas islas, de donde tomaron la denominación las demás islas. Está rodeada por todas partes de altísimas peñas y rocas muy escarpadas. La vista que hace, mirada como a 6 leguas, es la siguiente:

Vista de la isla Tercera.

Tiene de circuito 16 leguas y su capital es Angra. Son nueve estas islas: Flores, El Cuervo, etc. Las descubrió Gonzalo Bello en el siglo XV; pertenecen a los portugueses; distan 200 leguas de Lisboa. Llámanse de los *Azores*, que quiere decir *gavilanes*, por los muchos que se encuentran en ellas. Están a los 39 grados de latitud y 346 de longitud; abundan en vinos ricos, trigo, frutas, ganados y otras cosas necesarias para el uso humano; su aire y temperamento es saludable y son de mucho comercio.

Día 14, viento tan vario que en una hora giró la proa del navío toda la circunferencia de la aguja; por la tarde, brisas frescas, viento bonancible.

Día 15, la Asunción de María Santísima; mar llana, horizontes claros y mucha calma.

Día 16, San Joaquín, y días del excelentísimo señor Mar-

qués de Cruillas; se empavesó el navío y hubo la función que se acostumbra; continuaba la calma, pero a las ocho nos entró una brisa con que nos pusimos a caminar. Se pasó el día en aquellas diversiones que permite el mar; se dió un refresco a la tripulación; y por la tarde arreció un poco el viento con algunas marejadas, y al anochecer, después de haber rezado el Rosario, nos sucedió la desgracia de caerse un hombre al mar, y, no obstante que se echó prontamente la boya y el serení al agua, se atravesó el navío y se tomaron todas las providencias que en semejantes lances se acostumbra y sin perder tiempo, no se pudo coger; era un marinero genovés. R. I. P.

Día 17. Horizontes claros, mar quieta y una buena brisa. Por la tarde avistamos una fragata inglesa que a fuerza de vela nos buscaba. Se llegó a nuestro navío, nos saludó y, después de las generales, dijo el capitán al nuestro cómo casi toda la tripulación la llevaba enferma y pidió se sirviese enviar a su bordo el médico y cirujano con algunas medicinas para consuelo de sus enfermos. Hízose así y se echó el bote y pasó un oficial a la fragata con el médico y cirujano, el botiquín, gallinas y algunos refrescos; y, habiendo estado dos horas, se volvieron con algunos regalos y muchas gracias. Todo este tiempo estuvimos parados a cortísima distancia, registrando toda la fragata, que era nueva, hermosa y muy limpia; no vimos más que seis hombres y una mujer, pues todos los demás estaban enfermos. Esta fragata había salido de Lisboa y pasaba a Terranova a la pesca del bacalao.

Día 18. Turbada la mar, muchos recalmones y chubascos; por la tarde se avistó una embarcación grande, pero a larga distancia, y no se le habló.

Día 19. Calmó el viento con la mar alterada, muchos balances y algunos chubascos. Por la mañana se avistó una embarcación pequeña y pasó de largo.

Día 20. Tempestades terribles de truenos y relámpagos, mucha mar y molestísimos balances; por la noche nos quedamos con trinquete y mesana.

Día 21. Disminuyó el viento y paró en calma. Por la mañana se avistó una embarcación por barlovento; por la tarde refrescó el viento y nos pusimos a camino a fuerza de vela. Como a las dos se avistaron cuatro embarcaciones por sotavento, y al parecer venían dándonos caza, pues, cortado nuestro barlovento, se empeñaban más y más en darnos alcance. Nosotros nos considerábamos ya cerca de las costas de Africa y, temiendo fuesen velas berberiscas, nos obligó a ponernos en defensa. Se intimó el zafarrancho, se pusieron enjaretados o redes, candeleros, y se preparó todo lo necesario para combate, aunque estas prevenciones se hacen siempre después que se montan las islas Terceras y se va acercando a las costas de Africa. Así estábamos cuando de repente mudaron de rumbo y nosotros continuamos el nuestro.

Día 22. Se engrosó el mar, se oscurecieron los horizontes y experimentamos terribles marejadas y balances. Por la tarde avistamos una urca por barlovento y un bergantín por sotavento.

Día 23, domingo. Continuó el mal temporal y continuos ventarrones; no se pudo decir misa; por la mañana se avistó un navío a popa, pero luego le dejamos atrás o tomó otro rumbo. No se pudo observar, como tampoco los días antecedentes. Por la tarde nos entró un nordeste fortísimo con furiosas marejadas y un frío extraordinario. Nos quedamos a palo seco toda la noche y nos vimos en gran peligro.

Día 24, San Bartolomé Apóstol. Se aumentó el ventarrón y marejadas y, por consiguiente, el frío, que le padecimos en sumo grado. Los balances eran tan fuertes que no había cosa segura y aun lo que estaba más bien trincado, aun las cureñas de los tiros de artillería se desamarraban, ni había quien pudiese mantenerse en pie, andando todo rodando de babor a estribor; no se dijo misa ni se puso mesa ni había quien se acordase de comer. Crujía el navío, bramaba el mar y las olas encrespadas ponían espanto a los más animosos. A esto se llegaba el cielo encapotado, frecuentes chubascos y espantosos truenos que, con la oscuridad de la noche, puso en confusión a la marinería y oficialidad y a todos en la

precisión de temer igualmente el fuego que el agua. Aferradas las velas, quedamos con sólo el trinquete a la mera y toda la noche la pasamos en vela y yo muriéndome por instantes de mi mareo.

Día 25. Amainó algún tanto el viento, bajó la mar, se serenó el cielo y respiramos un poco, pero, como habíamos andado sin rumbo estos días, por no haber podido observar, no sabíamos dónde nos hallábamos; unos, considerando que las corrientes abaten a la costa, decían estábamos cerca del Africa, y lo daban a entender el sargazo que se dejaba ver y las gaviotas, con otras señales de tierra. Otros decían que estábamos en el estrecho de Gibraltar; otros, que cerca de Alicante; otros, que cerca del cabo de San Vicente, y algunos se consideraban muy próximos a Cádiz; tal era la confusión y diversidad de pareceres, fundados cada uno en sus observaciones náuticas, pero todas a la verdad falibles y de ninguna seguridad. Por la mañana se dejaron ver de vuelta encontrada dos embarcaciones grandes. Por la tarde se avistó un queche holandés que caminaba a Cádiz. Estando comiendo clamó el vigía: «¡Tierra, tierra a babor, tierra!» Fué tal la alegría que causó en todos, que como unos locos, dejando la comida, arrojaban al mar platos, vasos y cuanto tenían a mano. Subió el piloto a la grimpola a demarcar la tierra, confirmó que era tierra, aunque desde abajo no la pudimos ver, aunque nos desojábamos, hasta las cuatro de la tarde. Aquí fué de nuevo la alegría y el alborozo de ver a nuestra madre la tierra, y aquí también la diversidad de opiniones sobre qué tierra era la avistada. Según el punto de los pilotos, era la costa de Cádiz; según otros, Arenas Gordas, y otros discurrían como arriba; pero un contramaestre muy práctico aseguraba siempre, aun antes de ver la tierra, que estábamos cerca del cabo de San Vicente; y así fué, pues de allí a poco se conoció con toda claridad, y dimos mil gracias a Dios.

El cabo de San Vicente, que también se nombra Promontorio Sacro, es continente de España y pertenece a Portugal; tiene la figura de una lengua larga sobre el mar, divi-

dido una punta del continente. Llámanle también alegóricamente *Cabo de suspiros* por los muchos que cuesta el llegar aquí y descubrirle; item, por los suspiros que saca a los que traen algunos trabajos o quebrantos en sus comisiones o empleos, pues se va llegando el plazo de dar cuentas que no quisieran llegara. La costa es muy limpia, pero árida y seca; la tierra es alta y llana. Como era éste el rumbo que deseábamos, nos llegamos a la costa y la fuimos siguiendo casi sin perderla de vista hasta Cádiz. Estando como a 2 leguas del cabo, le demarqué, y hace la figura siguiente:

Vista del cabo de San Vicente.

1. Convento de PP. Dominicos. — 2. Vigías o atalayas. — 3. Punta de tierra.

Día 26. Luego que nos llegamos a la costa cesó enteramente el viento, bajó la mar, aunque había algunos balances, y quedamos en calma; no obstante hacíamos camino por las mismas corrientes que tiran al rumbo de Cádiz para desembarcar por el estrecho de Gibraltar al Mediterráneo. Por la mañana vino una embarcación portuguesa y subió a bordo su capitán, permitiéndolo nuestro comandante con anuencia de los oficiales, y trajo pescado, uvas, frutas y ensaladas, que se pagaron a buen precio. Nos avisaron los portugueses que andaban a corso dos fragatas de moros y que en aquellos días habían hecho varias presas, y nos prevenimos para si se encontraban, deseando encontrarlas. Por la tarde nos entró una brisa excelente y a las tres se dejaron ver por

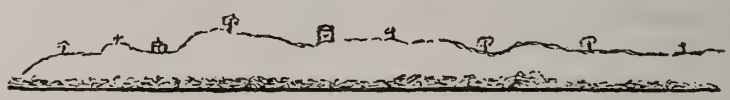
la banda de estribor embarcaciones grandes y, pensando serían de los moros, mudamos de rumbo y a fuerza de vela las dimos caza, yendo todo prevenido para combate; pero hallamos que eran tres fragatas portuguesas, y, después de haberlas hablado, nos pusimos a camino con el sentimiento de no haberlas encontrado. Por todo el día fuimos descubriendo varias poblaciones en la costa de Portugal con muchas vigías o atalayas, que son unos castillejos pequeños, y hacían la figura que se pone aquí seguidamente, según pude demarcar.

1. La ciudad de Lagos se ve como en una ensenada; es ciudad antigua de Portugal en el reino de los Algarves; tiene un buen puerto y un castillo muy fuerte. — 2. Vigías o atalayas.

Día 27. Calma, pero hacíamos algún camino por las corrientes; mar tranquila y buenos horizontes; avistamos varias embarcaciones, pero no se acercó ninguna. Por la tarde se levantó la brisa y fuimos descubriendo otras tierras.

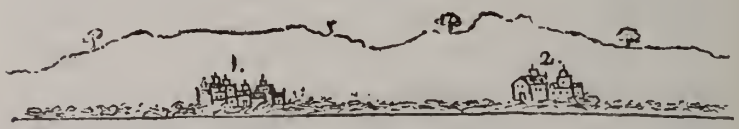
1. La ciudad de Faro en el reino de los Algarves; tiene un puerto muy seguro y está bien fortificada; hay obispo, sufragáneo al de Evora. — 2. Vigías o atalayas.

Día 28, San Agustín Doctor de la Iglesia. Día en todo feliz, pues dimos fondo en Cádiz, puerto tan deseado por todos los pobres desterrados en la estrecha y penosa prisión de un navío. Hasta el cielo, el aire y el mar nos fueron favorables en este día. Sopló un viento bonancible con mar llana y horizontes claros. A las ocho de la mañana descubrimos Arenas Gordas, que son las primeras tierras de la costa de España; es colorada, y forma esta figura:



Arenas Gordas.

Después se fueron descubriendo otras tierras con varias poblaciones en la costa de Andalucía; y a las doce del día descubrimos el santuario famoso de Nuestra Señora de Regla, Patrona milagrosa de los navegantes, y luego cantamos con suma alegría y lágrimas de gozo la Salve a Nuestra Madre y Patrona la Virgen de Regla. Se hizo la salva con toda la artillería, que es función ternísima y de suma devoción para los afligidos navegantes, que, llenos de regocijo, todo era gritar hasta el cielo: «¡Viva María Santísima, viva la Virgen de Regla!», y locos de contento, ya no nos acordábamos de los trabajos pasados.



Vista de la costa de Andalucía

1. Chipiona, villa considerable y populosa en la costa de Andalucía; tiene bastante comercio con Cádiz. — 2. Santuario de Nuestra Señora de Regla: es célebre por los prodigios que obra esta Sagrada Imagen; la veneran por Patrona los navegantes y todos los días se la reza en el navío. Es convento de PP. Agustinos calzados.

Rota, villa famosa en la costa de Andalucía, con un castillo bien fortificado. De aquí sale el vino que llaman *tinto* o *tintilla* de Rota, tan conocido y buscado en toda España y aun fuera de ella Es esta villa de los Duques de Arcos.

A las dos de la tarde del dicho día de San Agustín se empezó a descubrir Cádiz con el mayor consuelo y regocijo de todos; y, mirado a 4 leguas, hace esta figura:

CÁDIZ Y SU BAHÍA

1. Ciudad de Cádiz. — 2. Castillo de San Sebastián. — 3. Castillo de los Puntales. — 4. Castillo de Matagordo. — 5. Castillo de Santa Catalina. - 6. La Bahía.

A las ocho de la noche del referido día de San Agustín dimos fondo dentro del mismo puerto, cerca de Puntales. Sea Dios bendito y glorificado por todo. A este Señor,

de quien procede todo lo bueno, sea dada entera alabanza, y a su Purísima Madre y nuestra Reina María Santísima, juntamente con el ínclito príncipe San Rafael Arcángel, medicina de Dios y guía de los caminantes, y nuestro glorioso e invicto Rey de las Españas, San Fernando, en cuyo día nos hicimos a la vela en Veracruz, y el gran Doctor de la Iglesia San Agustín, en cuyo día hemos dado fondo en esta tan deseada bahía de Cádiz; juntamente sean alabados y glorificados todos los patronos de los navegantes. Amén.

El día 29 se hizo la visita y registro del navío, y por la tarde saltamos en tierra. Yo, apenas pisé la tierra, me arrojé a ella y la besé con muchas lágrimas y ternuras, pues no hay gozo igual en el mundo al que recibe un navegante después de tantos trabajos, cuando llega a tierra.

Sus excelencias se aposentaron en la calle Ancha, casa de don Juan de Goyena. Yo me fuí a mi convento de Capuchinos, pero, como había padecido tanto en la mar, me iba muriendo, no podía dar un paso. Tuve que pararme muchas veces en el camino y, aunque iba muy despacio, se me hicieron llagas en los pies. Cosa rara. Me parecía que el mar había mudado enteramente mi naturaleza y complexión. Lo cierto es que padecí tanto del mareo que se admiraban todos los oficiales, confesando no habían visto jamás cosa semejante, ni era creíble el que yo viviese. Sin duda hizo Dios conmigo muchos milagros y así lo confieso y viviré siempre agradecido. Salí del mar hecho un esqueleto y un retrato vivo de la muerte; ni sé cómo se me hicieron llagas, pues yo no me tentaba más que los huesos pegados a la piel. Sea Dios bendito por todo. No obstante, como esta enfermedad se cura, como suelen decir, con tierra, fuí convaleciendo poco a poco en el tiempo que estuve en Cádiz, donde los Capuchinos de aquel convento, lastimados de verme tan malo, procuraron con el mayor esmero y caridad mi alivio y total restablecimiento, y aunque enteramente no se pudo conseguir, pero me puse muy fuerte y pude seguir a sus excelencias, aunque no a pie, sino en coche, pues de otra suerte era imposible, aunque hice algunas experiencias.

Estuvimos en Cádiz veintidós días, esto es, desde el día 29 de agosto hasta el 19 de septiembre, en que se reza de San Jenaro; pero antes de salir de Cádiz diré algo de su población, aunque brevemente.

CADIZ

Esta ciudad ha sido siempre ilustre, ya por su famoso puerto, ya por la situación ventajosa de la ciudad. Ha sido deseada y apetecida de todas las naciones por la proporción que tiene para el comercio. Está fundada en un islote del océano, que la rodea por todas partes, excepto una sola puerta que tiene de tierra y un camino estrecho. Es de mucha vecindad y gran comercio. Está rodeada y fortalecida de muy costosas murallas y varios castillos, como son San Sebastián, Santa Catalina, el Puntal, Matagorda, Fort Luis, Sancti Petri, con los reductos del Puente de Suazo, Aguada, Pozo del Romano y otras baterías, y los baluartes de Santa Cruz, Negros, Santiago, San Antonio, Matadero, La Goleta, San Salvador, Bonete, San Felipe y otros; todo está guarnecido con mucha y buena artillería y mucha tropa reglada. La bahía tiene de circuito más de 5 leguas y en ella pueden anclar millares de navíos sin estorbarse unos a otros. Es Cádiz la escala para toda la América, el teatro mayor del comercio, a donde concurren de todas las naciones del orbe. No tiene fuente alguna, pero tiene muchos y buenos aljibes. Hay bellas casas y hermosos edificios con vistosos terrados. La Santa Iglesia Catedral se está fabricando nueva y será de las mejores de España; sirve de parroquia y es la única con tres ayudas de parroquia; diez conventos de religiosos; oratorio de San Felipe Neri; tres conventos de religiosas; seis capillas de congregaciones; tres hospitales con el Real de la Armada; un famoso colegio para la cirugía; cuatro casas de piedad, que son el Hospicio de la Caridad, Niños Expósitos, las Recogidas y las Viudas. Aunque en la ciudad

nada se coge, por no tener terreno, le viene por mar cuanto necesita para su regalo y sustento, siendo una de las ciudades más bien abastecidas del orbe.

Salida de Cádiz.—El día, pues, de San Jenaro, 19 de septiembre, por la mañana, nos embarcamos en las falúas del General y del Presidente, con bandera real; llegamos al Puerto de Santa María felizmente en dos horas, y, si nos hubiéramos descuidado un poco, hubiéramos perecido todos en la barra. Diremos algo de esta ciudad.

PUERTO DE SANTA MARÍA

En una espaciosa y dilatada llanura, donde el río Guadalete desagua en el océano, está fundada esta ciudad. Llámase Puerto de Santa María porque, después de recuperado de los moros, al abrir los cimientos para las murallas, se halló una imagen de María Santísima. Su clima es muy templado y sano; es abundante de aguas dulces y delicadas; tiene buenos paseos, muchas huertas, viñas y olivares. Es residencia del Capitán General de Andalucía y sus costas. Tiene una parroquia que es iglesia prioral, una ayuda de parroquia, siete conventos de religiosos, tres de religiosas, uno de ellos de Capuchinas; cuatro hospitales y dieciséis ermitas. Está bien fortificada con castillos y baluartes. Pertenece al Arzobispo de Sevilla.

Estuvimos en el Puerto hasta por la tarde, que tomamos carruaje y fuimos a dormir a Jerez de la Frontera, 2 leguas.

JEREZ DE LA FRONTERA

Es ciudad muy bella, fundada en un sitio llano y fértil; buen clima, buenas dehesas, abundantes frutas, exquisito vino, mucha caza y hortaliza. Tiene una iglesia magnífica que es Colegiata, ocho parroquias, una ayuda de parroquia, catorce conventos de religiosos, entre ellos Capuchinos, y el fa-

moso de la Cartuja que está extramuros; siete conventos de monjas, un colegio de niñas huérfanas, seis ermitas y tres hospitales. Es su patrono San Dionisio Areopagita. Está cerca de Guadalete, donde se dió la famosa batalla a los moros.

Día 20 por la mañana, muy temprano por el gran calor, fuimos a comer a Lebrija, 5 leguas; aquí estuvimos todo el día hasta por la mañana. Es villa muy popular, su terreno muy abundante en granos, vinos y el mejor aceite de España. Es patria del célebre Antonio Nebrija. Hay muchos conventos e iglesias y entre ellos los conventos de Padres Observantes, Padres Tercerones de San Francisco y Clarisas.

Día 21, San Mateo Apóstol, fuimos a oír misa a Utrera, 10 leguas. Salimos de Lebrija a las ocho de la noche y anduvimos sin cesar; se pasa por la venta de la Alcantarilla y el puente del Salado. En Utrera estuvimos todo el día; es pue-

blo grande; tiene una iglesia magnífica, muchos conventos de religiosos y religiosas; hay Dominicos, Observantes y Clarisas, pero el más famoso de todos es el convento de Padres Vitorios, extramuros de Utrera, donde se venera la milagrosísima imagen de la Consolación de Utrera. Es famosísima por sus raros prodigios y milagros. Su santuario está fuera de Utrera entre unos espesos olivares. Tuve mucho consuelo en visitar a su Majestad y pedí la estampita que queda en la hoja antecedente y está tocada al original. Es tierra abundantísima en frutos, especialmente en aceite, ganados y pastos; dista de Sevilla cinco leguas.

Día 22 de septiembre fuimos a Araral, 7 leguas. Salimos de Utrera como a las ocho de la noche y llegamos a Araral como a las tres de la mañana; en el camino se encuentra venta. Esta villa es de bastante población, su campiña es fértil, tiene buenas iglesias y hay conventos de Padres Mínimos y Descalzos, y otro convento de Dominicas. También hay un hospital con Padres Obragones, o de la Congregación del venerable Bernardino de Obregón. Todo este día estuvimos en Araral, y a las cinco de la tarde nos pusimos en camino para Ecija; pasamos por Paradas, 1 legua; es lugar del Duque de los Arcos; llegamos a Marchena, 1 legua; aquí hicimos alto y tomamos una refección; es también del Duque de Arcos, y hay convento de Capuchinos. Habiendo descansado un poco, nos pusimos en camino, siguiendo nuestra derrota.

Día 23 llegamos a Ecija a las siete de la mañana, 6 leguas; con que fué la jornada 8 leguas: 1 de Utrera a Araral, otra de Araral a Marchena y 6 de Marchena a Ecija. Esta nobilísima ciudad se halla fundada en una hermosa llanura a las márgenes del río Genil, con alegre cielo y saludable clima. Tiene seis parroquias, catorce conventos de religiosos, y entre ellos uno de Capuchinos y otro de Tercerones; ocho conventos de monjas, cuatro ermitas, seis hospitales. Fué silla episcopal hasta la pérdida de España. Tiene ocho mil vecinos y mucha nobleza. Su campiña es muy dilatada y abundante de todos frutos; se recoge mucho trigo,

exquisito vino, riquísimo aceite, por lo cual tiene en sus campos infinitos cortijos, lagares, molinos de aceite. Abunda también en ganados, pastos, huertas y mucha fruta. Dista de Sevilla 18 leguas, y de Córdoba, 12. En Ecija estuvimos todo el día hasta las cinco de la tarde, que salimos para Córdoba; hay puente famoso a la salida; llegamos a la venta de la Parrilla, 3 leguas. Aquí nos cogió una tempestad deshecha de truenos y relámpagos, que nos puso en consternación. Aquí descansamos y tomamos un refrigerio; hay una bella capilla u oratorio en que se puede decir misa. Aún no bien se había acabado la tempestad, cuando nos pusimos en camino, el cual es muy peligroso; se volcó una calesa de carruaje y hubo otros trabajos.

Día 24, Nuestra Señora de las Mercedes, llegamos a las seis de la mañana a Córdoba, 5 leguas, y fué la jornada 8 leguas. De Ecija a la Parrilla, 3, y 5 a Córdoba. Sus excelencias se aposentaron en casa de don Juan Barrionuevo; la demás familia estuvimos en otra casa por no caber en casa de este señor, que era Prebendado de la Santa Iglesia. Y, ya que estamos en Córdoba, es preciso decir algo.

CORDOBA

A la falda de la célebre Sierra Morena, en una bella situación, se halla la insigne y nobilísima ciudad de Córdoba, cabeza de su reino, con alegre cielo, saludable clima, fecundos y amenos campos, hermosos edificios; la baña el celebrado Guadalquivir. La famosa catedral que hay hoy, sirvió de mezquita a los moros; la empezó el Rey Abderramán y la finalizó su hijo Isén; es de las obras más magníficas que tiene el orbe, pues por su término no se halla otras; tiene 620 pies de largo y 440 de ancho; hay en ella 16 puertas usuales, 29 naves por lo largo y 19 por lo ancho; se compone de 850 columnas de finos jaspes y, tan varios y raros en sus colores, que apenas se hallan dos pa-

recidos; 53 capillas y en el comedio 19 altares. El crucero es obra más moderna, pero magnífica; el altar mayor no es inferior, pero sobre todo la sillería del coro es la mejor y más preciosa que hay en España, y acaso en la Europa; es toda de caoba y de una hechura admirable. La torre es toda de piedra en forma piramidal, muy vistosa; tiene 112 varas de alto y 15 campanas, y una de 100 quintales de peso. En una de las columnas de la iglesia hay grabada una sagrada imagen de Jesucristo crucificado, que llaman del Cautivo, y es tradición que la esculpió un cautivo con la uña, estando amarrado a dicha columna. Tiene asimismo un patio hermosísimo que llaman de los Naranjos, de 440 pies de largo y 210 de ancho, con muchas fuentes, limones, naranjos, cipreses y otros árboles, con portales todo alrededor y una suma limpieza y curiosidad, que es digno de verse y admirarse. En orden a riqueza, culto y magnificencia compite con las primeras de España. La custodia es de la misma hechura que la de la santa iglesia de Toledo, aunque no tan grande, y la hizo el mismo artífice, y la plata mucho más limpia que la de Toledo. Su Obispo es sufragáneo al Primado de Toledo y en renta es uno de los mayores de España. Su Ilustrísimo Cabildo se compone de ocho Dignidades, 19 Canónigos, 10 racioneros, 20 medio racioneros, muchos veinteneros, capellanes, músicos y sirvientes. Hay también una iglesia Colegiata de San Hipólito, donde están los cuerpos de los Reyes don Fernando IV y don Alfonso XI; tiene doce Canónigos, un prior, capellanes, músicos y otros sirvientes. Tiene 17 parroquias, 21 conventos de religiosos, 20 conventos de monjas; hay Capuchinos y Capuchinas, Dominicas, Descalzas, Monjas Mínimas, oratorio de San Felipe Neri, un colegio de niñas huérfanas, una casa de recogidas, muchos hospitales y casas de caridad; 19 ermitas, Tribunal de la Santa Inquisición. En el convento de Trinitarios Descalzos está el cuerpo de su venerable fundador, el siervo de Dios Fray Juan Bautista de la Concepción; se halla elevado de la tierra, en una bóveda debajo de la iglesia, con

esta inscripción: «Hic jacet corpus Ven. P. Fr. Joann. Bapt. Ordin. SS. Trinitatis Reformat.»

También visité las sagradas memorias de San Diego de Alcalá en el convento de Arrizafa, que es recolección de Padres Observantes. Dista de Córdoba media legua por el rumbo del Poniente, al pie de la Sierra Morena; está fundado sobre unos grandes socavones y cuevas que forma la montaña. En este santo convento tomó el hábito San Diego de Alcalá; vi la celda del santo y un naranjo que plantó en la huerta y una cueva donde se retiraba a orar. Es sitio muy abundante de aguas, lleno de frondosidad: naranjos, limones, cipreses, hayas, chopos, etc.; infunde mucha devoción la soledad, silencio y retiro. Entre los prelados grandes que ha tenido la iglesia de Córdoba, y aun acaso todas las iglesias de España, fué aquel padre de los Concilios, el famoso Osio. Ha sido patria de infinitos santos, como también de los mayores hombres e ingenios que ha habido en España. Aquí nació Séneca, Lucano, Trogo, Pompeyo, Sextilio, Eneo, Avicena, Aberroes, Rafis, Rabi Moisés, el Gran Capitán, Ginés de Sepúlveda, Fernando de Córdoba, el Cardenal Toledo, Tomás Sánchez, uno y otro famosos teólogos; los historiadores Ambrosio de Morales, Martín de Roa y Torreblanca; los poetas Juan de Mena y don Luis de Góngora, con una infinidad de sujetos ilustres en todas clases.

El puente tiene 16 ojos: es magnífico. La campiña, espaciosa, fértil de granos, aceite, vino, frutas, hortalizas, naranjos, limones, pastos, leña, ganados, caza, con todo lo que hace a un pueblo regalado y divertido. Aunque en toda la Andalucía son famosos y célebres los caballos, pero exceden a todos en bondad los cordobeses, y por eso tiene el Rey aquí suntuosas caballerizas para cría.

En Córdoba estuvimos cuatro días y después continuamos nuestro viaje como se sigue.

Día 27 de septiembre salimos a las seis de la mañana; pasamos por la venta de Alcolea y cerca de Villanueva, y fuimos a comer a la venta del Carpio, 5 leguas. Es muy cómoda esta venta; se halla en el camino real, cerca del

Guadalquivir; toma la denominación de la villa del Carpio, que está a un cuarto de legua. Tiene un famoso castillo, cría seda y buenos frutos; tiene título de un ilustre marquesado. Por la tarde fuimos a dormir a la Aldea del Río en casa del cura, 4 leguas; se pasa por el pueblo de Pedro Abad.

Día 28, a comer a Andújar, 5 leguas. Es ciudad muy considerable y populosa; tendrá seis mil vecinos. Al entrar se encuentra un puente magnífico sobre Guadalquivir. Está fundada a la falda de Sierra Morena, en una apacible llanura con deleitables vegas y campiña; abunda en ganados, caza, pastos y huertas; se coge mucho trigo, aceite, vino, miel y otros géneros necesarios para la vida humana. En lo antiguo fué ciudad fortísima, de que aún han quedado algunas ruinas en murallas, castillos y otros reparos para su defensa. Tiene cinco parroquias, siete conventos de religiosos, y entre ellos convento de Capuchinos y de Padres Trinitarios Calzados, con una iglesia muy bella; cuatro conventos de monjas y varias ermitas y hospitales. Está en los confines de Jaén, a 9 leguas de distancia, y 10 de Córdoba. Por la tarde fuimos a dormir a Bailén, 4 leguas, y se pasa por varias granjas y cortijos; es pueblo bastante crecido, y estaba aquí el regimiento de Reding. Se presentaron los oficiales, pusieron tropa en la casa de sus excelencias, etc. Desde aquí empieza Sierra Morena.

Día 29 de septiembre, San Miguel. A comer a la venta de Baeza, o de Linares, 4 leguas. Se pasa por la venta de Guarramón, y aquí están haciendo un pueblo, según las nuevas órdenes para fabricar colonias y poblar la Sierra Morena. Pero antes de la venta de Baeza se hace otra población junto a un convento de Carmelitas Descalzos, que llaman la Peñuela, y ésta es la capital de Sierra Morena; se llama La Carolina, en obsequio de nuestro augusto soberano Carlos III, que Dios guarde. Por la tarde salimos a dormir a la venta de Miranda, 3 leguas. Está en un valle muy hermoso y abundante de aguas, al pie del Puerto del Rey o del Viso. Como a la mitad del camino se encuentra un sitio con una ermita

que llaman Santa Elena y antiguamente se llamó Navas de Tolosa, donde se dió aquella famosa batalla que celebra la Iglesia a 16 de julio. En este sitio de Santa Elena hacen también nueva población. Por la aspereza del puerto y mal camino no se puede ir en carruaje y se toman caballerías.

Día 30, a comer al Viso, 4 leguas; se encuentra una venta que llaman del Marqués. Yo, pensando estaba fuerte, no quise tomar caballería, y por la mañana, sin que sus excelencias lo supiesen, me puse en camino y subí a pie el puerto, aunque con mil trabajos, pues se me llenaron de llagas los pies, se me hincharon las piernas y todo el cuerpo descoyuntado y molido. Yo, no obstante, disimulaba, y aunque con mucho trabajo, llegué al Viso a las once del día. Poco después llegaron sus excelencias, y aunque quise ocultar mis males, la sangre que corría lo publicaba. Sus excelencias lo sintieron y me reprendieron, y con razón, el desatino que había hecho. Todo esto era efecto de lo mucho que padecí en la mar: sea Dios bendito. Aquí acaba Sierra Morena y empieza la Mancha. En el Viso hay convento de Padres Observantes y de Monjas Clarisas; es población grande y pertenece al arzobispado de Toledo.

LA MANCHA

Pero antes de empezar a caminar, y ya que estamos a vista de Sierra Morena, es preciso decir que es penosísimo caminar por esta sierra, ya por los malos caminos, como también por ser tierra muy seca y sin agua, que es cosa muy rara en sierras montuosas y quebradas. También es peligroso su tránsito por tantos ladrones como abriga, a causa de estar despoblada, aunque este trabajo se repara en gran parte con las poblaciones que van haciendo, si saben ejecutarlas. Es tierra fuerte y negra, de donde tomaría la denominación de Sierra Morena. Abunda en corpulentos y frondosos acebuches, muchas y crecidas parras silvestres, con que

da a entender que por su naturaleza es buena para estas plantas. Cría también muchos peros silvestres, romeros, taray, madroños, y en los valles muchos y buenos castaños. Dejemos lo demás a los cosmógrafos y a los historiadores, que nosotros estamos de camino.

Salimos, pues, del Viso después de comer y fuimos a dormir a Santa Cruz de Mudela, 2 leguas, con que fué la jornada de 6 leguas. Esta villa es muy considerable de la Mancha, en el campo de Calatrava, cuya Orden militar tiene en ella una rica encomienda. Está en un sitio llano y abunda en trigo, cebada, aceite y ganados; hay un colegio de Padres Agonizantes.

Octubre.—Día primero de octubre, a comer y dormir a Manzanares, 7 leguas. Pasamos por Valdepeñas, 2 leguas, y aquí tomamos un desayuno. Es famosa esta villa por sus vinos exquisitos, estimados no sólo en España, sino también en los países extranjeros. Hay convento de Trinitarios Descalzos y es el primero de esta sagrada reforma. Pertenece al campo de Calatrava. Después de Valdepeñas se encuentra una hacienda y una venta. Manzanares es villa grande en el campo de Calatrava, con una encomienda de las más ricas de la Orden; tiene hermosa planta, muy fértil en frutos y abundante de ganados; tiene dos conventos: uno de Carmelitas Descalzos y otro de Clarisas; hay una parroquia nueva y magnífica.

Día 2, a comer a Villarta, 5 leguas. Al medio del camino se encuentra una ventilla, y por debajo de ella y un valle que hay vecino, pasa oculto el famoso río de Guadiana y, a 3 leguas de este sitio, va a salir en muchos ojos cerca de Villarrubia, que por eso se llama de los ojos de Guadiana. Por la tarde fuimos a dormir a la venta del Puerto Lápiche, 2 leguas. A la salida de Villarta hay una gran calzada o puente sobre una pradera o vega pantanosa, muy necesario y costosísimo. En Puerto Lápiche y sus cercanías hay mucha abundancia de piedra de amolar, blanca y encarnada, muy suave y dulce. La hay también con vetas de varios colores, muy vistosa y agradable a la vista. De esta piedra ha-

cen pilas para lavar y otros usos. En Puerto Lápiche se van fabricando algunas casas, y al presente es un pueblito pequeño; tiene buena campiña; abunda el terreno en granos, pastos y ganado.

Día 3 de octubre, a comer y dormir a la villa de Tembleque, 7 leguas. A 2 leguas de Puerto Lápiche se encuentra el pueblo de Camuñas, y aquí tomamos una refección para pasar adelante. Por el camino se va viendo el castillo y villa de Consuegra. Tembleque es población muy crecida, tiene buena campiña, abundante en trigo, vino y salitre. La iglesia parroquial es magnífica y muy alhajada; hay convento de Descalzos de nuestro Padre San Francisco. En el término de Tembleque está el santuario célebre del Santísimo Cristo del Valle; es de la encomienda de San Juan. Tenemos en Tembleque los Capuchinos un buen hermano, y se llama don Francisco Antonio Guzmán y Cervantes. Aquí estuvimos hasta otro día, que era domingo, día del Rosario y día también de nuestro Padre San Francisco; nos levantamos a las tres de la mañana a misa y oímos la de un clérigo que salía a decirla cuando llegamos; yo no la dije por no haber hostias y no podernos detener a buscarlas.

Día 4 de octubre, domingo, día de Nuestra Señora del Rosario y día de nuestro Padre San Francisco, a comer a la villa de Ocaña, 5 leguas; se pasa por la villa de La Guardia, 2 leguas. Aquí está la cuba donde padeció martirio el Santo Niño de La Guardia; es célebre santuario y está fuera de lugar, en un cerro muy elevado. Es digno de verse, y cuidan de él los Padres Trinitarios Calzados. He venerado en otra ocasión estas sagradas memorias con mucho consuelo mío. De La Guardia a Don Benito, sin entrar en el lugar, 2 leguas, y de aquí a Ocaña, 1 legua. Todos saben lo ilustre que es esta villa. Pertenece a la Orden de Santiago y fué residencia de los Gran Maestres de esta Orden, y en ella se celebraron muchos capítulos y asambleas suyas; tiene mucha nobleza, bellos edificios, insignes iglesias, muchos hospitales y conventos y unas fuentes tan magníficas que apenas habrá iguales en España. Por la tarde salimos de

Ocaña y fuimos a dormir al real sitio de Aranjuez, 2 leguas; se pasa por el pueblito de Antígola.

Lunes, 5 de octubre, por la mañana salimos de este delicioso sitio y fuimos a comer a Valdemoro, 2 leguas y media; hay convento de Carmelitas Calzados y monjas de Santa Clara. Por la tarde, a dormir y descansar de tan largo viaje a Madrid.

Y ahora, postrado con el mayor rendimiento ante el trono de la piedad inmensa del Altísimo, confieso hallarme sumamente obligado a sus infinitas misericordias que ha obrado por mar y por tierra con este gusanillo despreciable y miserable pecador. Me reconozco también deudor a mi Madre, mi Señora, mi refugio y todo mi bien, María Santísima, en sus sagradas imágenes del Sagrario de Toledo, de Guadalupe de Méjico, de San Pablo de los Montes o de Gracia y de la Natividad de Méntrida. Item, a mi glorioso San Rafael, al Santo Angel de mi guarda, con todos los santos y santas de mi devoción; a quien sea honra y gloria ahora y para siempre. Amén.

Resumen de las leguas que hemos andado desde la salida de Méjico hasta la entrada de Madrid: son cerca de 3.000 leguas. Por mar, según el cómputo más arreglado de nuestros pilotos, anduvimos 2.730 leguas, aunque es cierto que vía recta no hay tanto, como veremos ahora; pero por los extravíos causados de las tormentas, tempestades y corrientes encontradas, no es creíble lo que atrasa y extravía. Lo restante anduvimos por tierra.

Derrota. De Méjico a los Tepates	13	leguas.
De los Tepetates a Cholu'a	18	»
De Cholula a Jalapa	39	»
De Jalapa a Veracruz	23	»
En todas son	93	»

Vamos al mar.

De Veracruz a La Habana	300	»
De La Habana al canal de Bahama	70	»
El canal tiene	80	»

De aquí a la Bermuda	320	»
De la Bermuda a las islas Terceras	650	»
De las Terceras al cabo de San Vicente	400	»
Del cabo de San Vicente a Cádiz	50	»

Son 1.870 leguas de mar.

De Cádiz a Madrid	108	»
Suman	2.671	»

Esto es contando las leguas del mar por el aire, sin rodeos, bordos ni extravíos. Bendito sea Dios, que ya estamos en tierra firme, y propongo también firmemente de nunca más embarcarme, y me admiro cada día más cómo los hombres son tan locos que, habiéndoles dado Dios la tierra para su descanso y centro: *Terram autem dedit filiis hominum,* quieran hacerse peces, viviendo, o, por mejor decir, muriendo en la mar. Las necesidades que en la tierra tienen fácil socorro, no tienen remedio alguno en la mar. Si falta que comer, perecen de hambre entre infinidad de peces; si hay un incendio, se abrasan sin remedio entre las llamas; si hay peste, han de morir entre los apestados, y en fin, el reflexionar que entre la muerte y la vida no media más que una quebradiza tabla, bastaba para graduar de locos a los que apetecen esta vida.

Para aviso de los cuerdos quiero poner aquí unas palabras del señor Guevara en el tratado que compuso de los *Inventores de marear y trabajos de la galera.* Este clarísimo ingenio, al capítulo 3, dice así: «El cónsul Fabato, en sesenta años que vivió, nunca de su ciudad de Regio pasó a ver la ciudad de Mesana, hasta la cual no había sino nueve millas por agua; y, preguntado en el caso, dijo: «Es loco el navío, pues siempre se mueve; es loco el marinero, pues nunca está de un parecer; es loca el agua, pues nunca está queda, y es loco el aire, que siempre corre. Y pues esto es así verdad, si huímos de un loco en la tierra, ¿cómo queréis que fíe yo mi vida de cuatro locos en la mar?» De claro ingenio, de hombre experimentado, de filósofo sabio y de

varón muy cuerdo fué la respuesta del cónsul Fabato, porque, si profundamente se mira, la importunidad del aire, la hinchazón del agua, la inconstancia del navío, el trabajo del marinero, lo mucho que padece el pasajero (aquí el señor Guevara). Así Dios me salve y así él nunca más a la mar me torne, si a todos los que por su voluntad andan en los navíos no los podían atar por locos... Cuando yo viere a los peces caminar por la tierra, entonces iré yo a navegar por el mar. Marco Poncio el Censorino, estando para morir, dijo que sólo en tres cosas había ofendido a los dioses en su vida, es a saber, en que se le pasó algún día sin hacer algún bien a la república; en que descubrió un secreto a una mujer, y en que, pudiendo caminar por tierra, navegó un poco por la mar.» Hasta aquí el señor Guevara, y a la verdad nunca se puede ponderar lo que se padece en la mar y, si se llega a esto el mareo, no hay palabras con qué explicarlo. En mí hizo tal estrago que en muchos años no me recupero. Cuando llegamos a Madrid me pasó el poquito de fresco que hace en el mes de octubre y estuve muy malo. Dios dé la vida del mar a quien la quiera: *Mare vidi et fugi,* decía uno con mucha gracia. La mar es digna de verse, pero luego, apretar a correr.

No obstante las incomodidades grandes que se padecen en el mar, procuran los que van buenos suavizarlas con juegos y diversiones cuando lo permite el tiempo, pues, como la oficialidad es toda gente distinguida y bien criada y los pasajeros igualmente gente de mucho modo, se divierten para pasar el tiempo; juegan a los naipes, a los dados; otros tocan instrumentos: el oboe, la flauta, el violín, la bandurria, el salterio, etc.; otros cantan, otros representan, otros leen, otros rezan, y así pasan honradamente el día. Por la noche, si el mar lo permite y hace luna, se arma un gran baile con las señoras pasajeras, sin que allí haya distinción de grandes a chicos, de amas a criadas, pues así lo pide el trato y sociabilidad del navío, tratándose todos y todas sin etiqueta ni ceremonia, que es lo mejor que hay. Acompaña al baile una gran música con que se divierten las pesadas molestias de la

vida del mar. Otras noches se disponen armoniosas serenatas con un buen golpe de instrumentos músicos: trompas, clarines, clarinetes, oboes, traveseras, y esto me gustaba mucho, pues en la mar suenan mejor estos instrumentos. Se alternaba también en otras noches con algunas relaciones, comedias y piezas poéticas de buen gusto; otras veces, juegos de manos con varios intervalos de música; en fin, cada uno hacía sus habilidades. Los marineros y tropa de la mar tenían también sus diversiones a proa y, si había alguno sobresaliente, se le mandaba venir a popa para divertir a los señores. Así se pasaba la noche hasta las diez, que se tocaba a recoger. Pero yo desde ahora renuncio de buena gana todas las diversiones, gustos y regalos de la mar, y repito con el señor Guevara que es locura y muy grande vivir en la mar. Yo les tengo mucha lástima a los pobres, a quien su desgraciada suerte los ha condenado a tener tan miserable vida. Después que he estado en la mar y he experimentado sus trabajos, me compadezco mucho de los infelices que navegan; pido a Dios en mis oraciones por ellos, y, cuando nuestra Madre la Iglesia permita en la misa se diga la tercera oración *ab libitum,* yo la digo por los navegantes, pues me parece, y en realidad es así, que no hay mayor necesidad en el mundo: ni el esclavo, ni el cautivo, ni el preso, ni el mendigo, ni el enfermo, ni aun el moribundo (dígolo con seriedad), ninguno de estos trabajos llega al de los navegantes y más si se junta la enfermedad continua del mareo. Yo puedo decir de mí que, en acordándome de los trabajos de la mar, se me borran cuantos padeceres en la tierra. El Señor me haya recibido mis trabajos en descuento de mis culpas y pecados. Amén.

Habrá notado el inteligente que en este derrotero, particularmente en lo que toca a la náutica, he usado de términos comunes, usuales y claros, omitiendo los propios y facultativos, con el fin de que todos lo entiendan. Por corona y fin de este viaje marino quiero advertir aquí algunas cosas curiosas. Una fué que, casi en todo el curso de nuestra navegación, vimos mucha variedad de pájaros de diversos co-

lores y tamaños en cantidad numerosa: unos propios de las costas, y otros que habitan de ordinario en los golfos, manteniéndose sobre las olas todo el tiempo que necesitan para el descanso y restablecer su vuelo. Llaman a estas aves gaviotas, acaso porque en las tempestades se refugian a las gavias de los navíos, y algunas se cogieron en mi navío en las tempestades que padecimos. Se mantienen de mariscos; son muy corpulentas y de la figura de cigüeña, zancas largas y mucho pescuezo, pero más hermosas y vistosas que las cigüeñas por la mucha variedad de colores.

Otra diversión hay en el mar y es volar los peces. Este fenómeno se ve con frecuencia en los golfos y llaman *peces voladores*. Son unos pececitos pequeños como arenques, de color azul oscuro, veteado de oro; sus alas, prolongadas hasta la cola, blanquecinas y unidas por una membrana sutil que las cubre; son de buen comer estos pececitos y mucho más sabrosos que la sardina. Abundan mucho los golfos de estos voladores, los cuales, huyendo de los taurones (*sic*), bonitos y dorados, vuelan fuera del agua hasta tomar seguro, manteniéndose en el aire todo el tiempo que les dura la humedad en las alas, por lo que a veces caen en el navío.

No era inferior la diversión que ofrecía a la vista una confusa multitud de luces o antorchas vagantes, que sobre el agua se dejaban registrar aun en las noches más oscuras. Desde las ventanas de popa mirábamos al mar todo iluminado de errantes luces de todos tamaños, que representaban un nuevo firmamento sembrado de estrellas, que, escarceando las ondas, formaban un objeto muy deleitable a la vista, y esto aun en las noches más tenebrosas. Observé que eran más copiosas las luces cuanto era menor el sosiego de la mar, más veloz el curso del navío, mayor el reventazón de las olas al costado y más rápidos los remolinos que forman la violencia del timón; pero, donde se veían mejor, era en el rastro o surco que deja en el mar la quilla, que llaman «la salida del navío». Estos son los celebrados fósforos marinos que, a mi ver, no son otro cosa que el nitro encendido con la misma agitación de las olas, aunque también la fer-

mentación del azufre puede encender aquella llama sin necesidad de agitación extrínseca; y así se ve que aun cuando la mar está serena, se registran también estas luces, aunque no en tanta abundancia, ni tampoco se ven cuando la mar está sumamente alterada. No falta quien diga que son mariscos o insectos marinos, en que no me detengo.

La varia textura y configuración de las nubes contribuyen también a deleitar la vista. En la mar, con más facilidad que en la tierra, se forman varios objetos, ya por la mayor humedad, ya también por la mayor crispatura del viento. Se dejan registrar gigantes, arboledas, armadas marítimas, animales y otras figuras curiosas y divertidas; pero vuélvome a mis trece: que no quiero el mar para vivir en él, pues todo él es amargura: *Mare ab amaritudine dicitur.* Doy mil gracias a Dios de pisar tierra firme, y vengan trabajos.

Hay en la marina varias maniobras, y suelen ser muy frecuentes y, por consiguiente, las frases y términos con que se explican, de que quedé muy hostigado, pues, con la repetición continua de aquellas frases y gritos que dan los marineros para trabajar, molestan no poco a los pasajeros, y más si van enfermos, como yo. Pondré algo: «¡Ay casa, ay casa, ay casa!»; esto dicen para apretar o unir los aparejos. «¡Ay carga, ay carga, ay carga!»; no me acuerdo de esta maniobra. «Orza, orza, orza», es poner las velas al lado por donde viene el viento para cogerlo, y va el navío recostado. «¡Vela, vela, vela!», es cuando alargan las velas del navío para andar más. «Tomar rizos», es acortar las velas o plegarlas para no andar tanto.

Es tan raro el tonillo con que dicen esto, tantas las veces que lo repiten, que a mí se me figuraba que estaba ya en el Purgatorio, padeciendo aquellas penas. Y así, estando ahora en mis cinco sentidos, digo y protesto que no quiero jamás *casa.* ¿Casa? No, convento ha de ser, y, cuando éste faltare, quiero, para habitar, una choza o un jacal, pero de ninguna manera *casa.*

¿Carga? Tampoco; no quiero carga ni cargo. Fraile mo-

londro he sido, fraile molondro soy y fraile molondro seré toda mi vida; fuera carga; bastante carga tengo yo con mis culpas: no más carga.

¿Orza? Tan harto estoy de orzas, que aunque me regalaran el dulce más exquisito en semejante vasija, no la quiero. No hay que mentarme *orza*. Puchero, olla, cántaro, tarro, mas que sea un tiesto o una teja: a todo me acomodo; pero *¿orza?*, nada: ni verla ni oírla.

¿Vela? No hay que pensar en eso; más quiero estar a oscuras que alumbrarme con vela. Eso de vela es bueno para los señores, pero no para un pobre capuchino. *¿Vela?* No por cierto; más conforme es al estado religioso un candil o un velón o una tea, que vela: no más vela en toda mi vida. Pues ¿qué diré de los rizos?

¿Rizos? Calvo soy y a la verdad me viniera bien un peluquín para cubrir mi desnudez, pero nada menos que eso: lo mismo fuera ver los rizos del peluquín que erizárseme todos los pelos de la calva. Calvo soy, calvo quiero ser y no quiero tener rizos: ténganlos las mujeres, que aun por eso tienen las cabezas tan mareadas. Yo ya salí de mi mareo y no quiero más *rizos*.

APENDICES

I

CARTAS Y DOCUMENTOS

CARTAS DE INDIOS AL GOBERNADOR

Señor Capitán General don Andrés Sernatore or Tomes.

Muy mi señor doños mío:

Nosotro, Governador y Alcalde y demo Oficiale de la república resevimos la de V. Merced y pur todos nosotro su hijo, V. Merced señor doños mío, V. Merced tienes perfección de Dios; nosotros pedimos Dios y V. Merced para que haga V. Merced favor de nosotro, señor General, nosotro punemos la noticia V. Merced, nosotros tenemos Padre Cura aquí no sirve nada, ni misa, ni sermos, ni confesión, ni batimos ni consejo, nada, nada. Nosotro queremos además parte señor Obispo, señor General, por eso ponemos la noticia. V. Merced, señor, lleva tres años, guardamos nosotro cura, aora lla no puede más. Señor .General, por mo de Dios V. Merced me haga favor de nosotros, mira V. Merced con uno ojo de piedá por ser su hijo; V. Merced, Dios quiere así. A V. Mercede nuestro padre, nuestro madre y nosotro queremos daránmos parte señor Obispo todo los que hizo Padre Cura, señor General. A V. Merced me mejorla ahora a con mos se conpunga, nosotro queremos nos vamos ahora ca Señor General, a V. Merced mayor gobierno. Nosotros preguntamos la razón adelante V. Merced y por todo su hijo a V. Merced está contento porque lla vení a V. Merced lo de acá. V. Merced me haga favor ahora. Nosotro pedimos a Dios Nuestro Señor guarde V. Merced muchos años.

San Pedro Suchapas, en domingo, siete abriles de 1766.

A... de V. Merced su afeto servidor que le veneran, *Antonio Basilio,* Gobernador; *Bernabé de la Cortas Acas, Juan Domingo Alla, Francisco de Laisón.*—General, escríbanos.

Señor General, el portador... Francisco de Mieles de Castillo, a V. Merced me perdonádonos mi señor General escuente damos...

Señor Capitán General don Andrés Fernández de Otanes, Alcalde mayor por Su Majestad y Juez de todos.

Muy mi señor:

Nos holgaremos mucho que V. Merced se halle con muy buena salud; Dios Nuestro Señor se las augmente por muchos años. Nosotros sus hijos de V. Merced, Gobernador, Alcalde y demás Oficiales de república, quedamos buenos, a Dios gracias, por servirles a V. Merced. Señor General, damos la razón trabajo que tenemos aquí nuestro pueblo en 6 del mes de abril a Tlacoasín a oír misa el domingo ledilos. Padre Cura con nosotros; vuestra custodia no está bendecido; le dijimos nosotros; lo envíe nuestro Alcalde mayor cáliz, sensario; cuando está Orizaba ya está bedecido, lo envíe La Puebla está Obispo entonces. Ahora La Puebla lo hicieron dicho custodia, y La Puebla está nuestro Alcalde mayor y tan Obispo; entonces lo respondió Fiscal de Tlacasín Manuel Bejarano su hijos el difunta Tomasa de Rincón quien fué a vivir positada Teutila ahora diez y nueve años por cuentera. Ellos dicho le dijo: con nosotros quien lo vi de dicha custodia lo bendecido La Puebla digo no sirve; lo mismo le dijo Padre Cura, y por eso estamos nosotros Oficiales y también los hijos del pueblo estamos con muchas pesadumbres; como también le dijo dicho Fiscal arancel que tenemos aquí nuestro pueblo le dijo no sirbe nada, no

habla muchos bien dicho arancel. Señor, oy remitimos la carta escribió nuestro Padre Cura en ha de ver ahora el Sábado Gloria, hemos tenido cortesir al Padre Cura lo enviamos con bobos por muchos amor y cariño al Padre Cura y por eso senojó bastantemente porque no hay bastante regalo de la Semana Santa. Mira V. Merced ése ha de ser aora como dize esa carta siempres sujeto de Tlacoasín aquí Padre Esteban; aquí aora no se hará nada ni casamiento ni baptismo. Señor, muchísimos la razón que tenemos aquí sólo por ésta disimos nosotros aora si ellos complió todos esto, entonses pediremos Justicias con V. Merced; mira, mira, domingo si biene Padre a dicir misa domingo, pagaremos dos pesos; y no crea V. Merced si ay lo que dize y aora ya están para ir a Oaxaca. Señor, aremos nosotros para saber V. Merced. Señor, no pase caso cura y Manuel. Despacho que tenemos aquí.

Arancel dice: Señor, ahí remitimos dos bobos asados y dos salado, perdonará V. Merced muy muchos y no más. Dios Nuestro Señor os guarde a V. Merced muchos años. Padre Esteban y abril 9 de 1766 años.

Besamos la mano y pies de V. Merced sus humildes hijo, *Francisco Juan,* Gobernador; Alcalde, Regidores y demás Oficiales de república.

DOCUMENTOS RELATIVOS AL PADRE AJOFRIN

Letras del señor Nuncio, dadas el 9 de julio de 1763, designando al P. Francisco de Ajofrín y a Fr. Fermín de Olite para recoger limosnas en Méjico con destino a la Misión del Tibet.

Lazarus Opitius Pallavicini Patritius Genuensis, Dei et Apostolicae Sedis gratia Archiepiscopus Neupactensis... S. Se-

dis in Hispaniarum regnis cum potestate Legati a Latere Nuntitus, etc.

Dilecto nobis in Christo Fr. FRANCISCO DE AJOFRÍN sacerdoti professo ac Lectori S. Theologiae Ord. Fr. Min. Capuccinorum Provinciae utriusque Castellae: Salutem in Domino sempiternam. Cum ex quatuor Fratribus supradicti Ordinis, quibus ex regio diplomate gloriosae memoriae D. Philippi V regis Hispaniarum in Mexicano Regno collectas facere ad usum Misssionum regni vulgo del Tibet permittitur, unus vita deceserit, ac propterea per S. C. de Propaganda Fide alius in defuncti locum sit substituendus: cumque eidem S. C. visum sit oportunum, ut talis substituendus religiosus per Nos deligeretur de Provincia utriusque Castellae, ut ex epistola Nobis data decimo tertio Kalendas Aprilis praeteriti anni: Te proinde de cujus pietate, prudentia ac in agendis dexteritate digno admodum apud Nos commendaris testimonio R. P. Ministri Generalis Ordinis praefati hic nunc degentis, ad praedictum opus, facultate qua supra eligimus, sufficimus ac deputamus, tibique pro socio asignamus Fray FIRMINUM DE OLITE Laicum professum ejus Ordinis ac Provinciae.

Denique monemus te ac plurimum in Domino commendamus, ut ministerium tuum ad honorem Dei, ejusque cultum augendum, fideique catholicae propagationem, juste ac fideliter impleas; ac de usu eleemosinarum, quas a pietate fidelium colligeris, Mexicanum Antistitem, ut consulas, stricte tibi praecipimus.

Datum Matriti, in Palatio Apost. Nuntiaturae, septimo Idus Julii anni 1763.

LAZARUS,
Archiepiscopus Neupactensis, Nuntius Apostolicus.

Franciscus Pocobilli, Secretarius.

(BN. Ms. 3967, pp. 393-94. *Sólo tomamos este documento del citado ms., donde también se hallan copiados y repetidos los que se ponen a continuación, omados de este Diario*).

Tenor de las Letras obedienciales y patente de nuestro Reverendo Padre General con que he pasado a la América el año de 1763.

Nos, Fray Pablo de Colindres, Ministro General (l. i.) de Menores Capuchinos de nuestro Padre San Francisco, etc.

Al Reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín, Procurador y ex-Lector de Teología, del mismo Orden y Provincia de las dos Castillas: Salud en el Señor, etc.

Debiendo pasar V. P. a Méjico para ejecución del encargo de la Sacra Congregación de Propaganda Fide y con el permiso de nuestro católico Monarca (que Dios guarde), en virtud de las presentes le damos nuestra bendición y el mérito de la santa obediencia para que, acompañado de Fray Fermín de Olite, religioso de esta misma Provincia, pase a dicha capital de Méjico y su reino y se detengan en él cuanto sea necesario para el cumplimiento de su comisión. Y a todos los prelados de los conventos de nuestra Orden y a los religiosos de él, a donde llegaren, encargamos y a los demás rogamos reciban y traten a V. P. y su compañero con toda la caridad y asistencia religiosa, que esperamos tengan para alivio de sus fatigas. El Señor les asista y acompañe en su santa gracia. Recomendámonos en sus santas oraciones y sacrificios, en este nuestro convento de San Antonio de Madrid, a 20 de julio de 1763.

Fray Pablo, Ministro General (l. i.).

Licencia del ilustrísimo señor Arzobispo de Méjico.

Nos, el Doctor don Manuel José Rubio y Salas, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Arzobispo de Méjico, del Consejo de Su Majestad, etc.

Por cuanto se halla destinado por la Santa Congregación

de Propaganda Fide el Reverendo Padre Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino, ex-Lector de Teología, para colectar limosnas en este reino, que deben remitirse para la manutención de las Misiones del Tibet y para el efecto se halla también con las licencias de Su Majestad y del Reverendísimo Padre General de su Orden, cuyo encargo especialmente se nos ha encomendado: Deseando su desempeño, concedemos a dicho Reverendo Padre la licencia necesaria para que en todo nuestro arzobispado pida dicha limosna para el santo fin referido, por el tiempo de nuestra voluntad. Y mandamos que todos los curas, vicarios y jueces eclesiásticos le presten sus auxilios sin impedirle el uso de ella por ningún pretexto, dispensándole benigna y caritativamente cuantos oficios puedan conducir al cumplimiento de su comisión.

Y rogamos a todos los ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de este reino y sus Vicarios generales y discretos Provisores por cuya diócesis tramitare dicho religioso, le impartan su venia para la referida colectación de limosnas en ellas, pues del mismo modo lo practicaremos siempre que veamos semejantes Letras. Y certificamos que dicho Reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín tiene licencia de confesar a hombres, mujeres y religiosas, sin limitación alguna, en este nuestro arzobispado.

Dado en Méjico, a 23 de enero de 1764.

MANUEL JOSÉ, Arzobispo de Méjico.

Por mandado del señor Arzobispo mi señor,

Dr. D. Francisco Axen, Secretario.

Copia del decreto que el excelentísimo señor Virrey de Méjico expidió concediendo licencia para pedir limosna a favor de las Misiones del Tibet, y mandando a los Alcaldes mayores y demás Justicias cooperen a tan santo fin.

Don Joaquín Monserrat, Cuirana, Cruillas, Crespi de Valdaura, Alfonso Calatayud, Sans de la Llosa, Marqués de Cruillas, Clavero Gran Cruz, Clavero Comendador de Montroy y Burriana y Baylío de Sueca en el Orden de Montesa, Teniente General de los Reales Ejércitos de Su Majestad, Teniente Coronel de sus Reales Guardias españolas de Infantería, Gentilhombre de su Real Cámara con ejercicio; Virrey, Gobernador y Capitán General de esta Nueva España y Presidente de la Real Audiencia de ella, etc.

Habiendo el Reverendo Padre Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino de la Provincia de las dos Castillas, ex-Lector de Sagrada Teología y Comisario de las Misiones del Tibet por la Santa Congregación de Propaganda Fide, en memorial que produjo, suplicándome que en virtud de las Letras que tenía exhibidas de S. R. M., me sirviese conce-

derle permiso para colectar en este reino de Nueva España las limosnas que ofrecieren los fieles para la manutención de las referidas Misiones, mandando que los Gobernadores, Alcaldes mayores y demás Justicias cooperen a obra tan del agrado de Dios. En vista de lo cual tuve a bien expedir, por decreto de 6 del corriente, deferir a esta instancia.

En cuya virtud he resuelto expedir el presente por el cual concedo licencia al enumerado Fray Francisco de Ajofrín para que pueda colectar limosna para la manutención de les referidas Misiones. A cuyo efecto ordeno a los Gobernadores y mando a los Alcaldes mayores y demás Justicias del distrito de esta Gobernación, no impidan ni consientan que otra persona embarace dicha colectación, antes sí darán todos los auxilios que se necesitaren, procurando cada uno los arbitrios que hallaren por conveniente para mover a los vecinos de sus distritos a que concurran a tan santo fin.

Méjico y marzo 10 de 1764.

El Marqués de Cruillas.

Por mandado de Su Excelencia,

José de Gorráez.

Copia de carta que el excelentísimo señor Virrey de Méjico envió al Alcalde mayor de Valladolid y con esta misma nota al Corregidor de la ciudad de Querétaro, al Alcalde mayor de San Miguel el Grande y otras de estos Reinos.

El Reverendo Padre Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino de la Provincia de Castilla, ha venido a este reino con órdenes del Rey y estrechos encargos de su Religión a fin de recoger limosnas para la subsistencia de las Misiones del Tibet; con este designio y los correspondientes permisos pasa a esa ciudad y otros lugares; en cuyo concepto

espero del notorio celo y cristiandad de V. Merced le faciliten sus disposiciones y auxilios a los mayores progresos de su encargo por lo mucho que se interesa mi autoridad en un asunto tan del servicio de Dios y del Rey.

Nuestro Señor guarde a V. Merced muchos años.

Méjico, 8 de marzo de 1764.

El Marqués de Cruillas.

Sr. D. Luis de las Cuevas y Cabeza de Vaca.

Copia de la carta que el excelentísimo señor Virrey de Méjico escribió al ilustrísimo señor Obispo de Mechoacán a favor de las Misiones del Tibet.

Ilustrísimo señor:

Muy señor mío: El Padre Fray Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino de la Provincia de Castilla y Lector de Teología en ella, ha venido a este reino con órdenes del Rey y estrechos encargos de su Religión, a fin de recoger limosnas para la subsistencia de las Misiones del Tibet. Con este designio y los correspondientes permisos pasa a esa ciudad y otros lugares de su diócesis. El afecto que profeso a esta venerable Religión, de que soy Hermano, se interesa en los mayores progresos de una limosna tan piadosa y propia del servicio de Dios; en cuyo concepto he de deber a la notoria cristiandad y a la de V. S. I. se sirva interponer su respeto para que logre el Padre Ajofrín las que puedan proporcionarle las providencias y auxilios de V. S. I., favor a que quedaré con el debido reconocimiento y esperando me proporcione V. S. I. cuantos motivos sean de su obsequio, fuera

del que merecen las circunstancias de virtud, literatura y recogimiento del recomendado.

Nuestro Señor guarde a V. S. I. muchos años.

Méjico y marzo, 8 de 1764.

Ilmo. Sr.

De V. S. I. y su más seguro servidor,

El Marqués de Cruillas.

Ilmo. Sr. D. Pedro Sánchez de Fagle.

Carta que el excelentísimo señor Virrey escribió al venerable Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Valladolid.

Venerable señor:

El Padre Fray Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino de la Provincia de Castilla y Lector de Teología en ella, pasa a esa ciudad y otros lugares del reino, con los correspondientes permisos, a colectar algunas limosnas para la subsistencia de las Misiones del Tibet, y el amor que profeso a tan venerable religioso me obliga a recomendarlo a V. S., esperando de su cristiano celo le facilitará no sólo los auxilios que necesitare para que consiga los mayores progresos de una limosna tan piadosa como propia del servicio de Dios, sino los que justamente merecen la virtud, recogimiento y literatura de este religioso, a cuya fineza quedaré con el debido reconocimiento y pidiendo a Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años.

Méjico, 30 de marzo de 1764.

El Marqués de Cruillas.

V. Sr. Deán y Cabildo de la Iglesia de Valladolid. Floris.
Al V. Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Valladolid.

Carta del señor don Tomás Cuber, Decano del Tribunal de la Santa Inquisición de Méjico, al señor Deán de Valladolid, Comisario del Santo Oficio.

Amigo y señor:

El Padre Fray Francisco de Ajofrín, Capuchino, mi carísimo hermano, pasa a esa ciudad a colectar las limosnas que ofrecen los fieles para la manutención de los operarios apostólicos que están propagando la fe católica en los reinos del Tibet, y, necesitando de algún poderoso influjo que le facilite los medios para este fin, siendo el de V. S. tan inclinado al ejercicio de las virtudes como propenso a las más gratas condescendencias, me valgo de la autoridad de V. S., suplicándole con todos los encarecimientos de nuestra amistad y recíproca correspondencia, auxilie a dicho Padre Fray Francisco, pasando sus caritativos oficios con sus amigos y concolegas para que cooperen a obra tan del agrado de Dios, en que debemos ser agentes los ministros del Santo Tribunal, que tenemos por objeto principal la conservación y propagación de la fe católica.

Este religioso es santo y docto y de los más condecorados de su Provincia de Castilla, en quien experimentará V. S. el más agradable trato y fecunda conversación, por cuyas recomendables prendas ha logrado en esta capital la estimación común en el concepto de los sujetos de primer carácter. Espero desempeñará V. S. mi recomendación, de que quedaré con el mayor agradecimiento y nuevos deseos de corresponder a V. S. con cuanto sea de su agrado. Nuestro Señor guarde a V. S. muchos años.

Méjico, 19 de marzo de 1764.

De V. S. su más afectuoso amigo,

DON TOMÁS CUBER.

D. Diego Pereo.

Otra del señor don Francisco Antonio de Echávarri, del Consejo de Su Majestad, Virrey interino de Méjico y Decano de Su Real Audiencia, al señor Penitenciario de la Santa Iglesia de Valladolid.

Amigo, dueño y señor:

El portador es el Muy Reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín, Capuchino, que ha pasado a este reino para pedir limosna para las Misiones del Tibet; es sujeto a quien por sus prendas estimo mucho y me lo tiene recomendado de la Corte una persona del mayor carácter, y, confiado en la amistad y benevolencia que a V. Merced merezco, espero le atenderá con la distinción que se merece, a que quedaré muy reconocido y obligado.

V. Merced mande como puede a mi sincero afecto y rendida voluntad. Nuestro Señor guarde a V. Merced muchos años como deseo.

Méjico, marzo 21 de 1764.

De V. Merced su más apasionado servidor y amigo,

FRANCISCO ANTONIO DE ECHÁVARRI.

Dr. D. José Gorozabel.

Carta del excelentísimo señor Virrey Marqués de Cruillas al Reverendo Padre General de los Capuchinos.

Excelentísimo y Reverendísimo Padre General:

Con el debido aprecio he recibido la favorecida de V. E. en que se digna darme gracias por lo que he hecho a favor del Reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín y su compañero; confieso a V. E. he sido siempre afectísimo a los Padres Capuchinos, y ahora, con el honor no merecido de

haberme admitido V. E. por Hermano general de la Orden, me veo aún con mayor obligación de amparar a todos sus individuos. Por lo que no omitiré cosa que pueda conducir al alivio de estos pobres religiosos y su santo destino, demás que el recomendable carácter del Padre Ajofrín y su compañero merece esto y mucho más, pues su religiosidad y buen ejemplo los distingue entre todos con gran consuelo mío y edificación de esta ciudad.

Varias veces les he instado con el mayor empeño, y lo mismo María Josefa, para que se vengan a este palacio, ofreciéndoles en él un cuarto separado y cómodo para sus ejercicios, pero su retiro y humildad me han privado, con harto sentimiento mío, del gusto que tuviera con su trato, que quisiera fuera más frecuente.

María Josefa ha apreciado muchos las finas expresiones de V. S. y se le encomienda muy de veras, suplicando, como yo también lo hago, nos tenga presentes en sus oraciones y sacrificios y de todos sus religiosos, para que, con el beneficio de la salud, me conceda Su Divina Majestad acierto en mi gobierno.

Ofrezco mis respetos a las órdenes de V. E., con que me tendrá pronto para servirle en ésta de Méjico, noviembre 10 de 1766.

El Marqués de Cruillas.

Excmo. y Rvdmo. P. General de los Capuchinos, Fray Pablo de Colindres.

Memorial de Su Excelencia presentado al Cabildo de Méjico en 19 de julio de 1766.

Venerable Deán y Cabildo, Sede vacante:

El Padre Lector Fray Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino de la Provincia de Castilla, que vino a este Reino

sin tiempo limitado, con destino de colectar limosnas para las Misiones del Tibet, desea restituirse a España y yo en mi viaje, su edificación, virtud y compañía, para mi consuelo y el de mi tierna dilatada familia, celebraría que V. S. no tuviese inconveniente por su parte en que así lo verifique, y añadiré este favor a los muchos que debo a la justificación de V. S. en el tiempo de mi gobierno.

Nuestro Señor guarde a V. S. dilatados años.

El Marqués de Cruillas.

Ilustrísimo señor Deán y Cabildo, Sede vacante, de Méjico:

Señor: Fray Francisco de Ajofrín, del Orden de Menores Capuchinos de la Provincia de Castilla, puesto con el mayor respeto ante V. S. y dice: Que habiendo pasado a estos reinos a fin de colectar limosna de los fieles para la manutención de las Misiones del Tibet, por orden de la Sagrada Religión (*sic*) de Propaganda Fide y obediencia de su Reverendísimo Padre General, aunque sin tiempo determinado, como consta de los documentos auténticos que presenta a V. S. I. con este memorial; y habiendo andado casi todo el reino en cumplimiento de su comisión y no poderse pedir por ahora limosna hasta pasados algunos años, en cuyo caso quedan en el reino los Padres Fray Lorenzo de Brá, Fray Felipe de El Puerto, sacerdotes, y Fray Fermín de Olite y Fray Hilarión de Bérgamo, legos, número suficiente y aun sobrado para el efecto; siendo del superior agrado del excelentísimo señor Virrey y Marqués de Cruillas el que vaya en su compañía a España, como el mismo excelentísimo lo tiene expuesto a V. S. I. por escrito. Pide el suplicante con el debido reconocimiento que, dignándose V. S. I. conceder la licencia de su regreso a España, acompañe a ella una

certificación de su conducta, porte y vida religiosa cual le parezca conveniente a la acertada, recta justificación de V. S. I., favor que espera el menor de sus capellanes.

FRAY FRANCISCO DE AJOFRÍN.

Licencia.

Sala Capitular de esta Santa Iglesia Metropolitana. Méjico y agosto 4 de 1766.

Visto con el billete que con fecha de 19 del próximo nos remitió el excelentísimo señor Virrey de este reino, Marqués de Cruillas, en que nos expresa el deseo que tiene de que sea en su compañía la restitución que pretende hacer el suplicante a los reinos de España, porque su virtud y edificación le sirva de consuelo a su persona y familia, concedemos a S. R., en cuanto nos toca y pertenece según derecho, con presencia de los documentos que ha presentado, la correspondiente licencia para que pueda regresarse de éstos a aquellos reinos en compañía de dicho excelentísimo señor. Y certificamos en cuanto podemos a los ilustrísimos señores Arzobispos, Obispos y sus discretos Provisores y Prelados de las diócesis por donde transitare el Reverendo Padre Lector suplicante Fray Francisco de Ajofrín, no va suspenso, entredicho ni ligado con excomunión mayor ni menor que le prohiba el uso de sus sagrados órdenes y licencias con que se halla, antes sí haber cumplido con el mayor fervor y celo el encargo y colectación de limosnas a que fué destinado, caminando, según se nos ha informado y es público y notorio, a pie casi todo el reino con la mayor edificación y ejemplo de los fieles, sin que haya habido queja la menor de su vida y costumbres, que han sido religiosas y de la mejor y más apreciada conducta. Para cuyo resguardo se le entregará este decreto original. Así lo acordó y mandó el

muy ilustre venerable señor Deán y Cabildo, Sede vacante, de esta Santa Iglesia Metropolitana, y lo firmó el señor Deán.

El Deán.

Ante mí,

Br. Juan Roldán de Aranguiz,

Notario oficial mayor de Gobierno.

II

NOTAS BIO-BIBLIOGRAFICAS DEL PADRE FRANCISCO DE AJOFRIN

I. DATOS DE SU VIDA

No puede en manera alguna ponerse en tela de juicio que el autor de este *Diario,* curioso e interesante, fué el Padre Francisco de Ajofrín, religioso Capuchino y perteneciente a la Provincia de Castilla, como se complace en hacer constar en las portadas de sus obras, añadiendo luego otros varios títulos correspondientes a los cargos desempeñados por él.

Durante aquellos momentos de buen humor que él tenía, en los que sin duda debió escribir la dedicatoria de uno de sus tomos manuscritos, dice a propósito de su nacimiento: «Nací por fortuna mía en la nunca acabada de ponderar provincia de la Mancha, flor de la tierra, granero del mundo y ornamento de Europa. Fué mi pueblo Ajofrín, pueblo dichoso, pueblo feliz, que tal varón mereció. Criáronme mis amados padres don Juan Zote y doña María Machaca en santo temor de Dios; tal fué su cristiana piedad que no pararon hasta imbuirme en las más reconcentradas máximas del Evangelio.» Y, tras unas frases en que hace constar su filiación franciscana, termina: «Engrandécete, ensálzate y levanta tu cuello más allá de los cuernos de la luna, oh Religión santa, pues has merecido retener al majadero más solemne de los majaderos y al disparatador más clásico de los disparatadores» [1].

[1] Francisco de Ajofrín: *Tolle et lege,* t. I, BN., Ms. 3967, Dedicatoria, pp. 2-5. Este prólogo, parte del cual está escrito a lápiz, y

Efectivamente, Ajofrín, villa importante de Toledo, fué la que le vió nacer en el mes de mayo de 1719 y donde fué bautizado el 20 de dicho mes. Su padre se llamó en realidad Bernardo Castellano y Aguirre, y su madre, Petronila Lara; a él se le impuso el nombre de Bonifacio, como lo hace constar en la portada de algunas novenas impresas y se halla en la partida de bautismo [1].

Fué Ajofrín cuna de no pocos hombres ilustres, contándose entre ellos varios religiosos y de éstos bastantes capuchinos, como el propio Padre Francisco se complace en consignar en una de sus obras desgraciadamente inéditas [2]. Fué quizás quien más aventajó a todos ellos el mismo que hace la apología de los demás y que en el siglo se llamó Bonifacio Castellano de Lara [3].

No sabemos los estudios que haya podido realizar antes de entrar religioso. Dada la avanzada edad, veintiún años cumplidos, que tenía al vestir el sayal capuchino, es fácil suponer hubiese hecho antes algunos estudios preparatorios para el sacerdocio. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que con esos años de experiencia por delante tomaba el santo hábito en el convento noviciado de Salamanca el 24 de noviembre de 1740. Trocó entonces el nombre de pila por el de

no parece todo él letra del P. Francisco, está firmado por *Fr. Leandro Frinozejo;* sospecho sea este nombre también anagrama de *Fr. Lorenzo de Ajofrín,* paisano del P. Francisco, siendo fácil que haya sido él quien reunió los variados papeles que componen este tomo. Al menos, de él hay varias poesías que no carecen de mérito.

1 Libro de Bautismos de la parroquia de Ajofrín, número 13, folio 87 *r*: Partida de Bonifacio, hijo de Bernardo Castellano. Este libro 13 comienza el 7 de junio de 1716.

2 *Historia sacro-profana de la ilustre y noble villa de Ajofrín....* BN. Mss. 2169-2170.

3 Así se llamó, efectivamente, como se ve por la partida de bautismo. También lo dice en la portada de la «Devota y sagrada novena a la Reina de los Angeles María Santísima de las Angustias», Madrid, 1771; así como en su obrita: «Protección segura de la Reina de los Angeles María Santísima, fundada en su tierna devoción al Rosario» (s. a., s. l.).

Francisco de Ajofrín; con él será conocido en adelante. Pasado el año de prueba, cursó seguidamente la Filosofía y Teología, y el 18 de marzo de 1747 recibía la ordenación sacerdotal [1].

Corre su vida sin nota alguna singular hasta el 12 de octubre de 1753, en que es designado Vicario o Vicesuperior del convento de Segovia [2], cargo que dejó al ser nombrado Lector o Profesor de Filosofía en agosto del siguiente año 1754, pasando entonces a residir en el convento de El Pardo, donde aún seguía en abril de 1758.

Era por estas fechas cuando la Inquisición hacía sus investigaciones para recoger la obra del Padre Isla *Fray Gerundio de Campazas*. El Padre Ajofrín, que aun desde su retiro conventual de El Pardo seguía los incidentes de la famosa polémica suscitada con tal motivo, y al propio tiempo el expediente que se formó, rompió lanzas, aun en contra de varios hermanos de hábito, acusadores de la obra del Padre Isla, escribiendo al Inquisidor General una carta (El Pardo, 4 de abril de 1758), en la que expone su modo de pensar. En ella dice que se trataba de recoger un libro en el que, según decían sus acusadores, se hacía un gran abuso de la Sagrada Escritura. Su parecer era que en modo alguno debía llevarse a cabo tal recogida, sino al contrario, puesto que con el citado libro se evitarían otros muchos Gerundios verdaderos que abusaban doblemente del texto sagrado [3].

En El Pardo y con el mismo cargo de Lector o Profesor de Filosofía de los jóvenes estudiantes capuchinos siguió hasta el 12 de octubre de 1759, en que se le encomendó la

[1] B. DE CARROCERA, O. F. M. Cap.: *Necrologio de los Frailes Menores Capuchinos de la Provincia del Sagrado Corazón de Castilla* (1609-1943), Madrid, 1943, 15.

[2] *Erario divino de la Sagrada Religión de los Frailes Menores Capuchinos en la Provincia de Castilla*, Salamanca, 1909, 212-213.

[3] *Cartas familiares del P. José Francisco de Isla*. Nueva edición para conmemorar el segundo centenario del autor. León, 1903, 330-331, nota.—B. de la R. Academia de la Historia, Ms. E-150, expediente sobre Fr. Gerundio, ff. 112-113,

enseñanza de la Teología a los mismos discípulos filósofos que antes había tenido, pero ahora en el convento de Segovia. Allí debió seguir hasta el Capítulo del 8 de octubre de 1762, en que cesó de enseñar por haber cumplido ya los siete años reglamentarios de profesorado [1].

Ya anteriormente a esa fecha la Sagrada Congregación de Propaganda Fide tenía determinado el que un religioso capuchino español fuese a Méjico con objeto de recoger allí limosnas con destino a la necesitada misión del Tibet. El 20 de marzo de 1761 escribía, en efecto, al Nuncio en España indicándole presentase un capuchino, que fuese castellano o aragonés, para encomendarle esta comisión. Sin duda que el Nuncio se dirigió al Superior o Provincial de Castilla insinuándole presentase a uno de sus religiosos, como así lo hizo con fecha 4 de agosto de 1762, designando al Padre Pablo de Logroño, que era, desde 2 de octubre de 1761, Vicario del convento madrileño denominado de La Paciencia de Cristo [2].

El Consejo de Indias no vió en ello inconveniente alguno, y el 7 de diciembre de aquel mismo año 1762 dió autorización para que pasara a América. Sin embargo, sin poder esclarecer lo sucedido, el mismo Nuncio en España designaba al Padre Francisco de Ajofrín para que fuese a Méjico, el 9 de julio de 1763 [3].

Sospechamos que tal cambio obedeció probablemente a insinuaciones del entonces General de la Orden Capuchina, reverendísimo Padre Pablo de Colindres, que era no sólo español y oriundo de Colindres (Santander), sino que además pertenecía a la misma Provincia religiosa de Castilla. Había sido elegido para Superior de los Capuchinos el 8 de mayo de 1761, y dos años más tarde, el 1 de julio de 1763, llegaba a Madrid para besar la mano de Carlos III y cubrirse de

[1] Cfr. *Erario divino*, 218-224.

[2] Archivo Vaticano. Nunziatura di Madrid, vol. 129, ff. 54-57.— *Erario divino*, 223.

[3] Arch. Vat. *Ibid.*

Grande de España, privilegio que gozaban los Generales de la Orden ya desde tiempos de Felipe III [1].

De todo lo cual no deja lugar a duda el mismo decreto de nombramiento dado al Padre Ajofrín por el Nuncio Pallavicini. En él hace constar que, habiendo fallecido uno de los religiosos capuchinos que en Méjico recogían limosnas con destino a la misión del Tibet, era forzoso que la Sagrada Congregación de Propaganda Fide pusiese otro en su lugar, y siendo de parecer que tal designación la efectuase el mismo Nuncio de entre los religiosos de la Provincia de Castilla, elegía al Padre Ajofrín teniendo en cuenta «su piedad, prudencia y habilidad en los asuntos, recomendado ante Nos por el muy digno testimonio del Reverendo Padre Ministro General de la Orden, que actualmente se encuentra aquí», es decir, en Madrid. Y al mismo tiempo nombra por compañero a Fray Fermín de Olite, hermano lego de la misma Orden y Provincia [2].

Tal designación, como ya dijimos, era muy del agrado del Padre General Pablo de Colindres, quien, el 20 de julio de aquel mismo año, daba su conformidad y extendía la Obediencia en el convento de San Antonio del Prado de Madrid, a fin de que, juntamente con el hermano Fray Fermín de Olite, el Padre Ajofrín «pase a dicha capital de Méjico y su Reino y se detenga en él cuanto sea necesario para el cumplimiento de su comisión» [3].

Esa comisión no era otra, como más latamente diremos después, que recoger limosnas con destino a socorrer la necesitada misión del Tibet, encomendada a los Capuchinos y que vivía enteramente a expensas de la Congregación de Propaganda Fide. Luego explicaremos el porqué de todo ello.

Los dos mencionados religiosos dejaban Madrid nada me-

[1] Melchor de Pobladura, O. F. M. Cap.: *Los Generales de la Orden Capuchina, Grandes de España de Primera Clase,* en *Collectanea Franciscana,* 13 (1943), 292 ss.

[2] Decreto del Nuncio en España Pallavicini (Matriti, septimo idus Julii 1763) en *Tolle et lege,* t. I, 393-4.

[3] *Ibid.*

nos que a las diez de la noche de aquel mismo día 20 de julio de 1763. El Padre Ajofrín comienza desde esa misma hora su derrotero o *Diario* de su viape, como puede verse. Y yendo siempre a pie, salen de la Corte por el camino de Extremadura, dirigiéndose a Alcorcón, Móstoles, Navalcarnero, etcétera, hasta llegar a Toledo, marchando seguidamente a Ajofrín, Orgaz, Yébenes, etc.; siguen luego por la Mancha, pasan por Ciudad Real, atraviesan Sierra Morena, Córdoba y entran en Sevilla el 17 de agosto; se dirigen a Sanlúcar de Barrameda, Puerto de Santa María y por fin llegan a Cádiz el 26 del citado mes. Aquí deben embarcarse, y lo hacen efectivamente el 8 de septiembre. La travesía resulta un martirio para el Padre Ajofrín a causa del incesante mareo. No obstante eso, él sigue tomando notas y haciendo diseños a pluma de cuanto ve. Por fin, tras una travesía que dura solamente ochenta días—poco relativamente para aquellos tiempos—, arriban a Veracruz el 30 de noviembre, y el 23 de diciembre entraban en la capital de Nueva España.

El Padre Ajofrín, una vez repuesto de los desgastes y trabajos de su penoso viaje, presentó a la mayor brevedad posible su documentación personal a las autoridades de Méjico, tanto eclesiásticas como civiles, a fin de recabar de ellas la autorización para pedir limosna. El primero en acceder a sus deseos fué el Arzobispo de la capital, quien no sólo le autorizó para recoger esas limosnas en su arzobispado (23 de enero de 1764), sino que en la misma carta de presentación exhortaba a los Arzobispos, Obispos, Vicarios generales y demás sacerdotes en general para que prestasen al Padre Ajofrín la máxima ayuda en tal empresa [1].

Era a la sazón Virrey de Méjico el Marqués de Cruilles. Su antecesor, don Francisco Cagigal de la Vega, Marqués de las Amarillas, había muerto, y para sucederle, tanto en ese cargo como en el de Capitán General y Presidente de la Audiencia, había sido designado aquél el 9 de mayo de

[1] Cfr. todas estas cartas en *Tolle et lege*, t. I, pp. 399 ss., y en este volumen, pp. 266 ss.

1760, partiendo poco después para su destino. Reunía excelentes dotes de militar, era sumamente piadoso y al propio tiempo fiel cumplidor de sus deberes [1]. Así que, contestando prontamente a la instancia del Padre Ajofrín, le concedía amplio permiso (10 de marzo de 1764) para recolectar limosnas en todo el reino y al propio tiempo la recomienda a las autoridades, insistiendo en que le apoyasen en su cometido. Lo propio hicieron otras personalidades, como el Decano de la Real Audiencia y el Presidente del Tribunal de la Inquisición [2].

Pero, sobre todo, el Padre Ajofrín procuró y consiguió fácilmente ganarse la simpatía y amistad del Virrey y de toda su familia; tanto que aquél le invitó, lo mismo que a su compañero Fray Fermín de Olite, a vivir en palacio, ofrecimiento que rechazaron por no creerlo conforme a la humildad y sencillez franciscanas.

Preparado así moralmente el terreno, el Padre Ajofrín iba a separarse de su compañero para emprender un largo y penoso recorrido por pueblos y ciudades, que habría de durar varios meses, en cumplimiento de lo que se le había encomendado. El 22 de marzo de 1764 dejaba efectivamente la ciudad de Méjico, que no volvería a ver hasta el 9 de octubre de aquel mismo año. En aquella peregrinación, que duró cerca de siete meses, recorrió, según cómputo hecho por él, cerca de 400 leguas, visitando numerosos pueblos de los tres estados actuales: Michoacán, Guanajuato y Querétaro, situados al norte y nordeste de Méjico.

Dedicado a esas mismas actividades de la recogida de limosnas pasó en la capital un año largo, hasta diciembre de 1765. Durante ese tiempo no estuvo ocioso; antes, al contrario, aprovechó aquella oportunidad para escribir una obra

[1] Cfr. *Biografía del Excmo. Sr. Marqués de Cruilles, D. Joaquín Monserrat y Cruilles,* Valencia, 1880. MARCOS ARRÓNIZ: *Manual de Historia y cronología de Méjico,* París, 1858, pp. 137, 405. D. Joaquín Monserrat vivió en Madrid, pero luego pasó a Valencia, donde murió el 21 de octubre de 1771.

[2] Cfr. *Tolle et lege,* t. I, pp. 400 ss., y este tomo, pp. 271-272.

que luego imprimió bajo seudónimo, mejor dicho, con anagrama de su propio nombre. Se titula: *Carta familiar de un sacerdote: respuesta a un colegial amigo suyo, en que le da cuenta de la admirable conquista espiritual del vasto imperio del Gran Tibet y la misión que los Padres Capuchinos tienen allí*, Méjico, 1765 [1].

Con dicha obra pretendía dos cosas: hacer públicos los adelantos operados en la misión del Tibet por los religiosos de su Orden, y al propio tiempo dar a conocer a los Capuchinos, que, por no haber tenido misiones en Méjico, no eran conocidos de la gente. Aparte de eso, también quería ayudar a aumentar el caudal de limosnas con el importe de la venta de dicho libro, como así se hizo realmente [2].

Tras ese descanso, o por lo menos compás de espera, reanudó la ardua labor de salir por los pueblos con el mismo objeto que lo había hecho antes, dejando la capital el 11 de diciembre de 1765 para dirigirse al este y sur de Méjico, recorriendo los actuales estados de La Puebla, Veracruz, Oaxaca y Guerrero, que él llama Mixteca, alta y baja. Y en esa laboriosa tarea empleó seis meses y medio, es decir, hasta el 30 de junio del siguiente año 1766, en que arribaba de nuevo a la capital.

Tanto en aquella primera salida como en ésta, no obstante que sus viajes fueron continuos, viéndose obligado a

[1] Esta carta, como también diremos luego. se publicó anónima, si bien se dice a la vuelta de la portada que estaba escrita por un tal *Fraderico Fonsacij* y estaba dirigida a un tal *Ricardo Anffescinio;* ambos nombres, como se ve manifiestamente, fingidos, y además anagrama de *Francisco de Ajofrín.* El mismo lo reconoce y pone de su puño y letra en algunos ejemplos que hemos visto. Pero, además, en el tomo VI de *Tolle et lege,* consrvado asimismo en la B. de la Real Academia de la Historia, en el que se inserta un ejemplar de dicha Carta y se ponen las licencias para su impresión, el mismo P. Ajofrín pone distintos anagramas de su nombre: *Ricardo Anffescinio, Fraderico Fonsacij, Fernando Ricco Fijas,* empleado también en otra de sus obras, como veremos, *Andrés Sirón Caffoci,* también empleado en una dedicatoria, *Anciro Sifferocandi, Rogerio Dicansfanfac, Rogerio Ciel Fancfans.*

[2] Cfr. *Analecta Ord. Fr. Min. Capuccinorum,* 18 (1902), 337.

ir por caminos intransitables, siempre marchaba a pie, a excepción de cuando le era forzoso tomar alguna lancha o piragua, como él mismo consigna a lo largo de su *Diario*. Además, experimentaba un consuelo extraordinario al poder ejercitar sus ministerios no sólo celebrando misa, sino también predicando, confesando, y eso aun entre los indios, a quienes acompañaba en el rezo del Santo Rosario, si no entendía su lengua, o lo dirigía él mismo cuando ellos hablaban el castellano.

¿Cuál fué el fruto de sus trabajos y desvelos en llenar cumplidamente la comisión que se le había encomendado? El mismo Padre Ajofrín hace constar al final de su *Diario* las cantidades que durante los años de su permanencia en Méjico fueron enviadas con destino a la misión del Tibet. Según se deduce de esas cuentas, él debió recoger, en los dos años y medio que estuvo en Méjico, la cantidad de 12.316 pesos fuertes [1].

Fué sin duda a su llegada a la capital, después de la segunda salida, cuando se encontró con la nueva de que el Virrey, después de dimitir su cargo, seguramente que por haber terminado el tiempo de su mandato, debía regresar a España, donde, como todo gobernador de Ultramar, sería sometido a juicio de residencia [2].

En el pensamiento del Padre Ajofrín, a su vuelta a la capital, estaba el pasar a las provincias de Sonora y Sinaloa, seguramente que llevado de la misma finalidad, y hasta, como él mismo dice, «registrar las Californias» [3]. Pero suspendió aquel viaje porque el Marqués de Cruillas, a quien, como ya indicamos, le unía íntima amistad, quiso le acompañase en su viaje de regreso a España. Con tal objeto el Virrey dirigió al Cabildo de Méjico, Sede vacante, una carta (19 de

[1] Cfr. lo que el P. Ajofrín pone sobre las cantidades enviadas al final de *Tolle et lege*, t. I, y lo que en el apartado V de estas notas ponemos tomado del original de este Diario, pp. 968-9.

[2] Cfr. MARQUÉS DE CRUILLES, o. c., y AHN., Consejos, Leg. 20.717, Residencia tomada al citado virrey.

[3] Cfr. la p. 185, II, de este Diario.

julio de 1766) para que autorizara al Padre Ajofrín a volver en su compañía y de su familia, escogiéndole para tal efecto como su capellán [1].

Condescendiendo con los deseos del de Cruillas, dirigió él a su vez otro memorial al Cabildo, exponiéndole que, cumplida su misión de pedir limosna para la misión del Tibet, solicitaba su permiso para regresar a España. Alegaba para ello que había recorrido casi todo aquel reino de Nueva España, añadiendo que de momento no se podía pedir más limosnas hasta pasados algunos años, para lo cual quedaban los Padres Lorenzo de Brá y Felipe de Portogruaro y los Hermanos legos Fray Fermín de Olite y Fray Hilarión de Bérgamo [2].

Ni que decir tiene que el Cabildo de Méjico accedió muy de buen grado a los deseos del Virrey y del Padre Ajofrín, contestando a ambas peticiones con una carta dirigida al Padre Ajofrín (Méjico, 4 de agosto de 1766), en la que hace constar que no tenía sobre sí pena alguna que le impidiese el ejercicio de las órdenes sagradas y de las licencias que le habían sido concedidas, «antes sí haber cumplido con el mayor fervor y celo el encargo y colectación de limosnas a que fué destinado, caminando, según se nos ha informado, y es público y notorio, a pie casi todo el reino con la mayor edificación y ejemplo de los fieles, sin que haya habido queja la menor de su vida y costumbres, que han sido religiosas y de la mejor y más apreciada conducta» [3].

Abonado testimonio en favor del Padre Ajofrín y de la conducta por él observada es una carta del Padre General, Pablo Colindres, quien escribiendo al Nuncio en España (Alcalá, 8 de julio de 1764) dice de él que era un religioso sabio y de mucha doctrina, muy estimado en la Provincia y que lo tenía por su confesor el Marqués de Campo del

1 Carta del Marqués de Cruilles al Cabildo (19 de julio de 1766), en *Talle et lege*, I, p. 417, y también en este Diario, II, p. 274.

2 Carta del P. Ajofrín al Cabildo, sin fecha, *ibid.*

3 Contestación y licencia del Cabildo (4 de agosto de 1766), *ibid.*

Villar; le informa a continuación del comportamiento de los Capuchinos italianos en la cuestación de limosnas, afirmando que había sido muy distinto del de los españoles, realzando que tanto el Padre Ajofrín como Fray Fermín de Olite habían recogido muchas más limosnas que los otros y en menos tiempo, lo cual era debido al buen comportamiento y edificación, aparte de las buenas recomendaciones del Arzobispo y Virrey de Méjico [1].

En compañía, pues, del Virrey y de su familia abandona el Padre Ajofrín la ciudad de Méjico el 19 de agosto de 1766, dirigiéndose al puerto de Veracruz, donde tardaron en embarcarse, haciéndolo el 30 de mayo de 1767. De allí y tras un viaje por mar bastante accidentado, sobre todo por lo que al Padre Ajofrín se refiere, llegaban a Cádiz el 28 de agosto de ese mismo año, y el 13 de septiembre al Puerto de Santa María, desde donde emprendieron el camino hacia la Corte, llegando a Madrid el 5 de octubre por la tarde.

El Padre Ajofrín terminó aquella jornada extenuado. Tenía necesidad de un largo descanso y de reponer su quebrantada salud: el mar había sido para él sobradamente ingrato tanto al ir como al venir. Así lo consigna repetidas veces en su *Diario,* terminando: «Vuélvome a mis trece que no quiero el mar para vivir en él, pues todo él es amargura: *mare ab amaritudine dicitur.* Doy mil gracias a Dios de pisar tierra firme y vengan trabajos» [2].

[1] El P. Ajofrín había escrito al poco tiempo de su arribo a la capital de Méjico (9 de enero de 1764), al P. General, Pablo de Colindres, refiriendo cómo después de ochenta días de penosa travesía, habían llegado por fin a su destino; le habla del comportamiento de los Capuchinos italianos y su modo de pedir limosna, yendo en sus caballos, llevando armas, cuidando de su persona, etc. A esta carta contesta el P. General (Alcalá, 8 de julio de 1764), o al menos se hace eco escribiendo al Nuncio informándole de todo lo ocurrido entre el P. Ajofrín y el P. Pablo M.ª de Ferrara, uno de los italianos allí destinados (Archivo de Propaganda Fide.-Scritt. nei Congressi. America centrale, vol. I, ff. 389-94, y ff. 357-386, donde también se encuentran otras varias cartas relativas a este asunto).

[2] Final de este Diario, II, p. 259.

Volvía, pues, con la mayor satisfacción de su alma a reanudar la vida conventual, y con ello comienza un período de su vida de intensa producción literaria. Fué sin duda que los Superiores de la Provincia religiosa de Castilla, conociendo su valer y los libros que seguramente tenía compuestos, aunque no publicados, le eligieron el 15 de septiembre de 1768 Cronista de la Provincia «y se le concedió dispensa para decir misa a las seis, no asistir a prima, tercia, sexta, nona y completas» [1].

Es muy significativo ese nombramiento hecho un mes antes de la celebración del Capítulo provincial, que tuvo lugar el 21 de octubre de 1768, en el que fué designado de nuevo para el mismo cargo y en el que seguiría luego hasta su muerte. No desempeñó otros fuera del de Guardián o Superior del convento de San Antonio del Prado, para el que fué elegido por fallecimiento del Padre Lucas de Saldaña el 22 de diciembre de 1780, siguiendo así hasta el 11 de octubre de 1782, en que continúa de Cronista y Archivero [2].

Y en ese convento de San Antonio del Prado, situado en lo que hoy en día está la Banca de López Quesada, dando también su fachada a la plaza de las Cortes, siguió el Padre Ajofrín conventual hasta su muerte. El 14 de enero de 1789 se le administraron los sacramentos y falleció a los dos días [3].

II. PERSONALIDAD DEL PADRE AJOFRÍN

Ya se ha dicho antes el elevado concepto que de él tenía formado el General de la Orden, Padre Pablo de Colindres, afirmando que era un religioso sabio y de mucha doctrina y

1 *Viridiario auténtico en que florecen siempre vivas las mejorías de lo que pertenece al buen gobierno de esta Provincia de la Encarnación de las dos Castillas.* Ms., p. 440 (Arch. Prov. de Cap. de Castilla, 1/00005).

2 *Erario divino,* 236 ss.

3 *Viridiario auténtico,* p. 612; *Necrologio,* 15.

además muy estimado en la Provincia religiosa a que pertenecía.

Para comprobar que efectivamente así era verdad, vayan los dos testimonios de distintos religiosos, que hemos visto consignados en dos de sus manuscritos, pero debidos a pluma ajena: «Amigo lector—se ha escrito en una de las últimas páginas del *Diario* que ahora publicamos—: ya has visto cuánto anduvo el autor de este libro y cuánto padeció por mar y tierra. Yo bien quisiera darte mayores noticias de este grande héroe, pero mi pluma es muy tosca. Aunque mi afecto le consagraría sus merecidos elogios y una perfeccionada estatua en honor de su gran literatura y sabiduría, pero aún más por su gran santidad y virtudes heroicas que constante perfeccionó con el crisol de su gran mortificación hasta la muerte. No dudo que el Señor, que es liberal con sus siervos, lo habrá sido con este suyo, coronándole con la inmortal corona de la justicia prometida a los que constantes permanecen y son fieles en adquirirlas, pues así lo tiene prometido en la Sagrada Escritura diciendo: *Esto fidelis usque ad mortem et dabo tibi coronam justitiae*» [1].

Ni resulta menos elogioso este otro testimonio, debido igualmente a uno de sus compañeros y que con él debieron colaborar en el arreglo y ampliación de la biblioteca de San Antonio del Prado: «Este libro es del Padre Francisco de Ajofrín, varón a todas luces venerable, y por ser de tan esclarecido religioso merece ser conservado con todo cariño y respeto» [2].

Finalmente, no queremos pasar en silencio lo que otro de sus admiradores, don Francisco Ramos, dice de él. En su defensa y en apoyo de lo que él había escrito en una de sus obras, dió a la imprenta la siguiente: «Reflexiones apologéticas que sobre el ayuno natural nuevamente sostenido por

[1] *Tolle et lege*, t. VII, es decir, el original de este *Diario*, p. 942; es, como decimos en el texto, de otro religioso, como lo es también la letra.

[2] Es también de puño y letra de otro religioso desconocido, quien puso esa nota en otro tomo de esta colección *Tolle et lege*.

el señor don Manuel Custodio, hace en honor de la verdad..., en continuación de la resolución caritativa y apéndice eucarístico del reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín». Todo este estudio es una apología de lo que éste había escrito, tributándole además los más grandes elogios, diciendo, entre otras cosas, que, aunque era tratado de falsario, sin embargo había sido «de buena memoria, que le han adquirido su religiosidad y celo por la salvación de las almas, su vida laboriosa en servicio de la Iglesia, su gran pobreza y demás bellas cualidades, que le adornaron y que la han hecho honrosa a la misma Corte de Madrid» [1].

Prueba además de la gran estima en que era tenido y asimismo de la fama que gozaba de hombre docto, fué el siguiente hecho. Los años 1777-1778 el Padre Francisco de Villalpando, otro ilustre capuchino de la Provincia de Castilla, publicaba su famosa obra filosófica en tres tomos, a los que añadió un cuarto sobre Matemáticas [2]. Un año más tarde, el 23 de septiembre de 1779, mandaba el Consejo de Castilla que los Capuchinos españoles estudiasen la Filosofía por ese texto del Padre Villalpando y que lo propio hiciesen las Universidades y Colegios mayores de la nación donde no se cursase la Filosofía por el Padre Francisco Jacquier y la Física por Muschenbroeck. Pero el Provincial de los Capuchinos de Castilla, a la sazón Padre Nicolás de Bustillo, que más tarde sería General de toda la Orden, no recibió bien tal medida, alegando que, para poner dicho texto, necesitaba ser examinado antes por sujetos de dentro y fuera de la Orden. Y, siguiendo adelante, él mismo designó a cuatro re-

[1] FRANCISCO RAMOS: *Reflexiones apologéticas que sobre el ayuno natural nuevamente sostenido por el Sr. Dr. D. Manuel Custodio, hace en honor de la verdad..., en continuación de la resolución caritativa y apéndice eucarístico del R. P. Fr. Francisco de Ajofrín,* Puerto de Santa María, 1792, 40.

[2] FRANCISCUS A VILLALPANDO, O. F. M. Cap.: *Philosophia ad usum Scholae S. Francisci Capuccinorum Provinciae utriusque Castellae accommodata... in tres tomos distributa,* Matriti, 1777-1778.—*Tractatus praeliminaris. Mathematicarum disciplinarum elementa in usum Physicae candidatorum,* Matriti, 1778.

ligiosos, que habían sido profesores de Filosofía, a fin de que libremente emitiesen su juicio sobre la obra en cuestión. Uno de los señalados fué precisamente el Padre Ajofrín, quien dió un dictamen bastante desfavorable. Le achaca no pocos defectos, entre ellos el del estilo: «impropio—dice—de la materia que se trata. La materia es o debe ser escolástica, pero el estilo nada tiene de escolástico; es oscuro, áspero, imperceptible, afectado, altisonante y nada acomodado a las cortas luces de los jóvenes principiantes». Ni le molesta menos el que el Padre Villalpando posponga a los príncipes de la Escolástica y lo haga con desprecio, ensalzando en cambio a los autores modernos: Newton, Leibnitz, Galileo, Verulamio y otros. Siendo él, por otra parte, entusiasta apologista de la Escolástica, cree y juzga por inútil toda la nueva filosofía, y por consiguiente termina manifestando que no juzga la obra del Padre Villalpando a propósito para la enseñanza [1].

El Padre Ajofrín no se distinguió como predicador. No conocemos ninguno de sus sermones; probablemente no fué la tarea del púlpito la que ocupó mucha actividad en su vida. Sí lo fué, en cambio, la literaria. Han sido realmente muchas las producciones que salieron de su pluma, como seguidamente vamos a exponer. Parte de ellas, la mayoría, vieron la luz pública; otras han quedado manuscritas. Todas ellas son clara muestra de la actividad por él desplegada en el campo de la investigación.

Hemos de anotar también que la mayoría de esas obras son históricas: debió sin duda sentir gran afición a la historia, y la curiosidad, en el buen sentido de la palabra, debió igualmente aguijonearle, ya que parece como experimentar satisfacción en anotar en sus obras, sobre todo manuscritas,

[1] Cfr. mi artículo: «Un capítulo de la historia de la Filosofía en España. La obra filosófica del capuchino P. Francisco de Villalpando, texto oficial en las Universidades españolas», en *Estudios Franciscanos*, 49 (1948), 56-78, 379-389.—M. Serrano y Sanz: «El Consejo de Castilla y la censura de libros», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 15 (1906), 392-394.

los datos y noticias más raros que haya podido encontrar en los libros e historias que cayeron en sus manos. Aparte de eso, como el lector podrá comprobar por sí mismo en este *Diario,* le gustaba ver, observar, preguntar, para más tarde llevar a sus apuntes lo que le parecía de más interés. A ello le ayudaba el saber dibujo, pues, aunque es verdad que los diseños, planos o descripciones no puedan ponerse como modelos, tienen no obstante su importancia y a veces no carecen de mérito.

Insistiendo sobre lo indicado, queremos aún recalcar más su laboriosidad y su gran interés por los libros y por la formación de bibliotecas, no costándole prendas el que en ello se gastase. Así, además de haber hecho el Catálogo de la librería del convento de San Antonio, como luego diremos, fué formando, incluso en su viaje a Méjico, una especie de biblioteca particular. Para ello iba recogiendo cuantos opúsculos le regalaban o podía adquirir, en su mayor parte sumamente curiosos, para encuadernarlos luego en tomos de varios, precisamente por eso, para que no se perdiesen. De tales tomos conserva la Academia de la Historia cerca de sesenta.

Ni se contentó con sólo eso. Recogió igualmente papeles curiosos, así impresos como manuscritos, con predominio naturalmente de los primeros, con los que fué haciendo en la biblioteca del mencionado convento capuchino de la Corte numerosos tomos de varios. Algunos de ellos han ido a parar a su vez a la biblioteca de la Academia de la Historia; forman parte de la sección malamente llamada «Papeles de Jesuitas».

Algo queremos añadir para terminar. La producción literaria del Padre Ajofrín es abundante, como se ha indicado. Entre sus obras figuran algunas piadosas, varias novenas entre ellas; también varios estudios sobre cuestiones un tanto disputadas, como el ayuno eucarístico, el uso de oratorios privados, frecuencia de la comunión, confesor de religiosas, etcétera. En todos ellos se muestra hombre experimentado, conocedor de la vida y sobre todo comprensivo. Su sentir

en varios asuntos se ha ido abriendo paso posteriormente y hoy en día es ya doctrina corriente.

Pero, como ya se dijo, el campo preferido del Padre Ajofrín es el de la historia. Por lo mismo la mayoría de sus escritos son vidas de capuchinos que brillaron por su ciencia, virtudes o milagros. Quizás con ello pretendía dos cosas: dar a conocer entre los fieles la Orden y juntamente presentarles como una de sus brillantes glorias y a la vez modelos y ejemplares de santidad. Algunos de esos libros no dejan de tener su valor. No nos referimos precisamente al literario. De sobra sabemos que el estilo del Padre Ajofrín no puede ponerse como modelo de literatura, aun cuando no deje de tener a veces sus párrafos brillantes y de sabor clásico. No hay por qué extrañarse, pues él, como la mayoría de los escritores de entonces, fué, por desgracia, en esto, hijo del gusto de la época.

Entre los de más mérito creo puede presentarse, no obstante sus defectos, la *Vida de San Lorenzo de Brindis*. La encontramos bien documentada, con abundantes citas de fuentes fidedignas y casi podríamos decir que de primera mano. Por otra parte estaba bien preparado para escribir la vida de este insigne capuchino, pues conocía a fondo los procesos para su beatificación, y también tuvo a mano algunas obras manuscritas que no han llegado a nosotros [1].

Ese fué el Padre Francisco de Ajofrín: buen religioso, trabajador, docto, amante de las glorias de su Orden y no menos entusiasta de los libros. En él se cumplieron a maravilla las tan conocidas y repetidas palabras del Evangelio y aplicadas en este sentido: «Colligite fragmenta ne pereant.»

Finalmente, no dice poco en su favor el haber sido escogido, sin él buscarlo, para la comisión de recoger limosnas en Méjico; tanto es así que él lo consideró siempre como

[1] Nos referimos sobre todo a la *Vida de San Lorenzo*, escrita por el P. Matías de Marquina, O. F. M. Cap., que él tuvo manuscrita en sus manos y que cita varias veces; no sabemos el paradero de esa obra del P. Marquina.

uno de sus más preciados títulos, que hizo constar luego en las portadas de sus libros. Ni lo es menos el que fuese escogido oficialmente en 1783 por la Sagrada Congregación de Ritos para hacer una investigación sobre los restos de San Lorenzo de Brindis, en Villafranca del Bierzo, con objeto de extraer algunas reliquias y remitirlas a Roma con motivo de la beatificación de tan insigne capuchino, canonizado un siglo después y cuya glorificación máxima, con el Doctorado de la Iglesia, es ya felizmente una realidad [1].

III. OBRAS DEL PADRE AJOFRÍN

Queremos dar ahora una somera descripción de las obras, tanto impresas como manuscritas, que salieron de la pluma del Padre Ajofrín. Ponemos también las distintas ediciones, indicando juntamente con brevedad el contenido de las mismas. Las reseñamos por orden de impresión.

1. *Carta familiar de un sacerdote: respuesta a un colegial amigo suyo, en que le da cuenta de la admirable conquista espiritual del vasto imperio del Gran Tibet y la misión que los Padres Capuchinos tienen allí...* Méjico, en la Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1765.

22 × 16 cms.; 2 hojas + 46 pp. + 1 hoja + un grabado fuera del texto y al principio.

Esta obra se imprimió, como ya se indicó, estando en Méjico su autor, para con el producto de la venta ayudar también a la misión del Tibet. Pero al mismo tiempo para

[1] Cfr. «Primer viaje que hice a Villafranca del Bierzo de orden de la Santidad de Pío Sexto para registrar el cuerpo del Bto. Lorenzo de Brindis y sacar reliquias para Roma»... (*Tolle et lege*, I, p. 100) Salió de Madrid el 5 de marzo de 1783.—Carta del P. Ajofrín al Marqués de Grimaldi sobre esto mismo (Villafranca del Bierzo, 18 de julio de 1783).—Instrucciones para registrar el cuerpo del Bto. Lorenzo de Brindis y su viaje a Villafranca (Arch. Prov. de Cap. de Castilla, 12/000043i).

dar a conocer tanto dicha misión como la historia de la Orden Capuchina, de la que se hace un interesante compendio. Además, según ya indicamos, no lleva en la portada nombre de autor, pero al final dice que su autor o sacerdote era *Fraderico Fonsancij*, y va dirigida a *Ricardo Anffescinio*, que es el colegial; pero debe recordarse que tanto un nombre como otro es seudónimo, mejor dicho, anagrama del nombre *Francisco de Ajofrín*. Dicha carta va firmada en la ciudad de Patzquaro, 6 de junio de 1765.

2. *Carta familiar...* Madrid, por don Joaquín Ibarra, 1772.

22 × 16 cms.; 91 pp. + 1 hoja.

Esta obra, añadida por su autor verdadero, el Padre Ajofrín, fué remitida para su examen y censura a la Academia de la Lengua, la que emitió sobre ella este dictamen (Madrid, 6 de mayo de 1772): «Habiendo visto y reconocido la Academia esta obra, no ha encontrado en ella cosa alguna que se oponga a las buenas costumbres ni a las regalías de Su Majestad, sino antes bien un justo fundamento para confirmar y aun alimentar el concepto que se tiene de esta venerable y ejemplar Religión. Por lo que mira al estilo—añade—es generalmente bueno, y por todo es de parecer la Academia que no hay reparo en que se permita su impresión» [1].

3. *Devota y sagrada novena a la Reina de los Angeles, María Santísima de las Angustias, compuesta por don* Bonifacio Castellano de Lara, *presbítero, natural de la villa de Ajofrín.* Madrid, por don Joaquín Ibarra, 1771.

15,5 × 10,5 cms.; 4 hojas + 97 pp., con un grabado en la página cuarta del texto.

Como se recordará, ése es el nombre de pila del Padre Ajofrín.

4. *Protección segura de la Reina de los Angeles, María*

[1] AHN.-Consejos. Sección «Impresiones», leg. 5533, n. 22.

Santísima, fundada en su tierna devoción del Rosario, a que se añaden algunas deprecaciones a honra y gloria de su esposo San José y su madre la señora Santa Ana, dispuesto y ordenado por don BONIFACIO CASTELLANO DE LARA, *presbítero, natural de la villa de Ajofrín* (s. l., s. a.).

15 × 10 cms.; 37 f^{os}.

En el mismo título va indicado su contenido. La dedicatoria, f°s 5-7, va firmada por «Don Andrés Sirón Caffoci, presbítero, natural de la villa de Ajofrín»; dicho nombre es también anagrama de *Francisco de Ajofrín.*

5. *Portentosa vida, admirables virtudes y estupendos milagros, pasmo de penitencia, del extático minorita el Beato Bernardo de Corleón, siciliano, religioso lego capuchino de la Provincia de Palermo...* Madrid, 1769, por don J. Ibarra.

21 × 16 cms.; 10 hojas + 404 pp.

Como ya se deja entender, es la presente obra una vida de este religioso capuchino siciliano, elevado al honor de los altares; en ella se hace resaltar sobre todo su gran penitencia.

6. *Portentosa vida...* Madrid, Ibarra, 1775.

1 lám. + 8 hojas + 326 pp.

No hemos visto ningún ejemplar de esta segunda edición. Palau la consigna en su *Manual del librero,* en la palabra *Ajofrín,* Francisco de.

7. *Primores de la divina gracia manifestados en la admirable vida y portentosos milagros del nuevo taumaturgo de Sicilia, el siervo de Dios Fray Jerónimo de Corleón, religioso lego capuchino.* Segunda impresión, corregida y enmendada... Madrid, por don Joaquín Ibarra, 1775.

22 × 16 cms.; 8 hojas + 326 pp.

Sólo conocemos esta segunda edición de la vida de este también ilustre religioso capuchino de Sicilia, sin que pueda fijarse la fecha de impresión de la primera. Desde luego, el Padre Procurador de los Capuchinos en la Corte, Antonio

de Toro, pidió en 1772 permiso para su reimpresión por el ejemplar de la última impresión que presenta. El Consejo remitió la obra (21 de enero de 1772) a la censura de los Padres del Oratorio del Salvador, los cuales dieron su parecer diciendo (8 de abril de 1772) que «el traductor, por no estar bien impuesto en los idiomas italiano y español, no la ha traducido como se debía». Añaden que contenía varias cosas que aparecían como milagros y que no lo eran. Por lo cual el Consejo negó su permiso para la impresión. Más tarde, en 1774, se pide de nuevo permiso para publicar dicha obra, la cual, remitida de nuevo a los mismos Padres del Oratorio, dieron su parecer favorable (25 noviembre 1774), diciendo que «sobre no encontrar cosa alguna contra nuestra santa fe, buenas costumbres y regalías de Su Majestad, podrá servir de edificación al público».

Por todo eso sospechamos que no debió existir una primera impresión, sino que por tal debió considerarse seguramente la edición italiana, aunque la obra del Padre Ajofrín no es traducción, sino original.

En la B N., Ms. 6.633, se conserva el original autógrafo de esta misma vida, que lleva el mismo título: «Primores de la divina gracia... Segunda (*corregido* tercera) impresión, corregida y aumentada por el reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín».

21 × 15,5 cms.; 8 f^{os} + 589 pp.

8. *Disertación crítico-apologética a favor de los privilegios de la Bula de la Santa Cruzada: respuesta a la disertación histórico-canónico-moral que sobre el uso de los oratorios domésticos se imprimió en Madrid el año de 1772, por* Fernando Ricco Fijas... Santiago, 1776.

20 × 16 cms.

Esta obra, también original del Padre Ajofrín, salió con dicho seudónimo, mejor dicho anagrama, volvemos a repetir, de *Francisco de Ajofrín.*

Trata en ella y establece que, en virtud de la Bula de la Cruzada, se pueden celebrar en los oratorios privados no una,

sino muchas misas, aun en tiempo de entredicho, y luego responde en la segunda parte a las razones alegadas por el autor de la *Disertación histórico-canónico-moral.*

El Padre Ajofrín salió a la defensa de su obra con una *Respuesta... en contra de la censura de don Antonio Alarcón Lozano* (12 de febrero de 1785). Ms. 3 hojas (Archivo Provincial de Cap. de Castilla, 45/00002, f°s 17 *v*-20).

9. *Disertación crítico-apologética a favor de los privilegios de la Bula de la Santa Cruzada. Respuesta a la disertación histórico-canónico-moral que sobre el uso de los oratorios domésticos se imprimió en Madrid el año 1772. La escribió en obsequio de la verdad don* FERNANDO RICCO FIJAS, *presbítero.* Madrid, Imprenta de don Saturnino de Ancos, 1857.

31 × 16,5 cms.; 168 pp. + 1 hoja.

10. *Espejo de paciencia y resignación: vida, virtudes y milagros de San Serafín de Montegranario o de Cúpuli, religioso lego capuchino...* Madrid, por don Joaquín Ibarra, 1779.

24 × 20 cms.; 14 hojas + 420 pp.

Es, como ya se deja suponer, la vida, escrita sin gran aparato crítico, de este religioso lego capuchino, que alcanzó los honores de la canonización.

11. *Vida, virtudes y milagros del Beato Lorenzo de Brindis, General que fué de los Capuchinos, fundador de esta santa Provincia de Castilla y embajador dos veces a nuestro Católico Monarca Felipe tercero...* Madrid, por don Joaquín Ibarra, 1784.

21 × 16 cms.; 14 hojas + 633 pp. + un grabado fuera de texto y antes de la portada.

Es la vida de este ilustre capuchino, santo y sabio a la vez, publicada a raíz de su beatificación en junio de 1783. Como ya dijimos, es seguramente la mejor obra del Padre Ajofrín, bajo el punto de vista histórico, bien documentada.

Como defensa de esta obra compuso una «Respuesta a la censura que puso el dominico Padre Fray Miguel Martínez de Vingala». Vide al final de estas notas.

12. *Vida, virtudes y milagros de San Lorenzo de Brindis, General de la Orden de los Capuchinos, escrita por..., corregida y aumentada por los reverendos Padres Capuchinos exclaustrados de la Provincia de Cataluña.* Segunda edición. Barcelona, 1881.

19,5 × 12,5 cms.; 587 pp. + 1 grabado de la Inmaculada fuera de texto.

Lo añadido en esta edición es desde la p. 557, y son testimonios recogidos de varios autores y la descripción de las ceremonias de su canonización.

13. *Vida, virtudes y milagros de San Lorenzo de Brindis... Corregida y aumentada por los reverendos Padres Capuchinos exclaustrados de la Provincia de Cataluña.* Tercera edición. Madrid, Tipografía del Sagrado Corazón, 1904.

20 × 14 cms.; 738 pp. + 6 hojas de grabados fuera del texto.

Es una edición en un todo conforme con la segunda; se ha añadido desde la p. 727 hasta el final: honores tributados a San Lorenzo en el convento de la Anunciada y descripción del nuevo altar.

14. *Compendio de la vida del Beato Lorenzo de Brindis, General que fué de los Capuchinos.* Madrid, por don Joaquín Ibarra, 1784.

15 × 11 cms.; XIV + 332 pp.

Es un compendio, como ya dice el mismo título, de la obra lata anterior. Fué sin duda como una edición popular sacada también con motivo de la beatificación de San Lorenzo.

15. *Compendio de la vida y virtudes del abogado de los pobres San Fidel de Sigmaringa, capuchino, protomártir*

de la Sagrada Congregación de Propaganda Fiae. Madrid 1786, en la Imprenta de Alfonso López.

16 × 11 cms.; 8 hojas + 354 pp. + 1 hoja.

El Padre Ajofrín fué sin duda quien arregló y preparó para la imprenta esta compendiosa vida de San Fidel, pero, como él mismo confiesa y repite por dos o tres veces en las hojas preliminares, había sido compuesta por el Padre Matías de Marquina, el acérrimo impugnador de *Fray Gerundio de Campazas,* capuchino también y de la misma Provincia de Castilla.

Así lo hace constar el Padre Ajofrín en el prólogo: «Dos veces escribió la vida de nuestro Santo, aunque no puso su nombre, efecto sin duda de su humildad. La primera salió con alguna brevedad y concisión; la segunda salió con alguna más extensión y es la que ahora se imprime, aunque enmendada en algunas partes y añadida en otras.»

Seguramente que debió comenzar la preparación de una segunda edición, pues hemos visto unas hojas manuscritas que llevaban este título: «El abogado de los pobres. Compendio de la vida y virtudes de San Fidel de Sigmaringa, dispuesto ahora de nuevo por el Padre Francisco de Ajofrín.» No son más que dos hojas y no originales de él (Academia de la Historia, «Papeles de Jesuitas», tomo 38, f° 39. Es de los que encuadernó el Padre Ajofrín, poniéndole a pluma en la portada: «Librería de San Antonio del Prado»).

16. *Admirable y pasmosa vida del capuchino escocés, llamado en el siglo Jorge Lesleo y en la religión Arcángel de Escocia...* Madrid, 1787, en la Oficina de Antonio Fernández.

15,5 × 11 cms.; 7 hojas + 378 pp.

El fondo principal de esta obra es la vida de un famoso capuchino escocés, ilustre por su sangre y por sus virtudes, la que refiere con toda clase de pormenores. Esa vida había sido ya escrita anteriormente por otros varios autores.

Además, el original del Padre Ajofrín se conserva ma-

nuscrito, con muchas enmiendas y añadiduras, en la B N., Ms. 6.626, y tiene un total de 363 pp.; lleva el mismo título que la impresa.

17. *Tratado teológico-místico-moral en que se explica, según los principios más sólidos, la Bula «Pastoralis Curae» de la Santidad de Benedicto XIV sobre el confesor extraordinario de las monjas...* Madrid, en la Imprenta de don Pedro Marín, 1789.

21 × 15 cms.; 10 hojas + 267 pp.

Diserta en este tratado sobre la cuestión de los confesores extraordinarios de las monjas, concedidos por la expresada Bula de Benedicto XIV; el Padre Ajofrín, aleccionado por la experiencia, la interpreta en un sentido amplio. Como apéndice habla del ayuno eucarístico.

Esta obra póstuma del Padre Ajofrín suscitó no pocas polémicas tanto por lo que mira a la primera cuestión como a la segunda.

Salió en contra el Doctor don Manuel Custodio, que, creyéndose aludido en el escrito del Padre Ajofrín, dió a la imprenta este opúsculo de 80 pp.: *El ayuno natural, disposición preparatoria para la Sagrada Comunión, combatido por el reverendo Padre Doctor Francisco de Ajofrín,* Sevilla, 1790.

Por el contrario, en defensa del Padre Ajofrín se publicó dos años después esta otra: *Reflexiones apologéticas que sobre el ayuno natural nuevamente sostenido por el señor Doctor don Manuel Custodio, hace en honor de la verdad don Francisco Ramos, en continuación de la resolución caritativa y apéndice eucarístico del reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín.* Puerto de Santa María, 1792.

También contra lo defendido por él en la primera parte del mencionado *Tratado* se publicó esta otra obra: *Justa defensa de los Prelados regulares contra las aserciones falsas, quejas injustas y declamaciones importunas del reverendo Padre Fray Francisco de Ajofrín, de la Familia Capuchina del Orden de nuestro Seráfico Padre San Francisco, en la expli-*

cación de la Bula «Pastoralis Curae» de nuestro Santo Padre Benedicto XIV acerca de los confesores extraordinarios de las monjas... Su autor, el reverendo Padre Maestro Fray José Fernández Reconco, de la Regular Observancia de nuestro Seráfico Padre San Francisco. Madrid, 1794.

18. *Diario del viaje que hicimos a Méjico Fray Francisco de Ajofrín y Fray Fermín de Olite, Capuchinos.* Con una introducción por Genaro Estrada. Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas. I, México, 1936.

24 × 18 cms.; 33 pp. con numerosas ilustraciones en el texto.

Es publicación de parte del Ms. 3.967 de la B. N., es decir, de las pocas páginas, originales también del Padre Ajofrín, que refieren su viaje a Méjico. No llega esta narración sino hasta su llegada a la capital de Nueva España. Aunque en varias cosas coincide con este *Diario* que ahora se publica, es mucho más resumido, añadiendo luego algunas frases usadas en la marina, frutas, aves, animales y árboles que se dan en América. Ya diremos luego algo más sobre esto.

19. *Diario del viaje que por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hizo a la América Septentrional, en el siglo XVIII, el Padre Fray Francisco de Ajofrín, Capuchino.* Edición y prólogo de Vicente Castañeda y Alcover. Vol. I. Archivo Documental Español, publicado por la Real Academia de la Historia, tomo XII, Madrid, 1958.

25,5 × 18 cms.; xv + 306 pp., con numerosas ilustraciones en el texto y fuera de él.

Se trata de la primera parte del *Diario* que ahora se publica y cuyo manuscrito original se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia con la signatura 9/3419. De él nos ocuparemos luego con mayor detención.

20. *Breve descripción de las Californias por Fray Francisco de Ajofrín, Capuchino.* Manuscrito n° 3.967 de la Bi-

blioteca Nacional de Madrid. José Manuel Porrúa, editor. Madrid, 1958.

12 × 9 cms.; 30 pp. + 1 hoja.

Reproduce las notas que sobre las Californias dejó consignadas el Padre Ajofrín en dicho manuscrito, conservado en la B N. y que forma el primer tomo de su colección *Tolle et lege,* como diremos. Esa descripción ocupa las páginas 191-203.

21. *Apéndice a la tercera parte de los «Anales de la Religión de Menores Capuchinos de nuestro Seráfico Padre San Francisco», traducido del idioma latino en que le escribió el Reverendo Padre Fray Silvestre de Milán..., por el Reverendo Padre Fray* FRANCISCO DE AJOFRÍN... Parte segunda o tomo séptimo de sus Crónicas generales.

Se conserva manuscrita en la B N., Ms. 12.913.

290 × 220 mm.; 11 f^{os} + 929 pp + 10 hojas en blanco + 15 f^{os} de índices.

Después de un prólogo del Padre Ajofrín en que hace resaltar las glorias de la Orden Capuchina, los hombres ilustres que ha tenido, etc., sigue la traducción literal de la obra del Padre Silvestre de Milán, que no tradujo del todo, faltando muy poco; en cambio, puso también los índices. La obra del Padre Milán, que viene a ser como el tomo séptimo de las Crónicas de la Orden, lleva el siguiente título: *Annales Ord. Min. Capuccinorum. Appendix ad tomum tertium,* Mediolani, 1737. La primera parte de este apéndice fué traducido por el capuchino Padre Matías de Marquina y publicado en Madrid, 1758.

22. *Historia sacro-profana de la Ilustre y Noble Villa de Ajofrín y aparición milagrosa de la soberana imagen de Nuestra Señora de Gracia, venerada a siete leguas de dicha Villa, en el convento de reverendos Padres Agustinos Calzados del lugar de San Pablo de los Montes de Toledo. Su autor, el Reverendo Padre Fray* FRANCISCO DE AJOFRÍN, *ex-*

Lector de Sagrada Teología, Comisario general que fué por la Sacra Congregación de Propaganda Fide en la América Septentrional de las misiones del Gran Tibet y Cronista de su Provincia de Menores Capuchinos de las dos Castillas y natural de la misma villa de Ajofrín.

Se conserva manuscrita en la B N., Ms. 2.169; éste es el tomo primero.

210 × 160 mm.; 10 f^os^ + 936 pp., numeradas solamente las impares.

Después de una dedicatoria a la Virgen del Sagrario y una prefación, comienza a tejer la historia de Ajofrín desde la más remota antigüedad, siguiendo luego por las iglesias, ermitas, personajes ilustres, etc. Contiene datos muy interesantes y curiosos.

23. [*Historia sacro-profana...* Tomo II.]

Es continuación de la anterior; no lleva título y se conserva asimismo en la B N., Ms. 2.170.

210 × 160 mm.; pp. 937-2.001.

En este tomo se continúa la paginación del primero y es también, como el otro, enteramente autógrafo del Padre Ajofrín.

Muñoz y Romero cita también como del Padre Ajofrín la siguiente obra: *Historia sacro-profana de la ilustre villa de Ajofrín y aparición de su milagrosa imagen de Nuestra Señora de Gracia,* Ms. en folio de 333 pliegos; y añade que el autor presentó esta obra al Consejo de Castilla en el año 1774, solicitando licencia para su impresión, aunque no debió publicarse [1].

Así fué, en efecto, pero no sabemos si se trata de la obra lata o de un compendio. De todos modos, fué rechazada el 19 de julio de 1774 [2].

[1] *Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España,* Madrid. 1859, 3.

[2] Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Colección de cencuras, leg. 2, n. 40.

24. *Historia del convento de Religiosas Dominicas de la villa de Ajofrín.*

Se conservaba manuscrita en el convento de las citadas Religiosas, habiendo desaparecido, según ellas nos han indicado, en la revolución de 1936, al tener que abandonar el convento. Consignamos solamente ese título, tal como lo anota el Padre Andrés de Palazuelo, que la vió y examinó [1].

25. *Indice de la Librería de los Capuchinos de San Antonio del Prado.*

Ms. de 895 pp., 290 × 200 mm., de puño y letra del Padre Ajofrín, y que se conserva en el Archivo Provincial de los Capuchinos de Castilla, en Madrid (47/0001).

Está hecho por orden alfabético de autores y a veces también de materias, y seguramente fué redactado por el Padre Ajofrín siendo bibliotecario; posteriormente se añadieron algunas otras fichas. Tiene la importancia de que en él están consignadas las obras impresas y también las manuscritas conservadas en dicha biblioteca. Así nos consta de la existencia de varios interesantes manuscritos de teólogos y escritores de la mencionada Provincia religiosa, sobre todo del siglo XVII.

26. *Tolle et lege.* Tomo I.

Ms.; 220 × 160 mm.; 10 f^{os} + 596 pp. Se conserva en la B N., Ms. 3.967.

Es un tomo de verdadera miscelánea, siendo sólo una mitad de su contenido original y autógrafo del Padre Ajofrín. Allí se encuentra (pp. 13-55) parte del *Diario* de su viaje a Méjico, es decir, lo publicado por el señor Estrada [2]; su viaje a Villafranca del Bierzo a reconocer el cuerpo de San Lorenzo (pp. 100-104); descripción de las Californias (pági-

[1] Andrés de Palazuelo, O. F. M. Cap.: *Vitalidad Seráfica (Semblanzas Capuchinas)*, Primera serie, Madrid, 1931, 214.

[2] Esta parte lleva en la p. 13 el siguiente título: «*Diario del viaje que hicimos a México Fr. Francisco de Ajofrín y Fr. Fermín de Olite, Capuchinos.*»

nas 191-203), es decir, lo publicado por el señor Porrúa; también otras notas sueltas, ilustrativas y curiosas, de propia mano del Padre Ajofrín; el resto del manuscrito, de distinta letra, lo llenan coplas, saetillas, cánticos de penitencia, villancicos, himnos a la Virgen, etc., de autor desconocido, fuera de algunas que son con certeza del capuchino Padre Lorenzo de Ajofrín.

27. *Tolle et lege.* Tomo VII. A uso del Padre Fray Francisco de Ajofrín, Capuchino de la Provincia de Castilla y residente en el convento grande de Nuestra Señora de la Merced de esta ciudad de Méjico.

Ms.; 221 × 150 mm.; 20 f^{os} + 968 pp. + 1 hoja. Se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (sign. 9/3419).

Es ni más ni menos que el original del *Diario* que ahora se publica en dos tomos. Es todo autógrafo y sus características las describiremos después en párrafo aparte. Modernamente ha sido paginado y tiene en total 1.108 pp.

El título propio lo lleva en la p. 1: «*Diario del viaje que por orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide hice a la América Septentrional en compañía de Fr. Fermín de Olite, Religioso lego y de mi Provincia de Castilla.*»

28. *Tolle et lege.* Tomo X.

Ms.; 221 × 150 mm.; 660 + 5 hojas. Se conserva también en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (sign. 9/3421).

Es un tomo casi de miscelánea y además no todo él del Padre Ajofrín. Lleva al principio un índice alfabético de materias de predicación; un sermonario, que no es del Padre Ajofrín; sigue luego el índice de materias de predicación o, mejor, de autores que tratan de una materia determinada; luego un análisis de la obra impresa con el título *Antídoto para solicitantes* (pp. 414-446), y finalmente habla de medicinas, sobre todo para las enfermedades propias de América,

contra picaduras de alacranes, víboras, tercianas, mal de piedra, etc.

29. Colección *Tolle et lege.*

Así tituló el Padre Ajofrín una especie de colección de tomos de varios, compuestos de opúsculos, más o menos extensos y de autores en su mayoría capuchinos. Los tres que hemos descrito aparte, o sea los tomos I, VII y X, son manuscritos; falta el II, cuyo paradero se ignora; el resto, hasta el XI inclusive, los componen todos distintos impresos. A veces, sobre todo al principio, suelen llevar algunas hojas manuscritas y originales del Padre Ajofrín; por ejemplo el VI, que tiene la dedicatoria al siervo de Dios don Gregorio López, y más tarde, a la p. 444 y siguientes, «licencias y aprobaciones de la *Carta familiar*», con otras notas. También el XI lleva la dedicatoria a la Virgen del Carmen de La Puebla.

Todos ellos, según ya se indicó, se encuentran en la Biblioteca de la Academia de la Historia, teniendo las siguientes signaturas: tomo III, 9/3415; tomo IV, 9/3416; tomo V, 9/3417; tomo VI, 9/3418; tomo VIII, 9/3420; tomo X, 9/3421; tomo XI, 9/3422.

30. *Otros opúsculos que se conservan del Padre Ajofrín.*

Para completar la bibliografía de nuestro autor, queremos dar a conocer finalmente algunos opúsculos o tratados breves que también nos ha dejado:

a) *Dictamen del Padre Francisco de Ajofrín sobre una consulta relativa a la crianza de niños por nodrizas* (Madrid, 20 de septiembre de 1777). Ms. de 14 hojas. (Arch. Prov. de Capuchinos de Castilla, 14/000012).

b) *Representación del Padre Francisco de Ajofrín al excelentísimo señor don Francisco Lorenzana, Arzobispo de Toledo.* Ms. de 14 hojas (*Ibid.*, 14/00015). Habla aquí del Vicariato general de los reales ejércitos y luego sobre el Patriarcado en orden a la absolución sacramental.

c) *Respuesta del autor de la vida del Beato Lorenzo de Brindis a la censura que puso el Padre Fray Martínez de Vingala, Dominico.* 17 f^{os} (Ibid., 45/00001).

d) *Alocución sobre la imagen de Nuestra Señora de los Remedios de Cholula, a dos leguas de La Puebla de los Angeles* (B N., Ms. 20.412/33). 5 hojas y grabado de la imagen.

e) *Dudas y respuestas sobre la perfecta vida común.* Ms.; 5 hojas (B. de la R. Academia de la Historia, «Papeles de Jesuítas», tomo 203, f° 39).

Esta es, y terminamos, la producción literaria que conocemos de este ilustre capuchino, natural de la villa de Ajofrín, autor del presente *Diario,* cuyas características vamos a reseñar.

IV. «DIARIO» DEL PADRE AJOFRÍN DE SU VIAJE A MÉJICO

No queremos extendernos mucho en este punto, puesto que el lector tiene a la vista las páginas de este *Diario* y puede juzgar por sí mismo de su interés y valor. Pretendemos sólo hacer resaltar algunas cosas.

En primer lugar no puede negarse que es un arsenal de noticias curiosas e interesantes sobre numerosos pueblos y ciudades de Méjico. En sus apuntes recogió no sólo las tradiciones del tiempo de la gentilidad, sino también, en frecuentes ocasiones, el origen de los pueblos y de sus monumentos, de sus iglesias, ermitas, castillos, fortalezas, etc. A ello ha añadido mil curiosas noticias de las imágenes más célebres y de más devoción, veneradas en diversas partes. Y, no contento con ello, ha procurado insertar en su *Diario* las estampas respectivas.

Supo con constancia y al propio tiempo estudiada curiosidad tomar cuantos datos llamaron su atención sobre santuarios notables, describiéndonos lo más importante en ellos existentes, no dejando pormenor de interés que no trasla-

dase a sus apuntes. Ni se mostró menos diligente en darnos los productos naturales que en las distintas regiones y pueblos se producían o recogían, así como también su fauna y flora y hasta las artes e industrias que cultivaban los naturales, y que unas veces consumían allí y otras exportaban fuera, incluso a otras naciones. Más aún: parece sentir en muchas ocasiones cierta complacencia en dar a conocer todo y en recalcar la importancia económica que podría suponer para el país y para España.

Ni se ciñe a describir los pueblos y ciudades, sino que va anotando cuanto a su paso, por intrincados caminos, montañas o serranías, despierta en él curiosidad e interés. Y para que todo ello no sólo le sirviese a él de recuerdo, sino también de ilustración a otros y a fin de que los demás pudiesen participar de esas mismas agradables impresiones por él recibidas, ese *Diario* está materialmente cuajado de dibujos hechos a pluma en los que unas veces traza el plano de las ciudades o pueblos, otras recoge la perspectiva de una isla, montaña o serranía, de un puente, una hacienda, de un santuario, de una mina, etc.

El Padre Ajofrín lamenta en más de una ocasión el abandono en que se encontraban los fieles, así indios como españoles, sobre todo aquéllos, por la falta de atención espiritual en que vivían, debido principalmente a las decisiones tomadas por algunos Obispos de privar a los religiosos de los curatos y doctrinas, dándoselas a los clérigos seculares. Y con tal motivo nos da numerosas referencias de las antiguas misiones de los religiosos, así como del estado actual en que se encontraban, conventos antiguos y existente ahora, número de religiosos, ocupaciones en que se empleaban, apostolado ejercido, etc. Cuantas noticias nos proporciona sobre este particular las hemos recogido con anterioridad en un trabajo publicado, en cuya introducción hacíamos resaltar ya la importancia de este *Diario* [1].

[1] Cfr. mi artículo «Noticias misionales de Méjico en los años 1763 a 1767», en *Missionalia Hispanica,* 11 (1945), pp. 209-44. Esas

Por otra parte podríamos muy bien repetir aquí cuanto el señor Vicente Castañeda dice en el Preliminar del tomo primero. Allí no hace sino reflejar la realidad de los hechos y poner de manifiesto lo que es este *Diario* y su importancia. Por eso omitimos insistir sobre lo mismo.

Finalmente, creemos que la mejor apología que se pudiera hacer de la virtud, actividad y méritos del Padre Ajofrín huelga en vista de lo que el lector puede apreciar en este *Diario*. Sus páginas, escritas con suma naturalidad, a vuela pluma y como hijas de la impresión del momento, son reflejo y claro testimonio de las grandes caminatas que tuvo que hacer, de los trabajos soportados y otros mil sufrimientos experimentados a causa de los calores, de los fríos, en la comida, en la cama, etc. Todo lo cual supo él llevar con la mayor resignación y alegría.

Por último debemos anotar que tanto este tomo como el primero publicado por el que fué Secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, don Vicente Castañeda, responden en un todo al original autógrafo que se conserva en la Biblioteca de la mencionada corporación con la signatura 9/3419. Es todo él escrito por el Padre Ajofrín, cuya letra inconfundible puede verse a lo largo de sus páginas, si exceptuamos algunas que no dicen precisamente relación al *Diario*, sino que son como documentos por él aportados como prueba de la comisión que recibió para pedir limosna en pro de la misión del Tibet y a través de las diversas provincias de Nueva España.

Y decimos que es todo él de puño y de letra del Padre Ajofrín, como puede apreciarse fácilmente confrontándolo con otros manuscritos suyos de que arriba hemos hecho mención y que se conservan bien en la B N. de Madrid, en el Archivo Provincial de Capuchinos de la Provincia de Castilla o en la biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Lástima ha sido que el señor Genaro Estrada haya publi-

noticias están entresacadas precisamente de este *Diario;* se dan también allí algunos datos del P. Ajofrín.

cado aparte y nada menos que formando el primer tomo de la «Biblioteca Histórica Mejicana de obras inéditas», las pocas páginas que de este *Diario* se encuentran repetidas, aunque igualmente autógrafas, en la Biblioteca Nacional de Madrid. Sin duda no conoció la redacción definitiva, completa, de esta obra que afortunadamente logramos encontrar y pretendimos publicar hace ya más de dos lustros, la que ahora, gracias a la munificencia de la Real Academia de la Historia, sale por fin a luz en la esperanza de que ella ha de servir para ilustrar más y más la historia de Méjico, aumentar su bibliografía, ya muy abundante, y al mismo tiempo ser monumento literario que esclarece la memoria de este ilustre hijo de la villa toledana de Ajofrín y al propio tiempo de la Orden Capuchina.

V. LA MISIÓN DEL TIBET: RECOGIDA DE LIMOSNAS PARA ELLA

Hemos dicho antes que el motivo de haber viajado el Padre Ajofrín hacia Méjico fué la recogida de limosnas en pro de la misión capuchina del Tibet. No será fuera de propósito decir algo sobre la citada misión.

Los Capuchinos se habían hecho cargo de ella en 1703 por disposición de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Pero, dada la distancia y juntamente previendo las muchas necesidades que los misioneros padecerían, la misma Congregación se comprometió, ya desde un principio, a enviarles socorros pecuniarios, los que serían remitidos anualmente. Pero es lo cierto que por varias causas los misioneros se veían y deseaban para lograr aquellos prometidos socorros. Todo ello motivaba que la misión no adelantase y que los misioneros no estuviesen ni medio atendidos.

Así las cosas, en 1738 se tomó otra determinación. Entre los que formaban la Congregación de Propaganda Fide se contaba el Cardenal español Luis Belluga, quien poco menos que tomó a su cuidado aquella misión. Como consecuencia se interesó grandemente ante el Monarca español Felipe V

y de él consiguió se hiciesen colectas y se recogiesen limosnas en pro de ella. Asimismo, que cuatro Padres Capuchinos, junto con un Hermano, pasasen a Méjico con objeto de recoger limosnas con idéntico destino. Y tanta era la estima en que se tenía el ser destinado a esa comisión, que cuantos religiosos fueron, gozaron de los mismos privilegios y títulos que los propios misioneros del Tibet [1].

Según esa autorización de Felipe V podían estar en Méjico recogiendo limosna, a las órdenes de Propaganda Fide, dos sacerdotes italianos y otros dos españoles, más un Hermano lego para ayudarles [2].

Efectivamente, ya aquel año de 1738 fueron destinados a Méjico y con ese encargo los italianos Padres Pablo María de Matelica, de la Provincia de las Marcas, y Antonio de Bertonico y el Hermano Fray Juan Bautista de Bertonico, de la de Milán. De los españoles fueron enviados los Padres Joaquín de Barcelona y Jaime de Perelada, ambos de la Provincia religiosa de Cataluña. Los cinco llegaron a Cádiz con intención de embarcarse para su destino, y mientras los italianos se vieron forzados a esperar embarcación, los españoles lo hicieron, pero en distinto navío, con tan mala suerte que uno de ellos en que iba el Padre Jaime fué apresado por los ingleses, entonces enemigos de España y en guerra con ella, muriendo poco después [3], mientras que el Padre Joaquín arribó a Méjico, regresando pronto a su Provincia.

[1] Cfr. *Bullarium Ord. Fr. Min. Cap.*, VII, Romae, 1752, 262. MELCHIOR A POBLADURA, O. F. M. Cap.: *Historia Generalis Ord. Fr. Min. Capuccinorum*, Pars II, v. II, Romae, 1948, 368 ss. También el P. Ajofrín, en su *Carta familiar*, tanto en la primera como en la segunda edición, habla largamente de esta misión. Finalmente, es interesante la *Representación hecha por el P. Procurador General de los Capuchinos a la Congregación de Propaganda Fide sobre el estado de la misión del Tibet...*, traducción por el DR. D. ANTONIO M. HERRERO, Madrid, 1744.

[2] *Analecta O. F. M. Cap.*, 21 (1905), 347 ss.

[3] *Ibid.* Cfr. BASILIO DE RUBÍ, O. F. M. Cap.: *Necrologi dels Caputxins de Catalunya i Baleares* (1578-1944). Barcelona, 1945. Aquí se dice que murió en Veracruz, en 1748, y que fué sepultado en el convento de Observantes de dicha ciudad.

De los italianos regresaron a su patria el Padre Pablo María y Fray Juan Bautista, en tanto que el Padre Antonio de Bertonico pudo al fin embarcarse en Cádiz, llevando por compañero al Padre Lorenzo de Vélez, andaluz. Ambos llegaron a Nueva España y llevaron a cabo la comisión que se les había encomendado [1].

Posteriormente, el 18 de septiembre de 1748, la Congregación destinaba a Méjico, con idéntico objetivo, a los siguientes: Padre Lorenzo de Brá, italiano y de la Provincia de Piamonte; Padre Benito de Granada, de la de Andalucía, y Fray Lorenzo de Mentone, Hermano lego, italiano y de la Provincia de Génova [2].

Marcharon a Méjico con ese mismo objeto en 1752 el Padre Pablo María de Ferrara, italiano, de la Provincia de Bolonia, vuelto a su patria en 1767, y el Padre Jerónimo de Jerez, de la Provincia de Andalucía, que regresó en 1763 [3].

El 8 de junio de 1762 iba destinado también a lo mismo Fray Hilarión de Bérgamo, Hermano lego de la Provincia italiana de Brescia [4]. En 1763 lo fueron, como ya dijimos, el Padre Fray Francisco de Ajofrín y Fray Fermín de Olite, y en 1765, el Padre Felipe de Portogruaro, italiano, de la Provincia de Venecia [5].

1 *Analecta O. F. M. Cap.*, 21 (1905), 348. El P. Ajofrín (*Tolle et lege,* VII, pp. 970-71, y *Tolle et lege,* I, al final, pone la lista de todos estos religiosos que en Méjico estuvieron recogiendo limosnas antes de él o contemporáneos suyos. Del P. Bertonico dice que murió en Guanajuato y que el P. Vélez terminó sus días en Méjico.

2 *Analecta O. F. M. Cap.*, 21 (1905), 348. Del P. Brá dice el P. Ajofrín en los manuscritos citados que había vuelto a su provincia —lo hizo en 1768—y que aún vivía cuando él componía sus libros; del P. Benito, que había muerto en Veracruz, y de Fr. Lorenzo, que había vuelto a su provincia y muerto en Turín.

3 *Ibil.* El P. Ferrara volvió a su provincia en 1767, y aún vivía, según el P. Ajofrín, al componer su Diario; lo propio se diga del P. Jerez, que también volvió a su provincia y aún vivía en esa época.

4 *Ibid.* Fr. Hilarión volvió en 1768 a su provincia.

5 *Ibid.* De este último dice el P. Ajofrín que murió a su arribo

Finalmente en 1768 era también designado para ese fin el Padre Justino de Bolonia, de la Provincia italiana de Bolonia, pero no llegó a su destino porque el entonces rey de España Carlos III prohibió que ningún italiano pidiese limosna de allí en adelante en Méjico, de donde regresaron como consecuencia el Padre Lorenzo de Brá y Fray Hilarión de Bérgamo que aún se encontraban allí [1].

No obstante cuanto llevamos indicado acerca de la petición de limosnas en Méjico con destino sobre todo a la misión del Tibet, es digno de consignarse, para esclarecer mejor este asunto, lo que el Padre Ajofrín nos dice en el prólogo a su *Diario:* «Ahora, para mantener y aun aumentar obra tan del agrado de Dios (la misión del Tibet), dejó el eminentísimo señor Cardenal Spínola una deuda considerable, no menos de ciento treinta y cuatro mil setenta y tres pesos y dos maravedises, que a favor suyo tenía la Corona de España. Por reales superiores decretos se ha mandado pagar en Méjico diez mil pesos cada año, hasta la extinción total de la deuda. Para el recobro de esta limosna y otras que al mismo fin ofrecen los ilustrísimos señores Obispos de estos reinos, algunos Cabildos eclesiásticos y seculares, me mandó monseñor Pallavicini, Nuncio de Su Santidad en España, por orden que para ello tenía de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, viniese a estos reinos con las facultades concedidas a otros religiosos capuchinos que para el mismo efecto están en él» [2].

Y respecto de lo mismo añade [3]: «Deuda a favor de la misión del gran Tibet a cargo de la Sagrada Congregación

a Veracruz, precisamente el día de San Ignacio, añadiendo: «en que pudo haber algún misterio».

1 *Ibid.* Cfr. también la carta de Fr. Fermín de Olite al Nuncio en España (26 de julio de 1768), comunicándole que el arzobispo de Méjico había ordenado salir de aquel reino a sus dos compañeros P. Lorenzo de Brá y Fr. Hilarión de Bérgamo (Archivo Vaticano.-Nunziatura di Spagna, vol. 267, ff. 11 12). Esa carta está en castellano e italiano.

2 Cfr. tomo primero de este *Diario,* 7.

3 *Tolle et lege,* t. VII, p. 968.

de Propaganda Fide: Ciento treinta y cuatro mil pesos fuertes, tres reales y dos maravedises. Hay orden del Rey para que anualmente se paguen de las cajas de Méjico diez mil pesos hasta la extinción total de esta deuda, que es legítima contra la Corona, pero no todos los Virreyes pueden o quieren pagarlo. El excelentísimo señor Marqués de Cruillas, con su acostumbrada piedad, pagó veinte mil pesos. Tenía la Sagrada Congregación de Propaganda una hacienda en Méjico, llamada de los *Portales,* a favor de la referida misión, la cual fué preciso venderla, aunque en precio muy inferior a su valor, y se malogró esta finca. Se colectaban también varias limosnas de los gremios y cabildos de las ciudades. Al principio se remitía anualmente a los misioneros, por vía de Acapulco, las Filipinas y la China, al gran Tibet la cantidad de mil escudos romanos, que son mil cuatrocientos y seis pesos fuertes y dos reales, según el valor de la moneda mejicana. Después hubo orden de la Sagrada Congregación para remitir a Roma los caudales, y en mi tiempo se enviaron a Roma en dos remesas la cantidad de cuarenta y un mil cuatrocientos y setenta y cuatro pesos fuertes, y quedaron en la caja de don Manuel Aldaco más de diez mil pesos fuertes.

Las remesas se hicieron en dos flotas como se sigue:

	Pesos fuertes
En la flota del año 1765 se remitieron	15.000
En la de 66 se remitieron	26.474

Las partidas que entraron en las arcas son las siguientes:

De la hacienda de los Portales, que se vendió	10.868
De la misma hacienda	1.400
De la dicha hacienda	1.000
De varias limosnas colectadas por los Padres italianos ...	6.800
De la limosna de La Puebla de los Angeles	1.400
De la limosna de Michoacán	1.706
De la partida de Pezquaro, Guanajuato, etc.	1.004
De la deuda a favor de la misión	10.000
De la limosna de Oaxaca	2.116
De la otra deuda a favor de la misión	10.000
De la feria de Jalapa y otras limosnas	6.090

Aunque el Padre Ajofrín nada nos dice concretamente de cuánta fué la limosna por él recaudada, creemos, a juzgar por lo que expone en su *Diario* y por los sitios por él recorridos, debió ser unos 12.316 pesos fuertes.

VI. EL COMPAÑERO DEL PADRE AJOFRÍN, FRAY FERMÍN DE OLITE

Queremos, para completar estas notas bio-bibliográficas y al propio tiempo ilustrativas del *Diario,* añadir algunos datos sobre el religioso que acompañó al Padre Ajofrín en su viaje a Méjico: Fray Fermín de Olite.

Con la vuelta de aquél a España en 1767, y asimismo del regreso del Padre Lorenzo de Brá y de Fray Hilarión de Bérgamo, ambos italianos, a su patria, en 1768 [1], quedó para seguir recogiendo limosnas con destino a la misión del Tibet Fray Fermín de Olite.

Pertenecía, como el Padre Ajofrín, a la Provincia religiosa de Castilla. Sin embargo era oriundo de Olite (Navarra), donde había nacido justamente el mismo año que aquél, en 1719. Recibió el hábito capuchino en el convento de Salamanca, destinado para noviciado de la entonces llamada Provincia de la Encarnación de las dos Castillas, el 10 de julio de 1740, profesando allí al siguiente año [2].

No sabemos las razones por qué se le designó como compañero del Padre Ajofrín para ir a Méjico con la delicada misión tantas veces indicada. Quizás haya sido presentado tanto al Nuncio como al Padre General de la Orden por el mismo Padre Ajofrín; se habían conocido ya durante el año de prueba que pasaron juntos, aunque no todo el noviciado completo. Lo cierto es que con él marchó a Méjico y allí habrá de seguir hasta su muerte.

1 Cfr. *Analecta,* v. c., y la carta de Fr. Fermín al Nuncio (26 de julio de 1768).

2 B. DE CARROCERA, *Necrologio,* 120.

Sin embargo es muy cierto que no acompañó al Padre Ajofrín en sus largas caminatas por los pueblos y ciudades de determinadas provincias, sino que él debió estar en Méjico y luego salió a recorrer otras provincias con el mismo encargo, quedando más tarde él solo.

El 27 de julio de 1768, cuando ya el Padre Ajofrín se había ausentado de Nueva España, escribía desde allí Fray Fermín (Méjico, 26 de julio de 1768) al Nuncio de Madrid, diciéndole le había escrito ya antériormente el 26 de marzo; le exponía cómo el señor Arzobispo de Méjico había mandado salir de aquel reino a sus dos compañeros el Padre Lorenzo de Brá y Fray Hilarión de Bérgamo, manifestando tenía orden del Rey para hacer salir de allí a todo eclesiástico extranjero; pero añade había notado quedaban otros varios que no eran capuchinos, por lo cual le pide ponga remedio por los males que se siguen a las misiones [1].

El que hacía las veces de Nuncio en Madrid escribió seguidamente a la Congregación de Propaganda Fide exponiendo lo que pasaba, y asimismo a la Secretaría de Estado para comunicar que Fray Fermín era el único que había quedado de los cuatro que habían ido a Méjico a recoger limosnas con destino al Tibet [2].

Fray Fermín supo comportarse en el desempeño de su cometido como verdadero religioso, tanto que el Padre Colindres, según ya hemos indicado, le pondera al igual que al Padre Ajofrín, diciendo habían recogido mucha más limosna que los italianos y en menos tiempo, lo cual era debido al buen comportamiento y edificación [3].

Pero este capuchino era un religioso sumamente original.

[1] Archivo Vaticano.—Nunziatura di Spagna, vol. 267, ff. 11-12.

[2] Carta del que hacía las veces del Nuncio (Madrid, 10 de enero de 1769), *ibid*, fol. 9.

[3] Carta del P. Pablo de Colindres, General de la Orden Capuchina, al Nuncio de España (Alcalá de Henares, 8 de julio de 1764) (Archivo de Propaganda Fide.-Scritture nei Congressi, America centrale, vol. I, ff. 357-386; aquí se encuentran otras varias cartas del mismo religioso sobre este asunto).

Fueron muchas las cartas que escribió al Prefecto de Propaganda Fide. Entre ellas se encuentra una (Méjico, 26 de abril de 1767), escrita aun antes de emprender el Padre Ajofrín su viaje de regreso, y en ella se atreve a pedirle le consiga dispensa para ser ordenado sacerdote, alegando como causa que por los sitios donde pedía limosna muchos indios se quedaban sin misa por falta de sacerdotes [1].

Quizás no consiguiese de momento su intento por faltarle los estudios necesarios, pero es lo cierto que debió luego comenzarlos. Y es notable que en sus misivas a Propaganda Fide se firma siempre *Capuchino lego* hasta la del 26 de marzo de 1776, en que se firma *Capuchino* a secas, añadiendo que sólo se había ordenado de menores, esperando recibir el sacerdocio para Trinidad, consignando al mismo tiempo los siguientes datos de su vida: que tenía treinta y seis años de religioso y cincuenta y seis de edad, esperando cumplir cincuenta y siete para el mes de septiembre, y que era Procurador de la misión del Tibet [2].

Por fin vió logrados sus deseos al ordenarse de sacerdote el 21 de septiembre de 1776, es decir, al cumplir los cincuenta y seis años [3].

Las muchas cartas suyas escritas a la Congregación de Propaganda Fide, y que se conservan en su archivo, son testimonio fehaciente de lo mucho que trabajó en pro de la misión del Tibet y de las copiosas limosnas que recogió a favor de esa misión y de otras. Son además esas cartas pruebas bien palmarias del aprecio en que le tenía el Prefecto de la mencionada Congregación, pues, aparte de otros muchos títulos y privilegios, le consiguió los de Definidor y ex-Definidor provincial, lo que también le fué reconocido por los Superiores de la Orden, mandando que nadie osase ponerlos en tela de jucio [4].

1 *Ibid.*, fol. 489.

2 *Ibid.*, vol. II, fol. 15.

3 *Ibid.*, vol. II, fol. 39.

4 Archivo General de la Orden Capuchina.-AG-8. Tabulae Capitulorum Generalium seu Acta Ordinis, ms., pp. 290-91.

Ni se contentó con eso el buen antiguo hermano lego y ahora ya Padre Fermín de Olite; más tarde alcanzó para sí el título de Padre de Provincia, con todos los honores y privilegios, que equivalían a los que tenía el que había sido Superior Provincial. Más aún: todavía se atrevió a pedir le nombrasen *Obispo in partibus* en 1785, gracia que no le fué concedida: hubiera sido demasiado [1].

No obstante eso, allí siguió en su puesto y dedicado de lleno a lo que se le había encomendado, hasta fines de 1791 o principios de 1792, en que falleció, sin que podamos consignar la fecha fija ni menos aún el lugar. Así lo comunicaba a la Congregación de Propaganda Fide el Padre José de Granada, otro capuchino de la Provincia de Andalucía, escribiendo desde Pachuca (Méjico), el 25 de enero de 1792, diciendo había tenido noticias de la muerte del Padre Fermín, que había estado allí comisionado para los negocios de Propaganda Fide [2].

En Méjico y en el propio campo de sus trabajos y penalidades falleció a la avanzada edad de setenta años este religioso, compañero del Padre Francisco de Ajofrín, del que, con alguna extrañeza por nuestra parte, habla muy poco en las páginas de su *Diario,* fuera de las primeras en que refiere los pormenores de su viaje de Madrid a Cádiz y de este puerto hasta su llegada a Veracruz.

Sin embargo, de uno y otro podemos testificar que cumplieron a satisfacción el cometido que les fué señalado por los superiores, y que ambos lo hicieron con el mayor fervor

1 Archivo de Propaganda Fide.-Scritture nei Congressi America centrale, vol. II, fol. 465, carta del 26 de agosto de 1785.

2 *Ibid.*, vol. III, fol. 55. Fué quizás el citado P. Granada otro de los encargados de recoger limosna con el mencionado destino, aunque no podemos dar de él otras noticias.

Terminamos estas notas advirtiendo que sobre la recogida de limosnas para la misión del Tibet y para otros fines de la Congregación de Propaganda hay abundante decumentación en el expresado Archivo, Scritture nei Congressi, America centrale, vols. I, II y III particularmente en el primero.

y celo. Así lo hace constar el Cabildo de Méjico más concretamente del Padre Ajofrín, según era público y notorio, y lo confirma también del Padre Fermín de Olite el General de los Capuchinos, Padre Pablo de Colindres, en los testimonios que arriba hemos copiado.

Por último, no queremos finalizar estas noticias bio-bibliográficas, que mejor debían haber servido de introducción a este *Diario,* sin consignar estas laudatorias frases que consagra al Padre Francisco de Ajofrín uno de los que le conocieron y trataron: «Fué el Padre Fr. Francisco de Ajofrín digno de eterna memoria y que el bronce le consagrase una bien acabada estatua para que a su visita nos estimulase a alcanzar no sólo su sabiduría, sino lo que más es, su gran virtud y santidad» [1].

[1] *Tolle et lege,* t. I, prólogo, fº 4 (BN. Ms. 3967). Este prólogo va firmado por un tal «*Fr. Leandro de Frinozejo,* Capuchino indigno», nombre que nos parece anagrama del verdadero autor FR LORENZO DE AJOFRÍN.

III

NOTAS AL VOLUMEN PRIMERO [1]

[1] Advertimos que en ellas van consignadas la página y la línea donde debiera ir la nota, a fin de que se sepa el lugar oportuno de la misma. Creemos que de este modo se subsana, en parte al menos, la falta de no haberse puesto a su debido tiempo y en su respectivo lugar, en el primer volumen de esta obra. En el segundo, por guardar igualdad de texto, tampoco se han puesto en su correspondiente sitio estas notas aclaratorias, que no se ha querido multiplicar por no juzgarlo del caso. En varias de ellas se ha corregido también la lectura deficiente del texto original.

P. 2, l. 5.—Pone «ommes» y debe ser «omnes».

P. 2, l. 6.—Pone «sunet» y debe ser «sanet».

P. 6, l. 2.—Efectivamente, como decimos en las notas bio-bibliográficas del P. Francisco de Ajofrín, éste escribió otros varios tomos con el mismo título *Tolle et lege,* sin contar otros muchos a los que rotuló de la misma manera, pero que son más bien tomos de «varios», conteniendo cada uno siete y hasta doce opúsculos distintos y de diversos autores: sermones, trataditos, tesis, villancicos, cánticos de penitencia, propios para misiones, etc. Muchos de ellos son sumamente interesantes; están encuadernados casi todos de la misma manera, y proceden de la biblioteca del antiguo convento capuchino de San Antonio del Prado, de Madrid. Será difícil encontrar reunidos tantos villancicos, e igualmente tantos y tan variados cánticos de penitencia, muy propios para misiones populares.

P. 7, l. 12.—Esta misión del Tibet, encomendada a los Capuchinos italianos, como más latamente se expone en las mencionadas notas bio-bibliográficas, estuvo siempre muy alcanzada de recursos, los que en su mayoría eran enviados por la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, que se comprometió ya desde sus comienzos al sostenimiento de los misioneros.

P. 7, l. 16.—No se ha leído bien el original: la cantidad en él consignada es de «ciento y treinta y cuatro mil setenta y tres pesos y dos maravedises», no «y dos más».

P. 7, l. 26.—No sólo fueron los señores obispos y el propio

nuncio quienes permitieron la recogida de esas limosnas, sino que también Felipe V autorizó ya en 1738 que con tal finalidad hubiese en Méjico dos Capuchinos españoles y otros dos italianos, más un Hermano lego que los ayudase o asistiese. En las expresadas notas se ponen los nombres de los que allí estuvieron, y que también el P. Ajofrín pone al final de los tomos I y VII de su colección *Tolle et lege.*

P. 7, l. 31.—El P. Ajofrín, sumamente curioso en todas sus cosas, quiso dejarnos en esos tomos no sólo el derrotero de su viaje a Méjico, desde su salida de Madrid hasta su regreso, después de cinco años, a la coronada villa, sino que siguió esa misma táctica al emprender otros viajes, dando con la mayor minuciosidad las leguas que caminó cada día, sitios por donde pasó, monumentos célebres, santuarios importantes, amén de otros sucesos que le parecieron de interés (Cfr., por ejemplo, *Tolle et lege*, I, BN. Ms. 3967, describiéndonos su viaje a Villafranca del Bierzo para extraer algunas reliquias de San Lorenzo de Brindis con objeto de remitirlas a Roma)

P. 8, l. 1.—Está mal leído el original: debe decir «aquellos indios más bozales y agrestes», en vez de «más borales y agrestes».

P. 9, l. 5.—Debe decir «intimidaba el afecto», no «el efecto».

P. 11, l. 5.—Fr. Fermín de Olite fué el compañero señalado por los Superiores para que fuese con el P. Ajofrín a Méjico y le ayudase en la recogida de limosnas. La realidad fué que, mientras permanecieron en la ciudad de Méjico, estuvieron juntos; pero luego, cuando el P. Ajofrín marchó a otras ciudades y provincias con objeto de llenar mejor su cometido, Fr. Fermín no le acompañó, sino que fué, a su vez, a otras tierras mejicanas con esa misma finalidad. Véase lo que del mencionado Fr. Fermín decimos en las notas bio-bibliográficas.

P. 12, l. 12.—Cuanto expone en este párrafo lo ejecutó en

los tomos de asuntos varios por él coleccionados, y que formaron, en cierto modo, su biblioteca particular, los cuales fueron encuadernados en piel, y así se conservan en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, no bajando de 50 los aquí existentes, de diversos tamaños. Proceden todos de la biblioteca de Capuchinos de San Antonio del Prado, de Madrid.

P. 13, l. 12.—Este principio filosófico debe leerse así: «Nihil volitum quin praecognitum.»

P. 15, l. 3.—De este Santísimo Cristo, que era de bronce, se ocupa en la página 55 de este primer volumen, aunque no pone su estampa, como suele hacer en semejantes ocasiones.

P. 17, l. 1.—Desde aquí hasta la línea quinta de la página 32 de este volumen, ha sido ya publicado, junto con algunas otras notas, en total cuatro páginas más, por G. Estrada, según el ms. 3967 de la BN. de Madrid. Forma, como ya dijimos también, el tomo I de la Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas, y lleva el siguiente título: «Diario del viaje que hicimos a México Fray Francisco de Ajofrín y Fray Fermín de Olite, Capuchinos», México, 1936.

P. 20, l. 10.—El manuscrito original pone *29* de septiembre, en vez del *23*, y en ese día 29 se celebra precisamente la fiesta de San Miguel.

P. 21, l. 5.—Tampoco es exacto lo que aquí se dice: el original pone *28*, pero no de septiembre, sino de octubre, como así debe ser.

P. 23, l. 8.—Debe leerse «Guarico», como pone el P. Ajofrín, y no «Guaraco».

P. 33, l.—3.—Padres Hipólitos, no conocidos en España, fueron fundados en Méjico, como el mismo P. Ajofrín apunta en la página 98 de este volumen, por el siervo de Dios Bernardino Alvarez, natural de Utrera. Su hábito es muy pareci-

do al que llevan los Religiosos de San Juan de Dios, teniendo prácticamente unos y otros la misma finalidad.

P. 33, l.— 1.—Los Padres Betlemitas, que, como afirma el P. Ajofrín, tienen asimismo bastante parecido con los Capuchinos, tanto en el hábito como en la barba que llevan, se dedican principalmente a la asistencia de enfermos convalecientes, y también a la enseñanza, según se afirma, a su vez, en la página 98 del presente volumen. Fueron fundados por el V. P. Pedro Betancur de San José. La vida de este fundador, así como las actividades de los PP. Betlemitas, pueden verse en el P. José García de la Concepción, en su obra *Historia Betlemítica. Vida ejemplar del V. Siervo de Dios y Padre Pedro de San José Betancur, fundador del Regular Instituto de Betlehen en las Indias Occidentales*, Sevilla, 1723. Es interesante también para la historia de la beneficencia e instrucción en Méjico.

P. 36, l. 11.—Pone «una compaña» y debe decir «una compañía».

P. 36, l. 36.—Pone «Marqués de Cruilles»; así se dice aquí y en otras varias partes o páginas de este primer volumen. Sin embargo, el P. Ajofrín puso en el original siempre «Cruillas». Y esa lectura hemos conservado en el segundo volumen, incluso en los documentos oficiales aquí copiados, y así se dice también en otros documentos más oficiales aún, como son los de la residencia hecha al citado Marqués don Joaquín Monserrat, llamándosele «Marqués de Cruillas» (AHN.—Consejos, Leg. 20.717). No obstante, actualmente al menos, el título es o se dice de *Cruilles*.

P. 37, l. 6.—Qué sea este *vómito prieto* lo expone a renglón seguido el P. Ajofrín, aunque sin explicar la causa que lo produce.

P. 44, l.—7.—Efectivamente, el V. Palafox había mandado construir para sí este sepulcro cuando era obispo de La Puebla

de los Angeles. Más tarde, como es sabido, dejó aquel obispado, siendo trasladado a la sede de Osma, donde falleció el 1 de octubre de 1659. Su cadáver fué sepultado en la catedral de Osma, bajo una sencilla lápida, donde se grabó el epitafio por él compuesto. No hemos podido comprobar este extremo que indica el P. Ajofrín de que mandase depositar en La Puebla de los Angeles su corazón. Por lo menos nada dice sobre el particular en su testamento (Cfr. P. ANTONIO GONZÁLEZ DE ROSENDE, *Vida del Ilmo. y Excmo. señor don Juan de Palafox y Mendoza,* Madrid, 1671, 248 ss.).

P. 47, l. 20.—El modo que tenían de fabricar el jabón los naturales de Méjico lo explica el P. Ajofrín en la página 93 de este volumen primero.

P. 47, l. 25.—Esta palabra «lépero» se ha empleado para designar la ínfima plebe de la ciudad de Méjico.

P. 50, l. 20.—Precisamente en orden a la beatificación del V. P. Aparicio se ha publicado la siguiente obra: *La beatificación del V. Sebastián de Aparicio,* por F. OCARANZA, México, 1934. Sobre eso mismo hemos visto bastante e importante documentación en el Archivo de Indias.

P. 55, l. 4.—A este Santo Cristo se refieren las indulgencias que, según el P. Ajofrín, fueron concedidas por Paulo V, y que van reseñadas en la página 15 de este primer volumen.

P. 56, l. 1.—Nos da aquí el P. Ajofrín la lista de los obispos que hasta entonces habían ocupado la silla de La Puebla de los Angeles, aunque, en realidad de verdad, los dos primeros lo fueron de Tlaxcala, donde primitivamente estuvo aquella sede, de donde se trasladó a La Puebla el año 1550.

No sabemos de dónde haya tomado el P. Ajofrín estos datos y nombres que aquí consigna. Por otra parte, queremos advertir—con el intento de que esta observación sirva para más adelante y cuando se trate de los obispos de Méjico, Michoacán y Oaxaca—que es muy difícil fijar con toda seguridad

tanto los nombres como, sobre todo, las fechas de su nombramiento, etc. Por lo mismo, no queriendo entrar en discusiones acerca del particular, dada la índole de este libro, nos contentamos con remitir al curioso que desee aquilatar las cosas con precisión, a los siguientes escritores, que se ocupan más detenidamente de ello y que, dicha sea la verdad, tampoco se atreven a dar por seguros los datos que consignan:

Gil González Dávila: *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales. Vida de sus arzobispos, obispos y cosas memorables de sus sedes,* Madrid, I, 1649; II, 1655. En el primer tomo es donde se ocupa de las sillas episcopales de Nueva España.

Francisco Javier Hernáez, S. J.: *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas,* II, Bruselas, 1879, 63 ss.

Eubel-Gauchet, O. F. M. Conv.: *Hierarchia Catholica medii et recentioris aevi,* III, Monasterii, 1923, 338, y sus continuadores o tomos siguientes.

Ernesto Schafer: *El Consejo Real y Supremo de las Indias,* II, Sevilla, 1947, 600 ss.

P. 57, l. 7.—Dice «Cardenal de Toledo», debiendo decir «Canónigo de Toledo», como pone el original del P. Ajofrín.

P. 61, l. 5.—Se ponen «20.208 leguas», siendo sólo «2.209», como pone el manuscrito original.

P. 61, l. 8.—«Et nunc et in perpetum»: corríjase poniendo «perpetuum».

P. 63, l. 9.—*Huitzilopoztli* o *Huitzilopochli,* como ponen otros, era el numen o dios de la guerra, que tenía el gran templo, o *teocalli,* el mejor edificio de Méjico, al decir de los historiadores; templo que también estaba dedicado a *Tlaloc,* dios de las lluvias.

P. 64, l. 1.—La total ocupación de la ciudad de Méjico se llevó a efecto el 13 de agosto, día de San Hipólito, mártir,

por lo cual la ciudad lo escogió por patrono (ANTONIO SOLÍS: *Historia de la Conquista de Méjico*, V, Madrid, 1799, libro V, capítulo 25, p. 208).

P. 65, l. 25.—Así lo afirma, efectivamente, JOSÉ ANTONIO VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ: *Teatro americano: descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España*, Parte 1ª, Méjico, 1746, libro I, cap. 8, p. 60: «Tiene la ciudad de Norte a Sur una legua de población, y de Oriente a Poniente rigurosamente tres cuartos de legua bien poblados, y, aunque sigue la población para Tacuba, es por sola una calle desde San Hipólito.»

Esta obra de VILLASEÑOR, tanto en su primera como en su segunda parte, es sumamente interesante desde varios puntos de vista, sobre todo para conocer la densidad de población, las provincias, jurisdicciones existentes en Nueva España, pueblos que la componían, etc. Los datos que aporta son de suma importancia, así para la historia eclesiástica como civil de aquella época.

P. 66, l.—5.—GIL GONZÁLEZ DÁVILA: *Teatro eclesiástico de la primitiva Iglesia de las Indias Occidentales*, I, Madrid, 1649, 7.

P. 69, l. 5-6.—La sede episcopal de Méjico fué erigida el 13 de octubre de 1525 por bula del Papa Clemente VII, dada el 2 de septiembre, siendo nombrado primer obispo, en 1527, el franciscano Fr. Juan de Zumárraga, quien asimimo fué luego nombrado arzobispo al ser elevada dicha silla a la categoría de metropolitana en 1545.

P. 78, l. 22.—Ya indicamos en las notas bio-bibliográficas que este tomo IV de la misma colección *Tolle et lege* se conserva igualmente en la biblioteca de la Real Academia de la Historia, con la sign. 9/3416. Sólo lleva manuscrita y autógrafa del P. Ajofrín la dedicatoria a la Virgen de Guadalupe. Contiene luego varios tratados impresos, raros y curiosos, acerca de la Virgen de Guadalupe.

P. 83, l. 14.—Corríjase y póngase «refección» en vez de «refacción».

P. 85, l. 2.—Gil González Dávila, 7, donde habla muy elogiosamente de los americanos.

P. 85, l. 11.—Jerónimo Feijóo y Montenegro, O. S. B.: *Teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes,* nueva impresión, Madrid, 1777, tomo IV, discurso sexto. Este discurso no va encaminado a vindicar precisamente a los mejicanos de ese defecto, sino que se refiere a todos los americanos, a los que el P. Feijóo no sólo no les achaca de él, sino, al contrario, dice grandes alabanzas de sus talentos y cualidades excelentes.

P. 91, l. 4.—«Cerbatanas» son palos huecos o cañas en los que los indios introducen pequeñas flechas, que son arrojadas con fuerza soplando; todavía se emplean por los indios actualmente, sobre todo para cazar aves.

P. 94, l. 22.—Estos ramos altos, conocidos con el nombre de «xuchiles» o «juchiles», eran muy usados por los naturales de Nueva España cuando querían hacer un gran recibimiento a los alcaldes o gobernadores, presentándoselos como obsequio. En varias partes de este *Diario* se habla de esa costumbre de ofrecer xuchiles.

P. 98, l. 3.—La vida del fundador de los Padres Betlemitas, V. P. Pedro de San José Betancur, fué escrita por el P. José García de la Concepción, como queda apuntado en la nota a la página 33.

P. 101, l. 16.—A este franciscano, San Felipe de Jesús, del cual el P. Ajofrín nos ofrece dos estampas o grabados, uno a la página 101 y otro a la 123 de este mismo volumen, se le ha dedicado un templo expiatorio, que se describe en el siguiente opúsculo: *Templo expiatorio dedicado a San Felipe de Jesús,* México (s. a.), 15 pp.

P. 101, l.—2.—La vida del V. Gregorio López fué escrita por el P. GREGORIO DE ARGÁIZ, O. S. B.: *Vida y escritos del Venerable varón Gregorio López,* Madrid, 1678, aunque no consta sino de 121 páginas. Aparte de otras varias un poco posteriores, existe esta moderna de EMILIO ABREU GÓMEZ: *La vida del Venerable Gregorio López,* México, 1925.

P. 106, l. 5.—La vida de esta religiosa fué escrita, efectivamente, por CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA, con este título: *Paraíso occidental, plantado y ultimado por los reyes de España en el Real Convento de Jesús María de México.* México, 1684.

P. 106, l.—11.—Tres biografías conocemos de este ilustre franciscano, natural de Valencia, escritas por los autores y con el título que a continuación se expresan: P. ISIDRO FÉLIX DE ESPINOSA, O. F. M.: *El Peregrino septentrional atlante, delineado en la ejemplarísima vida del Venerable P. Fr. Antonio Margil de Jesús,* México, 1737. P. HERMENEGILDO DE VILAPLANA, O. F. M.: *Vida del americano V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, fundador de los Colegios de Querétaro, Guatemala y Zacatecas,* Madrid, 1779. EDUARDO ENRIQUE RÍOS: *Fr. Margil de Jesús, Apóstol de América,* México, 1941.

P. 111, l. 11.—Cfr. SOLÍS: *Historia de la conquista de Méjico,* IV, Madrid, 1799, libro IV, cap. 19, p. 129.

P. 126, l. 5.—El catálogo que aquí nos da el P. Ajofrín de todos los obispos y arzobispos que han ocupado la sede de Méjico hasta el año 1767, en que aquél regresó de Nueva España, es, desde luego, completo. Sin embargo, hay que hacer notar también que no es obra suya. En el manuscrito original este catálogo va impreso, y sin duda que el P. Ajofrín lo debió recortar, a lo que parece, de algún anuario, guía de forasteros o viajeros o de otros libros semajantes para insertarlo en las páginas de su *Diario.*

Según expusimos antes, al hablar del catálogo de los obispos de Tlaxcala o La Puebla de los Angeles, es difícil aquilatar nombres y, sobre todo, fechas de toma de posesión, muerte, etc., de cada uno. Por eso remitimos al lector a las fuentes allí indicadas y, asimismo, a la siguiente obra: FRANCISCO SOSA, *El episcopado mexicano. Galería biográfica ilustrada de los Ilmos. Sres. Arzobispos de México desde la época colonial hasta nuestros días,* México, 1877.

P. 129, l. 12.—Las líneas 12 a 21 van manuscritas y de letra del P. Ajofrín, por tratarse de arzobispos a quienes él conoció personalmente estando en Méjico.

P. 129, l. 22.—Desde esta línea hasta el final de la página 134 va todo también impreso en el manuscrito original; se trata del catálogo de los virreyes de Méjico, y, a juzgar por la forma y tipos de impresión, en un todo igual al mencionado catálogo de arzobispos, ha sido también tomado y recortado de algún anuario o guía.

Sobre los virreyes y gobernadores que ha tenido Méjico, puede consultarse la obra de ALEJANDRO VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR, *Indice alfabético de los Gobernadores de Méjico y de las formas de gobierno desde 1521 a la fecha,* México, 1899.

P. 183, l. 3.—Casi estos mismos datos que aquí pone el P. Ajofrín acerca del pueblo de San Juan del Río los consigna asimismo VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, *Teatro americano,* I, 94.

P. 184, l.—5.—Muchas de las noticias que aquí nos da el P. Ajofrín sobre Querétaro pueden verse también en VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, I, 90-94. Sobre el origen del famoso convento franciscano, centro de misiones y forjador de misioneros, habla nuestro autor más adelante, pp. 189-194.

P. 193, l. 14.—El P. HERMENEGILDO DE VILAPLANA, O. F. M., tiene impresas las siguientes obras: *Vida del mexicano V. P. Fr. Antonio Margil de Jesús, fundador de los Colegios de Querétaro, Guatemala y Zacatecas,* Madrid, 1779.

Historia-novenario de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Michoacán, México, 1765. *Enchiridion canonico-morale de confessario ad inhonesta et turpia sollicitante,* Mexici, 1765.

El P. José Joaquín Ortega, O. F. M., tiene publicadas, además de las que aquí cita el P. Ajofrín, cuyo título exacto, así como la fecha de impresión y lugar, no hemos podido comprobar, esta otra: *Mes mariano: lección mensual místico-panegírica,* México, 1760.

P. 202, l. 14.—El P. Ajofrín, a la página 937 de su manuscrito, y con el epígrafe «Olvidos en la historia con honores de suplemento», pone esta nota sobre Acambaro: «No muy lejos de Acambaro, villa considerable de la provincia de Michoacán, como al folio 300 queda dicho, en un sitio llamado Purúa, hay una fuente rara; echando en ella cualquier palito, por leve y pequeño que sea, se va luego al fondo y se va vistiendo sus lamas de unas costras de piedra muy dura hasta cierto tamaño, las cuales piedras son conocidas por el nombre de *bezoares* y muy estimadas de los médicos por su virtud diaforética, experimentada en agudas fiebres. Las he visto de varios tamaños, porque como se precipita la fuente por una ladera, en los pozos donde va cayendo el agua se forman y tornean dichas piedras con agradable visto y tersitud. También se da en estas campiñas el *díctamo real,* y así se experimenta que muchos ciervos crían piedras *bezoares* en sus intestinos, en cuyos centros se encuentra el globo del díctamo.»

P. 202, l.—3.—No obstante lo que en la nota se dice, debe tenerse presente que «Ajofrín» no es apellido del P. Francisco, sino el pueblo de donde era natural. Los Capuchinos, al tomar el hábito, cambian el nombre de pila por otro, y en vez de apellido toman el del pueblo donde nacieron.

P. 207, l. 11.—De esta villa de Charo se ocupa asimismo Villaseñor, II, Madrid, 1748, p. 29, dando casi los mismos datos; sólo cambian en que éste afirma estaban encargados de la villa, en lo espiritual, los Agustinos de la provincia de Michoacán, lo cual ya no sucedía en tiempos del P. Ajofrín, por haber sido retirados de los curatos los Regulares.

Por lo demás, los PP. Agustinos evangelizaron de modo especial el territorio de esta provincia de Michoacán. Véanse, a este propósito, entre otras, las dos obras siguientes: JUAN GONZÁLEZ DE LA PUENTE, O. E. S. A., *Primera parte de la crónica agustiniana de Michoacán, en que se tratan y escriben las vidas de nueve varones apostólicos agustinianos,* México, 1628. MATÍAS DE ESCOBAR, O. E. S. A., *Americana Tebaida. Vitas patrum de los religiosos ermitaños de N. P. S. Agustín de la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán, escrita por su cronista en 1729,* México, 1924. Nicolás León la imprimió por vez primera en Morelia, 1890.

P. 208, l.—5.—El obispado de Michoacán, o de la provincia de este nombre, fué creado por el Papa Paulo III en 1536, en la antigua ciudad de Zinzunza; de allí se trasladó a la capital de la sierra de Michoacán, a Paztquaro, o, como quieren otros, a Utzila Paztquaro, de donde finalmente pasó a Valladolid en 1579.

VILLASEÑOR, II, 8, dice que la razón de este segundo traslado fué porque se encontraba en la sierra y, por otra parte, muy distante del comercio provincial, pasando al llamado Valle de Olid por Cristóbal de Olid, que conquistó aquellas tierras.

P. 210, l. 13.—«Guayangarés»: este nombre se ha leído mal, poniendo el original «Guayangareo», que es el verdadero nombre.

P. 210, l. 16.—Respecto del origen de la ciudad de Valladolid, capital de la sede episcopal de Michoacán desde 1579, debe hacerse constar que VILLASEÑOR, II, 8, parece insinuar que el origen lo trae de *Valle de Olid,* que así se llamó aquel valle donde estaba situada, por haberlo conquistado Cristóbal de Olid, uno de los capitanes compañeros de Hernán Cortés. El P. F. J. HERNÁEZ, S. J., *Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas,* II, Bruselas, 1879, 75, afirma que Valladolid fué fundada por el maestre de campo Cristóbal de Olid, con lo que, al parecer,

quiere decir que éste fué quien le dió el nombre. No obstante eso, debe tenerse en cuenta que fué el virrey Antonio de Mendoza quien puso los cimientos de la mencionada ciudad en 1541. Hoy en día ha dejado de llamarse así, cambiando el nombre de Valladolid por el de *Morelia,* en honor del héroe insurgente Morelos.

P. 214, l. 2.—Esta lista o catálogo de los obispos de la diócesis de Michoacán la toma el P. Ajofrín de las inscripciones que al pie de sus retratos se encontraban en la Sala Capitular, como fué y es costumbre en muchas diócesis.

Repetimos también, a ese respecto, la observación hecha anteriormente sobre la exactitud de nombres, fechas de nombramientos y demás, remitiendo una vez más al lector a las fuentes arriba indicadas al hablar de los otros obispados de La Puebla de los Angeles y Méjico.

P. 218, l. 8.—El P. Ajofrín escribe, indiferentemente, «Patzquaro» y «Paztquaro». Modernamente se escribe y pronuncia de la primera forma, o, mejor dicho, «Patzcuaro». Hemos conservado, sin embargo, la lectura del original.

Villaseñor, II, 12, llama a esta ciudad Utzila Paztquaro, y dice que de su laguna tomaba el nombre la provincia de Michoacán, «cuyo nombre—dice—le proviene de la laguna que en su idioma quiere decir lugar donde hay pescado», afirmando que dicha laguna, que medía doce leguas de circunferencia, tenía pescado muy abundante y de variado gusto.

Cfr. también Justino Fernández, *Patzcuaro. Su situación, historia y características. Con un plano pictórico de la ciudad,* México, 1936.

P. 219, l. 5.—José de Acosta, S. J., *Historia natural y moral de las Indias,* libro VII, cap. I, p. 212. Biblioteca de Autores Españoles. Continuación. Tomo 73. Obras del P. José de Acosta, de la Compañía de Jesús; estudio preliminar y edición del P. Francisco Mateos, de la misma Compañía, Madrid, 1954. Dice se llama provincia de Michoacán, que quiere decir tierra de pescado, porque hay en ella mucho en grandes

y hermosas lagunas que tiene. Dice lo del robo de las ropas cuando se bañaban, pero no habla de lutos.

P. 223, l. 26.—El P. Ajofrín pone sobre el señor obispo Vasco de Quiroga esta nota a la página 937 del original de su *Diario,* con el epígrafe «Olvidos en la Historia con honores de suplemento»: «El V. Ilmo. Sr. Quiroga, de quien hablé al folio 335, puso en todos los pueblos de su obispado los hospitales, que aún permanecen arreglados con prudentísimas leyes y estatutos; también dividió en varios pueblos todas las artes mecánicas: en unos, los herreros; en otros, los carpinteros, etc., con conocida utilidad de los indios.»

P. 224, l. 6.—Sobre la vida del V. Vasco de Quiroga pueden consultarse las obras que citamos a continuación: JUAN JOSÉ MORENO, *Fragmentos de la vida y del V. Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Vasco de Quiroga, primer obispo de la Santa Iglesia Catedral de Michoacán,* México, 1766; NICOLÁS LEÓN, *Documentos referentes al Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán en la Nueva España.*

Reglas y ordenanzas para el gobiernos de los Hospitales de Santa Fe, de México y Michoacán, dispuestas por su fundador, el Rmo. y V. Sr. D. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, México, 1940.

Documentos inéditos referentes al Ilmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, existentes en el Archivo General de Indias de Sevilla, recopiladas por el doctor NICOLÁS LEÓN, publicados con una introducción y notas por J. M. QUINTANA, México, 1940.

P. 245, l.—9.—En vez de «Tiripitín» debe decir «Tiripitío», como pone el original, y así se llama, en realidad, esta población.

P. 246, l. 3.—Corríjase de la misma manera.

P. 248, l.—10.—No parece sean muy conformes a la verdad histórica las afirmaciones hechas aquí por el P. Ajofrín, siguiendo, sin duda, a otros escritores, respecto de la conducta

de Nuño de Guzmán con el rey Calzontzi. Hace poco se ha publicado justamente el proceso hecho contra dicho rey por Nuño de Guzmán, pero a lo largo del citado proceso no se hace mención alguna de la demanda del tesoro que, según otras fuentes, hizo al primero (Cfr. *Proceso contra Tzintzicha Tangaxoan El Caltzontzín, formado por Nuño de Guzmán. Año 1530. Publícanlo por vez primera France V. Scholes y Eleanor B. Adams,* México, 1952).

P. 250, l.—12.—La obra de Francisco Javier de Gamboa lleva este título: *Comentarios a las Ordenaciones de Minas de Nueva España, Perú, etc.,* Madrid, 1761.

P. 267, l. 17.—No hemos encontrado vida propiamente dicha del P. Borrote, sino sólo la *Carta del P. Ignacio Corominas, de la Compañía de Jesús..., en que da noticia a los Superiores de su provincia de la temprana muerte del P. Pedro Borrote, misionero en el Colegio de Guanajuato,* México, 1763.

P. 267, l. 17.—Sobre el P. Corominas existe también impresa esta *Carta consolatoria a la ciudad de Guanajuato en la sensible muerte de su celoso apóstol el P. Rector Ignacio Rafael de Corominas, profeso teólogo de la Sagrada Compañía de Jesús, y análisis de su ejemplar vida.* Su autor, el bachiller Don Juan de Dios Fernández de Suosa..., México, 1760.

P. 269, l. 10.—Debe decir «convento de Mercedarios» en vez de «convento de Misioneros».

P. 276, l. 1.—La obra de Antonio Joaquín Rivadeneira y Bartientos, aquí citada, lleva este título: *El pasatiempo: poema endecasílabo didáctico,* 2 vols., Madrid, 1752-1753. En el segundo, página 217, se habla de esa veta de plata que se extendía desde Nicaragua hasta Sonora.

P. 276, l.—11.—Dice «Zripuato», debiendo decir «Iripuato», como pone el original.

P. 280, l. 1.—La obra aquí citada del P. FRANCISCO DE FLORENCIA, S. J., lleva este título: *Origen de los dos célebres santuarios de la Nueva Galicia, obispado de Guadalajara, en la América septentrional. Noticia cierta de los milagrosos favores que hace la Santísima Virgen a los que en ellos y en sus dos imágenes la invocan,* México, 1757. Se ocupa del santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos en la página 51.

De dicho Padre es también la obra siguiente: *Zodíaco mariano en que el sol de justicia, Cristo, con la salud en las alas, visita, como signos y casas propias para beneficio de los hombres, los templos y lugares dedicados a los cultos de su Santísima Madre, por medio de las más célebres y milagrosas imágenes de la misma Señora que se veneran en esta América septentrional de la Nueva España,* México, 1755.

P. 280, l. 5.—También el P. FLORENCIA se ocupa de la imagen y santuario de Nuestra Señora de Tzapopán en la primera de las obras citadas: *Origen de los dos célebres santuarios,* p. 12.

P. 292, l. 17.—JUAN DE TORQUEMADA, O. F. M., *Monarquía indiana,* 3ª ed. (facsímil de la segunda de 1723, hecha en Madrid), México, 1943, III, libro XXI, cap. VIII, página 625, se ocupa del martirio de los PP. Francisco Doncel y Pedro de Burgos.

P. 300, l.—8.—«Padre General»: debe decir «Padre Guardián», como pone el original.

P. 300, l.—1.—La misma lectura defectuosa se ha hecho aquí, debiendo decir «Padre Guardián», en vez de «Padre General».

P. 302, l.—8.—Ponemos a continuación la verdadera lectura de estas frases latinas tomadas de los Salmos: *Domine, ante te omne desiderium meum; et gemitus meus a te non est absconditus. Voluntarie sacrificabo tibi, et confitebor nomini tuo, Domine, quoniam bonum est.*

IV

NOTAS AL VOLUMEN SEGUNDO

P. 18, l. 16.—Efectivamente, Hernán Cortés hizo alto en Amecameca antes de entrar en Méjico (SOLÍS, *Historia de la conquista de Méjico,* tomo II, Madrid, 1798, libro III, capítulo IX, p. 286). En una hacienda de esta doctrina nació la famosa poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, siendo bautizada en la mencionada parroquia de Amecameca.

P. 18, l. 30.—Así le llama SOLÍS (II, libro III, cap. IV, página 221). Dicho volcán fué examinado de cerca por el compañero de Cortés Diego de Ordaz y por dos soldados de su compañía.

P. 37, l. 22.—VILLASEÑOR, I, 259, entre otras cosas interesantes, consigna estos datos respecto de los habitantes de Orizaba en el tiempo en que se publicó su obra, 1746.

P. 41, l. 18.—Obras del ILMO. Y EXCMO. VENERABLE SIERVO DE DIOS DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA..., Madrid, tomo IX, 1762. La mayor parte de este tomo está dedicada a las disputas habidas entre Palafox y los PP. Jesuítas sobre diezmos, hacienda de aquéllos, etc.

P. 44, l. 3.—JERÓNIMO FEIJÓO Y MONTENEGRO, O. S. B., *Teatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes,* nueva impresión, tomo VII, Madrid, 1778, discurso 2, párrafo 2, aunque todo el tratado o discurso versa sobre lo mismo; es decir, sobre las petrificaciones.

P. 45, l. 2.—JUAN DE TORQUEMADA, O. F. M., 3ª ed. (fac-

símil de la segunda de 1723, hecha en Madrid), México, 1943, tomo III, en la palabra «Thehuacán».

Propiamente, la obra de TORQUEMADA lleva el siguiente título: *Tercera parte de los veinte y un libros rituales y Monarquía Indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimientos, conquistas, conversiones y otras cosas maravillosas de la misma tierra, distribuídos en tres tomos,* Madrid, 1723.

Advertimos, de una vez para siempre, que hacemos las citas por esta edición facsímil de la de 1723.

P. 59, l. 12.—Es verdad que al autor de la *Carta familiar,* que no es otro que el mismísimo P. Ajofrín, dice que los Capuchinos en sus misiones no han tenido doctrinas ni curatos; sin embargo, hemos de afirmar que a veces se vieron obligados, bien por necesidad o por mandato del rey, o por otras conveniencias, como sucedió en Cumaná, a tomar a su cargo algunas doctrinas o curatos.

P. 73, l. 7.—Volviendo sobre esto mismo, el P. Ajofrín ha puesto a la página 938 del original de este *Diario,* entre otras, esta nota con el epígrafe: *Olvidos en la historia con honores de suplemento:* «A la página 564 (73 de este II vol. impreso) he hecho mención de algunas culebras venenosas de la América, y allí y en otras partes he tocado la especie de haber otras culebras que llaman *coralillos* y *cascabelillos.* La cuebra *coralillo,* tan hermosa como activa en su veneno, no tiene regularmente más de una vara de largo, y de grueso, una pulgada; su piel está alternativa y hermosamente vestida de variedad de colores; un ánulo tiene encarnado carmesí, pero muy perfecto; otro, amarillo vivísimo, y otro, negro sumamente acendrado, y así va alternando por toda su extención. La cabeza es chata, y las quijadas, guarnecidas de afilados colmillos, donde tienen depositado el veneno en unas vejiguitas que revientan cuando muerden, introduciendo su actividad maligna por la herida que hacen. El efecto es tan pronto, que luego se hincha el mordido y empieza a arrojar sangre casi por todos sus miem-

bros, pues se rompen las venas y queda inmediatamente ahogado en su misma sangre. Pocos sanan de esta mordedura, y, si es vena, ninguno, pues no da lugar a aplicar medicinas. Ya dije cómo maté un coralillo, y, examinando con curiosidad su hermosura, hallé que por la parte inferior que lleva contra la tierra aún son más vivos, finos y hermosos los colores.

»La culebra *cascabel,* formidable por su magnitud y actividad de veneno, suele tener dos o tres varas de largo y corpulentas a proporción. Su color es de la tierra donde se crían, con algunas ondas oscuras. Llámanse de cascabel porque a la extremidad de la cola tienen unas vainillas secas que, cuando se mueven, hacen ruido y suenan a modo de cascabel con que avisan a los caminantes y se precaven de sus asaltos. Providencia especial de su Majestad para que no hagan tanto daño, pues ya que no se distinguen con el color de la tierra, avisan con su ruido; y no menos resplandece esta providencia en la culebra *coralillo,* poniendo en ella unos colores tan sobresalientes, que a gran distancia se registran. Dicen los indios, y viven persuadidos de ello aun los que no lo son, que cada año le nace un cascabelillo a la culebra, y así la dan tantos años cuantos cascabelillos tiene. Yo soy de parecer que no les nacen los tales cascabelillos, sino que cada año se les va secando un ánulo, y como queda el pellejo seco y los huesos mal unidos, con algunas fibras igualmente secas, al moverse la culebra, mete el ruido más o menos fuerte, según el número mayor o menor que tiene de cascabelillos; y que sea éste el modo de formarse los cascabelillos, lo persuade la misma figura y estructura suya, pues no se halla en el cascabelillo, como mostraré a cualquiera en los que tengo en mi poder, sino el pellejo seco y el espinazo o huesos secos también. Esto y nada más hallé en el cascabelillo que refiero maté en los Tepetatos, camino de Zempoala.»

P. 86, l.—3.—La obra aquí citada por el P. Ajofrín es la del P. Francisco de Burgoa, O. P., *Geográfica descripción de la parte septentrional del polo ártico de la América y nueva iglesia de las Indias Occidentales y sitio astronómico de esta Provincia de Predicadores de Antequera, valle de Oaxaca: en*

diecisiete grados del trópico del Cáncer debajo de los aspectos y radiaciones de planetas morales, que la fundaron con virtudes celestes, influyéndola con santidad y doctrina. Publicaciones del Archivo General de la Nación, XXV, México, 1934, tomo II, o parte II, cap. XLII, pp. 19-21, donde habla de los religiosos dominicos sepultados en aquel convento de Guajolotitlán.

El P. Burgoa tiene esta obra sobre eso mismo: *Palestra historial de virtudes y ejemplares apostólicos, fundada del celo de insignes héroes de la Sagrada Orden de Predicadores en este Nuevo Mundo de la América en las Indias Occidentales,* México, 1670.

P. 87, l. 4.—*Ibid.*, 21.

P. 88, l. 21.—Aunque es verdad que este obispado se llamó de Oaxaca, también se le denominó de Antequera con más propiedad, por ser precisamente ésta la capital de dicho obispado, que fué erigido el 21 de junio (otros ponen de julio) de 1535. Cierto que el original del P. Ajofrín pone, equivocadamente, que había tenido 80 obispos, siendo así que sólo fueron 20.

P. 97, l. 10.—Véase lo que hemos dicho en las notas biobliográficas tanto sobre el autor de esta *Carta familiar* como acerca de los distintos anagramas formados con el nombre de su autor, que no es otro, repetimos, sino el P. Francisco de Ajofrín.

Pp. 98-99.—Estas dos láminas representando al primer santo canonizado de la Orden Capuchina, San Félix de Cantalicio, y a los que más tarde y hasta el tiempo del P. Ajofrín concedió la Iglesia idéntico honor, las puso el P. Ajofrín al principio de su *Carta familiar,* aunque no todos los ejemplares las llevan; también se omitieron en la segunda edición.

P. 100, l. 7.—Villaseñor, II, libro IV, cap. XVIII, 183, refiere ni más ni menos que lo que aquí escribe el P. Ajofrín sobre esta prodigiosa cruz de Guatulco o Huatulco. Lo mismo

refieren igualmente los autores citados en el texto. El que más detalles proporciona es el P. BURGOA, parte II, cap. LXXIX, páginas 290-310, dedicando a esa famosa cruz todo el expresado capítulo de su obra.

P. 101, l. 16.—De esta cruz de Tepique habla, en efecto, el P. Ajofrín más extensamente en el vol. I de este *Diario*, página 280, poniendo su estampa a la p. 284. La historia de esta cruz, como allí se indica también, la escribió el P. FRANCISCO DE FLORENCIA, S. J., en su obra: *Origen de los dos célebres santuarios de la Nueva Galicia...*, México, 1757.

P. 101, l. 22.—Ya hemos dicho anteriormente que este obispado de Oaxaca o de Antequera se fundó no en 1534, como dice el P. Ajofrín, sino en 1535. Y por lo que mira a los obispos que han ocupado aquella sede, y cuyos nombres da a continuación, téngase en cuenta la observación que ya hicimos en la nota a la página 56 del primer volumen referente a las fechas de nombramiento y nombres de los mismos. Las fuentes son las mismas allí consignadas, y que puede consultar el curioso o erudito que quiera aquilatar más las cosas.

P. 105, l. 18.—Cfr. BURGOA, parte I, cap. XXXVIII, p. 401 ss., donde habla de los religiosos ilustres dominicos que florecieron en el convento de Cuilapa.

P. 105, l.—6.—*Ibid.*, p. 402.

P. 113, l. 23.—*Ibid.*, parte II, cap. LIII, pp. 120-121, donde el P. BURGOA habla de Mictlá o Mitlá, describiendo su panteón.

P. 124, l. 3.—El P. Ajofrín dice ponderativamente que las lenguas habladas en Méjico eran no menos de 25 o más; a eso hay que añadir que el etnólogo mejicano e ilustre historiador Nicolás León ha distribuído o reducido las familias lingüísticas, comprendiendo idiomas y dialectos, a 17 familias, viniendo a ser en total aquéllos más de 150 (Cfr. JESÚS GALINDO Y

VILLA, *Geografía de México,* 2ª ed., revisada por Dolores Galindo y Villa, Editorial Labor, Barcelona, 1950, 94-95).

P. 127, l.—2.—Así lo dice el P. BURGOA, aunque, según la edición que citamos, se ocupa en el tomo I, cap. XXXV, p. 380.

P. 129, l. 4.—El P. BURGOA habla efectivamente de la magnificencia con que se celebró este matrimonio en el tomo I, capítulo XXXIII, p. 371, de la edición por nosotros citada; pero no lo dice hablando de Yanguitlán, sino de Tilantongo. aunque la cacica era de Yanguitlán.

P. 130, l. 22.—De esta célebre iglesia de Yanguitlán, de PP. Dominicos, se ocupa el P. BURGOA, en la mencionada obra, tomo I, cap. XXIV, pp. 291 y ss.

P. 138, l. 1.—Así es en verdad: el P. TORQUEMADA, III, páginas 286 y ss., trata de la ciudad de Tepeaca y dice de ella que era famosa y que tenía 30.000 vecinos; resume su historia tanto durante la gentilidad como a la llegada de Hernán Cortés, proporcionando datos interesantes. Allí fundaron convento los Franciscanos, como dice en la p. 312.

Unos años antes que el P. Ajofrín, en 1746, VILLASEÑOR, I, 248, le da este vecindario: 180 familias de españoles, 102 de mestizos, 22 de mulatos y 481 de indios.

P. 139, l.—1.—No obstante lo que aquí afirma el P. Ajofrín, no hemos podido encontrar ni en TORQUEMADA ni tampoco en VILLASEÑOR este pueblo de Topoyango.

P. 140, l. 15.—Famosos fueron a la verdad estos dos capitanes Magiscatzin y Xicotencal. SOLÍS se ocupa del primero en varias partes de su obra tan conocida: libro II, cap. XVI, 104 ss.; libro III, cap. III, 210 ss., y libro V, cap. II, 161 ss. De Xicotencal habla también SOLÍS distingiendo dos: el joven y el viejo; de uno y otro se ocupa en varias partes de su obra, especialmente en el libro III, cap. XVI y ss.

P. 140, l. 21.—Tlaxcala se erigió en obispado en 1526, siendo su primer obispo el Dominico Fr. Julián Garcés, quien fué nombrado para dicha sede el 9 de noviembre de 1526: murió en 1542. Ocho años después, en 1550, la sede episcopal se trasladó a La Puebla de los Angeles, donde perdura. Los obispos que ha tenido pueden verse en el primer volumen, p. 56.

P. 145, l. 3.—Es natural que todos estos escritores se ocupen de los tlaxcaltecas. Para nosotros ofrece particular interés lo que dice Torquemada en la segunda parte de su obra, donde se ocupa largamente de la historia de los mencionados indios, e igualmente la tercera parte, donde trata especialmente del apostolado de los franciscanos.

P. 145, l. 11.—Sobre este santuario versa la siguiente obra del P. Francisco de Florencia, S. J.: *Narración de la maravillosa aparición que hizo el Arcángel San Miguel a Diego Lázaro de San Francisco..., fundación del santuario que llaman San Miguel del Milagro...,* Sevilla, 1692.

P. 146, l. 10.—De Huexotzingo se ocupa igualmente Torquemada, III, libro XV, cap. XII, pp. 28, 49, 61, 108, 177-8, en las que habla muy particularmente del apostolado allí ejercido por los franciscanos, como asimismo en la parte I, libro III, cap. XX, p. 282.

P. 146, l. 23.—Torquemada habla más bien de esta imagen de San Diego al ocuparse de Huexotzingo, parte I, libro II, cap. XX, pp. 282 ss.

P. 155, l. 23.—Mdme. Marie Fouquet diserta sobre las virtudes de los colmillos del caimán en sus dos obras traducidas al castellano: *Obras médico-quirúrgicas: prontuario de secretos caseros,* Valencia, 1771, y *Economía de la salud del cuerpo humano,* 2 vols., Valladolid, 1748.

Y el P. José de Gumilla, S. J., en *El Orinoco ilustrado.* Ed. «España Misionera». Introducción y notas por el P. Cons-

TANTINO BAYLE, S. J., Madrid (s. a.), segunda parte, capítulo XVIII, p. 420 ss.

P. 176, l. 1.—De la piedad de los indios, de sus limosnas, devoción a San Francisco, etc., trata el P. TORQUEMADA, sobre todo en parte III, libro XVII, cap. IV y VI.

P. 176, l. 7.—También es cierta esta afirmación de Torquemada, quien en la parte III, libro XVII, cap. III, p. 214, asegura que los indios eran muy aficionados al canto llano y que la primera misa que cantaron en solfa fué la de Nuestra Señora, «Salve, Sancta Parens».

P. 176, l. 31.—No se vaya a creer que Jamaica deba entenderse de la isla del Atlántico o mar Caribe, sino que ese nombre se daba también a una de las islas formadas dentro de las lagunas de la ciudad de Méjico, como ya indica el P. Ajofrín en varias partes del primer volumen.

P. 177, l. 29.—FEIJÓO, *Teatro crítico*, II, Madrid, 1777, discurso V, pp. 119 ss. Trata todo este discurso de la magia y hechicería.

P. 178, l. 5.—TORQUEMADA, III, libro XVII, cap. I, p. 210, describe el modo empleado por los indios para fabricar sus flechas, pero sobre todo habla de la habilidad de los indios en las distintas artes.

P. 178, l. 29.—Estas dos cartas puestas en las pp. 788-795 del manuscrito del P. Ajofrín y que aquí van transcritas literalmente, pp. 263-65 de este vol., son originales de los indios.

P. 179, l. 1.—Este Breve Apostólico de Paulo III por el que declara que los indios no eran fieras o animales irracionales, sino hombres, comienza *Universis Christi fidelibus*, y está fechado el 2 de junio de 1537. Puede verse en TORQUEMADA, III, libro XVI, cap. XXV, p. 198.

P. 179, l. 26.—Cfr. PALAFOX, *Obras completas,* III, Madrid, 1762, primera parte, Carta pastoral sexta, p. 384.

P. 186, l. 20.—SOLÍS, IV, libro IV, cap. XX, pp. 135 ss., dedicado todo él a la batalla de Otumba.

P. 196, l. 7.—TORQUEMADA, III, libro XX, cap. LXIII, página 532 ss., donde habla extensamente de Fr. Francisco de Tembleque y de los prodigios por él realizados.

P. 201, l. 29.—Cfr. TORQUEMADA, III, libro X, cap. XXXI, página 288 ss., donde habla de los sacrificios que los gentiles hacían a los ídolos, exponiendo este tema muy difusamente, afirmando que el ídolo Quetzaolcohuatl era el de más fama.

P. 201, l. 35.—TORQUEMADA, I, libro II, cap. XIX, p. 281, escribe que Cholula tenía, a la llegada de los españoles, 20.000 casas con 40.000 habitantes, y además otras 20.000 casas fuera de la población, añadiendo que estaba situada en una grande llanura. Quizás este escritor comprenda, al hacer este cómputo, los cuarenta y tres pueblos de que se componía aquella jurisdicción.

VILLASEÑOR, I, p. 354, afirma que su vecindario se componía en 1746 de 50 familias de españoles, 468 de mulatos, mestizos y negros, y 606 de indios.

P. 202, l.—3.—SOLÍS, II, libro III, caps. IV-VII, pp. 219-271. Este historiador se ocupa largo y tendido de Cholula, cuyos habitantes traicionaron a Hernán Cortés, por lo que fueron luego terriblemente castigados.

P. 203, l. 18.—BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, O. P., *Brevísima destrucción de las Indias,* reimpresión en Buenos Aires, 1924, página 32, pone estos versos que aquí cita el P. Ajofrín, de la siguiente manera:

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía,
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.

Y cita estos versos al hablar de Hernán Cortés, describiendo que éste había mandado pasar al filo de la espada a cinco o seis mil hombres en el patio del cuartel de Cholula, mientras él repetía esos versos (Cfr. sobre estas exageraciones del P. Las Casas, *Missionalia Hispanica,* 5 [1948], p. 41).

P. 205, l. 4.—Torquemada, II, libro VI, cap. XXIII, página 46, dice que efectivamente a la diosa Matlalcueye se ofrecían numerosos sacrificios. El nombre le venía de que estaba vestida o ceñida de un faldellín o enaguas azules del color de la flor *matlalín.* Los nahuas llamaron al cono montañoso de la Malinche, situado al norte de la ciudad de La Puebla, precisamente Matlalcueye («enaguas o red de mallas») con seguridad por encontrarse sus faldas cubiertas de espesos montes (Cfr. Galindo y Villa, o. c., p. 52).

P. 208, l. 1.—Torquemada, III, libro XVI, cap. XXVIII, página 203, habla de este famoso cerro de Cholula, donde había un templo antiguo dedicado al demonio, templo que fué derribado por los religiosos, levantando en su lugar, en 1594, una ermita a Nuestra Señora, que sin duda por el lugar donde se emplazó recibió el nombre de Nuestra Señora de los Remedios.

P. 277, l.—3.—Sabido es que Santiago de Cuba tuvo siempre una gran preponderancia, siendo no sólo capital de la Perla de las Antillas, sino también el único obispado existente hasta el 10 de septiembre de 1787 en que se creó la diócesis de La Habana, quedando consiguientemente separada de la de Santiago de Cuba. Tanto es así que hasta ese año, aun en los documentos oficiales, unas veces se decía obispo de Santiago de Cuba y otras veces simplemente de Cuba.

P. 230, l. 28.—Con seguridad que quien allí levantó esa capilla de la Divina Pastora fué el P. Antonio de Muro, religioso capuchino de la provincia de Valencia, quien, a su regreso de las misiones de Santa Marta, pasó por La Habana, aprovechando su estancia allí para predicar en distintos puntos de la isla. Debido a los frutos conseguidos con su predicación,

el obispo se decidió a llevar a Capuchinos a la isla. Como consecuencia de todo ello se fundó más tarde el famoso Colegio de Misioneros Capuchinos de La Habana, que se instaló en el Oratorio de San Felipe Neri de La Habana, el año 1783. Ellos fueron luego los encargados de predicar por toda la isla misiones circulares y asimismo de proporcionar misioneros para la Luisiana y Florida (Cfr. ANTONIO DE CASTILLO, O. F. M. CAP., *La Luisiana española y el P. Sedella,* Puerto Rico, 1929).

P. 232, l. 28.—Efectivamente, las islas Bermudas fueron descubiertas por el español Juan Bermúdez, pero no en 1522 o 1527, como afirma el P. Ajofrín, sino en 1502; de él tomaron también el nombre. Son llamadas asimismo islas Somer, sin duda por el inglés sir Jorge Somers, a instigación del cual los ingleses se establecieron en ellas en 1612, siguiendo todavía en posesión suya.

P. 267, l. 4.—Era entonces el P. Pablo de Colindres General de la Orden de Capuchinos y se encontraba a la sazón en Madrid, habiendo venido a España a hacer la visita a las provincias españolas, y antes de nada a besar la mano del rey y a cubrirse de Grande de España, privilegio de que gozaban los Generales de la Orden ya desde tiempo de Felipe III. Era el P. Pablo natural de Colindres (Santander) y procedía de la noble familia Calderón de la Barca y Oruña; había sido colegial en Santa Cruz de Valladolid, más tarde Canónigo Doctoral de Salamanca y juntamente Profesor de Leyes en la Universidad, dejándolo todo luego para entrar Capuchino. Estuvo en Orán en 1733; desempeñó importantes cargos en la provincia religiosa de Castilla, a la que perteneció, siendo elegido Superior de toda la Orden en 1764. Falleció en Viena, estando haciendo allí la visita, el 7 de julio de 1766, siendo enterrado en el panteón de los emperadores de Austria, que asistieron a sus funerales.

P. 276, l. 23.—Los religiosos que aquí enumera el P. Ajo-

frín son los que entonces se encontraban en Méjico recogiendo limosnas para la misión del Tibet. Allí continuaron por algún tiempo, regresando luego a sus provincias, a excepción del P. Felipe de Portogruaro, que falleció, según el mismo P. Ajofrín dice, en Veracruz, el 31 de julio de 1766, y de Fr. Fermín de Olite, que continuó allí aún después. El P. Lorenzo de Brá y Fr. Hilarión de Bérgamo volvieron a sus respectivas provincias religiosas de Italia en octubre de 1768, como indicamos en las notas bio-bibliográficas.

INDICES

INDICE ANALITICO - SINTETICO

	Páginas
Advertencia preliminar	11-13
Diario del viaje a Méjico. Segunda salida	15-149
Animales de las Indias	151-158
Raras aves	158-162
Arboles	162-164
Frutas	164-170
Flores	170
Medicinas especiales	170-172
Fertilidad	172
Carácter, genio y figura de los indios	172-180
Regreso a España	183-260
Apéndices	261
I. — Cartas y documentos	261-268
II. — Notas bio-bibiográficas del P. Francisco de Ajofrín	279-324
III. — Notas al volumen primero	325-342
IV. — Notas al volumen segundo	343-356
Indice analítico-sintético	359
Indice alfabético	361-384

INDICE ALFABETICO DE AMBOS VOLUMENES

Abreu Gómez, Emilio, II, 335.
Acacio (S.), 168.
Academia de la Historia, XI; II, 11, 12.
Acambaro, villa, 202, 203, 255, 260, 296; II, 337.
Acatepec, pueblo, II, 44.
Acazingo, II, 20.
Acosta, José de, S. J., 219; II, 339.
Aculcingo, pueblo, II, 39, 40, 42.
Acuña, Juan de, 133.
Adamuz, pueblo, 18.
Aeyguaya, pueblo, II, 135.
Afortunadas, islas, 19.
Agonizantes (PP.), 67, 177.
Agorreta, José, O. F. M., 198.
Aguacate, II, 167.
Aguas, Ntra. Sra. de las, 160.
Aguatlán, pueblo, II, 135.
Agueda de San Ignacio, Mariana, 55.
Agüero, Mateo Ignacio, II, 124.
Aguir, Diego, II, 87, 124.
Aguiar y Seijas, Francisco, 128, 215.
Aguilar, Marcos, 130.
Aguilas de dos cabezas, II, 132.
Agustinas, Religiosas, II, 89, 91.
Agustinos (PP.), 12, 15, 33, 45, 55, 67, 177, 187, 209, 215, 223, 245, 258, 259. 260, 298; II, 89, 146, 229, 336.
Ahuído, enfermedad, 95.
Ahumada y Villalón, Agustín, 134.
Ajofrín, familia, 202.
Ajofrín, villa, 17; II, 282, 286, 307, 308.
Alacrán, II, 156.
Alacranes, isla, 25.
Alanos González, Fernando, O. F. M., 298.
Alba Frente, Manuel, II, 23.
Alburquerque, Bernardo, O. P., II, 101.
Alcalde mayor, recibimiento, II, 51.
Alcolea, venta, 18.
Alcorcón, pueblo, 17; II, 286.
Alcudia, venta, 18.
Alegría, Domingo, 277.
Alencastre Noroña y Silva, Fernando de, 133.
Alfonso XI, II, 248.
Algarves, reino, II, 239.
Aliri, Nicolás de, O. F. M., II, 20, 216.
Almerá, José, II, 23.
Almodóvar del Río, 18.
Alvarez, Angel, 293.
Alvarez, Bernardino, 98, 99; II, 329.
Alvarez de Abreu, Domingo Pantaleón, 58.
Alvarez de Abreu y Valdés, Miguel Anselmo, II, 103. 124.

Alzaga, Domingo, 40; II, 23.
Amaluca, hacienda, 42; II, 217.
Amarillas, Marqués de las, II, 286.
Amaro (S.), 98.
Amatlán de los Reyes, pueblo, II, 35.
Amecameca, pueblo, II, 18, 19, 20, 147, 345.
América, passim.
Amez, Manuel, II, 63.
Amicamilpán, hacienda, II, 200.
Amozoque, pueblo, 42; II, 217.
Andrés de Palazuelo, O. F. M Cap., II, 309.
Andoentín, hacienda, 254, 255.
Andújar, II, 250.
Anffescinio, Ricardo de, II, 97, 288, 299.
Angeles Bustamante, Antonio de los , O. F. M., 197.
Animales de las Indias, II, 151 ss.
Antequera, ciudad, II, 88, 348, 349; v. Oaxaca.
Antonio Abad (S.), 120, 125.
Antonio de Bertonico, O. F. M. Cap., II, 317.
Antonio de Castillo, O. F. M. Cap., II, 355.
Antonio de Muro, O. F. M., Cap., II, 354.
Antonio de Toro, O. F. M. Cap., II, 301.
Apán, pueblo, II, 191.
Aparicio, Sebastián de, O. F. M., 20, 48, 50; II, 48, 214, 331.
Apaseo, pueblo, 297.
Apodaca, Sebastián, II, 220.
Arana, Domingo, 212.
Arana Tuer, Juan, II, 216.
Aranjuez, II, 254.
Araral, II, 246.
Arbol del Perú, 207.
Arboles, 249, 251; de Indias, II, 162.
Arcángel de Escocia, O. F. M. Cap., II, 304.
Archivo General de los Capuchinos, II, 322.
Archivo Histórico Nacional, II, 289, 299, 330.
Archivo Provincial de Capuchinos de Castilla, II, 292, 298, 311.
Archivo de Propaganda Fide, II, 291, 321, 322.
Archivo Vaticano, II, 284, 318, 321.
Arcicollar, 17.
Arcos, Duque de, II, 246.
Argáiz, Gregorio de, O. S. B., II, 335.
Arharhon, laguna, 203, 254.
Arias Maldonado, Agapito, 211.
Aristizábal, Antonio, 59.
Aristizábal, Juan Ignacio, 59.
Armadillo, II, 152.
Arrazola, Casildo de, II, 83.
Arróniz, Marcos, II, 287.
Arroyo, Simón Eugenio de, 277.
Arroyozarco, pueblo, 183, 301.
Arteaga, Julio de, 183.
Asunción, pueblo, II, 104.
Asunción, Ntra. Sra. de la, 154.
Atlatlauaca, pueblo, II, 84.
Atole, bebida, 93.
Atongo, hacienda, 182, 183.
Atoyaque, río, II, 86; pueblo, II, 134.
Averroes, II, 249.
Aves en las Indias, II, 158.
Avicena, II, 249.
Ayautla, pueblo, II, 63.
Azores, islas, II, 233, 234.

Bacaro, Antonio, II, 219.
Badillo Hernández, Mateo, II, 23.
Badillo Hernández, Miguel, II, 23.

Bailén, II, 250.
Bala, Ntra. Sra. de la, 110, 115.
Baldinucci, Antonio, S. J., 279.
Ballesteros, Juan José, II, 125.
Bananas, II, 164.
Bárbara (Sta.), 172.
Bargas, 17.
Barco, Pedro del, O. F. M., 198.
Barranca Honda, rancho, II, 136.
Barreda, Hermenegildo, II, 220.
Bartolilla, hacienda, 203.
Basilio de Rubí, O. F. M. Cap., II, 316.
Basilios, Monjes, 18.
Bayamo, II, 227.
Bayle, Constantino, S. J., II, 352,
Bejuco, II, 169.
Belén, Ntra. Sra. de, II, 197.
Bello, Gonzalo, II, 234.
Belluga, Luis, Card., II, 315.
Benavides, Baltasar de, II, 102.
Benedictinos (PP.), 68, 177.
Benel, Francisco, II, 23.
Benito de Granada, O. F. M. Cap., II, 317.
Berbegal, Ramiro, 277.
Berdín de Molina, Francisco, 214.
Bermudas, islas, II, 232, 355.
Bermúdez de Castro, José, 29, 293.
Bermúdez, Juan, II, 232.
Bermudo Soriano, Luis, II, 116.
Bernal, José Antonio, O. F M., 198.
Bernal y Martínez, Antonia, 30.
Bernaldo de Quirós, Gutiérrez, 56.
Bernardo de Corleón (Bto.), O. F. M. Cap., II, 300.
Betlenitas (PP.), 33, 46, 68, 98, 176, 177; II, 89, 193, 229, 330.
Betancur y Mercado, Manuel de, 293.
Betancur, Pedro de San José, 96, 97; II, 330, 334.
Biblioteca de la Real Academia de la Historia, II, 283, 288, 290, 296, 308, 310, 311, 312, 329, 333.
Biblioteca Histórica Mexicana, XI; II, 306, 329.
Biblioteca Nacional de Madrid, XI; II, 281, 282, 301, 308, 309, 312, 328, 329.
Biempica y Sotomayor, Salvador, 212.
Blanco y Elguero, Buenaventura, II, 64, 103.
Blas (P.), O. F. M., 185, 198.
Blas (S.), 171.
Bojorques, Juan de, O. P., II, 102. 354.
Borja, Bartolomé, II, 22, 23.
Borja, Francisco de (S.), S. J., 223.
Borja, Manuel, 59.
Borrote, Pedro, S. J., 267; II, 341.
Bravo, Jerónimo, II, 220.
Brenes, 18.
Briceño, Bonifacio, 183, 301.
Bucareli, Antonio, II, 224.
Buenaventura de Carrocera, O. F. M. Cap., 13; II, 283.
Bufa, cerro, 269, 270, 287, 290.
Burgoa, Francisco de, O. P., II. 95, 347, 349, 350.
Burguillos, 17.
Bustillos, Fernando, II, 26.

Caballos de partura, 158.
Cabrera, 58.
Cacaguates, II, 167.
Cacao, II, 66.
Cacoliscle, enfermedad, 95.
Cacalotepec, pueblo, II, 134.
Cacomiscle, II, 152.
Cádiz, 19, 27, 28; II, 23, 240 ss., 286.
Cagigal de la Vega, Francisco, 134; II, 286.
Caimanes, isla, 24, 25, 28.

Caimanes, II, 152.
Calaguala, hierba, II, 51.
Calatayud, José, 29.
Californias, II, 179, 185, 289, 306, 307.
Calpa, pueblo, II, 146.
Calzontzi, 219, 247, 248; II, 341.
Calzontzi, Pedro, 224.
Camaleones, II, 157.
Camarena, 17.
Camarenilla, pueblo, 17.
Cambrice, Thomas, II, 100.
Camino, Juan Antonio del, II, 220.
Camotes, II, 169.
Campana, Ntra. Sra. de la, 149.
Campeche, sonda de, 25, 28.
Camuñas, II, 253.
Canal, Manuel de la, 292.
Canal de Bahama, II, 231.
Canarias, islas, 19, 20, 27, 28
Canela, II, 75.
Caña, II, 163.
Cañafístola, II, 74.
Cañete, Joaquín, II, 69.
Cañuela, II, 164.
Capuchinas, Religiosas, 46, 68, 135, 187, 209; II, 89, 92, 125, 248.
Capuchinos (PP.), 7; II, 52, 59, 98, 230, 242, 246, 248, 250, 288, 298, 314, 315, 348, 355.
Capulalpa, pueblo, 183.
Capulines, II, 168.
Caracuel, pueblo, 17.
Carbonera, rancho, 290.
Caridad, Jesús de la, 135.
Caridad, Ntra. Sra. de la, 100, 101.
Carlos II, 120.
Carlos III 199; II, 284.
Carlos V, 41, 208, 222, 265; II, 88.
Carmelitas (PP.), 12, 45, 46, 67, 120, 176, 177, 187, 209, 256, 298; II, 37, 42, 44, 229, 250, 252, 254.
Carmelitas, Religiosas, II, 229.
Carneros, venta, 17.
Carpinteros, pájaros, 244; II, 162.
Carrillo Mendoza Pimentel, Diego, 131.
Carta familiar, 59; II, 97, 288, 298, 316, 348.
Cartujos (PP.), 18.
Casablanca, venta, 181.
Casafuerte, Marqués de, 73.
Casares, Marqués de, II, 220.
Casas, Francisco de las, II, 130.
Casas, Gonzalo de las, II, 130.
Casas, Juan Manuel de las, II, 64, 69.
Cascabelillo de culebra, II, 171, 346.
Castañeda y Alcover, Vicente, XV; II, 12, 13, 306, 314.
Castellanos, Bernardo, II, 281.
Castellanos de Lara, Bonifacio, II, 281, 299.
Castilla, provincia capuchina de, XI; II, 284, 285, 294.
Castillo, Joaquín del, O. F. M., II, 115.
Castillo, José, 208.
Castro Figueroa y Salazar, Pedro, 133.
Catáneo, Antonio, 30; II, 86, 125.
Catáneo, Pedro, II, 60.
Cayetano (S.), 163.
Cebrián y Agustín, Pedro, 134.
Cedros, II, 162.
Centaura, II, 128.
Cenzontli, II, 162.
Cerbatanas, 91.
Cerda, José Manuel de la, 229
Cerda Sandoval, Gaspar de la, 133.
Cerro Gordo, rancho, II, 24.
Cervantes, Juan de, II, 100, 102.
Cervantes, Leonel de, II, 102.

Ciel Fancfans, Rogerio, II, 288.
Cientopiés, II, 157.
Ciruelas, II, 168.
Ciudad Real, 17; II, 286.
Clarisas, Religiosas, 187; II, 229, 245, 246, 251, 252, 254.
Clausel, Liborio, II, 23.
Clemente VII, II, 140, 333.
Clemente VIII, 101.
Clemente XI, 98.
Clemente XIII, 41.
Coautitlán, pueblo, 181, 182.
Coconaquiscle, culebra, 246; II, 71.
Cocolmeca, árbol, II, 171.
Cocos, II, 166.
Colegios de misioneros franciscanos, 190.
Colima, pueblo, volcán, 239.
Colmenar Viejo, 305.
Colmillo de caimán, II, 152 ss.
Colón, Cristóbal, II, 231.
Colón de Portugal y Castro, Pedro Niño, 132.
Concepción, hacienda, II, 20, 21.
Concepción Inmaculada, 145, 152, 153.
Concepción, Juan Bautista de la, O. SS. T., II, 248.
Concepcionistas, Religiosas, 292.
Concha, Andrés de, II, 130.
Congregación de Propaganda Fide, XI, XV, 7, 13, 17, 190 ss., 304; II, 11, 284, 285, 315, 318, 319, 321, 322, 323, 327.
Consolación, Ntra. Sra. de la, II, 245.
Coralillo, culebra, 255; II, 346.
Corazón de María, María Josefa del, 198.
Córdoba, 18; II, 247.
Córdoba, v. Villa de.
Córdoba, Fernando de, II, 249.
Cornide, Diego, II, 188.
Corominas, Ignacio Rafael, S. J., 267, 278; II, 341.
Corral Falso, rancho, 41; II, 24.
Corrientes, cabo, 25.
Cortés, Hernán, 68, 104, 105, 106, 111, 129, 174, 207; II, 18, 138, 139, 186, 193, 202, 203, 215, 216, 345, 353, 354; v. Valle, Marqués del.
Cortés, Juana, II, 106.
Cossío, Card., 18.
Costa, Francisco, II, 220.
Cosahuicos, II, 84.
Costumbres de los mejicanos, 88 y ss.
Cotastla, pueblo, II, 28, 31.
Cotorras, II, 159.
Covarrubias, Francisco, II, 216.
Covarrubias y Cervantes, Baltasar de, O. S. A., 214; II, 102.
Coxcatlán, pueblo, II, 44.
Coyol, 41; II, 24.
Coyomecalco, pueblo, II, 63.
Coyotepeque, venta, 182, 301.
Coyotes, II, 158.
Crespo, Benito, 58.
Criado, Antonio Valiente, 59.
Cristina (Sta.), 169.
Cristo (Santo), 15.
Cristo del Buen Viaje, 34.
Cristo de Chalma, 140.
Cristo de Luca, 139.
Cristo del Puente de Manzanares, 138.
Cristo del Rescate, 52.
Cristo de los Siete Velos, 120, 137.
Cristo de los Trabajos, 55.
Croix, Marqués de, II, 187, 188.
Crucíferos (PP.), 185 ss.; v. Franciscanos.
Cruilles, Marqués de, 36, 111, 134, 220, 269, 276; II, 185, 187, 193, 221, 235, 269 ss., 286, 287,

289, 290, 319, 330; v. Monserrat, Joaquín.
Cruilles, Marquesa de, II, 97.
Cruz, cabo, 24.
Cruz, Sor Juana Inés de la, II, 18, 345.
Cruz, Rodrigo de la, 98.
Cruz Blanca, 42.
Cuadros Ter, Laureano, II, 23.
Cuarenta Horas, jubileo, 178.
Cuba, isla, 23, 24, 25, 28; II, 223 y ss., 354.
Cucuyos, II, 158, 226.
Cuervo, isla, II, 233.
Cuervo, venta del, 183, 301.
Cuevas, Joaquín de, 213.
Cuevas Dávalos, Alonso de, 127: II, 102.
Cuicateca, lengua, II, 49.
Cuicatlán, pueblo, II, 48, 82 ss.
Cuilapa, pueblo, II, 104, 349.
Cuiseo, laguna, 254.
Cuitapa, villa, II, 104.
Culebras en Indias, II, 157.
Cupareo, rancho, 258.
Custodio, Manuel, II, 294, 305.
Cuyomecalco, pueblo, 81; II, 51, 54.
Cuyos, II, 158

Chachalacas, II, 76, 161.
Chachuapa, pueblo, II, 128.
Chahuiscle, enfermedad, 95.
Chalco, II, 15, 17, 148.
Chalchihuitlyque, diosa, II, 204.
Chales, laguna, 182.
Chamacuere, rancho, 255, 296, 297.
Chametla, pueblo, II, 134.
Chapulapa, II, 63.
Chapulco, pueblo, II, 42.
Chapultepec, 80.
Charo, villa, 207, 208, 247; II, 337.
Chavarría, Miguel, II, 124.
Chavarría y Haro, Joaquín, II, 64.
Chaves, Diego de, O. S. A., 214
Chaves, José Francisco, 208.
Chayotes, II, 169.
Chico, Ntra. Sra. de, II, 22.
Chichimacayuca, 42.
Chichimecas, indios, 247.
Chichimecos, puente, II, 21.
Chichincles, piedras, 268, 269.
Chiguihuitlán, pueblo, II, 81.
Chila, pueblo, II, 135.
Chile, pimienta, 92, 297.
Chiltepeque, pueblo, II, 63.
Chinampas, II, 15, 16.
Chinanteco, idioma, II, 55.
Chinapo, piedra, 203.
Chinguinito, bebida, 92.
Chiquihuitlán, pueblo, 63; II, 51, 54.
Chirimoya, II, 167.
Chocolate, 82.
Chocomán, pueblo, II, 34.
Cholula, ciudad, II, 20, 191, 200, 201 ss., 353, 354.
Chupamirtos, II, 161.
Churubusco, pueblo, 175.

Damas, golfo de las, 20, 27.
Danta, bestia, II, 70, 158.
Defensa, Ntra. Sra. de la, II. 140, 142.
Deogracias (S.), 181.
Desagravios, Jesús Nazareno de los, 136.
Descalzos (PP.), 45, 59, 101, 175, 176, 177, 187, 209, 211, 265: v. Franciscanos.
Desamparados, Ntra. Sra. de los, 150.
Deu, Bartolomé, 30, 40.
Devociones de los indios, 86.
Diario del viaje, II, 312 ss.
Díaz, Bernal, II, 145.
Díaz, José, 29.

Díaz de Almendáriz, Lope, 131.
Dicansfanfac, Rogerio, II, 288.
Diego, Juan, 117, 118.
Diego de Alcalá (S.), O. F. M., 210, 249.
Dimas (S.), II, 116, 118.
Divina Pastora, 34; II, 37, 60, 130, 230, 354.
Doctrinas de los religiosos, 259; II, 59.
Dolores, Virgen de los, 146, 160.
Dominica, isla, 20, 21.
Dominicas, Religiosas, 46, 209, 224, 292; II, 89, 94, 229, 246, 309.
Diminicos (PP.) 33, 45, 67, 112, 120, 156, 168, 176, 184, 186. 210, 215, 256; II, 18, 85, 86, 87, 89, 92, 94, 100, 105, 107, 108, 109, 113, 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 134, 229. 246, 350.
Doncel, Francisco, O. F. M., 292; II, 342.
Doncel, José, O. F. M., 202.
Don Dominguillo, pueblo, II, 83, 84.
Drago, árbol, II, 26.
Dutari, Francisco, 203.

Ecija, II, 246.
Echasco y Azedo, Enrique, O. F. M., 198.
Echeandía, Blas de, II, 124.
Echenique, Nicolás de, 245.
Echucandiro, pueblo, 260.
Efigenia (Sta.), 143.
El Carnero, hacienda, II, 42, 43.
El Carpio, venta, II, 249.
El Cofre de Perote, sierra, 42.
El Chillar, pueblo, II, 83.
El Dragón, barco, II, 219, 220.
El Guerrero, barco, 19.
El Ingenio, pueblo, II, 39.
Elizacoechea, Martín de, O. F. M., 211, 215.
El Lencero, pueblo, 41; II, 24.
El Naranjal, pueblo, II, 38.
El Peñol, baños, 175.
El Toscano, barco, 19, 20.
El Viso del Marqués, II, 250, 251.
Eneo, II, 249.
Enfermedades de América, 95.
Enríquez de Almansa, Martín, 130.
Enríquez de Guzmán, Luis, 132.
Enríquez de Rivera, Payo, O. S. A., 128, 132.
Enríquez de Toledo, Alonso, 214.
Eranguaricaro, pueblo, 260.
Escalante y Mendoza, Manuel, 215.
Escalona y Calatayud, Juan José, 215.
Escobar, Matías de, O. S. A., II, 338.
Escompacle, II, 171.
Escorpiones, II, 158.
Eslava, Fidel de, II, 220.
Esparza, Francisco de, II, 125.
Espinosa, Isidro Félix de, II, O. F. M., 190; II, 335.
Espíritu Santo Barrios, Josefa María del, II, 125.
Esquivel, Agustín de, 212.
Estancia, puente, 184, 185.
Estrada, Alonso, 130.
Estrada, Genaro, XI; II, 314, 329.
Euvel, O. F. M. Conv., II, 332.
Evia y Valdés, Diego de, O. S. A., II, 102.
Ezquerra, Fermín, II, 220.

Fabato, cónsul, II, 255, 256.
Fabián y Fuero, Francisco Javier, 58, 59.
Feijóo y Montenegro, Jerónimo. O. S. B., 85; II, 44, 177, 334. 345, 351.

Felipe II, 41; II, 129, 130.
Filepe III, II, 285.
Felipe IV, 120.
Felipe V, II, 316, 317, 328.
Felipe de Jesús (S.), 101, 102, 120, 123; II, 334.
Felipe de Portogruaro, O. F. M. Cap., II, 290, 356.
Félix de Cantalicio (S.), O. F. M. Cap., 203; II, 94, 95, 96, 97, 99.
Fenollar, Antonio, 30.
Fermín de Olite, O. F. M. Cap., 11, 17, 19, 27; II, 265, 266, 267, 285, 287, 290, 306, 317, 318, 320 ss.; 328, 356.
Fernán Caballero, pueblo, 17.
Fernández, Antonio, II, 220.
Fernández, Domingo, O. P., II. 125.
Fernández, Juan de Dios, 277.
Fernández de Bonilla, Alonso, 126.
Fernández de Córdoba, Diego, 131; II, 34.
Fernández de la Cueva, Francisco, 132, 133.
Fernández de Otañes, Andrés, 59; II, 40, 63, 264.
Fernández Reconco, José, O. F. M., II, 306.
Fernández Resillo, Julio, 214.
Fernández de Santa Cruz, Manuel, 57.
Fernando VI, 259; II, 248.
Ferraz, Félix de, II, 26.
Fertilidad de la tierra de Indias, II, 172.
Fidel de Sigmaringa (S.), O. F. M. Cap., II, 303.
Flechilla, culebra, II, 72.
Fleming, Antonio, 30; II, 23.
Florencia, Francisco de, S. J., 280; II, 101, 342, 351.
Flores en las Indias, 262, 291; II, 170.
Flores, Manuel de, II, 219.
Flores, Sebastián, O. F. M., 198.
Fons, Julio de, 212.
Fonsacij, Fraderico, II, 97, 288, 299.
Fouquet, Mdme., II, 155, 351.
Franciscanas, Religiosas, 262, 292.
Franciscanos (PP.), 33, 41, 42, 50, 51, 60, 63, 67, 106, 150, 152, 169, 170, 174, 176, 177, 181, 182, 183, 185, 187, 198, 202, 203, 209, 210, 215, 223, 233, 255, 258, 262, 292, 296, 298, 300; II, 17, 18, 20, 22, 34, 44, 58, 60, 61, 89, 137, 139, 140, 146, 147, 185, 186, 195, 200, 201, 205, 206, 210, 211, 213, 217, 229, 245, 246, 249, 251, 253; v. Descalzos.
Francisco de Ajofrín, O. F. M. Cap., XI, XII, XIII, XIV, XV, 3, 305; II, 11, 12, 13, 97, 149, 265 ss., 279 ss., 327 ss.
Francisco de Asís (S.), 50, 51; II, 211.
Francisco Javier (S.), 120, 122.
Francisco de Tembleque, O. F. M., II, 196 ss., 353.
Francisco de Villalpando, O. F. M. Cap., II, 294, 295.
Fresno, rancho, 202.
Frijol, 297.
Frutos de las Indias, 292, 297; II, 164.
Fuensalida, Luis de, O. F. M., 214, 222.
Fuertes, Francisco, II, 187.

Gabaldón, Pedro, 277.
Galápagos raros, II, 158.
Galindo y Villa, Jesús, II, 349, 354.
Gallegos, Félix Sebastián, O. F. M., 201.

Gallinas de Moctezuma, II, 25, 162.
Gamboa, Francisco Javier de, 250, 276; II, 341.
Gandiaga, Felipe, II, 23.
Garambuyos, II, 49.
Garcerán, Francisco, 215.
Garcés, Julián, O. P., 44, 56; II, 140, 351.
García, Bartolomé, O. F. M., 198.
García, Francisco Javier, II, 220.
García, José, II, 220.
García de la Concepción, José, II, 330, 334.
García Olloqui, Ana, 213.
García Olloqui, Gregorio Fernando, 213.
Garde, Miguel, 277.
Garmesón, Luis de, II, 124.
Gauchet, O. F. M. Conv., II, 332.
Gaviño, Miguel, 18.
Gerequaro, pueblo, 297.
Gerundio de Campazas, Fray, II, 283.
Gil de Jibaja, José, II, 201.
Gómez de Acosta, Esteban, II, 45.
Gómez de Angulo, Diego, Felipe, II, 103.
Góngora, Luis de, II, 249.
Gonzaga, Luis (S.), S. J., 161.
González, Diego, 30.
González, Pedro, 58.
González de Albelda, Francisco, II, 33, 35.
González Dávila, Gil, 66, 85; II, 332, 333, 334.
González de la Puente, O. S. A., II, 338.
Gorozabel, José Vicente, 212.
Gracia, Ntra. Sra. de, II, 307, 308.
Grajales, Narciso, II, 46.
Grana, cultivo, II, 117 ss.
Granadilla de la China, fruta, II, 168.
Gran Capitán, II, 249.
Grande, río, 256, 260, 296, 300
Gregorio XIII, 101.
Gripari, Andrés Mariano, II, 125.
Guacamayo, II, 159.
Guadalupe, pueblo, II, 104.
Guadalupe, Ntra. Sra. de, 60, 111, 114, 117, 118, 119, 120, 181, 186, 269, 302; II, 15, 19, 37, 147, 149, 185, 192, 333.
Guadiana, río, 17; II, 252.
Guajes, fruto, II, 25.
Guajolotitlán, pueblo, II, 85 ss.
Guanacascle, árbol, II, 49
Guanajuato, 263 ss., 288; II, 287.
Guanajuato, Ntra. Sra. de, 265, 266.
Guanapa, pueblo, II, 134.
Guanascle, II, 49.
Guaniani, isla, II, 231.
Guarico, 23; II, 329.
Guarimeo, pueblo, 231.
Guastepec, pueblo, II, 135.
Guatemala, colegio, O. F. M., 177.
Guatulco, cruz, puerto, II, 100, 101, 349.
Guautla, pueblo, II, 128.
Guaxolotitlán, pueblo, II, 125.
Guayabas, II, 168.
Guayangaveo, pueblo, 210; II, 338.
Guejolotitlán, pueblo, II, 134.
Guerra, Alonso, O. P., 214.
Guerra, García de, O. P., 126, 131.
Guerra, Juan, 59.
Guerrero, provincia, II, 288.
Guía, Ntra. Sra. de la, II, 148.
Guirior, Manuel de, II, 219, 220.
Guitzilopochtli, 62.
Gumiel de Izán, II, 146.
Gumilla, José de, S. J., II, 351.
Gutiérrez Coronel, José, 212.
Gutiérrez de Villegas, Antonio, II, 216.

Guzmán, Inés de, II, 129.
Guzmán, Nuño de, 248; II, 341.

Hacienda de los Virreyes, II, 189.
Hayden, Enrique, II, 23.
Hazuna, Marcelo de, 127.
Hernáez, Francisco Javier, S. J., II, 332, 338.
Hernáiz, Francisco Antonio, 59.
Hernández, Julio. O. F. M., 198.
Hernández, Justino, II, 339.
Hernández Navarra, II, 35.
Herrera, Antonio, II, 145.
Herrera, María de la Luz, 212.
Herrero, Antonio M., II, 316.
Herretes, cerro, 290.
Hierba vergonzosa, 244.
Higuera, II, 24.
Hilarión de Bérgamo, O. F. M. Cap., II, 290, 318, 321, 356.
Hipólito (S.), 64, 120, 124; II, 332.
Hipólitos (PP.), 33, 45, 68, 98, 176, 177, 187; II, 34, 329.
Hobos, II, 73.
Huajuapa, pueblo, II, 133, 134.
Huauctilla, pueblo, II, 127.
Huelotitlán, pueblo, II, 135.
Huemes y Horcasitas, Juan Francisco de, 134.
Huerta, hacienda, 215.
Huete, II, 109.
Huexotzingo, ciudad, II, 146, 191, 351.
Hueyotlipa, pueblo, II, 191.
Huilapán, pueblo, II, 38.
Huiso, II, 87.
Huitzilopozli, dios, 63; II, 332.
Hurtado, Ignacio, II, 124.

Ibarrola, Manuel, 293.
Ignacio de Loyola (S.), 267.
Igualtepec, pueblo, II, 135.
Iguanas, II, 158.
Illueca, Francisco Antonio, II, 38.
Imágenes célebres en Méjico, 110.
Indaburu, Juan Martín de, 212.
Indaparapio, pueblo, 247.
Indios, carácter, genio y figura. II, 172 ss.
Inés de la Cruz, 106, 110.
Inocencio XI, 98, 190.
Inocencio XII, 101.
Insulto, enfermedad, 95.
Iraola, Joaquín, 255.
Iripuato, pueblo, 262, 268; II, 341.
Irizar, Lucas de, 277.
Irizar, María Josefa, II, 124.
Isla, José Francisco de, S. J., II, 283.
Istacalco, 176; II, 15, 16.
Istaltepeque, pueblo, II, 115.
Iturralde, Pedro José de, 227.
Iturribarría y Urquijo, Pedro, II, 124.
Iturribarría y Urquijo, Vicente. II, 125.
Itzcoatl, 63.
Ixcatlán, pueblo, II, 63, 69
Ixtazoquitlán, pueblo, II, 38.
Ixtlahuaca, 166, 167.

Jacatepeque, pueblo, II, 63.
Jaime de Pereleda, O. F. M. Cap., II, 316.
Jalapa, medicina, II, 23.
Jalapa de la Feria, pueblo, 41, 42; II, 15, 21, 22, 23, 24.
Jalapa de la Sierra, II, 63, 68.
Jalitatuane, pueblo, II, 63.
Jamaica, isla, 23, 176; II, 15, 16.
Jamapa, río, II, 26.
Jaurrieta, Pedro, 212.
Jayacatlán, pueblo, II, 85.
Jerez de la Frontera, II, 244.
Jerónimo de Corleón, O. F. M. Cap., II, 300.
Jerónimo de Jerez, O. F. M. Cap., II, 317.
Jesuítas (PP.), 33, 45, 67, 90, 120,

151, 161, 177, 187, 201, 204, 209, 223, 224, 227, 265, 267, 298, 301; II, 41, 47, 89, 94, 229, 345.
Jesús, Madre María de, II, 20.
Jesús de Guirambo, pueblo, 218, 245.
Jesús Nazareno, imágenes, 136, 141.
Jesús Nazareno, pueblo, II, 104.
Jícara, árbol, II, 31.
Jicayán, pueblo, II, 117.
Jiménez, Antonio, 29.
Joaquín de Barcelona, O. F. M. Cap., II, 316.
Jabón, modo de hacerlo, 93.
José (S.), 120, 121.
José de Granada, O. F. M. Cap., II, 323.
Juan Bautista de Bertonico, O. F M. Cap., II, 316, 317.
Juárez de Mendoza, Lorenzo, 130.
Júpiter, barco, II, 219.
Jurado, Juan, II, 220.

Kascla, II, 31.

La Aguacana, pueblo, 233, 236.
La Alhaja, rancho, 40.
La Antigua, pueblo, 40; II, 24, 25, 189.
La Asperilla, hacienda, II, 26.
La Aurora, barco, II, 231.
La Bermeja, 25.
Labrador, Isidro (S.), 166, 167.
Labrador Cortés, Petra, 213.
La Cabaña, II, 229.
La Carolina, II, 250.
Lacodre y Zapata, Antonio, 293.
Lachiriega, pueblo, II, 116.
La Dorada, barco, 19.
La Flora, barco, II, 219.
La Floresta, pueblo, 42.
Lagos, ciudad, II, 239.
Lagos, Ntra. Sra. de los, 268.
La Guardia, II, 253.
La Habana, 23, 25; II, 223 ss., 354, 355.
La Hoya, pueblo, 42.
La Joya, pueblo, II, 189.
La Magdalena, pueblo, II, 85, 86.
La Mojarrilla, rancho, II, 29, 30.
La Natividad, pueblo, II, 104.
Lanciego, José Gil, 212.
Lanciego y Eguilaz, José de, O. S. B., 128.
La Parrilla, II, 247.
La Peñuela, II, 250.
La Perla, barco, 19, 29; II, 26.
La Presentación, pueblo, 233.
La Puebla de los Angeles, 42 ss.; parroquias, 45; conventos, 45, 46; colegios, 45, 61; obispos, 56, 80, 90; II, 20, 134, 139, 189, 190, 288, 331, 336, 351.
Lardizábal y Elorza, Juan Antonio, 57.
Larrazábal, Feliciano, II, 125.
La Rinconada, rancho, II, 24, 189.
Lasarte, Joaquín de, II, 124.
Las Casas, Bartolomé de, O. P., II, 203, 353.
Las Heras, pueblo, II, 125, 127.
La Soledad, pueblo, II, 104.
Latido, enfermedad, 95.
La Tortuguilla, II, 222, 223.
La Venta Salada, II, 46.
Las Palmillas, trapiche, II, 33.
Las Vacas, venta, II, 30.
Las Vigas, pueblo, 42; II, 21, 189.
Las Viñuelas, 18.
Las Vueltas, río, II, 83, 84, 85.
Lazabal, Felipe de, II, 64.
Lázaro, Diego, II, 145.
Lazcano (P.), S. J., 227.
Leandro de Frinozejo, O. F. M. Cap., II, 282, 324.
Lebrija, II, 245.
Ledesma, Antonia Manuela de, 213.

Ledesma, Bartolomé de, II, 102.
Legazpi Altamirano, García de, 57, 215.
Lenguas en Méjico, II, 123, 124.
Leivas, II, 47.
Lerín, Francisco, 224.
Lesleo, Jorge, II, 304.
Leyva de la Cerda, Juan de, 132.
Liborio (S.), 173.
Limas, II, 33, 163.
Limones, II, 33, 163.
Linar, Antonio, O. F. M., 190.
Linares, Duque de, II, 132.
Liquidámbar, árbol, II, 23.
Lizardi, Juan Bautista, II, 124.
Lobo, Santiago, II, 23.
López, Alvaro, II, 220.
López, Gregorio, 80, 101, 103, 104, 106; II, 335.
López, Victoriano, 59.
López de Espinosa, Blas, 260.
López de Jesús, Melchor, O. F. M., 190.
López Llergo, Jerónimo, 212.
López Matoso, Antonio, II, 145
López de Oquendo, Miguel, II, 216.
López Pacheco Cabrera y Bobadilla, Diego, 132.
López de Zárate, Juan, II, 101
Lorenzana y Buitrón, Francisco Antonio, 129, 305; II, 311.
Lorenzo de Ajofrín, O. F. M. Cap., II, 324.
Lorenzo de Brá, O. F. M. Cap., II, 290, 317, 318, 321, 356.
Lorenzo de Brindis (S.), O. F. M. Cap., II, 297, 302, 303, 328.
Lorenzo de Mentone. O. F. M. Cap., II, 317.
Lorenzo de Vélez O. F. M. Cap., II, 317.
Loreto, Ntra. Sra. de, 120.
Loros, II, 159.
Los Callos, islas, II, 231.
Los Dolores, pueblo, 293.
Los Jaquejes, 301.
Los Naranjos, hacienda, 204, 206, 207, 247, 249, 251, 254.
Los Negrillos, 25.
Los Padres, hacienda, II, 41.
Los Tepetates, 231; II, 193 ss.
Lucano, II, 249.
Luna, Miguel de, II, 46.
Luz, Ntra. Sra. de la, 156, 256.

Llagas, Francisco de las, O. F. M., 211.

Macuiltepec, cerro, II, 22.
Macuilzuchil, pueblo, II, 115.
Madrid, 17, 67, 101; II, 254 ss.
Madroño, Jacinto, 277.
Magdalena, pueblo, 259.
Magiscatzín, II, 140, 350.
Magüey, 90; II, 163.
Maldonado, Angel, O. S. Bern., 215; II, 103.
Maldonado, Cándido, 58; II, 20.
Maldonado, Eugenio, 59.
Mancha (La), II, 251 ss., 286.
Manero y Pinedo, Vítores, II, 123, 124.
Manga, Ntra. Sra. de la, 147.
Manleón, Juan, 213.
Manrique de la Cerda, Tomás Antonio, 132.
Manrique y Zúñiga, Alvaro, 131.
Manrique y Zúñiga, Francisco, 127.
Manzanares, II, 252.
Mañosca, Juan de, 127.
Maqueda, II, 109.
Marcial (S.), 182; II, 89.
Marchena, II, 246.
Marfil, pueblo, 262, 263, 276.
Margil de Jesús, Antonio, O. F. M., 106, 107, 190, 193, 196, 303, 335, 336.
Marina, frases de la, 30.

Mariscal, Francisco, II, 124.
Martín de Valencia, O. F. M., 18.
Martínez de Rivelles, Pedro, 29.
Martínez de Vingala, O. P., II, 312.
Martinica, isla, 20, 21, 27, 28.
Matanzas, II, 227.
Matapalo, II, 170.
Mateos, Francisco José, II, 35.
Matías de Marquina, O. F. M. Cap., II, 297.
Matlalcueye, diosa, II, 204, 354.
Matos Coronado, Francisco Pablo, 215.
Mazateca, lengua, II, 47.
Medicinas de las Indias, II, 170.
Medina, Juan de, O. S. A., 214.
Medina y Sarmiento, José, II, 128.
Méjico, passin.
Méjico, ciudad, 61 ss.; conventos, 67, 68; parroquias, 68, 69; colegios, 68; universidad, 70; cabildo, 69; tribunales, 72; abastos, 72; casa de la moneda, 73; hacienda, 74; temperamento, 75; imágenes, 110; usos y costumbres, 88 ss.; arzobispos, 126 y ss.; virreyes, 129; lugares de diversión, 175; II, 12, 13, 15, 16, 19.
Melchor de Pobladura, O. F. M. Cap., II, 285, 316.
Mena, Juan de, II, 249.
Mendiola, Joaquín de, II, 187.
Mendívil, Francisco, 59.
Mendoza, Antonio de, 130; II, 339.
Mendoza y Luna, Juan de. 131.
Menguaro, pueblo, 255, 260.
Méntrida, 17.
Merced, Ntra. Sra. de la, 120, 142, 144, 155, 158.
Mercedarias, Religiosas, 46.
Mercedarios (PP.),XI, 12, 33, 45, 143, 144, 155, 162, 177, 187, 209, 211, 215, 268, 269, 298; II, 89, 229, 341.
Mesía de la Parra, Fernando, II, 134.
Mexcale, bebida, 93.
Mexicalango, II, 147.
Mexicalcingo, pueblo, II, 17.
Mexquites, 208.
Micos, II, 158.
Michelena, Diego de, 213.
Michelena, Manuel de, 213
Michoacán, provincia, 181 ss., 260; obispado, 208, 210; obispos, 214; II, 13, 287, 331.
Miguel (S.) del Milagro, II, 143, 145, 146.
Minas, 249 ss., 267, 268 ss., 286.
Minería, términos usados en ella, 273.
Miniaga, Antonio Sixto de, II, 124.
Mínimas, Monjas, II, 248.
Mínimos (PP.), II, 246.
Miranda, José de, II, 124.
Miserere, cólico, 75.
Mitla, pueblo, II, 110, 115, 116.
Mixteca, II, 15, 86, 125, 127, 133, 134, 137, 288.
Moctezuma, 62, 63; II, 23.
Molina, Isidro de, S. J., 227.
Molina, José, II, 124.
Molonques, piedra, 268.
Monacillos, 47.
Monos, II, 158.
Monroy, Antonio, O. P. 215.
Monserrat, Fernando, II, 187.
Monserrat, Joaquín, 134; II, 287; v. Cruilles, Marqués de.
Monserrat, Manuel de, II, 187.
Montano, Tomás, II, 103.
Montero, Nicolás, 212.
Monterroso, Tomás de, O. P., II. 102.
Montes, Andrés de, 29.

Montes y Argüelles, José, II, 124.
Montes y Argüelles, Manuel, II, 38.
Montúfar, Alonso de, 126.
Mora y Escobar, Alonso de la, 56.
Moral, Joaquín del, II, 38, 45.
Morales, Ambrosio de, II, 249.
Morales y Sigala, Jerónimo, II, 124.
Morán, Salvador, 198.
Moreno, Juan José, 224.
Morro, castillo, II, 229.
Mosquejeta, volcán, II, 204.
Mosquitos, II, 157.
Móstoles, 17; II, 286.
Moya, Vicente Domingo de, 29.
Moya de Contreras, Pedro, 126, 130.
Mozoque, pueblo, II, 20, 139.
Murciélagos, II, 161.

Nájera, José Mateo de, II, 26.
Nájera Enciso, Julio Antonio de, 212, 247.
Napaluca, pueblo, 42.
Naranjos, II, 33, 163.
Natividad, José de la, O. C., II, 125.
Nativitas, pueblo, 175; II, 28.
Navalcarnero, 17; II, 286.
Navarro, Antonio, 213.
Navarro, pintor, 85.
Navas de Tolosa, II, 251.
Navasa, isla, 23.
Nebrija, Antonio, II, 249.
Negrillo, II, 222.
Nexapa, pueblo, II, 117.
Nicaragua, 276.
Nicolás de Bustillo, O. F. M. Cap., II, 294.
Nicolás de Tolentino (S.), 269; II, 116, 119.
Nigua, II, 155.
Nochiztlán, pueblo, II, 127, 128.
Nogales Dávila, Pedro, 57.
Nolasco, Pedro (S.), 162.
Nopal, arbusto, II, 120 ss.
Nopaluca, pueblo, II, 217.
Nosilla, Julio Jácome, 29.
Nubladitos, flor, 291.
Nuestra Señora del Consuelo, barco, 19.
Nueva España, passim.

Oaxaca, ciudad, 80 ss., obispado, 210; II, 13, 15, 62, 63, 86, 87, 88, ss.; cabildo, 88; conventos, 89; obispos, 101, 288, 331, 348, 349.
Obispos de La Puebla de los Angeles, 56; de Oaxaca, 101; de Méjico, 126; de Michoacán, 214.
Obregón, Benito, 30.
Obregón, Bernardino de, II, 246.
Obregones (PP.), II, 246.
Obrajes, 187, 293.
Observantes (PP.), v. Franciscanos.
Ocaña, II, 253.
Ocaranza, F., II, 331.
Ocotlán, Ntra. Sra. de, II, 140.
Ocoa, 22, 28.
Ojo del Agua, pueblo, 42.
Ojozarco, hacienda, II, 39, 40.
Olazábal, Lorenzo, 277.
Olid, Cristóbal de, 210; II, 338.
Olid, valle de, 210; II, 338.
Olmedo (P.), O. de M., 62, 70.
Olmedo, Manuel de, II, 23.
Oloxuchil, II, 46.
Oratorio de San Felipe Neri, 46, 68, 101, 146, 187, 292; II, 248, 355.
Orcullo, barco, II, 231.
Ordaz, Diego de, II, 18, 345.
Orden Tercera, 45, 178; II, 17, 214.
Organos, II, 49.

Orgaz, 17; II, 286.
Oriflame, barco, 19, 23, 27.
Orinoco ilustrado, II, 155.
Orizaba, II, 36 ss.
Ortega (P.), O. S. A., 260.
Ortega, José Joaquín de, O. F. M., 198; II, 337.
Ortega y Montañés, Julio, 215.
Ortega Montañez, Juan de, 128, 133.
Osio, II, 249.
Osma, II, 331.
Osomasín, pueblo, II, 63.
Osorio de Escobar y Llamas, Diego, 57, 132.
Othomíes, indios, 247, 248.
Otumba, II, 186, 188, 191, 195, 197, 353.
Ovejitas, II, 85.
Oviedo, Juan Antonio de, S. J., 109, 110.
Oxitlán, II, 63.

Pablo de Colindres, O. F. M. Cap., II, 267, 284, 285, 290, 291, 292, 321, 324, 355.
Pablo María de Ferrara, O. F. M. Cap., II, 317.
Pablo de Logroño, O. F. M. Cap., II, 284.
Pablo María de Matelica, O. F. M. Cap., II, 316.
Pacheco Osorio, Rodrigo, 131.
Pachole, II, 174.
Pachuca, pueblo, 269.
Palafox y Mendoza, Juan de, 44, 49, 50, 56, 90, 132; II, 28, 30, 37, 41, 44, 179, 205, 213, 330, 345, 353.
Palancanauyaque, culebra, II, 71.
Pallavicini, Lázaro Opicio, 7; II, 265, 285, 318.
Palmilla, venta, 183.
Palmillas, pueblo, 301.
Palo amarillo, II, 56.
Palo bobo, 186.
Palo gateado, II, 34.
Palo lagarto, II, 50.
Palo mulato, II, 47, 48.
Palo santo, II, 47, 48.
Panindiquaro, pueblo, 260.
Papaya, II, 165.
Paranguarecútiro, pueblo, 260.
Parra, José, 301.
Parra de Indias, II, 51.
Pascual, Miguel, II, 219.
Paso del Obispo, rancho, II, 30.
Patricio, Juan, 85.
Paulo III, 178; III, 338, 352.
Paulo V, 15, 55, 101.
Paztquaro, 208, 210, 215, 218 ss., 247; II, 339.
Pedro de Alcántara (S.), 267.
Pedro de Burgos, O. F. M., 292; II, 342.
Peláez, pintor, 85.
Peláez, José, O. S. A., II, 146.
Peñaflor, pueblo, 18.
Peralvillo, pueblo, 17.
Peralta, Gastán de, 130.
Perdón, Ntra. Sra. del, 157.
Perea, José, II, 220.
Pereda, Diego de, 212, 246.
Pereda, José Antoni de, 212.
Pereda, María Gertrudis de, II, 26.
Peregrina, Ntra. Sra. la, 155.
Pereira y Correa, Diego, II, 220.
Pérez, José, 29.
Pérez de la Serna, Juan, 127.
Periquitos, II, 159.
Perote, pueblo, 42; II, 21, 189, 217.
Perú, 276.
Picazo, María Petra, 212.
Piedad, Ntra. Sra. de la, 112, 116.
Piedra, Ntra. Sra. de la, 159.
Piedras Negras, pueblo, II, 193.
Pimentel, Francisco, II, 129.
Pimentel, José, 227, 240.

Pimienta, II, 56.
Pino, II, 162.
Pinos, isla, 25.
Piña, II, 165.
Pitahayas, II, 169.
Pitias, 273.
Pito real, II, 159.
Plan del Río, rancho, 40, 41; II, 24.
Plátanos dominicos, II, 165.
Plátanos guineos, II, 165.
Pochote, árbol, II, 25, 163.
Pompeyo, II, 249.
Ponce de León, Luis, 130.
Poncio el Censorino, Marco, II, 256.
Popocalkli, volcán, 43; II, 18, 19.
Popocatepec, volcán, II, 18, 19.
Pópulo, Ntra. Sra. del, 285.
Porter, Diego, II, 23.
Portocarrero Laso de la Vega, Melchor, 133.
Porto Príncipe, II, 227.
Posadas, pueblo, 18.
Pozole, bebida, 93; II, 67.
Pozuelo de Pinós, Antonio, 296.
Prieto García, Manuel, II, 23.
Primo, Juan Manuel de, 198.
Pronunciación de los indios, 95.
Propaganda Fide, v. Congregación.
Puebla de los Angeles, v. La Puebla.
Pueblito, Ntra. Sra. del, 193. 199, 201, 300.
Puertas, Tadeo, II, 125.
Puerto, Nicolás del, II, 102.
Puerto Lápiche, II, 252.
Puerto de Santa María, 19; II, 23, 244, 286.
Pulque, bebida, 92.
Puruandiro, pueblo, 260.
Purunchequaro, pueblo, 260.

Quapiaztla, pueblo, II, 190.
Quebrantahuesos, II, 161.
Querendaro, hacienda, 204, 254.
Querétaro, v. Santiago de Querétaro.
Quetzalcohuatl, ídolo, II, 201, 353.
Quiatoni, pueblo, II, 116.
Quilhuacán, pueblo, II, 148.
Quintana, Andrés Mariano, II, 124.
Quintana, Pedro, II, 124.
Quiotepeque, pueblo, II, 47, 48, 49; II, 81, 82, 83.
Quiroga, Vasco de, 209. 214, 219, 220, 223; II, 340.
Quirós, Manuel de, O. S. Bern., II, 103.

Rabí Moisés, II, 249.
Rada, Pedro de, II, 188.
Rafael (S.), 1, 2, 5.
Rafis, II, 249.
Ramírez de Prado, Marcos, 127.
Ramos, Bonifacio, 29.
Ramos, Francisco, II, 293, 294. 305.
Rancho de Hierro, II, 28.
Redonda, Ntra. Sra. de la, 120. 154.
Regla, Ntra. Sra. de, II, 240.
Remedios, Ntra. Sra. de los, 111. 113; II, 206, 207, 354.
Retama, II, 47.
Ricardos, Antonio, II, 221.
Ricco Fijas, Fernando, II, 288. 301.
Ricter, Gregorio, 273.
Rina, Juan, 208. 8
Rinconada, rancho, 40.
Río Seco, 40.
Ríos, Eduardo Enrique, II, 335.
Ríos, Rodrigo de los, 198, 218.
Risueño, Francisco, 30.
Rita (Sta.), 53.
Rivadeneira y Bartientos, Antonio Joaquín, 276; II, 179, 341.

Rivera, Francisco, O. de H., 214.
Rivera, José Javier de, 255.
Rivero, Francisco del, II, 23.
Roa, Cristóbal de, 251.
Roa y Torreblanca, Martín de, II, 249.
Robles, hacienda, 185.
Rocha, Martín José de la, 198.
Rodeo, rancho, 290.
Rodríguez, Ignacio, II, 220.
Rodríguez y Galindo, Vicente, II, 26.
Rodríguez y Valero, José Antonio, II, 35.
Rojano y Mudarra, Antonio Manuel, II, 20.
Romano, Diego, 56.
Romero, Teresa, II, 216.
Rosa, Manuel de la, II, 220.
Rosario, Ntra. Sra. del, 120, 148.
Rosario de Murguía, barco, II, 230.
Rozas, Juan de, II, 45.
Ruano, venta, 183.
Rubio y Salinas, José Manuel, 128, 180, 303; II, 267.
Rueda, Marcos de, 132.
Ruiz Gordón, José, 29, 40; II, 26.
Ruiz de Morales y Medina, Antonio, 56, 214.

Sabino, árbol, II, 109.
Sacabocado, hierba, II, 171.
Sachila, pueblo, II, 107, 108, 110.
Sagadebugeyro, Mateo de, 127.
Salado, río, II, 47, 137.
Salamanca, 260, 261.
Salamanquesa, culebra, II, 72, 158.
Salcedo, Pedro Antonio de, 227.
Saltaparedes, aves, II, 48, 161.
Salvatierra, ciudad, 255, 257, 297.
Samudio, Diego, 212.
San Agustín, pueblo, II, 104.
San Agustín de la Cal, pueblo, II, 104.
San Agustín de las Cuevas, pueblo, 175 .
San Agustín de Otzumatlán o Sumatlán, 249.
San Andrés, pueblo, 185; II, 56, 63, 87.
San Andrés de Chinascla, II, 128.
San Andrés de Guayapa, pueblo, II, 104.
San Andrés, Sebastián de, 110.
San Antonio, cabo, 24, 25; río, 40; II, 127.
San Antonio, pueblo, 42, 185; II, 63.
San Antonio Barrio, pueblo, II, 63.
San Antonio de Buenavista, pueblo, 255.
San Antonio de la Cal, pueblo, II, 104.
San Antonio Huatusco, pueblo, II, 34.
San Antonio Nexapa, pueblo, II, 38.
San Antonio de Padua, pueblo, II, 46.
San Antonio del Prado, convento O. F. M. Cap., II, 291, 292, 396, 309, 327.
San Baltasar, pueblo, II, 115.
San Bartolomé, pueblo, II, 20, 34.
San Bartolomé de Naucalpán, 181.
San Bartolomé del Pino, pueblo, 185, 300.
San Bartolomé de los Tepetates, hacienda, II, 193, 194.
San Bernabé, pueblo, II, 143.
San Bernardino, hacienda, 182; pueblo, 301.
San Buenaventura, pueblo, II, 20.
San Carlos, barco, II, 231.
San Cristóbal de Ecátepec, 60, 78; II, 186, 191, 192.
Sánchez ,Tomás, S. J., II, 249.

Sánchez Cantón, Francisco Javier, II, 12.
Sánchez de Pisa, Vicente, II, 132.
Sánchez de Tagle, Fernando, 212.
Sánchez de Tagle, Pedro Anselmo, 212, 215.
San Diego, pueblo, II, 34.
San Diego de Aculcingo, hacienda, II, 40, 41.
San Diego de Chalmo, II, 46.
Sandoval, Antonio Javier, 29.
San Esteban, pueblo, II, 63.
San Felipe, barco, 18.
San Felipe, pueblo, 292; II, 87, 191.
San Francisco, pueblo, 183, 301; II, 24, 115, 137.
San Francisco de Acatepeque, pueblo, II, 212.
San Francisco de Huiso, II, 87, 125.
San Francisco Necostla, pueblo, II, 38.
San Francisco de Tlanapala, pueblo, II, 200.
San Francisco Tutla, pueblo, II, 104.
San Gabriel, pueblo, II, 104.
San Gabriel Chilac, pueblo, II, 44.
Sangre de drago, II, 26.
Sangre de Jesús, Liberata Antonio de la, 198.
San Jacinto Chilateca, pueblo, II, 104.
San Jacinto Milpas, pueblo, II, 104.
San Jerónimo, pueblo, 259; II, 20, 135.
San Jerónimo Sagachi, pueblo, II, 104.
San Jerónimo Zentla, pueblo, II, 34.
San Jorge, isla, II, 233.
San José, río, 40.
San José de Gracia, pueblo, II, 136.
San Juan Aculzingo, pueblo, II, 38.
San Juan Atacla, pueblo, II, 38.
San Juan Bautista, pueblo, II, 136.
San Juan Coscomatepec, pueblo, II, 34.
San Juan Coyula, pueblo, II, 50, 51.
San Juan de los Cues, pueblo, II, 47.
San Juan Chapultepeque, pueblo, II, 104.
San Juan Chilateca, pueblo, II, 104.
San Juan de Dios, Religiosos, 68, 164, 165, 176, 177, 184, 209, 223, 298; II, 89, 229, 330.
San Juan de Guedo, pueblo, 185.
San Juan de Guelachi, pueblo, II, 104.
San Juan de Huelavia, pueblo, II, 115.
San Juanico, pueblo, II, 63.
San Juan de los Lagos, Nuestra Señora de, 268, 280, 282.
San Juan de Nexaloa, II, 46.
San Juan Bautista Nogales, II, 38.
San Juan, Pablo, O. F. M., 213.
San Juan de la Punta, II, 31, 33, 35.
San Juan del Rey, pueblo, II, 85, 86, 87.
San Juan del Río, pueblo, 183, 184, 185, 301; II, 38, 116, 336.
San Juan de Theuacán, 60; II, 186.
San Juan de Ulúa, 27, 33, 36, 39; II, 219.
San Juan de la Vega, pueblo, 297.
San Juan Zapatitlán, pueblo, II, 63.
San Juan Zautla, pueblo, II, 63.
San Lázaro, pueblo, II, 87.

San Lorenzo, pueblo, II, 33, 35, 87, 116.
Sanlúcar de Barrameda, 18; II, 26, 286.
San Lucas Tlanichico, pueblo, II, 104.
San Luis del Río, II, 116.
San Martín Atazatepán, pueblo, II, 44.
San Martín Atlahuilco, pueblo, II, 38.
San Martín de Esmaluca, pueblo, 59; II, 201.
San Martín Lachila, pueblo, II, 104.
San Martín Mejicapa, pueblo, II, 104.
San Mateo Susaltepeque, II, 128.
San Mateo de Yala, pueblo, 182.
San Miguel, pueblo, 185; II, 104, 115, 127.
San Miguel Eloxuchitlán, pueblo, II, 44.
San Miguel el Grande, villa, 290, 291, 293, 294, 296.
San Miguelito, 183.
San Miguel Peras, pueblo, II, 104.
San Miguel del Soldado, 42; II, 21.
San Miguel de Thi., pueblo, 185.
San Miguel de Thomatlán, pueblo, II, 38.
San Miguel de los Xagueyes, pueblo, 182.
San Nicolás, hacienda, 258.
San Nicolás de Potrerillas, rancho, 183.
San Nicolás de los Ranchos, pueblo, II, 20, 147.
San Pablo Etla, pueblo, II, 104.
San Pablo Peras, pueblo, II, 104.
San Pedrito, pueblo, 181.
San Pedro, pueblo, II, 83, 127, 134.
San Pedro Ahuatlán, pueblo, 185.
San Pedro Chapulco, pueblo, II, 44.
San Pedro de Etla, pueblo, II, 104.
San Pedro Guegorexa, pueblo, II, 104.
San Pedro Ixhuatlán, pueblofi, II, 34.
San Pedro Maltrata, pueblo, II, 38.
San Pedro Sochipa, pueblo, II, 63.
San Pedro Teltitlán, II, 44.
San Pedro Thequilán, pueblo, II, 38.
San Pedro Tlapepuscos, pueblo, II, 63.
San Pedro Tolimán, pueblo, 185.
San Pedro de la Torre, Francisco, 212.
San Pedro Zoquitlán, pueblo, II, 44.
San Rafael de Barrientos, rancho, 181.
San Raimundo Yulpa, pueblo, II, 104.
San Salvador, pueblo, 21.
San Salvador Calcahualco, pueblo, II, 34.
San Salvador de Chapucingo, 42.
San Sebastián, pueblo, 185; II, 87, 109.
San Sebastián Etla, pueblo, II, 104.
San Sebastián Tutla, pueblo, II, 104.
Santísima Trinidad, Sebastiana Josefa de la, 108, 110.
Sancti Spíritus, villa, 227.
Santa Ana, pueblo, II, 54, 63, 81, 115, 137.
Santa Ana Comaltepeque, pueblo, II, 63.
Santa Ana Sagachi, pueblo, II, 104.
Santa Ana Tlapayoca, pueblo, II, 104.

Santa Ana de Zacán, pueblo, II, 34.
Santa Bárbara, pueblo, 182.
Santa Bárbara, Manuel de, O. C., 42.
Santa Catalina, hacienda, 290.
Santa Catalina, pueblo, II, 115.
Santa Catalina, Jacinta, II, 94.
Santa Catalina Ninas, pueblo, II, 104.
Santa Clara, pueblo, II, 137.
Santa Clara del Cobre, pueblo, 231, 244.
Santa Cruz, pueblo, II, 63, 87, 101, 136.
Santa Cruz de los Chochos, pueblo, II, 137.
Santa Cruz Mitlantongo, pueblo, II, 128.
Santa Cruz de Mudela, II, 252.
Santa Cruz de Querétaro, v. Santiago de Querétaro.
Santa Elena de Chagua, hacienda, II, 146.
Santa Fe del Río, 103, 105.
Santa Isabel, pueblo, II, 137.
Santa Florentina, barco, 19.
Santa Lucía, pueblo, II, 104, 109.
Santa María, pueblo, II, 104.
Santa María Amealco, pueblo, 185.
Santa María de Aquila, pueblo, II, 38.
Santa María Asompa, pueblo, II, 104.
Santa María Copán, pueblo, II, 34.
Santa María Coyomeaca, pueblo, II, 44.
Santa María Chichigualtepeque, pueblo, II, 104.
Santa María de Chiconquaque, pueblo, II, 200.
Santa María Ixhuatlán, pueblo, II, 38.
Santa María Juchimilco, pueblo, II, 104.
Santa María Magdalena, pueblo, II, 34.
Santa María Magdalena Temilolacán, pueblo, II, 38.
Santa María y Mendoza, García de, 126.
Santa María de Tequisquiapán, pueblo, 185.
Santa María Theonantcintla, pueblo, II, 212.
Santa María del Tule, pueblo, II, 109.
Santa María Zapotitlán, pueblo, II, 115.
Santa Marta, pueblo, II, 85.
Santiago, pueblo, II, 42, 85, 87, 109.
Santiago, rancho, 258.
Santiago la América, barco, II, 219.
Santiago de Arriba, pueblo, II, 63.
Santiago de Cuba, 306; II, 227, 354.
Santiago y Calderón, Francisco, O. de M., II, 103.
Santiago Etla, pueblo, II, 104.
Santiago Huatusco, pueblo, II, 31, 32, 35.
Santiago de Ilatitulco, 170.
Santiago Matatlán, pueblo, II, 115.
Santiago Mitlantongo, pueblo, II, 128.
Santiago de Querétaro, 184 ss.; conventos y colegios, 187; Colegio de Sta. Cruz, 106, 177, 184 ss., 287.
Santiago de Salechinela, pueblo, II, 20, 147.
Santiago Tilapa, pueblo, II, 38.
Santiago Tlapepusco, pueblo, II, 63.
Santiago Tonetla, pueblo, II, 34.

Santiago Undameo, pueblo, 215, 246.
Santiago Yucunduche, pueblo, II, 128.
Santo Angel, pueblo, 176.
Santocale, II, 175.
Santo Domingo, isla, 21, 22, 23, 28.
Santo Domingo, pueblo, II, 63, 64 ss., 87, 115.
Santo Domingo de Silos, II, 32.
Santo Domingo Tomaltepeque, pueblo, II, 104.
Santo Domingo del Valle, pueblo, II, 115.
Santos Reyes, pueblo, II, 104.
Santo Tomás, hacienda, 258; pueblo, II, 87.
San Vicente, cabo, 237; pueblo, II, 136.
Sanz, Calixto, O. F. M., 213.
Sanz, Manuel, O. P., II, 125.
Sanz, María, II, 145.
Sanz de Velasco, Antonio, II, 64.
Saona, isla, 21.
Saravia, Antonio, II, 38, 45.
Sardaneta y Legazpi, Vicente, 277.
Sariñana, Isidro, II, 103.
Sarmiento (P.), S. J., 224.
Sarmiento, Martín, O. F. M., 44, 56.
Sarmiento y Luna, Francisco, O. S. A., 214.
Sarmiento Sotomayor, García, 132.
Sarmiento Valladares, José, 133.
Sauceda, rancho, 290.
Saucillo, rancho, 202.
Sauto, Baltasar de, 293.
Sauto, Blas Mariano, 293.
Schäfer, Ernesto, II, 332.
Sebastián (S.), 34.
Segura de la Sierra, II, 138.
Séneca, II, 249.
Sepúlveda, Ginés de, II, 249.
Serafín de Montegranario (S.), O. F. M. Cap., II, 302.
Serna, Hernando de la, II, 41.
Serrada, Tomás de la, II, 124.
Serrano y Sanz, Manuel, II, 295.
Sevilla, 18; II, 23, 286.
Sevillano, Juan, II, 36, 388.
Sierra del Agua, 42.
Sierra Morena, 18; II, 247 ss.
Sifferocandi, Anciro, II, 288.
Signaloe, árbol, II, 50.
Sigüenza y Góngora, Carlos de, II, 335.
Silao, pueblo, 268.
Sinaloa, II, 185, 289.
Sinapequaro, pueblo, 203, 254.
Silvestre de Milán, O. F. M. Cap., II, 307.
Sirón Caffoci, Andrés, II, 288, 300.
Sixtilo, II, 249.
Sixtos, Pedro, II, 23.
Smidt, Juan Pedro, II, 23.
Socomusco, II, 90.
Soledad, rancho, 301.
Soledad, Ntra. Sra. de la, 224, 225, 226; II, 91, 922, 93.
Solís, Antonio, 111; II, 18, 145, 186, 202, 333, 335, 345, 350, 353.
Solórzano Pereira, Juan de, 268.
Soloxuchil, árbol, II, 60, 63.
Sonora, 276; II, 185, 289.
Sonseca, II, 23.
Sopilotes, 160, 208.
Soria, Francisco, O. F. M., 86.
Sosa, Francisco, II, 336.
Soto, pueblo, 42.
Soto, Ana de, 26.
Spínola, Card., 7; II, 318.
Suaple, volcán, 43; II, 18, 19
Sumatlán, minas de, 249, 251, 252, 253.

Sumpanclé, II, 162.
Suyaltepeque, ciudad, II, 63, 69 ss.

Tabaco, 82.
Tacubaya, pueblo, 176 .
Talavera, Pablo de, 56.
Talixtaca, pueblo, II, 63.
Tamarindo, árbol, II, 28, 167.
Tamazula, pueblo, II, 128.
Tapia, Andrés de, 63.
Tapia, Diego de, 187, 188, 189.
Tapia, Fernando de, 187, 188, 189.
Tapia, Juan Antonio de, 159.
Tarántulas, II, 158.
Tarimbaro, pueblo, 260.
Tecolotes, ave, II, 162.
Tejeda, Pedro Alejandro de, 277.
Tejocotes, fruta, II, 168.
Tembleque, II, 253.
Tena, Juan de, 59.
Tenango, pueblo, II, 38.
Tenerife, 19.
Tepache, bebida, 93.
Tepeaca, ciudad, II, 137 ss., 350.
Tepeapulco, pueblo, II, 195.
Tepeje, pueblo, 182, 183, 301.
Tepexilote, fruta, II, 91.
Tepeyahualco, pueblo, II, 189.
Tepetates, II, 188, 193 ss.
Tepetotutlán, pueblo, II, 63.
Tepique, Cruz de, 280, 281, 284; II, 348.
Tepenoauyaque, culebra, II, 71.
Tepozotlán, pueblo, 301.
Tequiles, II, 19.
Tequisistepec, pueblo, II, 134.
Terán, Gabriel de, II, 23.
Tercera, isla, II, 233, 234.
Tercerones de San Francisco (PP.), II, 245.
Terranova, Duque de, 207.
Terreros, Ana, 198.
Terreros, Francisca, 198.
Tescuco, laguna, 78, 79, 181, 182.
Texcoco, río, II, 17.
Texupa, pueblo, II, 131.
Tezuatlán, pueblo, II, 134.
Thamazulapa, pueblo, II, 131, 132.
Tharasca, lengua, 248.
Tharascos, indios, 247.
Thenanjo, pueblo, II, 63.
Thehuacán, ciudad, II, 43, 44, 45, 46.
Thehuacán de las Granadas, pueblo, II, 39.
Theutila, II, 53, 54, 55, 56, 57 ss.
Theutitlán del Valle, pueblo, II, 89, 109, 111, 115, 116, 123.
Thlacuaches, gato, 245; II, 151.
Thlalmanalco, II, 17, 18.
Thonathico, pueblo, 153.
Tibet, misión, 7; II, 265, 266 ss., 285, 288, 289, 298, 315 ss., 321, 322, 323, 327, 328, 356.
Tiburón, cabo, 23.
Tilantongo, pueblo, II, 350.
Tiltepec, pueblo, II, 128.
Tirindaro, pueblo, 260.
Tiripitío, pueblo, 245, 260; II, 340.
Tirisiguaro, pueblo, 260.
Tirteafuera, pueblo, 18.
Tlacolula, pueblo, II, 109, 113, 115.
Tlacuasín, pueblo, II, 63.
Tlachichilco, pueblo, II, 135.
Tlalnepantlá, pueblo, 181, 302.
Tlalo, dios, II, 322.
Tlantlá, pueblo, 183, 301.
Tlapalzingo, pueblo, II, 134.
Tlapanalá, pueblo, II, 134.
Tlaxcala, ciudad, 44; II, 13, 139 ss., 190, 331, 351.
Toledo, 17; alcázar de, 223.
Toledo, Card., II, 249.
Toledo, Sebastián de, 132.
Tolimanejo, pueblo, 185.
Tolle et lege, colección, XI, 6, 7; II, 11, 281, 288, 289, 293, 309, 310, 311, 327, 328, 333.

Toluca, 72, 158.
Tomacoco, hacienda, II, 18.
Tomás (Sto.), II, 100.
Tonalá, pueblo, II, 134.
Topoyango, pueblo, II, 139, 350.
Tordos, 205; II, 162.
Toro, José del, II, 201.
Torquemada, Juan de, O. F. M., 292; II, 45, 100, 138, 145, 146, 176, 178, 179, 201, 205, 208, 342, 345, 350, 351, 352, 353, 354.
Torres, José, II, 26.
Totoltepec, pueblo, II, 135, 136.
Totolzingo, pueblo, 60.
Totomehuacán, 51.
Traje de los mejicanos, 82, 84.
Trinidad, ciudad, II, 227.
Trinitarios (PP.), II, 248, 250, 252, 253.
Troquero, Pedro, 59.
Trujillo, Felipe Ignacio, 215.
Tucumán, 268.
Tudela de Duero, II, 23.
Tutla, pueblo, II, 133, 134.
Tunas, II, 169.
Tusas, II, 158.
Tuxtepeque, pueblo, II, 63.
Tuxtla, II, 29.
Tuzpango, río, II, 36.
Tzapopán, Ntra. Sra. de, 280, 283; II, 342.
Tzcuila, Ntra. Sra. de, II, 208, 209.

Ubillo, Antonio de, O. P., 214.
Ule, árbol, II, 24.
Ulibarri, José de, 251.
Ulibarri, Melchor de, 212.
Uña de la gran bestia, II, 70.
Urbina, Gonzalo de, 63.
Urioste, Andrés de, II, 63.
Urirco, pueblo, 297.
Urrutia y Arana, Julio Antonio de, 186.
Usila, pueblo, II, 63.
Usos de los mejicanos, 88 ss.
Utrera, II, 245, 330.
Utzila Paztquaro, II, 338.

Valcárcel, Julio, 29.
Valdebarasuso, pueblo, II, 32.
Valdemoro, II, 254.
Valdepeñas, II, 252.
Valdovinos, Alejandro, 30; II, 26.
Valdovinos, Luis, II, 26.
Valdovinos, Narciso, II, 26.
Valencia de Don Juan, 18.
Vainilla, fruto, II, 74.
Valiño, Gaspar, O. F. M., II, 216.
Valladolid, 80, 207 ss., 219, 222, 246; obispado, 208; cabildo, 209; conventos, 209; obispos, 214; II, 338.
Valverde, José Félix, 215.
Valle, Marqués del, 207; II, 29, 88, 104; v. Cortés, Hernán.
Valle Real, pueblo, II, 63.
Valle y Salazar, Luis del, II, 125.
Vargas, José de, O. F. M., II, 95.
Vargas, Francisco Javier, 221, 227.
Vázquez Mañán, Domingo, II, 45.
Vega, Bernardo de la, II, 42, 46.
Vega, Feliciano de la, 127.
Velarde, José, II, 64.
Velasco, Cecilia de, II, 128.
Velasco, Luis de, 41, 130, 131.
Velázquez, Diego, 25, 263.
Velázquez, Rodrigo, 212.
Vélez de las Cuebas y Cabeza de Vaca, Luis, 208, 213.
Velmonte, José, 262.
Venta de la Alaja, II, 28.
Venta del Pinar, pueblo, 42; II, 217.
Ventorrillo, venta, II, 20, 139.
Ventosilla, II, 109.
Veracruz, 26, 27, 28, 33 ss., 80; II, 15, 26, 41, 219, 288, 291.

Veracruz, Alonso de, O. S. A., 245.
Vía, José Antonio de la, 198.
Vilaplana, Hermenegildo de, O. F. M., 193, 198, 199; II, 335, 336.
Vilde, Lorenzo, II, 23.
Villa de Córdoba, II, 26, 31, 33 ss., 180.
Villafranca del Bierzo, II, 298, 328.
Villafranca del Río, 18.
Villagómez, Bernardo de, 56.
Villalta, marqués de, II, 225.
Villalta, pueblo, II, 117.
Villamayor, 17.
Villarta, II, 252.
Villasante, Diego, II, 125.
Villaseñor Lomelín, Juana, 103.
Villaseñor Sánchez, Juan Antonio, 65, 338, 339, 348, 353; II, 37, 100, 333, 336.
Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, II, 336.
Villegas, Juan Manuel de, 293.
Vincencio, pueblo, 42.
Viña, Manuel de la, 213.
Viña, Millán de la, 206.
Virreyes de Méjico, 129.
Vitorios (PP.), II, 246.
Vizarrón y Eguiarreta, Juan Antonio de, 128, 133.
Viznaga, árbol, 42.
Vocabulario indio, 178.
Vómito prieto, 36, 37, 95; II, 330.

Xauri, José, 198.
Xicama, fruta, II, 73, 169.
Xicotencal, II, 140, 350.
Xilocayote, fruta, II, 169.
Xilosuchil, árbol, II, 31.
Xorequaro, pueblo, 202.
Xoxocutlán, pueblo, II, 104.
Xuchitepec, pueblo, II, 134.
Xuchiles, 94; II, 52.
Xultepec, pueblo, 128.
Xuquilnauyaque, culebra, II, 71.
Xurullo, volcán, 223, 231 ss.
Xuzistlahuaca, pueblo, II, 134.

Yanguitlán, pueblo, II, 128, 129, 130, 350.
Yébenes, 17; II, 286.
Yetla, pueblo, 63.
Yojova, fruta, II, 171.
Yondocucu, II, 56.

Zacatecas, Colegio, O. F. M., 179.
Zalamea, Francisco, 260.
Zamora, Nicolás de, O. F. M., 201.
Zapatepec, pueblo, II, 135.
Zapotecas, cerro, II, 204.
Zapotes, II, 166.
Zapotitlán, pueblo, II, 135.
Zarapeo, hacienda, 208.
Zárate, Miguel de, 198.
Zelaya, ciudad, 259, 296, 299, 300.
Zampoala, acueducto, II, 195 ss.
Zibolo, animal, II, 158.
Zilacayoapán, pueblo, II, 135.
Zinzunza, ciudad, 208, 222, 247; II, 338.
Zorrillo, animal, II, 151.
Zuazo, Manuel, 29.
Zuca, árbol, II, 38.
Zuchitlapilco, pueblo, II, 134.
Zuloaga, Jerónimo de, 227, 245.
Zuloaga, María Ana de, 227.
Zumárraga, Juan de, O. F. M., 69, 117, 126; II, 179, 333.
Zumpango, laguna, 78, 79, 181.
Zúñiga y Acevedo, Gaspar de, 131.
Zúñiga Guzmán Sotomayor, Baltasar de, 133.
Zurirapundaro, pueblo, 258, 259, 297.

DE LA OBRA

ARCHIVO DOCUMENTAL ESPAÑOL

PUBLICADO POR LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, TOMO XIII, «DIARIO DEL VIAJE QUE POR ORDEN DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE PROPAGANDA FIDE HIZO A LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL EN EL SIGLO XVIII EL P. FRANCISCO AJOFRÍN, CAPUCHINO», VOLUMEN II, SE HAN IMPRESO 500 EJEMPLARES EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL MAESTRE, NORTE, 25, MADRID, HABIÉNDOSE TERMINADO EL DÍA 22 DE DICIEMBRE DEL AÑO DEL SEÑOR DE MCMLIX

GENERAL BOOKBINDING CO.
81 10 A
16SDC 045 6021
QUALITY CONTROL MARK

F1211 .F81 v.2
Diario del viaje que por orden de la
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00216 9904